
RANCHO
Trilogía completa
AITOR FERRER

RANCHO

Trilogía completa

AITOR FERRER

Primera edición.

Rancho. Trilogía completa

©Aitor Ferrer

©julio, 2025.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

El pasado duele

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

El presente lleva tu nombre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

El futuro sabe a felicidad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

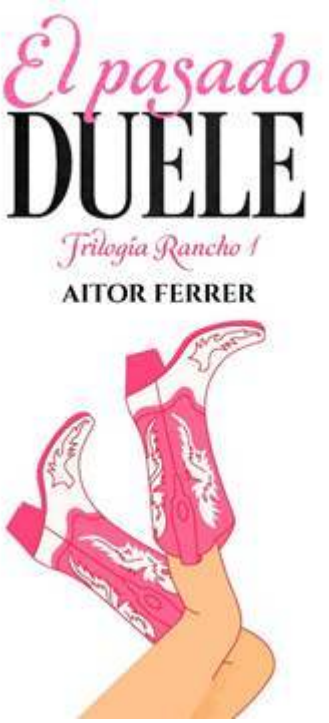
Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Mis redes sociales

El pasado duele



Capítulo 1



Aquellas carreteras de Ohio me estaban ofreciendo una mezcla de emociones pocas veces experimentadas por mí.

Era Ylenia quien conducía, puesto que el hecho de manejar el volante, a sus dieciocho añitos, le maravillaba. Yo la entendía muy bien, pues doce años atrás contaba con esa misma edad y me emocionaban las mismas cosas que a ella, solo que desde entonces había llovido mucho.

El descapotable en el que íbamos, disfrutando del aire libre que nos proporcionaba el entorno, era la única pertenencia que nos había quedado de nuestro recién fallecido padre, quien nos dejó para siempre seis meses atrás.

Nosotras ya éramos huérfanas de madre, puesto que una complicación en el parto de Ylenia provocó que el corazón de mi madre dejara de latir, aunque tuve muy claro que parte de él seguía haciéndolo en el pecho de mi hermana y en el mío.

Durante aquellos años consideré que tuve más suerte que mi chiquitina, ya que yo al menos pude disfrutar durante varios años de mi madre, a la que ella no tuvo ocasión de conocer. Probablemente por eso, y pese a ser una niña, yo me convertí en su segunda madre y en su protectora. Eso fue así en el pasado, seguía siendo en el presente y no cambiaría en el futuro.

Nuestro padre, Mason, fue un hombre de negocios, dedicado desde su juventud a los caballos, una herencia que recibió a la vez de su padre, nuestro abuelo, quien contaba con el mismo nombre.

A diferencia del abuelo, quien fue un buen gestor, nuestro padre fue un desastre con patas que heredó un imperio y lo redujo a cenizas. Yo ya tenía mis muchas sospechas al respecto, si bien fue el notario quien nos lo aclaró en la lectura del testamento: no nos quedaba nada.

¿Cuál fue el problema? Muy sencillo: mi padre, al morir mi madre, cayó en una espiral viciosa, la del juego, que le llevó a apostárselo todo, prácticamente hasta los calzoncillos, como suele decirse.

Las causas de su muerte nunca se esclarecieron del todo, entre otras cosas porque el forense era amigo suyo e igualmente participaba en esas timbas de póker en las que uno se jugaba hasta la dignidad.

Por esa razón, omitió el «detalle» de que la muerte de mi padre no fue natural, sino provocada. El día que comprobó que había perdido incluso la residencia familiar, la casa en la que nacimos mi hermana y yo, mi padre

picó billete de este mundo y se marchó a otro, quizás a uno donde las apuestas no pasaran una factura tan alta.

Desde entonces todo fue de mal en peor, en pocos meses… El tiempo suficiente para que la carta de un abogado nos indicase que nos teníamos que marchar de nuestra casa.

Nunca había visto a Ylenia llorar de esa manera. Y menos cuando la pérdida de la casa suponía también la de la cuadra, la de los caballos y la de todo lo que tuviera que ver con su sueño de ser amazona profesional.

Yo la entendía muy bien porque ese también fue mi sueño de juventud, hasta que una lesión dio al traste con él. Aquellas carreteras de Ohio me estaban removiendo más de lo que pensaba porque fue allí, en ese lugar, y en el rancho de Derek Miller, donde mi vida como amazona acabó para siempre.

Por aquel entonces yo contaba con veinte años y él con treinta y cinco. Derek era el tipo más apuesto que hubiese conocido en mi vida y ya, desde la primera vez que le vi, supe que mi vida habría cambiado para siempre… solo que entonces ignoraba que para peor, que para muchísimo peor.

Como ya digo, desde entonces había pasado mucho tiempo, y con él, los recuerdos se fueron borrando.

Diez años después, con treinta cumplidos, volvíamos a su rancho. Derek se casaba y nos habían invitado, pese a que las relaciones de su familia con

la mía quedasen rotas después de que en su día ocurriese lo que ocurrió.

Fallecido mi padre, Derek debió pensar que su vida ya no corría peligro y tuvo la condescendencia de invitarnos a Ylenia y a mí a la que estaba llamada a ser la boda del año o más aún, la del siglo, en Ohio.

Por mi parte, era consciente de que mi padre se hubiera removido en la tumba si nos hubiera visto rumbo a su rancho, pero para Ylenia suponía una gran oportunidad, y yo a mi progenitor ya no le debía nada.

Lo siento, no puedo evitar mostrar el enfado que tenía con él. Cuando llegaba a las timbas de póker y, sin ningún tipo de escrúpulos, se lo apostaba todo, él no pensaba en sus hijas. Por tanto, yo tampoco debía pensar en ese momento en lo que a él le pareciera que asistiéramos a esa boda.

De golpe y porrazo, después de haberlo tenido todo, Ylenia y yo éramos pobres como las ratas, y su carrera se había visto truncada. Yo, si era necesario, vendería mi alma al diablo para volver a ver su vida encauzada, de modo que acepté esa invitación.

En la boda de Derek Miller, no solo se daría cita la flor y nata de la sociedad de Ohio, sino todos aquellos que tuviesen que ver con el mundo de la hípica y los caballos, justo lo que Ylenia necesitaba: una nueva oportunidad para demostrar su valía.

En todo ello y en mucho más pensaba mientras avanzábamos por la carretera. La idea de volver a conectar con el mundo que representaba su sueño ilusionaba tanto a mi hermana que amortiguaba el dolor por la pérdida de nuestro padre.

Ella era más joven y, cuando eso sucede, tu corazón es más puro. El mío mostraba más reparos hacia el hombre que no tuvo la decencia de mantener su imperio en pie, sino que se lo jugó todo, sin importarle las consecuencias. No obstante, jamás le hablaba mal a Ylenia de él. Mi único objetivo en la vida era que ella no sufriese y verla montada de nuevo en un caballo, sonriendo como solo sonreía cuando se encontraba en esa situación.

Capítulo 2



—¿Es allí, Tiffany? —me preguntó ella mirando a lo lejos al más increíble de los ranchos que había en la zona.

—Ahí es, mi niña —murmuré con un nudo en la garganta porque todo aquello me traía demasiados recuerdos.

—¡Cielos! Pues si ese es el rancho, no me quiero imaginar cómo será la boda, ¿crees que los vestidos que traemos estarán a la altura? —me preguntó.

—Claro que sí, chiquitina, cómo no. Además, tú estarías ideal con cualquier cosa que te pusieras, eres como una muñequita y lo sabes —le dije con todo el cariño del mundo.

—Eso es porque me parezco a ti. Y porque las dos nos parecemos a mamá —me contestó con todo el orgullo.

—Sí que nos parecemos a ella, sí, ¡cuidado! Que te pasas el camino.

Ella paró en seco. Todavía lo de frenar no lo tenía excesivamente dominado. En el coche era novata, no le sucedía como en lo alto de un caballo, donde se comportaba como una verdadera diosa sin rival.

—Jaja, casi comemos tierra… Vale, vale, que doy marcha atrás y cojo el sendero. Con tanta emoción…

Para emociones las mías. Diez años atrás, cuando todo ocurrió entre Derek y yo, ella no era más que una cría de ocho años que no se enteró de absolutamente nada, tan solo de que salimos pitando y jamás volvimos por allí.

Mi padre no fue un buen hombre. Cuando una hija como yo, que no se considera mala, sino corriente y moliente, dice algo así es por algo. Él no debió meterse como se metió en lo que ocurrió entre nosotros… En cualquier caso, Derek tampoco actuó como lo habría hecho un hombre y me demostró que lo suyo no fue más que un impulso sexual y que allí, la única tonta que se había enamorado fui yo.

Cuanto antes reconozcas las cosas, antes pueden sanar. Eso es así, una verdad verdadera que yo asumí, aunque no por ello dejé de derramar lágrimas a tutiplén.

A los veinte años, cuando te enamoras, también apuestas algo; apuestas el corazón. Yo me enamoré como una idiota de Derek y él… Él me utilizó.

Derek fue el primer hombre de mi vida y, por tanto, al que le entregué toda la pureza e inocencia que hasta ese momento había atesorado en mi joven vida. Además, se la entregué con una ilusión tan grande… Cuánto tiempo había pasado y cuán duro se había vuelto mi corazón desde entonces.

Hay primeros amores que marcan, pero, cuando tu primer amor condiciona lo que será el resto de tu vida, entonces más que de una marca estamos hablando de una cicatriz que yo exhibía en ese lugar en el que no puede ser vista por los ojos; en el corazón.

Tengo muy claro que no hubiese vuelto por su rancho de no habernos arruinado. No obstante, Ylenia necesitaba contactos y yo no podía negárselos.

Mi hermana no tenía ni idea de la perturbadora historia que un día nos unió a Derek y a mí, así que ella avanzaba encandilada por la oportunidad que para su carrera supondría el poder codearse con toda aquella gente de renombre en el mundo de los caballos.

Solo por ver la sonrisa de Ylenia al enfilar el camino que nos llevaría al rancho yo ya lo daba todo por bueno. A un lado dejaría el hecho de que ese mismo camino me llevaría a que mi corazón se desangrase… Y más cuando le viera casarse con otra.

Le odiaba, odiaba a un Derek del que, por otro lado, jamás pude olvidarme. Se trataba de una sensación horrible que me llevaba de un lado a otro…

Mi vida amorosa no había sido eso que llaman maravillosa. Después de lo que tuve con él, disfruté de algunas relaciones, pero ninguna de ellas fructificó.

En el fondo de mi corazón, y por mucho que yo tratara de no hacer comparaciones, las hacía, y ello me llevaba inevitablemente al fracaso.

Una década, una década había pasado y allí estábamos Ylenia y yo, camino de su boda. El tiempo habría transcurrido para todos y yo, la verdad, había mejorado como el buen vino, según me decían todos.

Nunca me consideré ningún patito feo, todo lo contrario, si bien es cierto que los años le habían otorgado una mayor gracilidad a mis caderas y una mayor belleza a mis facciones, que siempre fueron armoniosas.

Mi melena caía en ese momento hasta la mitad de mi espalda, no como años atrás, cuando la llevaba cortita y por encima de los hombros. Su color dorado parecía intacto, igual que el azul de mis ojos, que lucía incluso más intenso por esa serenidad que da el transcurso del tiempo.

Ylenia era de la opinión de que el paso de los años me había regalado esplendor físico al mismo tiempo que me restó alegría.

En el fondo, aunque yo le quitaba la razón, sabía que alguna tenía. La alegría de mi juventud se vio alterada (para menos) el día que mi hermana, mi padre y yo salimos del rancho de Derek, diez años atrás, con mi padre echando sapos y culebras por la boca, para no volver nunca más, hasta ese día.

Ylenia había enderezado el coche y la gran valla de entrada al rancho se encontraba abierta.

—Por Dios bendito, ¿y si alguno de los pura sangre se escapa? Valen una millonada —observó ella, deseosa de verlos.

—Esos están en sus cuadras. Por aquí fuera solo merodean animales de dos patas —le indiqué mientras imaginaba cuál sería el momento en el que me topase con Derek.

Había soñado demasiadas veces en mi vida con que me lo encontraba y le decía todo aquello que salía de mi boca, atropelladamente. Había soñado que le reprochaba cuán cobarde fue el día que no dio la cara por mí, permitiendo que mi padre me sacara de allí sin decir una sola palabra en favor de lo nuestro. Había soñado que estallaba y, en pleno ataque de cólera, le maldecía una y otra vez…

Y en esos momentos estaba en sus manos. La carrera de Ylenia podría llegar a depender del hombre al que yo más odiaba en el mundo, y eso no podía tener más que un nombre: trampa mortal.

Capítulo 3



Llegamos casi a la altura de la entrada de la casa y comprobamos que allí había más gente que en la guerra.

—¡No! —chilló un chico que se nos acercó haciendo aspavientos y al que mi hermana estuvo a puntito de atropellar.

—¿No qué? Por el amor de Dios, ¿qué es lo que me quiere decir este chico? —se preguntaba ella en el momento en el que nuestro coche le dio de refilón a un enorme tablón de madera que terminó en el suelo, haciendo que, del estruendo, salieran varias personas de la casa.

Algunas de las caras que vi en ese momento me sonaron. Resulta curioso pensar que existen personas a las que no has visto en años y de las que ni siquiera guardabas ningún recuerdo (o eso creías tú), y de pronto las ves y te quedas ojiplática, al recordar una serie de acontecimientos que jamás volvieron a pasar por tu cabeza.

—¿Es usted, Thomas? —le pregunté al mayordomo, dando un salto del coche y cogiéndole por el cuello para darle un abrazo.

—Soy yo, soy yo, ¿y usted es la señorita Tiffany? Pero bueno, qué agradable sorpresa, no las esperábamos hasta esta tarde. Créame que tenía muchas ganas de verla. Desde que el señor Miller me dijo que vendrían, usted y su hermana…

—Yo soy su hermana, Thomas —le comentó Ylenia, imitando mi abrazo, y dejando el coche en medio, así era ella.

—Encantada, Ylenia, ¿Usted se ha visto? La última vez que estuvo en esta casa no era más que una niña, una niña pequeña que jugaba por los jardines y que no dejaba una flor viva. Recuerdo también que amaba a los caballos con todo su corazón y que, cada vez que la perdíamos de vista, estaba en las cuadras. Los amaba casi tanto como su hermana —murmuró porque de pronto se dio cuenta de que quizás su comentario me dolía.

—No pasa nada, Thomas, puedes hablar tranquilamente de ello. La lesión que sufrí aquel día cambió mi vida, pero no mi amor por los caballos. Los seguí amando igual, hasta hoy, solo que tuve que apartarme de la competición. No así mi hermana, ella es la mejor, llegará donde…

De pronto me callé. Estaba hablando ilusionada, pero no era realista. Si no recibíamos apoyo económico, mi hermana no llegaría a ninguna parte e igual ambas terminaríamos trabajando de dependientas en un centro comercial o sirviendo hamburguesas en un bar de carretera.

No, no quería una vida cualquiera para Ylenia, me daba igual lo que me sucediera a mí, pero no a ella. Yo era su entrenadora, lo había sido desde que mostró interés en despuntar en el mundo de la equitación. La lesión que sufrí en aquel mismo lugar diez años atrás me apartó de la competición, pero no me impidió ser la persona que le inculcase el amor por la hípica.

En ese momento nos habíamos quedado sin caballo, sin patrocinador y hasta sin perrito que nos ladrase. Con lo único que contábamos era con nuestro talento y con las muchas ganas de encumbrar a Ylenia.

Thomas siempre fue un tipo no solo muy servicial, sino también increíblemente inteligente. Él conocía muy bien el motivo por el que yo guardé silencio, y lo lamentó.

—Supe de la trágica pérdida de su padre. Estoy seguro de que ahora que están aquí, todo se les va a solucionar. Daré órdenes de que lleven su equipaje a su habitación, ¿no les importará compartir una?

—En absoluto, Thomas, será un placer—le indiqué mientras mi hermana silbaba mirando aquel rancho, el más grande y lujoso de todo Ohio, uno en el que todos sus sueños podrían hacerse realidad.

Entré en la casa. Todo estaba como entonces. Kate, la prometida de Derek, no pareció mostrar demasiado interés en cambiar nada, porque la decoración seguía siendo la misma de antaño.

Era una suerte, realmente lo era porque aquel rancho no merecía ser cambiado. En su día, pensé que era el mejor lugar del mundo y, diez años después, debía claudicar, porque realmente lo era.

La casa en sí, aunque hablar de casa ante la visión de aquella colosal vivienda parezca un chiste, era un edificio histórico con unas vistas que, como mínimo, deben ser calificadas de impresionantes hacia una naturaleza escarpada.

Un perfecto retiro para los amantes del aire libre, donde entre acres y acres de tierra te encuentras con sobrecogedores lagos e hileras de árboles que dan sombra a quienes desean realizar todo tipo de actividades ecuestres con música de fondo, country, como no podría ser de otro modo.

Un paisaje imperdible, donde el agua es la reina y rodea a una hacienda que, por contar, cuenta incluso con una pequeña catarata de esas de película de la que yo misma tuve la oportunidad de disfrutar en el pasado.

Verde y más verde, todo pasto a nuestro alrededor y, pese al enorme bullicio por la boda que estaba por celebrarse pocos días después, esa calma natural que solo puede proceder de un paraíso como aquel.

Dichos paisajes eran divisados por mi hermana y por mí desde el mismo mirador del dormitorio que nos asignaron, y que no era otro que aquel en el que nos instalaron en la última ocasión que estuvimos en el rancho Miller, pues ese lugar adoptó como nombre el apellido familiar.

Era casi la hora del almuerzo y nos dimos una ducha para la ocasión. Thomas nos comentó que Derek no estaba en la casa, pero sí su prometida, Kate, ¿sabría ella lo ocurrido entre nosotros en el pasado?

A decir verdad, yo no había vuelto a hablar con él. El hecho de que recibiéramos la invitación de boda fue toda una sorpresa, puesto que mi padre dejó bien claro que nuestras relaciones con los Miller llegaron a su fin el día que supo que su hija mayor tenía un lío con Derek, que a su vez era el hijo de uno de sus íntimos amigos, ya fallecido por aquel entonces.

Diréis que yo tenía veinte años y que podía hacer de mi capa un sayo, pero es que a Derek la fama de mujeriego le precedía y mi padre bien me advirtió sobre ello.

—Te quiero ver a un kilómetro de él en todo momento —esas fueron sus palabras.

—No será para tanto, no creo que sea tan mal hombre —negué yo.

—Nadie habla de maldad, solo que Derek Miller es el último hombre que quiero ver al lado de mi hija. Durante muchos años mantuve una relación de amistad con su padre que hoy también me une a él, pero de ahí a quererlo como yerno va un abismo —me advirtió.

Nunca podré saber si fue el innegable encanto de Derek o la prohibición de mi padre lo que mi impulsó a querer tener algo con él desde el primer segundo en el que le conocí.

Puede que su pelo moreno, algo largo por aquel entonces, sus varoniles facciones y sus intensos y oscuros ojos tuvieran también parte de la culpa. Recuerdo que pensé que no debía haber otro hombre más guapo en el mundo, y recuerdo también que mis rodillas adquirieron la consistencia de unas natillas en el momento en el que le tuve delante.

Él venía de montar en ese momento. La vida de Derek estaba intrínsecamente ligada a los caballos desde el día de su nacimiento, igual que la mía.

Verle montar fue ya, como suele decirse, el remate de los tomates. Nunca vi a un hombre mostrar tal dominio sobre un animal y no porque en absoluto fuese violento con él, todo lo contrario, sino porque parecía tener un don a la hora de comunicarse con su caballo.

Recuerdo también que no pude evitar que se me notase un cierto temblor cuando se acercó a mí para darme un par de besos. Mi padre se percató de ello y el carraspeo que emitió en ese momento llevó a Derek a separarse de mí. Fue en ese justo instante cuando me sorprendió, dirigiéndome la primera de sus incendiarias sonrisas, y digo bien «incendiarias» porque cualquiera de ellas contaba con la suficiente pasión para declarar un fuego en los acres de tierra que conformaban su rancho.

—¿En qué piensas? —me preguntó Ylenia cuando comprobó que me quedé totalmente pillada, cogida, inmersa en mis pensamientos.

Hacía demasiado tiempo que no recordaba todo aquello. Un buen día decidí que era hora de bloquear a Derek de mi mente y así llevaba años haciéndolo. El truco solo me fallaba en sueños, puesto que más de una vez soñaba con él, en distintos contextos, y siempre me despertaba con el corazón palpitante y la frente perlada en sudor.

—En todo y en nada, cariño. En todo y en nada —repetí porque no quería ponerla en antecedentes.

—Pues yo solo pienso en que de esta boda me saldrá un patrocinador —me decía ella—. Tiene que salirme. Igual el mismo Derek Miller quiere serlo, ¿no dijiste que en su día era muy amigo de papá? —me preguntó mientras abría su maleta y elegía qué vestido ponerse para el almuerzo.

—Sí, cariño, pero eso fue hace muchos años y luego se distanciaron. Aquí hemos venido a hacer contactos, pero no creo que sea Derek quien deba tomar las riendas de tu carrera…

—¿Y por qué no? Él es uno de los más grandes del sector, tú lo sabes. Y, por la forma en la que hablas de él, debiste conocerle muy bien, ¿cómo es?

—¿Derek? Pues no sé —disimulé—, un tipo normal, como los demás. Un tipo con suerte y que ama los caballos. De hecho, te diría que es lo único que sabe amar, porque a las personas no sabe darles su sitio.

—¿Y por qué dices eso? Pero si se va a casar. Supongo que lo hace porque se ha enamorado, y eso quiere decir que a su prometida sí le da su

sitio, ¿acaso estoy diciendo alguna tontería? —me preguntó.

—No, no dices ninguna tontería, cariño, no me hagas caso. Quizás estoy divagando un poco…

—Tiffany, si yo lo entiendo. Tengo la sensación de que a ti el tal Derek no te cae ni pizca de bien y que todo esto lo estás haciendo por mi carrera, ¿te he dicho ya hoy que te quiero?

—No, pero me lo has demostrado no revolucionando demasiado el coche. A veces se te va la mano, como te sucede con los caballos, y me pones taquicárdica.

—Es que ya sabes que la velocidad me puede. La adrenalina comienza a correr por mis venas y me ciego…

—Te ciegas, te ciegas… Venga ya, que tienes tú mucho cuento. Te gusta correr, ya está, reconócelo.

—Pues sí, el corazón parece que se me sale cuando lo hago. Es como cuando veo a un tío bueno…

—Ya, ya, no me des más explicaciones que me lo imagino…

—¿Es que a ti no te pasa? Yo veo a un tío bueno y me revoluciono enterita, no te imaginas cuánto… No me vayas a decir que a ti no te ocurre

porque eres igual que yo, de carne y hueso…

—Venga, tira para la ducha y no me busques más la lengua, que es algo que te encanta…

—Y mira que es difícil que sueltes prenda con los chicos, ¿tú nunca te has enamorado de verdad, Tiffany? Pero te hablo de enamorarte, ya sabes, ahí a lo grande, de chorrear…

—Ylenia, por favor, que eres mortal, hermanita.

—Es que ya no soy una niña y tú me sigues tratando como tal. No me cuentas las cosas, ¿no te has dado cuenta de eso?

Capítulo 4



Me acerqué a la cocina a saludar a Molly, la cocinera. De ella recordaba los suculentos platos que preparaba, así como su sempiterna sonrisa.

Era una mujer de una cierta edad que llevaba, al igual que Thomas, mucho tiempo en la casa, y que en su día se enteró de mi historia con Derek, despidiéndonos con lágrimas en los ojos cuando la ambulancia llegó a por mí.

Miré desde el ventanal de la cocina. A lo lejos se veía la pista de entrenamiento, que permanecía en el mismo lugar, como si el tiempo no hubiese cambiado nada, cuando lo cierto es que lo cambió todo.

Nunca supimos quién dio el chivatazo. Jamás nadie dio un paso al frente y confesó haber puesto a mi padre al corriente de lo sucedido entre Derek y yo aquella noche… La noche más emocionante de mi vida en la que por fin él y yo hicimos el amor.

Al día siguiente me levanté con una sonrisa en la cara que indicaba que algo maravilloso me acababa de suceder. Diría que mi sonrisa me delató con Molly, quien no pudo evitar mirarme con curiosidad.

Sin embargo, mi padre desayunó conmigo, con Derek y con otros familiares suyos en total normalidad, mientras Ylenia aún dormía.

Fue un par de horas más tarde, un par de horas durante las cuales yo estuve entrenando. Mi sueño era convertirme en la primera mujer que ganase el Derby de Kentucky, y a ello me dediqué en cuerpo y alma.

No, miento, no solo me dediqué a ello. También me dediqué a enamorarme como una boba de Derek en unos días que fueron los más bonitos de mi vida.

Jamás podré borrar de mi memoria el momento en el que vi aparecer a mi padre con una fusta en la mano. Mi gesto fue de total consternación porque nunca le había visto mirarme de aquel modo; como si estuviera a punto de dinamitar todo mi mundo.

No me equivoqué. Todo estaba a punto de cambiar en una mañana de mi vida en la que yo me las prometía muy felices con Derek, cuando lo cierto es que sería la última vez que le viera.

—¡Tú! ¡Baja de ahí ahora mismo! ¡Nos vamos! —me ordenó en un tono que no le conocía y que causó mi total estremecimiento.

—Papá, ¿qué ha pasado? ¿Le sucede algo a Ylenia? —le pregunté aterrorizada.

—Ylenia está perfectamente, eres tú quien ha perdido la cabeza por quien no debía, ¡te lo advertí! ¡Te advertí que te alejaras de Derek Miller! —me chilló encolerizado—. ¡Hemos venido al rancho por negocios, no para que mi hija mayor se comporte como una furcia y se encame con el mayor golfo del planeta!

El alma se me cayó a los pies, y de allí debió descender al subsuelo. Mi padre lo sabía y yo no podía negarlo. Era muy cierto que me lo había advertido, como cierto era que yo no podía, por nada del mundo podía, ignorar lo que sentía por Derek.

—¡Papá, tú no lo entiendes! —le chillé desde lo alto del caballo.

—La que no entiende nada, y la que me está poniendo en evidencia, eres tú. No te lo voy a consentir, ¿me has oído? No te voy a consentir que te rías de mí y que permitas que él se ría de ti, ¡baja ahora mismo! ¡Nos vamos!

—Pero papá, yo no me quiero ir… Faltan pocos días para el *Derby* y en ningún lugar podré entrenar como en este. Además, Derek me está ayudando mucho…

—A meterte falsas ideas en la cabeza, a eso es a lo que te está ayudando ese sinvergüenza. Nunca debí confiar en él, no teniendo una hija como tú, una hija a la que desearía cualquier hombre…

Ya he comentado que el tiempo me trató bien, pero en mi juventud ya eran muchos los que hablaban de mi belleza. Y en esa ocasión era mi padre quien se refería a ella. Normal, para eso era mi padre y me veía más guapa que a ninguna, solo que ese día me suponía una desgracia.

—No es un sinvergüenza, papá. Derek y yo… —dejé en el aire porque no me asistió el valor para decir lo que verdaderamente pensaba.

—Derek y tú, ¿qué? ¿Qué se supone que vas a decir? Espero que no quieras hablarme de amor porque puedo carcajearme, hija. Solo se ha aprovechado de ti, te ha robado una parte importante de tu ser para poder reírse a tus espaldas. Esta misma noche estará encamado con otra, ¡¡baja ya!! —chilló.

—No, papá, no pienso bajar. No quiero irme, yo quiero quedarme en el rancho y con Derek. Yo… ¡yo le amo! —me atreví a decirle.

Sé que mi padre asestó aquel fustazo en el suelo con tal de no hacerlo contra mí. Su paciencia estaba al límite esa mañana y todo era susceptible de empeorar.

Lo hizo, empeoró a marchas forzadas en el momento en el que, a consecuencia del estruendo que la fusta causó en el suelo, el caballo se encabritó y yo fui incapaz de sostenerme sobre él.

Lo siguiente que recuerdo fue un dolor innombrable en la rodilla. Yo solo podía gritar y la ambulancia no tardó en llegar.

El pronóstico de los médicos tampoco se hizo esperar: mi carrera había llegado a su fin. No me quedaría coja, podría volver a andar con normalidad tras la operación y meses de rehabilitación, pero no podría volver a montar, no con la intensidad que lo necesita una profesional.

Ese día lo perdí todo: perdí mis sueños como amazona y perdí a Derek porque no sé si vosotros le visteis aparecer por la habitación del hospital, pero yo desde luego que no le vi. No le vi ese día ni el resto del tiempo que permanecí allí.

Todo se fue al garete de la noche a la mañana, y nunca mejor dicho. Derek no era el hombre que yo pensaba y yo… Yo lo había tirado todo por la borda por él.

Capítulo 5



Mi cabeza voló hacia el pasado mientras buscaba a Molly en la cocina. El tiempo parecía haberse detenido para aquella amable señora que me ofreció la más bonita de las sonrisas cuando me vio aparecer.

—Cielo santo, señorita Tiffany, qué bien la ha tratado el tiempo. Ya era bella en el pasado, pero ahora es… Ahora es bellísima —sentenció mientras me miraba de arriba abajo.

—Gracias, Molly, muchas gracias. Mire esta personita que me acompaña, ¿la recuerda?

—Ylenia, mi niña bonita… Cómo no recordarla. Pocas veces hemos sido tan felices en el rancho Miller como cuando ella alborotaba por aquí. Me he permitido prepararle la tarta que tanto le gustaba, la de frutas del bosque —le dijo mientras la abrazaba.

—¡Dios mío! ¡No la he podido olvidar nunca, Molly! ¿Puedo tomar ahora un trozo? Mucho me temo que, de aquí a la boda, no cabré en el vestido —le dijo convencida.

—Seguro que sí, usted ha heredado la magnífica genética de su hermana, que a su vez ella heredó de su madre, a la que yo tuve ocasión de conocer —nos contó porque, como ya he dicho, la amistad entre ambas familias venía de largo.

—Cielos, ¿conoció a mamá? —me miró incrédula.

—Que te lo cuente ella, renacuaja —le comenté mientras Molly sacaba la tarta de la nevera y se la enseñaba.

—Es para el postre y sí, conocí a su madre. Era la mujer más elegante y distinguida que pasó por el rancho. Si le soy sincera, el día que su hermana Tiffany apareció por aquí, yo…

—Molly, esa tarta tiene una pinta estupenda. Tendrás que darnos la receta —la interrumpí porque temí que dijera algo inconveniente, como que yo podría haber sido la moradora del rancho Miller, cuando lo cierto es que Ylenia permanecía ajena a todo.

A mí me sobraban motivos para odiar a Derek, por lo que permanecer allí me suponía un sacrificio que llevaba a cabo por mi hermana, pero eso no era algo que deseaba que ella supiera.

Ylenia, dada su edad, iba un poco a su bola y no se percató para nada de la envergadura de la conversación, de manera que se limitó a oler la tarta y a mirar el reloj para ver si ya era la hora del almuerzo.

—Molly, he visto mucha gente en el jardín, pero parecen operarios que preparan todo lo relacionado con la boda, ¿y el resto de los invitados? —le pregunté porque no me parecía verlos por ninguna parte.

—Irán llegando en los siguientes días, ustedes han sido las primeras en hacerlo. Y, si me permite decirlo, yo estoy súper encantada de que así haya sido —me comentó.

Me quedé un poco cortada. La formalidad de mi familia era legendaria, pero haber llegado las primeras me parecía excesivo.

—Vaya, así que las primeras…

—Sí, tendrán ocasión de almorzar con la señora Kate, ella está deseando conocerlas —me comentó, enarcando una ceja.

Entre Molly y yo siempre hubo mucha complicidad. Podría haberme equivocado, pero juraría que no. Por su forma de decirlo y por el gesto que adoptó, me pareció seguro que Kate no estaba al tanto de nada, y que para ella solo éramos unas viejas conocidas de la familia.

—Yo también tengo ganas de conocer a la novia —añadió Ylenia, quien en realidad de lo que tenía ganas era de almorzar y de catar la aludida tarta,

pero contaba con unos modales exquisitos. Eso sí, en público, que a mi hermana en privado se le soltaba la lengua y podía cascar cualquier barbaridad, aunque yo nada podía echarle en cara, porque también era mordaz llegado el caso.

—Es una chica encantadora —murmuró, aunque con cierta pena.

Yo lo entendí muy bien. A Ylenia se le iban todas, pero Molly y yo hablábamos el mismo lenguaje. A ella le habría gustado que yo fuese la nueva señora Miller, así me lo hizo ver en su día, pese a que yo no era más que una niña.

—Me alego de que así sea —murmuré yo también condescendiente.

—¿Y cómo es? ¿Seria, divertida? Amable ya lo supongo, por lo que acabas de decir, pero no sé si se lo tendrá un poco creído por haberle echado el lazo a Derek Miller, que es un pez gordo.

—Ylenia, por favor —le pedí negando con la cabeza porque no deseaba que Molly pensase que era una descarada a la que habíamos criado medianamente salvajada.

Lo que ocurrió en ese instante, eso sí que hizo que mis mejillas se tiñeran de diversos colores, todos ellos relacionados con el granate.

—No, no creo ser ninguna engreída, y me encantará que me podáis conocer para darme la razón. Sois las hermanas Green, ¿verdad? Derek me

ha hablado mucho de vosotras —nos comentó una chica de mi edad, con aspecto francamente encantador e innegable belleza.

—Sí, esas somos nosotras —le contesté entre dientes porque el apuro que sentía era del tamaño de una catedral.

—Yo soy Kate, y me parece fabuloso que hayáis llegado las primeras, así podremos disfrutar de un almuerzo de chicas. Derek no llega hasta esta noche —nos comentó—. Si me disculpáis, voy a cambiarme y bajo en nada.

Asentí con la cabeza porque las palabras apenas me salían del cuerpo.

—¿Cuándo aprenderás a mantener tu lengua en su sitio, Ylenia? ¿Has visto la que has podido liar?

—¿Qué he liado? Pero si no ha pasado absolutamente nada. Además, que, seguro que ella sabe que es una suertuda de libro y, como parece buena gente, no nos lo ha querido restregar por la cara.

—No estoy yo segura de que tenga tanta suerte, la verdad…

—¿Y eso por qué? Yo apenas recuerdo cómo era Derek, pero partidazo seguro que sí.

—Por favor, Molly, ¿no tendrás por ahí algún tipo de bozal o algo que pueda hacerla callar? Un mismo paño de cocina me valdrá para

amordazarla.

—¿Y quedarme sin probar la tarta? Antes me como el paño a trocitos, fíjate lo que te digo —me indicó volviendo a olisquearla.

Capítulo 6



No había elegido mal, eso estaba claro. Derek no debía ser tonto, solo egoísta.

Kate era una chica preciosa, con un cuerpo impresionante. Pelirroja y de ojos verdes, exhibía una bonita sonrisa que, para colmo de mis males, no se le borraba del rostro.

He de ser justa. Yo no le deseaba ningún mal y a él le odiaba. Pero cuando la veía como su futura esposa, algo en mi interior se removía porque hubo un día, en otra vida, en otra que viví muchos años atrás, en el que yo soñé con ser la esposa de Derek Miller.

El tiempo era fantástico y almorzaríamos en el jardín. Por mucho que me esforcé por ver si había alguien más que pudiera unirse a la reunión, constaté con desesperación que no sería así.

Mi hermana y yo llevábamos sendos vestidos de punto, muy monos y fresquitos, ideales… Al menos nuestra ropa, la de una vida pasada en la que también contamos con poder adquisitivo, esa pudimos conservarla.

Kate llegó con un floreado vestido de cóctel. Me jodía reconocerlo, pero era la novia perfecta, no podía venir más bonita. Además, su sonrisa parecía llegar incluso antes que ella a la mesa.

Se la notaba pletórica, feliz, encantada de la vida… Kate estaba viviendo un sueño. Un sueño que un día creí que me pertenecería y que ella, eso sí, no me había arrebatado para nada, yo había de ser justa.

—Así que las hermanas Green, perdonad que haya tardado un poco más de la cuenta, pero es que Derek me ha llamado. Es tan detallista —nos indicó.

De nuevo he de ser justa porque no sería lógico que observara con lupa todo lo que ella hiciera y que lo mirase desde el prisma del rencor. Kate no era en absoluto pretenciosa y lo dijo con toda la naturalidad del mundo.

También he de ser lógica. Ella no parecía saber nada de lo que compartimos Derek y yo, ya que a esa sanguijuela no le interesó contárselo, por lo que para nada podía pensar que cualquiera de sus comentarios pudiera molestarme.

—Así que detallista, dicen que guapo, rico y encima atento, ¿cómo lo has cazado? —le preguntó con sorna Ylenia y yo, que acababa de dar un sorbo a

una copa de vino que nos habían servido, estuve a punto de duchar a Kate, a la que teníamos delante.

—Qué va, si eso es lo mejor… Me ha cazado él a mí, yo no tuve que hacer nada —le aclaró ella.

—O sea, que es de cuento. Pues nada, tú a vivir tu boda de cuento y a ver si al resto se nos soluciona también la vida, porque vaya percal —insinuó ella.

Mi hermana llevaba unas sandalias con los dedos fuera, por lo que notó mucho más el pisotón que le arreé en esos momentos, uno con todas mis ganas, ¿cómo le podía decir eso a Kate? Yo tenía orgullo para dar y regalar y, aunque estábamos allí por interés, no deseaba que se supiera.

—¿Qué percal? Me tenéis que perdonar, pero es que no estoy al tanto…

—Nada, nada. Mi hermana, que ya se ha tomado media copa de vino y se pone piripi de momento, tú ni caso, preciosa. Mejor nos cuentas los detalles de tu boda.

Se lo dije pensando que me apetecía más que me clavaran alfileres en las uñas, porque de la boda no quería ni escuchar hablar, pero todavía sería peor que mi hermana le diese a la lengua y nos dejara en evidencia a las primeras de cambio.

—Pues chica, que estamos arruinadas —le soltó pese a que su cara de dolor por el pisotón no la pudo disimular. Más fuerte le tenía que haber dado, para que se le quitaran las ganas de hablar.

—¿Arruinadas? Ay, pobres, pero si eso debe ser terrible. Es normal que me lo cuentes con esa carita de pena, normalísimo —le dijo porque las bolas de los ojos sí que las tenía un poco salidas a consecuencia del susodicho pisotón.

—Bueno, tan terrible tampoco es. Lo único es que yo soy muy buena amazona, y mientras no encuentre patrocinador y caballo… Es que ahora mismo no puedo ni entrenar, chica. Y quería participar en el Derby de Kentucky, mira tú qué plan…

—Pero en eso Derek podrá ayudarte, yo estoy segura —le comentó en el plan más altruista del mundo. La chica era buena, eso se notaba.

—¿Tú crees? —A mi hermana los ojos le hicieron chiribitas porque no había nada en el mundo que le provocara mayor ilusión.

—Pues claro que lo creo. Tu déjame, que yo ya le comento. Además, que a él le gusta sacar lo mejor de la gente, suele quedarse con lo bueno de cada persona…

Y tanto que se quedaba con lo bueno: de mí se quedó con mi virginidad y con mi alegría. El tío era un verdadero artista a la hora de seleccionar con qué quedarse.

—No, no, lo siento, pero eso no podemos aceptarlo. Bastante habéis hecho con invitarnos a la boda. Verás, estamos seguras de que entre vuestros invitados no faltará quien quiera echarle un cable a mi hermana, pero Derek es un hombre muy ocupado y a él no queremos molestarle. Sería la última persona de la que aceptáramos ayuda…

—¿Ayuda? Lo dices como si fuera una limosna, Tiffany. Los caballos son su vida, nadie como él para sacar lo mejor de tu hermana. Ya lo hablaremos. Pero ahora almorcemos, quiero saber todo sobre vosotras. Mis amigas todavía no han llegado y apenas hay gente joven por aquí, ¿y si salimos a tomar algo esta noche? Derek está en viaje de negocios y no llegará hasta muy tarde —nos propuso.

—¿Noche de chicas? Yo me muero por una. Mi hermana no creas que me deja demasiado, me tiene atada con cuerda corta —rio Ylenia, que estaba ávida de fiesta.

—Yo preferiría que nos quedáramos a descansar un poco. Estos días habrá mucho jaleo en la casa y… —Traté de evitar una salida que no me apetecía en absoluto. No con la prometida de Derek.

—Pues precisamente por eso. Mira, una boda, por muy maravillosa que sea, lleva consigo mucho protocolo, y nosotras nos merecemos una noche de chicas antes. Además, que no he tenido ocasión de celebrar una despedida de soltera, ¿y si nos montamos una improvisada?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Despedida de solteras! —chilló mi hermana con los ojos brillantes como si hubiese bebido todo lo que estaba por beberse por la noche.

Capítulo 7



Era difícil de creer, pero nos íbamos de despedida de soltera.

—Hazme las planchas, que me dejas el pelo genial —me indicó mi hermana, quien se parecía mucho a mí en el color de pelo y ojos, solo que la intensidad del azul de los suyos era todavía mayor.

Las tres nos habíamos puesto de acuerdo en lucir unos bonitos *shorts* con corpiño, cada una a su estilo, pero en la misma línea. Por lo demás, también llevábamos el pelo suelto y unas cuñas en los pies para mayor comodidad, porque la noche se presentaba larga.

Por lo que nos dijo Kate, Derek llevaba unos días fuera y volvería esa noche, pero no había prisa por nuestra parte.

—Por suerte, tengo el resto de mi vida para pasarla con él, por lo que no me importa hacerle esperar hoy. Bueno, lo de toda la vida es un decir,

supongo yo… Salvo que cuando se haga viejo me quiera cambiar por otra —rio, aludiendo al típico tópico.

Yo no había vuelto a ver a Derek ni en pintura, porque en aquellos años no quise saber nada de él. Tan solo le deseaba poquita cosa: que estuviera calvo y decrépito, que la barriga le llegara a los pies como a Homer Simpson y que la cabeza la tuviera más para allá que para acá… Aunque todo eso, a los cuarenta y cinco, y siendo un dios griego de la belleza como había sido, no era demasiado probable. Aunque nunca se sabía, ¿y si le arrolló un camión? La vida te da unas sorpresas que a veces te deja como quien se tragó el cazo, la verdad, así que todo podía suceder.

Ylenia y yo ya bajábamos las escaleras cuando Kate apareció, feliz como una perdiz. Esa chica debía estar enamorada hasta la médula de su Derek, así que no era demasiado probable que estuviera hecho un adefesio, ¿o sí? Porque el amor es libre y, por suerte, los feos tienen el mismo derecho a ser amados que los guapos, o más, porque mi fallecida abuela Ramona, que era española, decía que «la suerte la fea, la bonita la desea».

De fea tampoco tenía nada Kate, porque venía que era un pincelito. Pues nada, que nos íbamos las tres.

—Podemos ir en nuestro coche, porque yo no pienso beber —les indiqué.

—Y un mojón despeinado, hoy no pararemos hasta volver las tres borrachas como piojos —añadió mi hermana, que ella sí que tenía ganas de fiesta.

Llevábamos unos mesecitos que para nosotras se quedaban y, en cierto modo, ella tenía razón porque nos merecíamos beber, cantar, bailar y hacer todo lo posible para pasárnoslo bien. Y más teniendo en cuenta que a nuestra vuelta ya estaría en casa Derek Miller, que a mí se me representaba el mismísimo demonio, con su rabo y con todo, que hay cosas en la vida que no se olvidan.

—Tu hermana tiene razón, ¡fiesta! Le pediremos al chófer que nos lleve a la ciudad.

El chófer se llamaba Harry y estuvo encantado de hacerlo. El hombre miraba hacia atrás y veía a tres locas, con muchas ganas de fiesta, porque las otras dos me la estaban contagiando. Bastante amargo sería el trago de volver a tener delante a Derek, más me valía «anestesiarme» antes de hacerlo.

Ya por el camino la fuimos liando. A ella, según nos dijo, le encantaba el grupo Scorpions y le pidió a Harry que le pusiera algunos de sus temas más emblemáticos que fuimos cantando.

—Los he visto varias veces en directo y es que me muero. La primera vez, que era muy jovencita, les tiré las bragas al escenario con tanta potra que se le quedaron a Klaus Meine enganchadas en el micrófono. No me he reído más en mi vida.

Ella cantaba y nosotras le hacíamos los coros. Vivir para ver. Lo último que esperaba yo para mi vida: de despedida de soltera con la prometida de Derek.

De pronto sonó *Still loving you* y me cayó como un mismo tiro de mierda. La letra de esa canción me hizo daño durante años y, aunque ya había olvidado ese dolor, volver a estar tan cerca de Derek actuaba como si se te abrieran de pronto los puntos de una herida que creías cicatrizada. Y eso que aún no le había visto.

Kate debió notarme un tanto extraña y me sirvió otra copa de champán. Y digo otra porque ya era la segunda.

Mi hermana me miraba, porque yo era muy estricta con ella y la bebida, pero ya había cumplido los dieciocho y no podía seguir tratándola como si fuese una cría.

Al final, terminamos las tres a voz en grito entonando una canción que a mí me estaba arañando el alma, pero a la que debía sobreponerme, como a todo lo demás.

—Yo soy más roquera y Derek más de salsa. Será porque ha pasado unos años en Latinoamérica, la última etapa de su vida ha sido un poco azarosa. Pero yo le he dicho que ya se acabó lo de dar más vueltas que un volador, que nosotros los churumbeles los tenemos ya en el rancho y que los criamos entre los dos.

Yo tenía una peguita; a mí el alcohol se me subía a la cabeza que daba gusto. Y escucharla hablar de churumbeles y de su vida en común hizo que me entrase una pena difícil de disimular.

—¿Qué te pasa a ti, guapísima? —me preguntó Kate, quien no podía ser más simpática, con un carácter realmente arrollador.

—Que no encuentra a su príncipe azul, y que ella dice que ni puñetera falta que le hace, que pasa de las perdices, pero en realidad le gustaría comérselas. Ese es el resumen —se lo hizo mi hermana y la otra se tuvo que reír con su frescura, porque era realmente increíble.

—¿Con lo guapísima e ideal que eres y no lo encuentras? ¿Qué te apuestas a que aparece en tu vida antes de lo que te crees? —me preguntó.

—No, no me apuesto nada que de apuestas he quedado yo hasta la punta del moño —le indiqué porque era la verdad y porque, aunque ella no lo supiera, las apuestas habían arruinado parte de nuestra vida.

—¿Y eso por qué? —me preguntó.

—Porque nuestro padre se lo apostó todo en las timbas de póker, y a mi hermana la palabra «apuesta» le da alergia —le aclaró Ylenia—. De todas maneras, yo le he dicho que nosotras no hemos nacido para ser pobres, que yo voy a llegar a lo más alto en el mundo de la hípica.

—Muy bien, muy bien, porque yo tampoco he nacido para ser pobre, eso lo he tenido siempre claro —añadió Kate, riendo a mandíbula batiente.

—Ya, pero tú tienes la vida solucionada; te vas a casar con un rico.

—También tienes razón —siguió riendo—, pero que no me caso con él porque sea rico, sino porque me tiene que solo de pensar en él… ¡mira cómo se me pone la piel! —se la enseñó erizada—. Y no solo la piel, hay otras partes de mi cuerpo a las que les suceden unas cositas —rio.

—Ya me lo imagino. A mí, cuando me gusta un chico, es que…

—Ylenia, por Dios, al saber lo que vas a soltar por la boca, ya nos lo podemos imaginar —le pedí prudencia.

—Que chorreo, si tú ya lo sabes, pues lo mismo que ella con Derek. El problema es que tú no pareces saber lo que es eso, y no sabes lo que te pierdes.

—Ylenia, que lo dices como si tu hermana fuese frígida, y seguro que ha estado con más de uno que la ha puesto… Pues eso, la ha puesto que se ha podido hasta resbalar, ¿o no, Tiffany?

Por toda respuesta, le sonreí. Si ella supiera quién me había puesto a mí así en su día, igual ya le hacía menos gracia la reunión.

Llegamos a la discoteca y he de decir que Kate sabía dónde nos llevaba. Se había informado bien. Ella no era de Ohio, pero ya llevaba un tiempo allí, aunque según nos contó, tampoco tanto.

—Si es que lo nuestro ha sido visto y no visto, en unos cuantos meses nos hemos conocido, nos hemos enamorado, ¡y nos casamos! Yo llegué aquí para trabajar en una campaña publicitaria como modelo, para una temática de caballos… Y allí estaba él. Que me aspen si había visto unos ojos oscuros tan intensos e infinitos como los suyos. Fue verle y saber que me había enamorado. Me gustó tanto que pasé por alto hasta que no le molara demasiado el rock, cosa que me parecía imperdonable en un hombre hasta ese momento. Ay, si es que mi Derek…

A mí aquella primera copa se me estaba atragantando, de manera que preferí salir a la pista a bailar. Yo bailaba lo que me echasen, aunque me llamó la atención que en aquellos años en los que pasé separada de Derek también había tomado clases de salsa, así que se ve que nuestros gustos siguieron los mismos derroteros.

Ylenia se me unió enseguida, lo mismo que Kate, y las tres nos compenetramos cantidad bailando. Nos encantaba bailar, y lo hacíamos con suma sensualidad.

Varios chicos se nos acercaron y estuvieron bailando con nosotras. Ylenia les daba carrete, mientras que tanto Kate como yo íbamos más a nuestra bola.

Copa a copa, se nos iba soltando más la lengua.

—Ella es que se casa en unos días, se ha empeñado en ahorcarse. Porque todavía no lo sabe, pero más que un hombre, ha escogido una cuerda —les explicaba yo a los chicos que se empeñaban en invitarnos.

—No le hagáis ni caso, mi Derek es el mejor hombre del mundo entero mundial —respondía ella sin darle importancia a mis palabras, puesto que el alcohol ya estaba haciendo estragos en ambas.

Mientras, Ylenia, también con más de una copa de más, parecía muy acaramelada bailando con un chico.

—Pero si es Hayden —me decía Kate mientras lo miraba—. Es eso o que ya estoy un tanto perjudicadilla. Pero no, es Hayden.

—¿Y quién es Hayden? —le pregunté porque yo la vida de mi hermana la seguía de cerca.

—Es un chaval estupendo, el encargado de las cuadras, ¿no os lo habéis cruzado en el rancho?

—Hoy es que apenas nos dio tiempo de nada. Después de almorzar nos echamos un rato y… Es que, si la dejo ir a las cuadras, no hay quien la despegue de los caballos. Todavía estaríamos allí, y nos estaríamos perdiendo estas copas y…

—Y las miradas que te está echando aquel tío también, anda que no tiene un repaso —me dijo mirando a uno, que debía rondar los cuarenta, y que levantó su copa cuando vio que sus ojos y los míos se cruzaban—. El asunto es que me resulta conocido, pero ni caso me hagas, porque ya voy pedo y me sucede como con los gatos, que por la noche todo son pardos —me decía ella entre risas.

Nos lo estábamos pasando fenomenal porque canción a canción, copa a copa, yo me iba olvidando de que Kate era la prometida de Derek y de que allí habíamos acudido a su boda. Y también me había olvidado de que, una vez que llegáramos al rancho, él ya nos estaría esperando allí y me tocaría encarar un encuentro que llevaba toda la vida deseando evitar.

Capítulo 8



Llamamos a Harry para que nos recogiera a la salida de la discoteca.

Derek no debía ser un hombre celoso y tampoco alguien a quien le importase que su prometida se divirtiese sin él, porque lo estaba demostrando con su actitud.

A mí no me extrañaba nada de eso, porque yo en realidad lo tenía por un tipo egoísta a quien más bien debía importarle un comino todo lo que no tuviera que ver con su persona y con sus negocios.

El Derek verdadero debía ser la antítesis del tipo del que un día me enamoré. Yo lo percibí, desde mi distorsionada perspectiva juvenil, como un tipo apasionado y entregado, como alguien capaz de amar y darlo todo por la mujer a la que le regalase su corazón, aunque la realidad me demostró que ese no entregaba ni sus mocos.

La sorpresa llegó cuando el coche paró delante de la discoteca y no fue Harry quien lo condujo, sino él, aquel demonio hecho hombre que se puso al volante en una noche en la que el alcohol lo cambiaba todo para mí.

Debía ser eso, que el alcohol no me dejaba ver con claridad. Lo digo porque le vi todavía mucho más guapo de lo que le recordaba, y eso no podía ser, ¿cómo iba a ser? El tiempo no le podía haber tratado así de bien, entre otras cosas porque él no se lo merecía…

Su sonrisa, esa sonrisa que siempre lució con tanta seducción, era todavía más atrayente. Sus labios, esos que lucían lo que llaman «el arco de Cupido», muy marcados, parecían más hidratados que nunca.

Su pelo, algo más corto que antaño, aparecía intacto, sin una sola entrada, luciendo una mata de oscuro y brillante cabello por la que se pasó una mano, sacando el suspiro de más de una chica de las que en ese momento salían de la discoteca.

En cuanto a sus ojos, que siempre me parecieron muy vivos, aún daban la impresión de serlo más, con una blancura impresionante que contrastaba con la oscuridad de su iris.

Apenas ninguna marca de expresión en su rostro denotaba una genética heredada sin duda de su madre, de quien había alguna fotografía en el rancho. Yo no la conocía en persona porque en la época en la que me lie con Derek ya se había divorciado de su marido y había contraído segundas nupcias con un austríaco con el que se afincó en Viena.

Lo que no podía haber cambiado, lógicamente, era su altura… Con sus casi dos metros de alto, estaba próximo a dar con la cabeza en el techo del coche. Tampoco parecía haberse relajado en cuanto a su complexión física, puesto que siempre fue muy deportista, y la camisa que mostró al bajar del coche para recibirnos indicaba unos bíceps que muchos los quisieran para sí.

La cara de mi hermana Ylenia, que iba un tanto borrachina, no tuvo desperdicio.

—No me habías dicho que estaba más bueno que el helado de chocolate, pillina —murmuró por lo bajini y yo la quise matar, aunque ya Kate lo acaparaba dándole un beso y ninguno de los dos escuchó el comentario, por suerte.

A continuación, se acercó a mí, mirándome con rostro serio, como temiendo mi reacción.

—Me alegra mucho que estés aquí, no sabría si vendrías —me dijo cuando, sin darme oportunidad a zafarme, me envolvió con sus fuertes brazos.

La última vez que sentí el calor de esos brazos le amaba con toda mi alma. Le amaba tanto como le odiaba en aquel instante en el que me habría liado a patadas con él, y me habría quedado sola.

No podía hacerlo porque yo había llegado hasta allí con un cometido y no podía fallarle a mi hermana. Si levantaba la liebre era posible que la misma Kate me expulsara del rancho a patadas y yo acabase con la última oportunidad que tenía Ylenia de remontar en su carrera.

—Hola, yo soy Ylenia, ¿de mí no te acuerdas? —le dio un toque en un brazo mi hermana, atrayendo su atención.

Yo agradecía al cielo que ella interviniese porque estaba al borde del síncope. Siempre me había imaginado que, si alguna vez me lo encontraba, le haría un traje nuevo poniéndole de todo lo más malo del mundo, pero jamás imaginé que tuviera que morderme la lengua como lo estaba haciendo en aquel instante.

—Claro que me acuerdo de ti. Eras muy pequeña la última vez que te vi y ahora… Ahora mírate, te has convertido en una mujer guapísima, como tu hermana —le indicó.

Pese a que el alcohol tenía mermadas mis facultades en parte, todavía pude lanzarle un incendiario rayo con la mirada. Ylenia tenía dos años menos de los míos en el momento en el que nos liamos. Y si a él le daba por mirarla con esos ojos… Yo es que se los arrancaba.

—Bueno, creo que será mejor que nos vayamos al rancho, todas estamos muy cansadas —comenté con la más fingida de las sonrisas. Cuánto me iba a costar disimular delante de Kate…

—Me parece bien. Y otra cosa, muchas gracias por acompañar a mi prometida esta noche. Estaba preocupado por dejarla sola y ahora veo que ha disfrutado de la mejor compañía.

Era un cínico y yo no. Me iba a costar la misma vida no contestarle en ese momento, pero tendría que hacer oídos sordos a sus provocaciones, porque para mí que todo lo estaba diciendo para eso; para provocar.

Le odiaba, odiaba a Derek Miller con toda la fuerza de mi corazón, y el hecho de tenerle así de cerca me estaba produciendo hasta picores. No lo digo metafóricamente, me habría rasgado, rascándome, esa piel que estuvo en contacto con la suya mientras me dio aquel improvisado abrazo.

Yo solo quería llegar, desmaquillarme y acostarme hasta la mañana siguiente. Y, a poder ser, tachar un día del calendario. Ya quedaba uno menos para la boda y, después de ella nos marcharíamos, a poder ser, con un buen patrocinador para mi hermana.

Nuestro destino era incierto, no puedo decir otra cosa, pero yo tenía muy claro a dónde quería ir; lejos de Derek Miller.

Por el camino, y por fortuna, Kate le fue hablando en todo momento, sentada a su lado. Esa chica debía estar loquita por él, aparte de que ya de por sí charlaba por los codos.

Por lo visto él apenas se había ausentado un par de días del rancho, pero ella le estaba contando todos los pormenores de lo sucedido en relación con

la boda como si viniese de dar la mismísima vuelta al mundo.

El camino se me haría muy largo, porque permanecer en el habitáculo de un coche junto a él no era moco de pavo para mí. Yo necesitaba más distancia y, a poder ser, no respirar el mismo aire que Derek.

Sí, definitivamente se me haría muy largo, más que nada porque enseguida entendí que Ylenia no debería haber beber tanto y que nos daría el camino de vuelta bien dado.

—Para la noria, Derek, te lo pido por tu vida —le rogó desde el asiento trasero con unas náuseas que eran más grandes que ella.

—¿Qué dices de noria? ¿Estás bien? —se volvió él.

Yo no podía evitar hablarle con sarcasmo, vale que no le mostrara delante de su novia el asco y el odio que sentía hacia su persona, pero tampoco podía comportarme como si nada pasara.

—Sí, sí, está estupendamente. Ella es que, cuanto mejor está, más vomita —le indiqué con un hipido que le dio a entender que sobria, lo que se dice sobria, tampoco es que estuviese yo.

—Que pares la noria, por favor. O la montaña rusa, que no sé dónde me has subido.

—Ay, qué graciosa es, yo te nombro una de mis mejores amigas «en el nombre del Padre, y del Hijo…»—comenzó a hacer la señal de la cruz Kate, que era católica e iba pasada de copas también.

Hablando de catolicismo, a mí casi que tienen que practicarme un exorcismo de urgencia allí mismo, porque mi hermana no estaba bien, y yo estaba peor, aunque por otras circunstancias.

Enseguida, él se echó a un lado de la carretera y corrió a abrirle la puerta. Yo pensé que de tonto no tenía un pelo (por mucho que conservase todos los de su cabeza) y que no quería que ella le vomitase dentro del coche (aunque no sería él precisamente quien tuviese que limpiarlo, que para eso podía enterrarse en billetes).

Lo confieso, mi malévola cabeza borrachina pensó en eso de que estuviese «enterrado» y me salió una malvada sonrisilla que él detectó. Menos mal que no sabía exactamente a qué obedecía, porque de otra manera habría sido muy fácil que me sacara también a mí del coche y me dejase más tirada que a un pobre perrito en una gasolinera.

Mi hermana estaba que no se tenía de pie. Yo había bebido y, mientras lo hacía, no controlé que a ella también se le estaba yendo la mano. Ylenia no estaba acostumbrada y las náuseas la estaban matando.

Derek fue muy cuidadoso y casi que la sacó en brazos, algo que a mí me escamó y le estuve vigilando de cerca, que yo ya sabía cómo se las gastaba, y que a mi hermana no se la jugaría como me la jugó a mí.

Diréis que él se iba a casar y que cabía la posibilidad de que hubiese cambiado, más cuando Kate parecía ser la mujer perfecta, a lo Cameron Diaz en *La boda de mi mejor amigo*, solo que en versión pelirrojilla y un poco más revoltosa. Pues me da igual, no me fiaba.

Yo bajé de un salto del coche y no pude evitar decir lo que dije:

—Aparta tus zarpas de ella si no quieres que te las corte —murmuré mientras, al mismo tiempo, le dirigía una sonrisita a Kate, que estaba dentro del coche, con la intención de que no supiera de qué iba el tema.

—Tiffany, solo quiero ayudarla. Parece muy perjudicada y con ganas de vomitar…

—¿Y te extraña? Te acaba de ver, yo también las tengo —añadí con mayor ironía aún, porque no lo soportaba, es que no soportaba el tenerle delante.

—Sé que debes odiarme, pero no creo que este sea el momento ni el lugar…

—Cualquier momento y lugar es bueno para odiarte, de eso no te quepa la menor duda, ¿estamos? Y ahora, entra en el coche con tu prometida, mi hermana va a echar la pota y no creo que te agrade que les quite el brillo a tus zapatos de ricachón.

—Eso me daría exactamente igual…

—Pues a mí no. No quiero deberte nada, así que lárgate…

—Por favor, ¿os podéis callar? Es que siento como si me martilleasen en las sienes y…

Ylenia no pudo decir nada más. A lo justo di un salto para atrás, como si estuviese en una clase de zumba, y evité que mis sandalias quedaran perdidas.

Yo no había calibrado lo que bebió esa niña hasta que lo vi salir de su cuerpo. Ni ella ni yo éramos bajitas, ya que rondábamos el 1,80, pero aun así de allí salieron cubos de alcohol.

—Es que Hayden es muy simpático y me ha invitado a unas copas. Bueno, en realidad él no quería que bebiera más, yo le birlaba las suyas —me confesó.

Ella no era muy de hablar de chicos cuando acababa la fiesta, y menos cuando siempre me reprochaba que yo no le contaba nada de mi vida privada, pero aquella noche lo hizo, puede que fruto de la cogorza.

—¿Hayden ha permitido que te pusieras así? —le preguntó Derek desde el interior del coche, demostrando que el oído tampoco lo había perdido.

—Oye, al chaval no le vayas a decir nada, que todos estábamos de fiesta —le indiqué respecto a ese empleado suyo que debía rondar los treinta, como yo.

—¿Tú siempre fuiste tan mandona? —me preguntó él mientras Kate parecía dormirse en el asiento del copiloto.

—Siempre no, me volví con los años. Ya sabes, me dieron un palo y, en vez de quedarme tonta, me volví lista. Ojalá lo hubiese recibido antes, y entonces me habría ahorrado el actuar como una estúpida.

—Por favor, Tiffany —Me señaló a Kate, como temeroso de que ella supiera el gusano que tenía por prometido.

—No te preocupes, si ella está dormida. Lo está ahora y lo está en todos los momentos, porque vive un sueño. El problema le llegará el día que se despierte, pobrecita. No quisiera yo estar en su pellejo…

Mi hermana me miraba y, pese a la borrachera, enarcaba una ceja como tomando nota de todo. Finalmente, los vómitos cesaron y pudimos continuar la marcha.

Llegamos al rancho y Kate se despertó.

—Me voy a la cama, amor, te espero allí. No puedo con mi vida, no sé lo que me pasa —le dijo, como ignorando que nos habíamos bebido hasta el agua de los floreros.

—En breve voy yo, cariño…

«Amor», «cariño», a mí me daría allí una subida de azúcar, y sin ninguna necesidad de que fuera a consecuencia de las tartas de Molly, que esas estaban de vicio.

Yo le di un toquecito a mi hermana y menos mal que no soy demasiado aprensiva, porque por su respuesta parecía que su estado era incompatible con la vida; no se le movía ni una pestaña.

—Tendré que cogerla en brazos y llevarla a vuestro dormitorio —me indicó Derek.

—Pues mucho cuidadito por dónde la coges o te encuentras con una denuncia antes de decir amén, que te conste.

—Por favor, Tiffany, ¿tan depravado me crees? —me preguntó con una mueca de horror en su cara.

—Qué va, te creo mucho peor. Ni que fuera la primera vez que seduces a una jovencita para dejarla luego en la estacada.

Yo tenía ganas de pegarme en la boca. Cuando decidí aceptar la invitación de boda de Derek, era más que consciente de que la bilis se me saldría cada

vez que le mirara a la cara, pero también me prometí que dejaría la lengua guardada en su cajita.

Hay promesas que se hacen y que no se pueden cumplir. Y, si encima las riegas con alcohol, las cosas se complican mucho más.

—Por favor, sé que debes odiarme, pero déjame que haga las cosas bien por una vez en la vida —me pidió.

—¿Hacer las cosas bien? ¿A quién quieres engañar? Tú no tienes ni puta idea de lo que es eso —me salió así de grosero y no traté de enmendarlo.

No soy de tacos, nunca han ido con mi personalidad, aunque no censuro a quienes los sueltan con gracia. No es mi caso, porque además lo solté con total amargura, cuando lo cierto es que prefería guardar silencio.

Él obvio mi comentario, entendiendo que no era momento ni lugar, además de que yo no estaba en condiciones de discutir.

Con sumo cuidado, tomó a mi hermana en brazos. Yo lo vigilaba, y así se lo iba diciendo.

—Mucho cuidadito porque no sé lo que te hago —le indicaba a cada paso que daba.

—Pero si es una niña, por favor —suspiraba él.

—Tiene dos años menos de los que yo tenía cuando tú… Cuando tú me desgraciaste la vida —le solté y de nuevo me dieron ganas de pegarme porque yo no quería seguir con la misma cantinela todo el tiempo y no lo podía evitar.

—Siento habértela desgraciado, no sabes cómo lo siento.

—¿Sentir tú? ¿Pretendes que me parta de la risa? Tú no has sentido nada en tu puñetera vida ni lo sentirás. Para sentir hay que tener corazón y tú eres un extraño caso de la naturaleza, porque estás vivo, pero careces de él.

Sí que se le veía vivo, aunque no con ganas de combatir. Por alguna extraña razón no me estaba plantando cara y eso como que me enojaba. Digamos que yo sí que tenía ganas de gresca, y aunque sabía que debía contenérmelas, no podía y me fastidiaba que él no entrara al trapo.

Llegamos al dormitorio y noté cómo me miró en ese momento. Sin duda, también se le pasó por la cabeza que allí sucedió todo, como me había ocurrido a mí por la mañana. Solo que él debió recordarlo desde otra perspectiva: desde la asquerosa perspectiva de quien ha elegido una víctima y se tira sobre ella para aprovecharse hasta de su tuétano.

Yo creía en el karma. Pensaba que el karma lo ponía todo en su lugar, pero en los últimos tiempos estaba llegando a dudar de ello.

¿Qué se le pasaba al karma por la cabeza cuando él seguía viviendo como un rey y encima se iba a casar con una chica estupenda como Kate?

Sin embargo, a mí la vida no me había sonreído: no pude volver a competir, mi padre lo perdió todo, después se suicidó y, para colmo de males, tuve que acudir al único tipo en el mundo al que odiaba.

Se me quedó mirando y yo le miré a él. Traté de contener la lengua una vez más, pero me resultó absolutamente imposible.

—Aquí perpetraste tu fechoría, espero que te mereciera la pena porque a mí me destrozaste la vida —sentencié y un hipo sirvió de punto final a la frase. Demasiado alcohol en sangre como para poder seguir el plan concebido de no echarle nada en cara y lograr mi propósito de que alguien de su entorno ayudase a mi hermana.

—Ojalá no lo vieras así—murmuró.

—Ojalá no lo hubieras hecho y no tendría que verlo así, ¡vete de aquí! —le ordené porque de pronto me puse demasiado nerviosa, con ganas incluso de cruzarle la cara.

Darle un buen par de guantazos no arreglaría nada y solo lograría que terminara por echarnos de allí. Ylenia solo me tenía a mí y debía ser capaz de contenerme, aunque me costaría un mundo… Aunque un mundo quería a mi niña y por ella trataría de hacerlo lo mejor posible.

Capítulo 9



Caí rendida en la cama. Fueron demasiadas las emociones que viví a lo largo del día y encima el alcohol no ayudó.

Ylenia se despertó una media hora después que yo, ya por la mañana. Durante ese ratito en el que no abrió los ojos estuve meditando. Iba a necesitar mucha fortaleza mental para poder ejecutar mi plan y aguantar allí hasta el día de la maldita boda.

Mi hermana se desperezó y me habló.

—No me vayas a taladrar, que bastante lo está haciendo ya el tipo que me está dando con todo el taladro en la sien —me pidió con carita de estar en las últimas.

—Te pasaste, nena, pero nada puedo reprocharte. Yo debí estar más pendiente y no lo hice. Anoche te fallé, te prometo que no volverá a ocurrir —le dije dirigiéndome hacia ella y dándole un beso.

—Tú no me fallaste, a ver cuándo te lo metes en la sesera. No eres mi madre, Tiffany, eres joven y tienes tu propia vida, ¿cuándo aprenderás a vivirla? Y mira que no quiero entrar en profundidades, que la cabeza me duele demasiado.

—Mi niña, sé que soy joven, pero solo me tienes a mí. Nos hemos quedado muy solas en la vida…

—Vale, solas, pero en pie de igualdad. No tienes que cuidar de mí todo el rato. También tienes derecho a divertirte y si, mientras, yo me meto en líos, ya saldré, ¿o es que tú nunca te metiste en líos con mi edad?

—Sí, en algún que otro lío me metí —le confesé sin darle detalles porque era lo último que deseaba hacer en el mundo. Yo no estaba dispuesta a que ella supiera de mi historia con Derek, ese era el capítulo más oscuro de mi vida y así debería seguir siendo. Punto final.

—Oye, poco me hablaste de lo bueno que está el tío —rio y en ese momento cayó en que la risa le provocaba mayor dolor de cabeza, por lo que desistió enseguida.

—¿Y qué si lo está? ¿A nosotras qué más nos da eso?

—Pues nada, pero que te lo podrías haber quedado en su día, tonta, que el tío está para coger un tarro de nata e inventar con él un postre nuevo.

—¿Y a ti de dónde te salen esas pervertidas ideas? —los pelos se me pusieron de punta solo de pensarlo, porque no quería ni que pensara en él como un hombre.

—Y yo qué sé, también estaba para babear el otro, el tal Hayden, con el que estuve bailando —me recordó.

—Eso ya está mejor, mucho mejor —le indiqué.

—¿Y por qué? —rio ella.

—Porque Derek se va a casar y podría ser tu padre.

—Ya, en eso tienes razón, aunque Hayden también tiene sus añitos, no creas. De mi edad no es…

—No, es de la mía, mucho más cercana a la tuya. Y un chico monísimo, además es el jefe de las cuadras y estará deseando enseñártelas, ¿te lo comentó él?

—¡¡Sí, es verdad!! —De pronto se sentó y elevó el tono con entusiasmo, no recordando que eso le haría mal a su dolorida cabecita.

—Cuidado, cariño —Le puse con mimo la almohada debajo de ella y la tumbé un poquito, para que fuese mejorando poco a poco.

—Es que tengo muchas ganas de ver las cuadras y Hayden me prometió que me las enseñaría él mismo. Flipó cuando supo que estábamos aquí alojadas, en el rancho, y que éramos las invitadas de Derek.

—Me alegro, cielo. Poco a poco irás haciendo conocidos en el mundillo, ¿sabes que vas a llegar muy alto?

—¿Y tú sabes que no podría hacerlo sin tu ayuda? Aunque si te digo la verdad, me estoy quedando un poco atrás. No puedo entrenar y voy perdiendo destreza cara al *Derby* —me hizo ver con pena.

—Seguro que eso tiene fácil arreglo. Mientras no tengas patrocinador ni caballo, Derek te dejará montar uno de los suyos. Eso dalo por hecho.

—¿Tú lo crees?

—Yo lo creo, cariño, a mí me debe una. Y no me preguntes nada más porque no te voy a contestar —le advertí de antemano.

—Luego quieres que yo te hable de mi vida, cuando tú te lo callas todo sobre la tuya. No sabes lo que eso me fastidia —me comentó.

—Menos fastidio y a ponerte bien. Cuanto antes puedas levantarte, antes verás las cuadras. Eso sí, hoy no podrás montar, no estás en condiciones y podrías caerte. Eso es inamovible, una mala lesión puede acabar con tu carrera para siempre —le advertí.

—Como te pasó a ti, y fue aquí, ¿verdad? Fue en este rancho, yo recuerdo que llegó la ambulancia y que después te pasaste meses llorando, ¿lo hacías porque no podías competir? —me preguntó Ylenia.

—Sí, cariño, lloraba por eso —le dije sin querer reconocerle que no solo lo hacía por eso, sino porque me sentía ninguneada y vilipendiada por Derek en el mismo momento en el que tuve que abandonar mi carrera para siempre.

A Dios ponía por testigo, rollo *Lo que el viento se llevó*, que a mi hermana no le pasaría eso. Yo haría todo lo que fuese necesario para que ella pudiera llegar a lo más alto, para que ganase el Derby de Kentucky, toda una hazaña por la que yo habría dado la vida y que ella estaba en condiciones de lograr.

Ese mismo día volvería a entrar en contacto con sus adorados caballos. No eran nuestros, pero no consideraba tan rata de cloaca a Derek como para no dejarla entrenar en su rancho. De hecho, el habernos invitado a su boda parecía ser como una especie de desagravio por lo que un día me hizo.

Yo no le pensaba perdonar, pero sí agradecía que se hubiese preocupado por nosotras en un momento en el que fue público y notorio entre la gente del mundillo que Ylenia y yo nos habíamos quedado con una mano delante y con otra detrás. Y eso, pese a todo, era de agradecer.

Capítulo 10



Molly flipaba por la forma en la que Ylenia me llamaba desde el dormitorio, parecía que le iba a dar algo.

Mi hermana era muy impulsiva y, en todo lo referente a los caballos, es que se le iba la olla, de manera que estaba deseando tomarse un vaso de café y mordisquear una tostada con un poco de mermelada casera de la que preparaba esa mujer y que estaba para chuparse los dedos, antes de marcharse a verlos. Pero no podía ni llegar hasta allí.

—Cielo santo, es puro nervio su hermana —me dijo.

—Molly, hace mucho que nos conocemos y hay confianza, pese a que llevemos muchos años sin vernos, ¿qué le parece si nos dejamos de tanta formalidad y comenzamos a tutearnos?

—Pues que tienes razón, hija, porque yo os aprecio muchísimo a ti y a tu hermana, no me digas que tampoco vas a desayunar porque es que me hago

cruces, ¿qué le pasa a esa muchacha?

—Que muere por ver las cuadras. Ayer apenas tuvo oportunidad de hacerlo, y está como loca. Además de que anoche, bailando, conoció a Hayden… Y ahora no sé si está más loca por ver a los caballos o por verle a él, pero no puede con la resaca.

—Acabáramos. Ahora ya lo entiendo todo —rio conmigo.

—Sí, anoche fue… no sé cómo decirte Molly, pero la realidad es que estoy deseando que pase la boda y marcharnos de aquí. Por desgracia, yo no tengo el mismo entusiasmo que mi hermana por permanecer en el rancho Miller.

—Y yo puedo entenderlo, Tiffany, puedo entenderlo perfectamente. Sé que hay heridas que, pese a que parezcan haber cicatrizado por fuera, pueden seguir frescas por dentro —me dijo mientras me ponía un cafecito.

Con Molly me entendía a la perfección, porque ella formaba parte del pasado de aquella casa en la que un día mi vida cambió. Se trataba de una mujer discreta, pero de una mujer que conocía mi historia y mi sufrimiento, que fue testigo de lo que allí se coció.

—Sé que tú me entiendes muy bien, Molly, lo sé.

—Y también sé que no se puede vivir sin el perdón. Si te puedo hablar con el corazón en la mano, ya que vamos a sincerarnos, te diré que no creí

volver a verte nunca por este lugar.

—Ni yo hubiese vuelto de no ser por la necesidad. Molly, nos hemos quedado sin nada, y a mí me da igual aceptar cualquier trabajo, pero Ylenia… Ylenia puede llegar a lo más alto en el mundo de la hípica, y no es justo que se quede sin esa posibilidad porque yo me escude en el pasado y el rencor corrompa mi corazón.

—No hay rencor en tu corazón, Tiffany, no puede haberlo en el de una persona como tú, por eso sé lo que me digo.

—No, te equivocas. Yo he cambiado mucho, Molly. Ya no soy la niña inocente que un día llegó aquí. Ahora soy una mujer que a veces…

—Dilo, no te quedes a medias. Lo que tienes dentro te pudrirá el alma si no lo sacas, y tu alma debe sanar.

—Que durante años ha tenido sed de venganza, Molly, eso es lo que me ocurre. Y que encima he tenido que volver aquí, al rancho Miller, agachando la cabeza ante Derek para lograr ayuda para Ylenia.

—Sabes que solo con pedírselo… Él está en deuda contigo, no lo dudes.

—No es su ayuda lo que quiero. La aceptaré de su entorno, pero no de él.

—No seas cabezota, Tiffany, el pasado ha de quedar en el pasado. Derek ha cambiado mucho, él también ha sufrido.

—Él no conoce el significado de la palabra sufrimiento, ¿sabes lo que es sufrir, Molly? Sufrir es mirar esta rodilla y recordar que, por su culpa, nunca más pude volver a la competición. Por eso no puedo permitir que el sueño de Ylenia se vaya a pique también. Por eso no puedo permitirlo, ¿me entiendes?

—Derek no tuvo la culpa de eso. No niego que te partiese el corazón, pero no la rodilla. Tu lesión fue el resultado de un cúmulo de mala suerte. A veces la vida nos asesta un palo tras otro en el momento en el que nos las prometemos más felices. Y eso duele, mi niña…

—Tú no sabes de lo que hablo, Molly. Tú no tienes ni idea de lo que supone perder todo lo que amas de un plumazo. Aquella mañana perdí a Derek y perdí también toda posibilidad de triunfar como amazona. Me quedé sin nada, y ese es un dolor que no le deseo a nadie. Y mucho menos a ti, que eres una mujer increíble —le comenté.

—¿No sé de lo que hablo? Hace muchos años, muchos antes de conocerte, mi marido me trajo en coche a trabajar con mi hijo pequeño en el asiento trasero. Ese día caía una lluvia de esas que lo envuelven todo.

»¿Quieres saber lo que es un cúmulo de mala suerte? Yo solía coger a diario el autobús y ese día, tanto él como yo nos hicimos los remolones al levantarnos… Ya sabes, éramos jóvenes, él libraba, y preferimos un ratito de cama mañanero más.

»Después montamos al crío en el coche y nos dirigimos hacia aquí. Cuando llegamos, le di un beso a mi niño en la frente, «hasta la noche, mi amor», le dije antes de besar a su padre. La noche llegó, pero ellos no.

»De vuelta a casa tuvieron un accidente y ambos fallecieron. Nunca volví a verlos, nunca pude besarlos más, ¿un cúmulo de mala suerte? Llámalo como quieras, pero lo mío fue irremediable.

»Tú, Tiffany, tienes una joven y preciosa vida por delante. Solo hay que verte para saberlo. No la desaproveches, no hagas esa tontería, cariño —me pidió mientras me daba uno de esos besos que ya no pudo volver a dar a los suyos.

Hay lecciones que recibes en el momento menos pensado y de la persona más inesperada, y yo aquella mañana recibí una.

Capítulo 11



Un rato después, ya que me quedé con Molly en silencio tras escuchar su triste historia, Kate entró en la cocina como el torbellino que era.

—Buenos días, Molly, tú ya sabes que te quiero, y eso que un poco más y me tienen que ensanchar la cinturilla del vestido de novia por culpa de tus postres, ¿me prepararías un cafecito? —le preguntó, tan contenta como estaba por la inminente boda.

—Por supuesto que sí, Kate, ¿qué toca hoy? ¿Prueba del vestido? Lo digo por si tengo que pedir la cuenta, aunque no lo creo porque diga usted lo que diga, no ha ensanchado ni un gramo. Está estupenda.

Yo la miré y tenía toda la razón. Derek siempre tuvo buen gusto y Kate no constituyó ninguna excepción. Estaba preciosa ya desde primera hora de la mañana, y fresca como una lechuga, en ella apenas había huellas de la resaca.

La que sí bajó arrastrándose fue mi hermana. Ella estaba mucho menos acostumbrada a beber y le costaba. La resaca se le veía de lejos, y a Molly no se le pasó por alto.

—Buenos días, Molly —Le dio un beso mi niña.

—Buenos días… Te voy a preparar una mezcla de hierbas que es mano de santo para el malestar digestivo —afirmó de la forma más elegante que pudo, porque no hace falta tener dinero para derrochar elegancia y aquella mujer que me acababa de dar una gran lección de vida tenía mucho de eso.

—¿Para el malestar digestivo? Querrás decir para la cogorza, anoche nos pillamos una buena las tres —rio Kate—. Por cierto, tengo que hacer unas compras de última hora en la ciudad, ¿quién me acompaña? —nos preguntó.

—Yo es que hoy tengo una cita—se aseguró Ylenia de contestarle rápido, de tonta no tenía nada tampoco mi hermanita.

—¿Una cita? Pillina, ¿con quién? Todavía no has llegado y ya estás ligando. Y luego decís que yo he sido rapidita con Derek —nos sonrió pícara.

—Anda ya, mujer, una cita con los caballos, eso es lo que tengo. Estoy deseando verlos, Hayden me los va a enseñar.

—Así que Hayden, me parece genial —Le guiñó ella el ojo.

—Sí, ¿qué pasa con Hayden? —le contestó ella todavía quejándose del dolor de cabeza.

—Que te atenderá a las mil maravillas, ya tiene instrucciones para hacerlo —nos dijo Derek, quien entraba en ese momento en la cocina.

Era verle y revolvérseme las tripas. Yo lo iba a pasar fatal en esos días porque siempre imaginé que el reencuentro sería fatídico, pero nunca creí que tanto.

Simplemente me di la vuelta al verle. Era la primera vez desde mi vuelta que le tenía delante estando sobria, porque la noche anterior me cogió con una interesante mezcla de alcohol en vena.

—¡Gracias, muchas gracias! —exclamo mi hermana, colmada de ilusión, como no podía ser de otro modo.

Él me miró. Parecía como si necesitase mi perdón, como si necesitase que en mi mirada apareciese menos ira de esa que yo trataba de disimular.

Quien también me miró fue Kate, que estaba deseando encontrar compañera para marcharse a que le ardiera la tarjeta. Señal de que la tenía, porque yo en la cartera ya solo llevaba telarañas.

—¿Y tú, Tiffany? ¿Qué harás tú? —me preguntó.

Yo lo único que deseaba en esos momentos era pegarme un tiro, puesto que me debatía entre irme con ella para que me recordase que eran ricos y que nosotras no teníamos donde caernos muertas, o quedarme en el rancho con Derek y echar la pota, porque no soportaba tenerle delante.

—Ella debería quedarse porque tenemos que hablar —contestó él con cierta contundencia, algo que me sentó realmente mal porque no era quién para meterse en lo que yo debía o no debía hacer.

—¿Y eso por qué? —le pregunté con un descaro que tampoco podía esconder, y eso que juro y perjuro que lo intentaba.

—Porque la carrera de tu hermana pende de un hilo y tenemos que ayudarla antes de que pase a la historia. Ya sabes lo cruel que es el mundo de la hípica. Hoy puedes ser alguien y mañana, si no han vuelto a escuchar hablar de ti, te han sustituido para los restos.

Lo que más me jodió es que tenía toda la razón. No contábamos con demasiado margen de tiempo para que Ylenia hiciera gala de sus muchas dotes como amazona, aparte de que los días pasaban y podía estar perdiendo facultades.

Como su entrenadora que era, nadie lo sabía mejor que yo, así que tuve que darle la razón, por mucho que me pesara.

—Me tengo que quedar, Kate. Te acompaño en otro momento…

—Vale, vale, no te preocupes. Y, además, que tampoco tengo mucho problema en ir sola, porque yo hablo hasta con las piedras. Ya me vais conociendo. Y más ahora, que estoy de los nervios con la boda… Es que quedan tan pocos días, en breve comenzarán a llegar el resto de los invitados y esto será el caos.

Eso era algo que me escamaba, ¿por qué nos habían citado a nosotras antes que al resto? Lo cierto es que nos vino de perilla porque ya ni casa teníamos. Por tener, lo único que yo tenía era la cabeza caliente respecto al sitio en el que íbamos a vivir a partir de ese momento, pero poco más.

Derek tenía razón y yo debía quedarme. Además, algo me decía que ya Kate había hablado con él y que no debía cogerme de sorpresa que me hiciera una propuesta. Si creía que la iba a aceptar, iba listo. Cualquier otro patrocinador me valdría, cualquier otro porque a él solo quería perderle de vista y no tenerle cerca de mi hermana, que era mi más preciado tesoro y la personita a la que más adoraba en el mundo.

Capítulo 12



Ylenia iba corriendo delante de nosotros, como niña con zapatos nuevos. Hacía tiempo que no la veía tan ilusionada, y eso me ilusionaba también a mí. Y mucho…

Derek caminaba a mi lado, en silencio. Y eso ya me hacía mucha menos gracia. La noche anterior yo le había soltado por la boca verdaderas barbaridades y me sentía regular por ello. No porque me arrepintiese, que en absoluto, sino porque ello pudiera afectar a la carrera de mi hermana.

—Se ha quedado un día bonito —le dije con seriedad, como dándole a entender que no comenzaría a tocar los tambores de guerra.

—Sí, muy bonito. Dicen que Ylenia ha heredado tu don —me espetó del tirón, sin pasar por la casilla de salida.

—No tengo ni idea de qué don hablas —esquivé su comentario.

—El de montar a caballo como ninguna otra amazona, ese, y lo sabes…

—No sé cómo montaba, no lo recuerdo. Tú te encargaste… Perdona, no debería decir eso.

—No tengo nada que perdonarte, en todo caso será al revés. Anoche me dijiste muchas de las cosas que pensabas y, si te soy sincero, prefiero saberlas, aunque duelan.

—¿Doler? Tú podrías llegar a sentir un dolor de muelas, lo demás te resbala. Ya lo demostraste en su día, así que a mí no me vengas con milongas.

—Entiendo tu rencor. Lo entiendo de veras…

—Sí, lo entiendes. Venga ya… Mira, Derek, yo prometí que me mordería la lengua, pero el problema es que llega el momento y no puedo. No puedo…

—Y yo lo entiendo. Y ya te digo que prefiero que no te muerdas la lengua. Cuando te conocí, eras tan fresca como Ylenia. No te callabas nada, y eso fue lo que me enamoró de ti.

—Vuelve a decir que te enamoraste de mí y te quedas sin dientes. Ese es el punto número uno. Y otra cosa, a Ylenia, ya te lo he dicho, no te acerques ni a un kilómetro de distancia…

—¿Por qué clase de pervertido me has tomado? Ya te lo dije anoche, y prefiero no recordar lo que me contestaste… Jamás podría mirar a Ylenia así, te lo prometo.

—A mí es que tus promesas me la traen al pairo. Yo no creo en ti ni tampoco en tus promesas. Si estamos aquí es porque en tu entorno habrá alguien que sepa ver el potencial de mi hermana y la ayude. Si no fuera por eso, ya te diría por dónde te podrías haber metido tu invitación de boda.

No estaba por la labor de ser demasiado fina con él. No me salía y no podía soportar ni su presencia. Además, verle junto a Kate era como que te obligasen a comerte una docena de ensaimadas rebozadas en miel, igual de empalagoso, y a mí me daban como arcadas.

—Es que yo no quiero que nadie ayude a tu hermana —me aseguró con tal cara dura que, por muy bonita que fuese, se la habría partido allí mismo.

—Repite eso y, ¿recuerdas cómo quedó mi rodilla cuando me caí de tu caballo? Pues no será nada al lado de cómo te dejaré una de las tuyas de una patada. O las dos, para que no haya agravios comparativos.

—Jamás he podido olvidar cómo quedó tu rodilla. Por cierto, que hicieron una maravilla con ella, apenas se te nota ni cicatriz. Y caminas como lo hiciste siempre, como una diva…

—Y tú pareces empeñado en tocarme las narices, ¿qué es lo que quieres de mí? No tienes ninguna necesidad de hacerme así la rosca. Yo no te voy a perdonar en la vida, así que me dan igual las estupideces que sueltes por tu jodida boca. En cuanto a lo de que nadie ayude a mi hermana, te prometo, y por la gloria de mis padres, que si le pones trabas en su carrera eres hombre muerto —Le hice la señal de que le cortaba el cuello.

—Tranquila, por favor —Hizo porque yo bajase la mano de ese cuello—. Lo que quiero decirte con ello es que tu hermana ya tiene patrocinador…

—¿Sí? ¿Y quién es? Porque tú no, te aseguro que te veo venir y tú no. Sé que Kate te ha hablado del tema, ella sí que es un alma cándida y pretende ayudarnos, pero yo no voy a consentir que sea a cualquier precio. No contigo detrás, antes muerta…

Mi hermana se acercó en ese momento porque, aunque hablaba con Hayden, yo eso último lo pronuncié en un tono tan airado que hizo oreja.

—¿Cómo? ¿Derek Miller quiere patrocinarme y tú te niegas? Tiffany, ¿se te ha ido la cabeza? ¿A qué estás jugando? Es a eso a lo que hemos venido, a reflotar mi carrera, ¿hace falta que te recuerde que me estoy hundiendo en la miseria y tú conmigo?

»Nos falta un cuarto de hora para que todos se olviden de nosotras en el mundo de la hípica. Tú misma has dicho siempre que este es un mundo en el que todos se pisan, ¿y vas a dejar que me reduzcan a cenizas?

»Entonces es que no crees en mí y todo lo que me has dicho siempre es mentira, ¡eres una mentirosa! —me chilló mientras salía corriendo con los

ojos bañados en lágrimas.

Nunca, y cuando digo nunca quiero decir justo eso, o sea, nunca, la había visto hablarme así. Ylenia estaba extremadamente dolida porque no entendía que yo quisiera privarla de la oportunidad por la que hubiera suspirado cualquier amazona de la época. Y yo… Yo no sabía explicarle por qué no soportaba que estuviera cerca de nosotras, ¿de veras tenía miedo de que pudiera embaucarla también a ella o era simplemente egoísmo por mi parte? Porque yo le odiaba y no soportaba verle. E igual todo eso estaba afectando, y mucho, a mi capacidad de decisión. Las lágrimas de Ylenia me dolieron tanto que sacaron las mías. Entonces miré a Derek y no pude evitar decirle esas dos palabras que a la mayoría de los mortales nos da tanto miedo escuchar: «Te odio».

Capítulo 13



Llegué al dormitorio y me encontré a Ylenia hecha un mar de lágrimas.

No voy a decir que nunca la hubiese visto llorar así porque mi padre acababa de fallecer, como aquel que dice, y mi hermana lloró lo más grande, pero también esa mañana estaba desolada, y yo con ella.

—Cariño, estate tranquila, te lo ruego. Todo se va a arreglar, te lo prometo.

—¿Estás tonta, Tiffany? Pero si es que se acaba de arreglar de la mejor manera posible y tú has dicho que no. Y en todas mis narices; acabas de renunciar en mi nombre a la mejor oportunidad para triunfar que me pudiera llegar en la vida, ¿quién te crees para eso?

Ylenia estaba hecha una furia. Tanto es así que quise darle un abrazo y que, sin la menor de las contemplaciones, me empujó. Mi hermana me adoraba, me constaba… Pero yo, por experiencia propia, también sabía que

se puede pasar del amor al odio en un solo paso, y temí que, de seguir en mis trece, corriera ese riesgo con el único ser humano que me seguía importando en la vida.

—Está bien, está bien, pequeña. Yo no creo que Derek Miller sea la mejor persona para enfocar tu carrera, pero si tú lo crees así, tampoco quiero que me acuses de por vida de no haberte encumbrado.

—Es que yo no sé lo que te pasa con Derek Miller, no tengo ni idea, pero parece que le tienes mucha inquina y que no te importa incluso llegar a fastidiarme a lo grande con tal de no tener que tratar con él. Y no es justo…

Tampoco era justo que su joven edad no le dejase ver que, si yo le odiaba como le odiaba, era por algo, pero debía entender que con esos pocos añitos uno mira su ombligo y no se para a pensar en cuáles sean los motivos que nos aflijan a los demás.

Al fin y al cabo, yo también estaba mirando mi ombligo, porque quería vengarme de él, aunque en cierto modo también quería evitarle problemas a Ylenia, ¿y si él, pese a su boda, quería seguir tirándose a todo lo que se menease? Es que no sería justo, en absoluto lo sería. Yo seguiría muy de cerca sus pasos para comprobar que no le hacía daño a mi hermana.

—Cariño, quizás haya obrado mal. Tengo mis razones para creer que Derek Miller no es el mejor candidato para ser tu patrocinador, pero si crees que será lo mejor… Tú ya tienes dieciocho años y yo no puedo seguir

decidiéndolo todo por ti, cabeza de chorlito, por mucho que me gustase —le indiqué mientras le borraba las lágrimas con los pulgares.

No la podía adorar más. Bastó con que sonriera para que yo viera de nuevo el cielo abierto y comprendiera que, pese a todo, quizás no fuera la peor de las decisiones. Por la cuenta que le traía, Derek Miller debería mirar por la carrera de mi hermana, ya que él donde ponía el ojo ponía la bala, en el mundo de los negocios… Y, por lo que yo creía, también en el de las faldas.

Salimos un rato después, cuando los ánimos se hubieron calmado. Yo me fui a hablar con Derek, delante de quien ella pasó sonriente, antes de ir a contarle a Hayden, quien le mostró una gran sonrisa igualmente.

Los miré y pensé en que hacían una parejita ideal. Se llevaban una serie de años, pero no tantos como para ser incompatibles, además de que las facciones de Hayden eran menos duras que las de Derek y eso le hacía parecer bastante más joven.

—La veo feliz, ¿eso quiere decir que aceptas? —me preguntó.

—Eso quiere decir que he tenido que tragarme lo que pienso sobre ti para no convertirla en una desgraciada. Si por mí fuera, me hubiera valido más cualquier otro patrocinador, pero tú le has puesto el caramelo en la boca y claro… Es una niña, cualquiera se lo quita. Ese es el problema; que eres zorro viejo y que sabes muy bien cómo engatusar a las niñas.

—¿De verdad me ves como a un zorro? ¿Y como a un viejo? No sé cuál de ambas cosas me ofende más, la verdad, pero bueno… Corramos un tupido velo y vayamos a ver las cuadras con ellos.

—No, deja que se las enseñe Hayden, por favor—le pedí en un tono algo más condescendiente.

—No sé si eso es bueno o malo. Cuando me pides algo por favor, creo que la que me viene encima es todavía más gorda —bromeó.

—No sé ni cómo te atreves a bromear, la verdad.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Si pudiera viajar al pasado, lo haría todo de un modo muy distinto, pero no es el caso…

—Ya, no es el caso, no. Si yo pudiera viajar jamás habría puesto los pies en el rancho Miller, y hoy no tendría que confiarte la carrera de mi hermana. Eso sí, te juro que, si le haces algún tipo de daño, en el sentido que sea…

—¿Lo de amenazarme de muerte va a ser una constante en nuestra relación? No me quejo, ¿eh? Solo es por hacerme a la idea —me preguntó.

—¿De qué clase de relación me estás hablando? Tú y yo no tenemos ninguna relación ni la vamos a tener jamás, ni siquiera de amistad. Y, además, que te vas a casar, ¿también te has olvidado ya de eso? No me extrañaría, porque vas bien cortito de memoria…

—No me he olvidado de nada. Y te prometo que lo último que quiero hacerle a tu hermana es daño. Además, que sé que me estarás apuntando con la escopeta cargada en todo momento, eso lo sé.

—Y con un misil nuclear si estuviera en mi mano, solo que no tengo ni un dólar para conseguirlo —se me escapó porque lo último que deseaba darle era pena.

—Lo sé y lo lamento profundamente. Estoy al tanto de lo sucedido con tu padre y con vuestro patrimonio. De veras que es una lástima… Él no supo mirar por vosotras.

—No creas que me falló siempre. Hubo una vez que me advirtió sobre un sinvergüenza, pero yo ni caso le hice, no se puede ser más imbécil. Lo pagué caro. Solo que ahora te paso a ti la factura. Si quieres ayudarme en algo en la vida, apoya a mi hermana y no le hagas daño —le pedí.

—Te lo prometo, te prometo que así será.

No las tenía todas conmigo, pero quise pensar que por una vez en su vida tuviera palabra. Hay quienes piensan que las personas cambian. Yo no tenía demasiada fe en ello, pero tenía que dejarlo en manos del destino… En manos del destino y en manos de Derek Miller, que era lo peor que me podía ocurrir.

Capítulo 14



Al día siguiente me desperté con un regusto amargo en la boca. La noche anterior habíamos «disfrutado» de una cena íntima para los más allegados, en la que Derek dio la noticia del patrocinio de Ylenia, ante el total entusiasmo de ella.

Quedaban muchos temas por tratar, y me lo encontré desayunando.

—Buenos días, Tiffany, ¿me acompañas? —me preguntó.

—¿Al infierno? No, gracias, ya descendí allí contigo en una ocasión y no tengo ninguna gana de hacerlo otra. Además, que ya hace bastante calor aquí en Ohio, no necesito más —le contesté.

—Me refería a si me acompañabas a desayunar, pero tú misma…

En esas llegó Kate, de lo más contenta, dando saltitos de alegría.

—¡Mi familia llega esta tarde! ¡*Habemus* cena de las grandes! Tenemos mucho que celebrar…

Faltaban pocos días para la boda y era normal que la gente fuera llegando, ya que nosotras dos éramos las únicas dos tontas del bote que llegamos antes que nadie, y es que así nos citaron; con varios días de antelación.

Yo no entendía nada, pero es que bastante caliente tenía la cabeza.

Kate, con su habitual encanto, me dio un beso que no se lo saltaba un galgo, y entonces salió corriendo.

—¡Esta noche ocurrirán cosas buenas! ¡Ya lo verás! —me chilló y yo pensé que igual nos tocaban unos cuantos millones de dólares a mi hermana y a mí, y así no tendría que bailarle el agua a Derek nunca más, aunque luego me acordé de que no jugaba y entonces entendí que lo llevaba bastante crudo.

La novia estaba exultante, de eso no había ninguna duda. O el tipo había cambiado y ella se llevó el Premio Gordo, o todavía no le conocía, y el día que lo conociera lloraría lágrimas de sangre. Yo, por si acaso, no me fiaba de él.

Teníamos muchos temas que tratar, porque Ylenia seguía sin contar con un caballo, llevaba tiempo sin entrenar, no sabíamos dónde viviríamos… Lo que se dice todo un desastre que me traía realmente de cabeza.

Derek paró de desayunar, un tanto molesto por la situación.

—Si tú no comes, yo no como —me comentó.

—Pues entonces me pongo en huelga de hambre y a ti te darán por donde amargan los pepinos. Se te acabará tanto cachondeo de musculito —le aseguré con la más maquiavélica de mis sonrisas.

—¿Tú te fijas en mis músculos? Creí que, cada vez que me mirabas, solo pensabas en diferentes instrumentos con los que torturarme.

—Eso también, que tú me sacas mi venita de Miércoles Adams y se me ocurre cada idea que para qué. Y no, no te hagas ilusiones, que yo no sé si paso más de tu culo o de tus musculitos. Y quita esa sonrisita o te la quito yo, que me pones de una mala leche que no sé describir, es algo de otro mundo.

Molly se acercó y para mí que fue para poner algo de paz. Ella debió ser psicóloga, más que cocinera, aunque también os digo que vaya cocinera que se habría perdido el mundo, porque era la mejor del globo.

—Cariño, ¿te pongo un cafecito?

A Derek le llamó la atención la cercanía y el afecto con el que me trató, y eso fue algo que le agradó. Se le notó.

—Sí, por favor, pero mira que la leche esté buena, porque por aquí la hay muy mala. No sea que se me corte la digestión y entonces resulte que me pierda la boda, con la ilusión que me hace —ironicé.

—Tráele también una de esas magdalenas que le gustan tanto —añadió Derek.

Me sorprendió que recordase el detalle de las magdalenas, porque se trataba de unas caseras que hacía Molly y que me pirraban. De hecho, yo se las hubiera pedido, de no ser porque su presencia me quitaba el hambre.

—No, Molly, no hace falta, si yo me he levantado sin apetito. Ayer me llevé un disgusto y ya sabes lo que sucede, que se cierra el estómago.

—Molly, no le hagas ni caso y tráele esas magdalenas, por favor. O dile a alguna de las chicas que se las traiga, ¿es que tú tienes que hacerlo todo?

También me gustó ese detalle; el que se fijara en que Molly estaba en todo y que quisiera descargarla de trabajo. Algo bueno había de tener, ya que era un puñetero golfo en el que no se podía confiar ni una sola pizquita, eso era así.

Molly terminó trayendo ella misma las magdalenas, y yo las miré de soslayo. En realidad, estaba deseando pillar una, pero me daba coraje dar mi brazo a torcer delante de él.

Él las miraba dentro de la bandeja y, cuando por fin me decidí a coger una, echó mano a la misma, llevándose una sonora palmada por mi parte.

—¡Toma ya! Siempre me gustó tu carácter —me confesó entre risas.

—Tú sigue provocándome. Si te parece que entonces tenía carácter, no quieras saber el que he desarrollado en estos años. Soy capaz de matar a pellizcos a un oso, con eso te lo digo todo —le solté chulilla porque a mí no me iba a dar coba.

—Está bien, no lo pongo en duda. Entonces igual no es el mejor momento para decirte que, si voy a ser el patrocinador de tu hermana, y tú su entrenadora, lo ideal sería que os quedarais a vivir aquí —murmuró.

Si le agarro la lengua en ese momento, se la arranco. Ese no se quería bien.

—Define aquí y hazlo antes de que mis nervios estallen por los aires, porque puedes salir mal parado. Te advierto que no quiero tonterías…

—Me refiero a en el rancho. Y lo digo porque no encontrarás un mejor sitio para vivir junto con tu hermana, teniendo en cuenta que, de otra forma, tendría que estar desplazándose aquí a todas las horas para entrenar, y tú con ella.

Nada más decirlo se echó hacia atrás, como temiendo que le diese tal cate que pudiera clavarle en el suelo como si fuera una chincheta. Yo, de buena

gana lo habría hecho, pero por desgracia le necesitaba. Y encima es que lo que estaba diciendo era hasta razonable.

Me explico. En el rancho Miller vivían muchas personas, lo cual no quiere decir que todos lo hicieran en la misma casa. A lo largo y ancho de sus muchos acres había distintas cabañas en las que se instalaban los trabajadores que tenían a bien vivir allí.

No es que fueran chabolas precisamente, porque todo lo que estaba dentro del rancho fue construido con mimo, incluidas esas cabañas que contaban con todas las comodidades.

En su día, cuando pasara la boda, mi hermana y yo podríamos ocupar una de ellas. La idea no sería mala si no fuese porque a mí ya se me hacía lo bastante cuesta arriba el tener que pasar muchas horas al día en el rancho, entrenando con Ylenia, como para encima vivir allí.

Me tomé un par de minutos antes de contestar…

—Eso de que no encontraré un mejor sitio lo dices tú, no te fastidia. Cualquiera sería mejor que este.

—No seas así. A Ylenia le gusta. Ella es feliz aquí, entre los caballos.

—Ya, y entre quienes no son los caballos. Para mí que le gusta Hayden.

—Razón de más para que le encante vivir aquí, él también lo hace —trató de convencerme.

—Que no, que eso no puede ser. Nosotras tenemos el coche todavía, podemos ir y venir. Buscaríamos algo en el pueblo más cercano, lo más barato que nos saliese. Yo podría dar clases a más jinetes y así me ganaría un sueldo. Y cuando ella comience a ganar premios también le pagarán. Saldremos adelante, tenemos dos manos para trabajar.

—Nada os saldrá más barato que vivir aquí. Tienes que ser práctica, hazlo por tu hermana. No pienses solo en ti. Entiendo que es el último lugar en el mundo en el que quieras vivir, pero peor sería…

—Peor solo sería un campo de concentración, pero dejémoslo ahí. Igual, si veo que es lo mejor para Ylenia, hasta me lo pienso.

—Yo podría enseñarte una de las cabañas. Cuando la boda pase, y también la luna de miel, os podríais instalar allí.

—Qué bonito suena lo de la luna de miel. Por cierto, ¿no le has dicho a Kate lo que hubo entre nosotros? Tranquilo, no pongas esa cara de susto, que yo tampoco se lo diré. No me conviene que nos eche a patadas de aquí, aunque igual era ella también quien se marchaba, sabiendo que no es más que un corderito en manos de un lobo.

—¿De veras tienes ese concepto de mí?

—¿El de que eres un lobo? No sé qué decirte. Puede que más que un lobo seas un zorro, no entiendo tanto de animales. Aunque cualquiera de ellos es una hermanita de la caridad a tu lado, eso también me gustaría aclarártelo.

Ante ese comentario, no pudo evitar que le diera la risa, y entonces me indigné mucho más, tirándole con una de las magdalenas y dándole en toda la cara.

—Me vas a dejar señalado y me caso en unos días.

—¿Con una magdalena? Si te diera con un canto rodado todavía, que es de lo que tengo ganas.

—¿De verdad me odias tanto? —me preguntó ya sin risa en su rostro.

—No, de verdad te odio más. Y ahora, será mejor que vaya a buscar a mi hermana, que no sé qué estará haciendo con Hayden.

—Pues cosas propias de la edad, qué van a hacer.

—Ese es el problema, que las cosas propias de la edad se cargaron mi carrera. Y te prometo que nada ni nadie se cargará la suya.

Fui a buscar a Ylenia y me la encontré charlando con Hayden. Se la veía sonriente y me saludó. Tras hacerlo saludó a Derek, y eso ya me jodió más

porque no me di cuenta de que lo llevaba pegado a los talones como si fuera mi puñetera sombra.

—Hayden me ha enseñado todos los caballos. Te prometo que si yo fuera su dueña… No sé, se me iría la cabeza. Hay uno que es impresionante. Yo lo calé en cuanto lo vi, y Hayden dice que es el mejor.

—Pegaso, ¿no? —le preguntó él.

—Sí, sí, Pegaso. Es impresionante, vaya porte. Hayden me ha comentado que ha ganado muchas carreras y que es hijo de campeones. Eso se nota a primera vista, y creo que le he caído bien.

—Vale, me gustaría ver cómo lo montas. Nos vemos en media hora en la pista —le pidió él.

Capítulo 15



Me encantaba cuando la veía vestida para montar. No fue casualidad que nos lleváramos hasta el rancho Miller toda su indumentaria, que yo le ayudé a colocarse.

Mi hermana lucía impecable cuando salió de su dormitorio y le sonrió a Derek, con quien nos topamos.

—No te voy a defraudar, te lo prometo. Y tampoco olvidaré nunca la oportunidad que me has dado —le comentó.

Él le sonrió y también a mí. No sé cómo tenía valor de hacerlo cuando lo cierto es que yo le ponía una cara de acelga hervida que daba asquito, pero él insistía.

Mi hermana caminaba con ese porte tan suyo, el mismo con el que yo caminaba cuando iba a montar en mi día. Mejor dicho, cuando iba a

competir. Montar todavía montaba, de lo que tuve que alejarme para siempre fue de la competición.

Me sentía muy orgullosa de ella. Hayden también nos sonrió cuando nos vio aparecer. Ese chico, de mirada generosa, me gustaba para ella. Ya le tenía preparado a Pegaso, quien estaba provisto de todas las características que ha de poseer un caballo ganador, aparte de que era bellísimo.

Si de algo entendía Derek, aparte de mujeres, era de caballos. Por esa razón yo tenía muy claro que miraría con lupa cada uno de los movimientos de mi hermana, así como el grado de compenetración con el imponente animal.

De todos modos, él ya le había ofrecido convertirse en su patrocinador, pero ella moría por demostrarle que no se había equivocado.

Ylenia llevaba semanas sin montar, aunque eso no se notó en absoluto. Pegaso pareció caer rendido a sus encantos y bastó con una caricia por parte de ella hacia el equino para que supiéramos que estábamos ante una de las parejas (amazona-caballo), que más darían que hablar en la zona.

La pista se les quedó pequeña. Ylenia y Pegaso se hicieron con ella en cuestión de segundos. La maestría de mi hermana y la pureza de la sangre del animal conformaban una magnífica combinación que hizo las delicias de Derek.

Como bien sabía yo, él en ningún momento perdió detalle. Incluso cuando le di las instrucciones más complicadas a Ylenia, su gesto denotaba total seguridad en relación con que mi hermana lo haría genial, igual que el equino.

Yo la había preparado desde niña, y creía en ella. Y, aunque hasta ese momento no lo supiese, él creía en mí, como me demostró a lo largo de toda la sesión.

El calor no daba tregua, por lo que Derek le ofreció a Ylenia en varios momentos que su demostración terminase, pero mi hermanita lo quería dar todo en la pista.

Yo la entendía muy bien, había sido como ella y siempre quise exhibirme también cuando montaba. Aparte, es que cuando amas a los caballos y a su mundo, disfrutas tanto montando que las horas se te hacen segundos, perdiendo la noción del tiempo.

Fue un rato bastante largo el que ella se tomó para convencerle de algo sobre lo que ya estaba convencido, pero sobre lo que quedó encantado.

Ylenia bajaba del caballo con la ayuda de Hayden cuando él se dejó caer.

—Jamás vi a nadie montar de un modo tan similar al de otra persona —murmuró en mi oído y yo me hice la sueca.

—Ni idea de lo que me cuentas.

—Su modo de montar es idéntico al tuyo. Sobre el caballo, cuando ella monta, sois como dos gotas de agua…

—Pues ten cuidado y no te confundas, porque a esta gota de agua la conseguiste, pero como se te antoje esa otra... Por esa, mato, creo que me expreso con la suficiente claridad.

—Nunca podría fijarme en Ylenia, me encantaría que se te quitase esa absurda idea de la cabeza.

—Y a mí también me encantaría, pero resulta que se me mete y no puedo, es una dificultad que tengo. Mira tú por dónde.

Mi hermana se vino hacia mí ilusionadísima. Hayden también parecía compartir su ilusión y ambos estaban sonrientes.

—¿Te ha gustado? ¿Te ha gustado como lo he hecho? —le preguntó a Derek.

—Me ha gustado lo suficiente como para decirte que ya tienes caballo —le aclaró él con esa gravedad en la voz que fue mi perdición en su día.

—¿Dejarás que lo monte entonces? ¿Será Pegaso el caballo que me asignes? —le preguntó ella.

—No, creo que no me has entendido —le contestó él.

—¿Y entonces? ¿Será otro? Yo me conformaré con el que me digas. Lo que quiero es lo que quiero… Y no es otra cosa que poder competir, te lo pido por favor.

—Y competirás, y con Pegaso. Lo que estoy tratando de decirte es que ya tienes caballo porque Pegaso es tuyo —le soltó y yo le miré incrédula.

—¿Cómo va a ser mío? Pegaso es tuyo, igual que el resto de tus pura sangre.

—Al resto no te los voy a regalar, lo siento, pero a Pegaso sí.

Hayden, ella y yo estábamos al borde del síncope. Un caballo pura sangre y ganador como ese, hijo de ganadores, vale una verdadera fortuna. Y Derek se lo estaba ofreciendo a mi hermana como quien regala un paquete de pipas.

—¿Regalarme a Pegaso? No sabes lo que significa para mí lo que estás diciendo, es que no lo sabes. Pero no puedo aceptarlo, no puedo —le dijo ella con cara de puchero.

—¿Y eso por qué? —le preguntó él, encarándola, y tratando de que no me mirase, porque era muy cuco.

—Mi hermana nunca lo permitiría. Yo sí, igual es que tengo menos orgullo que ella, pero Tiffany no me volverá a dirigir la palabra si lo hago, ¿no es así? —me buscó con la mirada, por detrás de él.

—Es que no se trata de un regalo, es una pasada. Y no, no deberías aceptarlo —añadí contundente, aunque confundida, porque lo último que podía esperar en el mundo era un gesto así por parte de alguien a quien consideraba un gusano como a Derek.

—¿Alguien que monta como ella no tendría derecho a poseer un caballo como Pegaso? Eso sería más que discutible, no me digas que no —añadió él.

—Pero ella no se lo ha ganado. Quiero decir, se ha ganado el ser una amazona increíble, pero no el caballo. Cuando comience a atesorar premios, entonces podrá…

—Entonces le podrán haber pasado por delante amazonas mucho más mediocres que, sin embargo, cuentan con caballos mejores, ¿le vas a negar la oportunidad de que gane en condiciones de igualdad?

Le gustaba acorralarme y encima es que eso no se lo podía rebatir, aunque encontré un atajo.

—Pues entonces permítele competir con Pegaso, pero no se lo regales.

—No, porque, si por alguna extraña razón alguna vez os queréis ir, deseo que os lo llevéis.

Capítulo 16



Mi hermana moría de la ilusión en el dormitorio mientras nos preparábamos para la fiesta.

—Nos ha cambiado la vida, es que nos ha cambiado la vida. Solo llevamos aquí unos días y ya tengo al mejor patrocinador y al mejor caballo, ¡y es mío! —chillaba ella mientras miraba por la ventana.

Miré también y vi que Hayden estaba abajo.

—¿Tú tienes algo que contarme? —le pregunté en relación con lo que pudiera estar surgiendo entre el muchacho y ella, algo a lo que se negó en rotundo.

—Tengo tantas cosas que contarte como las que tú me cuentas, o sea ninguna. Y volvamos a lo del caballo, ¡muero de amor con él!

Pegaso era, sin duda, el mejor regalo que Derek pudo hacerle. Nunca podría perdonarle por lo que me hizo a mí en su día, pero había de reconocer que estaba tratando de compensarnos. Y todo lo que hiciera con mi hermana, yo se lo agradecía el doble que si lo hiciera conmigo.

Eso sí, en nada cambiaría el horrible concepto que tenía de él. Supuse que la culpa, esa que no creí que cupiese en su cabeza, terminó apareciendo y por eso se comportaba como lo hacía, aunque ello no cambiaba las cosas.

Para la fiesta de esa noche luciría un vestido en color cereza, muy apropiado para el calor, sin hombros y tremendamente sexy. Sin ánimo de eclipsar a Kate, que era la protagonista, no pensaba quedarme de brazos cruzados, sino mostrar mi poderío físico.

Imposible negarlo. En el fondo quería darle a Derek en todas las narices y mostrarle aquello que un día poseyó y perdió de un plumazo, por cobarde, por gallina y por mezquino.

Mi hermana estaba también increíble con un vestido cortito, más informal en su caso, en tonos plateados, y con unas sandalias planas que, dada su juventud, le aportaban frescura.

Yo, sin embargo, aposté por un alto tacón de aguja, por uno de esos que podía hacer perder el pie a quien tuviese la mala suerte de llevarse un pisotón por mi parte. De esa manera, le aporté a mi estilo un aire muy glamuroso, como era mi deseo.

Kate apareció por el dormitorio radiante. Ella llevaba un vestido con escote *halter* que le sentaba como un guante, enmarcando su delicada figura, aunque lo más bonito que lucía era su sonrisa.

—Nenas, ¡os como! Los míos están a punto de llegar. Ya era hora. Vienen mis padres, mis tíos, mis primas… Mi familia es cortita, pero me hace tremenda ilusión que acudan al enlace, ya os lo podéis imaginar. Ay, Dios, qué nervios. Si es que cada vez falta menos para la boda y yo no sé… miro para los jardines y me parece que todo está un poco atrasado, ¿no? —nos preguntaba.

Ylenia se partía, porque ella también estaba mirando por la ventana y es que ya habían colocado un escenario que era para flipar.

—¿Atrasado? Si parece que vienen a tocar aquí los Scorpions esos que tanto te gustan. Menudo escenario, se parece al que ellos montaron en la Plaza de España en Sevilla. A mí es que me cogió en esa época allí en España, porque quise conocer la tierra de mi abuela, y te digo que esto se le parece.

—¿Los Scorpions aquí? Ya sería lo que me faltase para que me diera un infarto del todo, porque estoy de los nervios. Es que casarse es muy bonito, y hacerlo con un hombre como Derek…

—Hacerlo con un hombre como Derek es la bomba —murmuré por lo bajini, aunque ella el oído debía tenerlo bastante bien porque enseguida lo escuchó.

—La bomba, la bomba —repitió, sin duda no entendiendo el significado de aquello que yo quería decir—. Y bombas no, pero hasta fuegos artificiales habrá en la boda, si es que todo va a salir perfecto, yo tengo un pálpito.

Yo también tuve un pálpito en mi día y el tiro me salió por la culata, aunque estaba muy claro que ella sí que había sido la elegida por Derek, para su suerte o para su desgracia, ya se vería.

—La bomba ha sido el regalo que me ha hecho tu prometido, ¿te has enterado? —le preguntó mi hermana, loca de alegría.

—Claro, entre nosotros no hay secretos. Me ha dicho que te ha regalado a Pegaso porque ahora mismo, en el mundo de los jinetes, no hay nadie que monte como tú. Ay, Dios, que eso me dijo que me lo callase, pero es que no puedo. Yo estoy tan contenta de que todo me sale por la boca, deba o no…

A mí también me saldrían muchas cosas por la boca, aunque lo cierto es que me las callaba porque no quería fastidiar a una chica que no se lo merecía en absoluto y que se estaba comportando con nosotras como si fuera una amiga de toda la vida.

—¿Eso te ha dicho? Ay, Tiffany, que Derek confía en mí. Voy a ganar el *Derby*, yo lo siento aquí dentro —Señaló su pecho.

—Y a mí me encanta verte así, pero ahora es el momento peligroso: no te puedes confiar, ¿me oyes? Eres buena, sin duda, pero también llevas mucho tiempo sin entrenar y debes ponerte las pilas.

—Y me las pondré, te lo prometo. Buena soy yo para eso. Y buena eres tú. Kate, ¿sabes que tengo la mejor entrenadora del mundo? —le preguntó.

—Eso me han contado también —le guiñó el ojo—. Esto tampoco tendría que decirlo, pero Derek dice que cuando te ve montar, ve montar a tu hermana. Y le brillan los ojos…

No lo dijo con ninguna maldad. No existía rivalidad entre nosotras. Nos habíamos convertido en amigas de Kate en esos días, y ella no parecía contemplar ningún tipo de situación de celos.

Sin embargo, yo odiaba ese tipo de ocasiones en las que Derek no dejaba la lengua guardada en su cajita y dejaba de referirse a mí en ningún contexto. Es que yo no quería que me mirase, que me oyese, que me pensase ni que me recordase. Solo quería que me olvidase por completo, y estando tan cerca de él como que lo tenía francamente complicado.

—Vaya con Derek, qué cosas dice —le resté importancia.

—También me ha dicho que os quedaréis a vivir aquí y a mí me ha dado una alegría que no os la podéis imaginar. Os puede preparar una cabaña, aunque también os podéis quedar en este dormitorio si os apetece. Cuando volvamos de luna de miel lo hablaremos todo.

—En una cabaña estará genial. Juntos, pero no revueltos —le sonreí yo.

—Mujer, tampoco estaríamos revueltos, pero entiendo que busquéis vuestra intimidad. En cualquier caso, estaréis aquí, ¡tendré aquí a mis amigas!

Me caía bien, no podía ser de otra forma. Y eso que al principio tenía mis muchas dudas, pero era buena, Kate era muy buena y la maldad no cabía en su cabeza.

—Sí, sí, todas seremos amigas —le dije porque no podía ni creérmelo, ¿amiga de la mujer de Derek? Pues así sería, había que joderse…

Capítulo 17



Bajamos y ella estaba abrazando a sus padres, si bien el resto de su familia no había llegado, y eso me extrañó, porque también esperaba a sus tíos y a sus primas.

—¿La prima Marie se ha puesto de parto, mamá? Pero si todavía le quedaban un par de meses, eso es imposible —le preguntaba a su madre.

—Pero la naturaleza es caprichosa y no espera. Por lo visto, la niña tiene muchas ganas de salir y no hay manera de retenerla. Y mira que entre todos le dijimos que aguantase —rio su madre.

—Eso, pero todas las mujeres de la familia tienen mucho ímpetu, y la criatura ha dicho «aquí estoy yo» —añadió su padre.

Ambos parecían campechanos y agradables, como su hija. Yo bajaba en ese momento las escaleras con mi hermana, y ambas escuchamos la conversación.

—Tiffany, Ylenia, ellos son mis padres, Anastasia y Marcus —nos presentó.

Nos dimos unos besos y así nos lo mostraron, me refiero a su agrado, sobre todo su madre, que charlaba por los codos, igual que ella.

—Mi niña está encantada de tener aquí a la familia de Derek —nos contó.

—Pero nosotras no somos su familia —murmuré yo entre dientes, y un tanto asombrada.

—Es verdad, mamá, no forman parte de su familia —le aclaró.

—Hija, pues yo creí que sí, como hablabas de esa manera sobre lo mucho que las quiere.

Yo me iba quedando más a cuadros por momentos, ¿Derek nos quería tanto? Serían más bien las ganas que tenía de calmar su conciencia, porque amor, lo que se dice amor, ese no debía haberlo sentido por nadie.

Enseguida llegó y saludó con un abrazo a sus suegros.

—Cariño, estás preciosa —le comentó a Kate, y ella le respondió con un beso de tornillo que causó la risa de sus padres.

A mí ni puñetera gracia me hacía ver a los tortolitos en acción, pero es que encima no se me escapó que, mientras su novia le besaba, él me hizo una radiografía.

Una que lo valía, pero ¿a santo de qué me miraba así? Un burka no me iba a poner, eso que lo tuviese claro.

Enseguida pasamos al salón y todos tomamos asiento. Molly me comentó que había preparado una cena exquisita, lo hizo unas horas antes cuando yo bajé a por un pepino a la cocina, y no para nada rarito, que el pepino siempre levanta suspicacias, sino porque me veía algunas bolsas en los ojos, y le pedí que me lo cortase a rodajas para aplicármelo.

Kate estaba radiante, más por momentos.

—Y yo que quería daros la sorpresa de presentaros a todas mis primas, os habrían caído genial —nos comentaba—. Es que Marie se ha puesto de parto y sus hermanas no han querido dejarla sola, lo mismo que mis tíos, así que la cosa está clara, ¡vosotras seréis las damas de honor! —nos chilló de lo más contenta.

Yo sentí ardentías. Y estaba claro que la culpa no era de la cena, que realmente estaba exquisita, ¿de veras también me iba a pasar eso?

Ylenia, que no podía estar más contenta con todo, sobre todo con el regalo de Pegaso, comenzó a aplaudir y a darme codazos.

—¿Te has enterado? ¡Nosotras! ¡Nosotras seremos sus damas de honor! —chillaba atacada de los nervios, aunque para nervios los míos, que no daba crédito a lo que escuchaba.

—Mujer, pero tus damas de honor deberían ser tus amigas, a falta de tus primas —le decía yo.

—Mis amigas también son modelos y no hay quien las pille. Todas están de promoción por un lado y por otro, imposible reunirlas. Y en cuanto a mis primas, ya veis el plan. No me podéis fallar, porfita —unió sus manos en señal de ruego.

—¡Y no os fallaremos! —le aseguró mi hermana, quien estaba más feliz que un regaliz y quien se hubiera tirado por un puente si Kate se lo hubiera pedido en ese instante.

Las ardentías de mi estómago iban en aumento, ¡dama de honor en la boda de Derek! ¿Se podía ser más desgraciada? Comencé a notar sudores fríos y temí que el resto se diese cuenta. En realidad, cada cual iba a lo suyo y no había demasiado problema en ese sentido, aunque él sí que se estaba percatando.

No, si al final tendría que matarlo y así evitar la dichosa boda, que cada vez me complicaba más la existencia.

Lo de mi hermana se estaba arreglando a marchas forzadas, pero el precio que yo tendría que pagar amenazaba la salud de mi estómago y también mi

salud mental, porque lo cierto es que ya no podía más.

Capítulo 18



Al día siguiente, Kate no podía ocultar su emoción.

—Todo pasa por algo. Mi prima es que tenía terror al parto, tanto que le estaba provocando una fobia. Según me han comentado sus hermanas, dice que después de este se la plastifica a su marido, que tiene santa paciencia con ella. Total, que está contenta, porque ha dado a luz a una niña que tiene la cabeza como una mandarina, de lo chiquitina que es, así que le ha costado mucho menos traerla al mundo. Lo único es que se va a perder la boda de su prima favorita, igual que el resto, pero ¡qué se le va a hacer! —nos contaba mientras probaba un trozo de tarta de las que Molly preparaba a diario y que no podían estar más buenas.

Yo también desayunaba, aunque la comida la tenía atravesada desde el día anterior, desde que me enteré de que seríamos sus damas de honor. Me sentí desgraciada al tener que acudir al entorno de Derek para salvar la carrera de mi hermana, pero es que todo aquello me estaba sobrepasando, porque la petición que nos hizo Kate me hacía sentirme desgraciada ya a tiempo completo, que es un grado mucho mayor.

Ese día ella se mostraba, una vez más, exultante.

—Mirad qué tela rosa empolvada me acaban de traer, ¡es que os tienen que confeccionar los vestidos y en tiempo récord! —nos contaba ella.

Yo miré la tela y me pareció perfecta para vomitarle encima, y no porque no fuese bonita, que había de reconocer que ella también tenía mucho gusto, sino porque todo aquello me estaba matando. Y, en particular, lo de ser su dama de honor, ¿qué clase de honor era ese?

—¡Es preciosa! —exclamó mi hermana, que ella sí que estaba francamente emocionada.

—Sí, preciosa —le comenté yo entre dientes porque algo tenía que decir, pero que no soportaba la tela, la boda, el rancho ni la madre que los parió a todos ellos, por mucho que Kate fuese genial.

Por cierto, y hablando de eso, ya merodeaban por allí los padres de ella, y en breve llegaría la madre de Derek, Madeline, con su marido, esa mujer a la que yo no llegué a conocer en su día y que iba a conocer en las circunstancias más extrañas del mundo.

La madre de Kate se sentó y comenzó a hablar de los pormenores del nacimiento de la hija de su sobrina Marie. Ellos estaban en familia y todo parecía entusiasmarles… Yo, en cambio, me sentía en el rancho Miller

como un pez al que hubieran sacado del agua y estuviese a puntito de morir, agonizando.

Solo de pensar que nos teníamos que quedar a vivir allí… malita me ponía. Y lo que peor llevaba era los momentos en los que debía soportar la presencia de Derek, y, para más inri, su empalagosa relación con Kate, que ella se le pegaba como una lapa en todo momento.

No sabría precisar por qué eso me daba tanta rabia, pero era obvio que me la daba. Cada vez que ella se le acercaba en ese plan, a mí me daban hasta retortijones de barriga. Y él, que era con ella más cumplido que un luto, también parecía tenerla en un pedestal.

A mí todo aquello me hacía daño. No hay mayor amor que ese que puedas sentir por los tuyos, por aquellos por los que harías todo lo posible y lo imposible para lograr su felicidad. Yo la adoraba, adoraba a mi niña, y por Ylenia haría todo lo que hiciese falta, pero me estaba costando tanto.

Kate le enseñó la tela a su madre. A ella le pareció una virguería.

—Qué gusto tienes, hija, y qué damas de honor más guapas que vas a llevar…

Mi hermana le sonrió con franqueza, y yo con simple agradecimiento, porque otra cosa no me salía. Me sentía mal y solo tenía ganas de llorar a todas las horas. En poquísimos días se celebraría la boda a la que menos me

apetecía en el mundo asistir, y tenía que hacerlo, poniendo buena cara, además.

Yo no podía dejar tirada a Ylenia. Una vez tomada la decisión, debía ser consecuente con ella.

La madre de Kate, Anastasia, era otro amor de mujer, que parecía implicada en la vida familiar y que no tardó en preguntarnos.

—Y vosotras, con lo monísimas que sois, ¿no tenéis novio?

Ylenia, con la sonrisa en los labios, no tardó en contestarle.

—Yo creo que me estoy enamorando, Anastasia, aquí en el rancho Miller.

Sacó la sonrisa del resto, aunque la mía fue reprobatoria.

—Y se lo cuentas así a todos, y a tu hermana que la zurzan, que no sueltas prenda, ¿no?

—Así es ella. Quiere saberlo todo de mi vida, pero a ver quién es el guapo que le saca algo de la suya, más reservada no la hay. Pues te darán morcillas, hasta que tú no hables, mis labios estarán sellados —se burló.

—Tu hermana tiene razón, Tiffany, las cosas buenas hay que compartirlas —continuó la mujer—, ¿tú no estás enamorada?

—No, no. Yo enamorarme, me enamoré una sola vez. Y el tiro me salió por la culata, no me han quedado ganas de más —le confesé.

—Ojalá algún día cambies de opinión, yo te auguro un futuro de lo más feliz con el hombre de tu vida —me decía Kate justo en el momento en el que Derek aparecía por la puerta.

Lejos de mostrarse indiferente ante el comentario, me lanzó una sonrisa que, de no haberle conocido, me habría parecido hasta sincera. Igual sí que me deseaba lo mejor, aunque es muy fácil destrozarle la vida a alguien y luego desearle que le vaya bonito.

Lo mismo yo le echaba a él toda la culpa y no era así, porque una es la única responsable de su felicidad y yo feliz no había vuelto a serlo desde que él no dio la cara por mí. Y eso me seguía resultando imperdonable, por mucho que se tratase de una culpa compartida.

Capítulo 19



Me encontré a Derek por las escaleras y seguí adelante. Dependiendo de con el pie con el que me levantase, así podía mirarle o no. Y ese día me había levantado con el pie izquierdo.

—Espera un momento, tú no estás bien —me comentó cogiéndome por la muñeca.

—¡Que no me toques! —le pedí retirando la mano y con total desdén, porque no soportaba el contacto físico con él, el cual me transportaba a una época que no quería recordar.

—Lo siento, ¿tanto rechazo te produzco? —me preguntó con cierta pena, una pena que me contagió.

Yo le había amado lo suficiente como para que, en esos momentos en los que le odiaba, tampoco pudiera desearle nada malo. Todo era una

contradicción, porque pensaba una cosa y, sin embargo, por mi boca salía otra muy distinta.

—¿Rechazo? Rechazo no es la palabra. Más bien sería asco, entre otras… porque eso es lo que me provocas, náuseas.

—Ojalá no fuera así…

—Ya, y ojalá que lloviese café en el campo y no llueve… Tan solo llueven gotas de lluvia en ciertos meses del año, meses grises como…

Ya estaba hablando de más, porque continuaba sin querer provocar que sintiera pena por mí, y al final la cagaba.

—¿Tan grises como tu vida? ¿Tu vida es gris? —me preguntó aprisionando mi muñeca en un gesto que me molestaba una barbaridad, y no porque me hiciera daño físico sino porque, como digo, no soportaba que me tocase.

—No, mi vida es rosa empolvado, como la tela que ha hecho traer Kate para sus damas de honor, ¿qué te parece que mi hermana y yo cumplamos ese papel? No, mejor dicho, ¿qué te parece que lo cumpla yo? Hay veces que te prometo que…

—No te cortes, dilo, prefiero mil veces que saques todo lo que llevas dentro.

—¿De veras lo prefieres? Porque yo creo que no. Cuando sepas que siento ganas de correr hacia Kate y contarle que no todo es tan idílico entre vosotros… ¿Sabes que ella piensa que no tenéis secretos? Pobre ingenua. Si supiera que el hombre con el que se va a casar es incapaz de contarle lo que tuvo conmigo…

—¿Tú quieres que se lo cuente? —me preguntó con tono preocupado.

—Obviamente no, porque eso nos perjudicaría a mi hermana y a mí, lo cual no te exime de culpa, porque lo único que demuestra es que eres un cobarde… que lo eres otra vez.

Yo no perdía ocasión de sacar mi lengua a pasear. Cada vez que me encontraba a solas con él le reprochaba todo lo reprochable, y lo cierto es que él aguantaba el chaparrón estoicamente.

No podía, por mucho que hiciera por nosotros en aquel momento, mi corazón estaba lleno de ira hacia él y esa ira provocaba que explotase cada vez que tenía ocasión. Y como encima eran muchas…

En ese momento llego Kate y se hizo el silencio. Ella debió notar la tensión entre ambos e intervino con su amabilidad habitual.

—¿Os pasa algo? ¿Os puedo ayudar en alguna cosa?

La complicidad es algo que, si la has sentido alguna vez con alguna persona, pervive. Yo lo noté porque con un solo gesto él me indicó que, si yo quería, se lo confesaba todo.

Parecía estar en la senda de querer expiar sus pecados y mis tentaciones fueran tremendas. Quizás solo iba de farol, pero quizás no y sus planes de boda podrían irse al garete si su dulce prometida se percataba de que sí había secretos entre ambos. Y de los que duelen.

Sentí fuertes tentaciones. Soy humanas y las sentí. De un solo golpe, podría haberme vengado de él, pero eso habría implicado hacer daño a Kate, quien no se lo merecía. De todos modos, me debatía, ¿no sería mejor que ella supiera el tipo de hombre con el que iba a casarse? Eso me decía el demonio que me hablaba por el oído derecho, pero el angelito que se asomaba por el izquierdo me hacía pensar que igual en algo había cambiado y que yo no tenía derecho a interferir en la felicidad de ella.

Tardé unos segundos en contestarle, porque él no lo hizo. Kate parecía a la expectativa y, finalmente, la saqué de dudas.

—Nada, solo comentábamos un tema antiguo un tanto controvertido, cosas de familias, ya sabes —le salvé el pellejo.

—¿De familias? Entonces ya lo entiendo todo. Mira, en la mía hay historias para parar el tren, y muchas de ellas rocambolescas. Hasta de amoríos y de cuernos —me dijo eso último por lo bajini—, fíjate.

Si ella supiera… Qué bonita es la ignorancia o, al menos, qué fácil es vivir en ella, en la total ignorancia, sin saber que hay cosas que pasan por delante de tus narices sin que seas consciente de ellas y que podrían cambiar tu mundo para siempre.

Derek me miró, una vez que ella se fue, como si la camisa no le llegase al cuerpo. Con todo y con ello, tuve la impresión de que, si se lo hubiese pedido, habría confesado.

Su actitud me estaba confundiendo mucho, y confusiones era lo último que yo necesitaba en una etapa de mi vida en la que tendría que quedarme a vivir muy cerca de él.

Giré sobre mis talones y le di la espalda. Cuanto mejor se portaba, menos quería yo verle. Era como si temiera que, poco a poco, y sin apenas darme cuenta, terminase cayendo de nuevo en una espiral destructiva que me asustaba demasiado, en una espiral que estaba acabando con mi pacencia y que comenzaba a darme miedo.

Luego miraba a Ylenia y ella representaba la otra cara de la moneda. Desde que llegamos al rancho Miller, mi hermana reencontró la ilusión perdida, y eso valía más que si hubiésemos hallado pepitas de oro en sus aguas.

Capítulo 20



Esa misma tarde Kate nos hizo llamar a su dormitorio, al que compartía con Derek.

Yo lo conocía de antaño, pero mi hermana nunca había entrado en él y se quedó boquiabierta.

—La hija de la gran fruta tiene el mejor de toda la casa —me dijo en tono bajito y causó mi risa.

—¿Qué creías? Es el dormitorio de Derek…

—Pues sí, qué suerte tienen algunas —me decía entre risas.

Entre esas «algunas» estaba ella misma, quien parecía entusiasmarse más por día. Hayden era un chico con muchos valores y, además, su pasión por los animales los unía.

Pese a que eso me contentaba muchísimo, yo no podía evitar pensar que la vida iba pasando y que todas las personas a mi alrededor se emparejaban… Todas menos yo, y eso me dolía, por mucho que no quisiera confesarlo.

La modista ya nos había tomado medidas por la mañana. Mi padre siempre decía eso de que «zapatero, a tus zapatos». A cada cual se le daba bien lo suyo, y la mujer lo demostró cuando apareció por la tarde con los vestidos ya medio confeccionados.

Tocaba la primera prueba y, mientras yo veía a mi hermanita con el vestido, que era de línea tan sencilla como elegante, a punto estuve de verter unas lagrimitas. De no ser porque tan solo tendría posibilidad de estarlo del Espíritu Santo, habría podido llegar a pensar que estaba embarazada. No ella, por favor, sino yo, porque mis hormonas parecían haberse subido en una atracción de feria, y yo lloraba con cualquier cosa.

—Mira a Tiffany, si es que te adora —le decía Kate mientras le daba un beso. Yo también tendría que terminar por quererla a ella, porque era muy buena con nosotras. Ya solo faltaba que quisiera hacerme madrina de su primer niño, y entonces sí que yo chillaría como las locas.

A continuación, me tocó a mí la prueba. Yo le huía al vestido como un gato al agua, pero había que probárselo y me tocó la china.

—¿No parece que pica un poco? —les pregunté a las chicas porque tenía la sensación de que me estaba dando alergia la tela.

—¿Picar? Es una tela de la mejor calidad, si te dijera lo que he tenido que remover para conseguirla —me comentó Kate.

—Pues chica, he visto papeles de lija más suavecitos.

—No le hagas ni caso a mi hermana, que está de un sensible… Cualquiera diría que se está enamorando también —se dejó caer Ylenia.

—Pues no sé de quién demonios —repuse un tanto molesta, porque no me gustó nada su especulación.

—Mujer, no te pongas así con ella. Oye, hice memoria, ¿recuerdas el macizo que no te quitaba ojo la noche que salimos de despedida de soltera? —me preguntó Kate.

—Sí, que tú decías que te resultaba conocido.

—Ese, pues ya he caído. Se trata de Kevin, el nuevo veterinario, es que apenas le había visto por aquí un par de veces hasta que me lo encontré de nuevo esta mañana. Ha venido a sustituir al antiguo, que llevaba en el rancho más años de los que tenía Matusalén y por fin se jubiló.

—¡Toma ya! —hizo mi hermana un gesto de aprobación—. ¿Y mi nuevo cuñadito vive aquí en el rancho también?

—Vuelve a decir eso de «nuevo cuñadito» y no tendrás que preocuparte por el peinado que lucir en la boda, porque te prometo que te dejo calva como la palma de mi mano —le advertí.

—Qué carácter —rio Kate—. Y no, no vive aquí.

—Ella es así. En lo tocante a los hombres, es que no se le puede decir ni media palabra. Verdadera alergia parece tenerles, miedito me da —rio Ylenia.

—Menos miedo, que tienes tú muy poca vergüenza.

La modista, a todo esto, no paraba de sonreír.

—Qué alegría de edad, todo es juerga —nos soltó sin saber muy bien lo que decía, porque si mi vida entera se había reducido a una juerga, que viniese Dios y lo viese.

—No, no, menos juerga…

—Que sí, mujer. Y, si yo tuviera vuestros años y vuestros cuerpos…

Cierto que ninguna de las tres nos podíamos quejar de cómo nos había tratado la madre naturaleza. Con lo que yo no contaba era con que en ese momento se cayeran los tirantes del vestido, que solo estaban superpuestos, y me dejara la delantera al aire, porque resulta que el modelito en cuestión,

que lo había elegido Kate, dejaba la espalda al descubierto y no admitía sujetador.

Eso sí, con lo que mucho menos contaba era con que Derek, que estaba en las cuadras, entrara en ese justo momento por la puerta. Ninguna de nosotras tuvo la precaución de trancarla, aunque para tranca la que debió exhibir él cuando abrió la puerta y, de cintura para arriba, me encontró como mi madre me echó al mundo.

Las demás se quedaron pasmadas, lo mismo que yo, solo que en mi caso además vi en su mirada esa otra que, muchos años atrás, parada en mí, me decía lo loco que le volvía mi cuerpo.

Sin más, di un grito y él dio un salto. Kate, tan espontánea como era, soltó una carcajada que fue seguida por otra de mi hermana, ante la total estupefacción de la modista, quien hasta se pinchó con uno de los alfileres y tuvo que llevarse el dedo a la boca, del que salía una gota de sangre.

Otra salía de mi corazón, porque aquello que a las chicas les provocaba tanta risa a mí me mataba. A duras penas pude disimular mi total enfado, porque ese mequetrefe bien podía haber llamado antes de entrar, aunque lo cierto es que fuimos nosotras quienes invadimos su dormitorio y él no tenía idea de que estábamos dentro.

Fuera como fuese, Derek era el culpable, porque así le consideraba yo; el culpable de todos mis males pasados, presentes y hasta de los fututos.

Capítulo 21



Cuando por fin salimos del dormitorio y de la dichosa prueba, Derek nos estaba esperando.

—Amor, qué risas nos hemos echado. Mira que no llamar a la puerta… Aunque claro, normalmente soy yo quien está dentro. Y si me pillas desnuda mucho mejor —rio Kate, quien parecía felicísima de la vida.

—Pues sí, mi amor. El asunto es que tenía prisa por…

—¿Por ver si me pillabas desnuda? Pero bobito, sabes que eso solo tienes que pedírmelo y ya lo tienes concedido de antemano, poco debes hacerte de rogar —le decía ella.

A mí me daban subidas de azúcar cuando los escuchaba así. No lo podía soportar. Cada cual tiene sus limitaciones y me estaban superando. Yo no veía la hora de trasladarme, aunque fuera a una de las cabañas del rancho, y no tener que darme esos atracones de azúcar romántico con ellos.

—No, no era para eso para lo que venía. En realidad, era para decirte que tendré que ausentarme un par de días…

—¿A la vuelta de la luna de miel? Tranquilo, si con eso ya cuento yo, que tú eres un culillo inquieto y, allí donde hay un buen caballo, ya estás tú…

—No, a la vuelta de la luna de miel no, ahora. Quiero decir que nos vamos en unas horas, al amanecer…

—Pero si quedan poquísimos días para la boda, ¿cómo nos vamos a ir? Yo lo tengo que supervisar todo, ¡a mí me va a dar algo!

—No, me voy con Ylenia y con Tiffany —le aclaró.

Ella se le quedó mirando como no entendiendo demasiado bien sus palabras, pero en lo tocante a mí… En lo tocante a mí es que estaba al borde del mismito colapso, ¿qué es lo que estaba diciendo ese descerebrado?

La única que parecía entusiasmada era Ylenia, y fue quien rompió el hielo.

—¿Y dónde se supone que nos vamos, Derek?

—Vamos a Detroit. Pasado mañana se celebra una importante carrera de caballos y una de las amazonas ha sufrido un accidente. Acaba de surgir una

vacante y ya te digo que se trata de una gran oportunidad, porque allí habrá ojeadores a patadas.

—Pero ¿tú te has vuelto loco? Mi hermana lleva semanas sin montar, ¿cómo diablos se supone que podrá competir? —le pregunté porque los demonios me estaban llevando. Es que parecía haber perdido el norte por completo.

—¡Puedo hacerlo, Tiffany! ¡Puedo hacerlo! —exclamó ella.

—Ya, y también puedes lesionarte dando lo mejor de ti en un momento en el que no estás al cien por cien, ¡yo voto porque no! —levanté la mano.

—Y yo voto porque sí—lo hizo ella.

—Y yo porque también —la imitó Derek.

—Y a mí me parece estupendo, siempre que estéis de vuelta a tiempo para la boda porque si no, ¿con quién me caso yo? ¿Con un espantapájaros? —se preguntaba Kate al borde del puchero.

—Cariño, todavía nos sobrarán un par de días a nuestra vuelta, te lo prometo, ¿vale?

—Vale, pero que no se te vaya el santo al cielo. Me dejas aquí con todo el marrón, ¿tú sabes la de cosas que quedan todavía por preparar?

Yo, la verdad, no me las podía imaginar, porque ya habían organizado un tinglado impresionante y, según ella, todavía quedaba mucho más… De veras que esa boda iba a ser la más sonada del lugar hasta la fecha.

Tuve que rendirme a la evidencia. Si la carrera era importante para mi hermana, lo era y yo nada podía argumentar en contra. Solo que irme con ella y con Derek un par de días… Con ella genial, pero con Derek suponía un castigo como cualquier otro. Más bien lo calificaría yo de tortura, eso va un poco con el gusto.

Por si todo eso fuera poco, desde que me había visto desnuda yo no podía disimular los colores en mi cara, pero es que él tampoco podía disimular esa mirada que me molestaba cantidad porque se parecía demasiado a esa otra, a la de antaño, a la que tanto daño me hizo.

La tarde nos la pasamos entera entre preparativos. El asunto tenía su miga porque incluso teníamos que trasladar a Pegaso, así que no era cualquier cosa.

Ylenia estaba muy nerviosa, y más cuando, dijera ella lo que dijera, no estaba demasiado preparada. Otra cosa era que, quien sabe de caballos, reconoce a un buen jinete o amazona, aunque no se encuentre en su mejor momento.

Yo no paraba de suspirar mientras preparaba el equipaje, y ella me lo notó.

—¿Ya no te hace ilusión mi carrera? —me preguntó.

—¿Por qué dices eso, mi niña?

—Porque tienes cara de estar aquejada de vómitos y diarrea al mismo tiempo. Antes te pusiste colorada, pero es que ahora pareces amarilla.

—Pues china no creo que me esté volviendo, y hepatitis tampoco creo que padezca. Y eso que este rancho…

—Este rancho te hace enfermar, ojalá no fueras tan oscurita y yo pudiera entenderlo todo. Bueno, como sé que no me lo vas a contar, al menos ve terminando con el equipaje, porque quiero montar a Pegaso un ratito y que me veas, ¿ok?

Era una buena idea. Cuanto más se hiciera con el caballo antes de la carrera, mucho mejor le iría. Llegamos y Derek también estaba allí. Ylenia se subió en Pegaso y él me habló.

—Sé que lo tendría que haber consultado antes contigo, pero me habrías dicho que no.

—¿Quieres hacer el favor de hablar con mi mano, por favor? Siempre haces lo que te da la gana, siempre, ¿o hace falta que te lo recuerde?

—No hace ninguna falta porque lo recuerdo cada maldito día de mi vida…

—Ya, y yo me acabo de caer de un guindo y ahora echo unas lagrimitas mientras te escucho. De verdad, déjame, no te soporto, Derek.

Me miró y lo malo es que yo tampoco soportaba que me mirara así. Todo lo que tenía que ver con él me hacía mucho daño, de manera que solo quería que pasaran los días y estuviéramos de vuelta, pero ¿para qué? Si entonces tendría que seguir viéndole, y encima casarse, ¡vaya plan!

Capítulo 22



Nos fuimos a la cama muy temprano. Una cena ligerita y al sobre… que para eso habíamos de madrugar al día siguiente.

Ylenia no podía dormir a consecuencia de la emoción. Llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad así y por fin se le presentaba. Todo su mundo había estado a punto de volar por los aires, y si no lo había hecho era gracias a mi sacrificio, un sacrificio por el que todavía me quedaba por pagar un altísimo precio.

Yo tampoco podía dormir, pero lo mío era por otros motivos. Ir de viaje con Derek, compartir un par de días con él, se me hacía demasiado cuesta arriba. Y lo malo era que ya podía ir acostumbrándome, porque no sería la última vez, sino más bien la primera de muchas.

A Ylenia no podía contarle la verdad porque corría el riesgo de que entendiese mi nivel de sufrimiento y entonces me sugiriese que nos marchásemos de allí. Mi niña no se merecía eso y yo no se lo pensaba hacer.

Todo fue mágico en su día, todo hasta que se pudrió…

Exactamente transcurrió una semana después de que llegásemos al rancho, diez años atrás. Como ya he contado en algún momento, mi padre me advirtió sobre la fama atroz que Derek tenía con las mujeres incluso antes de entrar allí.

En su defensa he de decir que ni siquiera quiso llevarme con él en ese viaje, pero yo insistí. A un joven, solo hay que prohibirle algo para que le parezca atractivo, y la idea de conocer a Derek comenzó a rondarme la mente.

Otra cosa que me enseñó el tiempo es que los jóvenes creemos que podemos cambiar a una persona porque sí, porque nosotros lo valemos y ya, y no fue eso lo que terminó por demostrarme la experiencia.

Las personas somos como somos y, si alguna de nosotras ha de cambiar, no lo hará por nadie, sino porque le haya llegado el momento del cambio y punto. Al menos esa era mi opinión pasados diez años desde la desgracia.

No voy a negar que ya fuera emocionada por el camino, pero todavía me sentí mucho más cuando por fin le conocí. Entre Derek y yo se creó una especie de corriente eléctrica en el mismo momento de nuestro saludo, y creo que eso fue algo que a mi padre no se le pasó por alto.

Quizás fuese esa la razón, o quizás lo motivase el simple recelo de que ambos compartiéramos el mismo techo, pero mi padre no me quitaba ojo de encima en aquellos días. Yo era su hija mayor y me costó mucho tiempo entender que él solo pretendía protegerme.

Como digo, lo prohibido atrae, pero es que Derek ya me atraía de por sí. Y yo le atraía a él. Cada mirada inicial era una verdadera provocación, y el primer beso furtivo… El primer beso furtivo fue para mí una señal de enamoramiento.

Mi padre se estaba dando una ducha cuando yo me lo encontré por el pasillo. Poco hubo que decir entre ambos. Cuando son los labios los que quieren hablar, la lengua calla, lo cual no significa que no se mueva. En aquel primer beso que nos dimos intervinieron todos nuestros órganos… incluidos nuestros corazones. O eso pensaba yo, porque con el tiempo descubrí con pesar que tan solo fue mi corazón el que apostó por aquello, el que se caldeó y el que palpitó como nunca.

Para Derek solo debió ser un simple calentón. Un calentón de esos que se olvidan en cuanto unos brazos son sustituidos por otros.

Yo no pude sustituirle como él debió hacer conmigo. A mí ese beso me dejó cautiva de aquellos otros muchos que envolvieron mis labios en unos días en los que cualquier ocasión representaba un desafío perfecto para retar a mi padre.

Recuerdo que una noche, cuando yo debía llevar unos cinco días allí, casi me da un infarto. Me estaba bañando en la piscina, puesto que no me podía dormir, cuando llegó él. Comenzamos a besarnos, y entonces unos pasos nos alertaron. Era mi padre quien venía, quizás guiado por ese sexto sentido que provocaba su precaución en todo momento.

Derek, con las muchas tablas que le daban el llevarme bastantes años, se fue al fondo de la piscina. Yo estaba angustiadísima temiendo el momento en el que sus pulmones no pudieran más y tuviese que emerger.

Mi padre me daba charleta y yo le dije de salir del agua.

—Si estás a gusto, quédate un ratito más—me propuso, algo más tranquilo al comprobar que no había nada raro a mi alrededor.

Obviamente estaba muy equivocado, pero él no lo sabía. Yo sí que salí, aparentando normalidad, y me lo llevé hacia dentro de la casa. Con disimulo, miré hacia la piscina y pude ver cómo, pese a haber aguantado lo más grande, Derek salía y todavía me guiñaba un ojo.

Yo me comía ese guiño de ojo y me lo comía a él enterito. Él tenía mucha experiencia en relaciones y yo no era más que una pipiola jugando a enamorarme de quien tanta ventaja me llevaba.

El siguiente par de días continuamos del mismo modo, encontrándonos furtivamente en cada ocasión que teníamos, en diversos rincones de la casa.

Sus besos cada vez iban a más y dieron paso a unas caricias que se manifestaron en diversas partes de mi cuerpo.

La noche anterior a esa otra en la que hicimos el amor, bajamos a la bodega y todavía recuerdo encendida cómo recibí esas primeras caricias que él me regaló por debajo de mi corta falda, apenas apartando mis braguitas.

Mi estremecimiento fue total y, si yo quise comérmelo a él, él quiso comerse ese gemido que me salió de lo más interno de mi ser.

—Mañana por la noche iré a verte a tu dormitorio—depositó esas palabras en mi oído que me sonaron a música celestial.

—Pero mi padre…

—Hay una reunión de empresarios del sector. Serán tantos que no notará mi ausencia, te lo garantizo. La reunión se celebrará en el jardín y yo me encargaré de que le mantengan entretenido.

Sería la única manera, porque mi padre se mantenía alerta todo el tiempo. Ya por aquel entonces le gustaba el juego y Derek lo sabía. Lo «entretenido» que le tuvieran tendría que ver con una serie de partidas que él mismo organizaría allí en el jardín, y que harían que mi padre no volviese ni a acordarse de su nombre.

El juego le podía desde hacía tiempo, aunque terminó siendo su ruina… y la nuestra. Derek fue muy listo y supo buscar su talón de Aquiles. De

ningún tonto se ha escrito nada.

Cierto que mi padre no le echó de menos, y cierto que él llegó a mi dormitorio, en el que le estaba esperando hecha un verdadero flan.

Hasta esa noche no había estado con ningún otro hombre y, los tocamientos íntimos que él me hizo en la bodega la noche anterior fueron mi primer contacto con el sexo más allá de los simples besos.

Con ellos, en cierto modo, me fue preparando para lo que sería una noche en la que yo rezumaba humedad de mi joven cuerpo. Me sorprendió lo lubricada que estaba con solo verle aparecer.

Para mí, Derek era el hombre más guapo del mundo, pero también el más irresistible. De la misma forma, él tampoco parecía poder resistirse a la tentación que mi joven e intacto cuerpo le suponía.

Yo no estaba preparada para ello. Me refiero a que no le esperaba con uno de esos conjuntos de ropa interior tan sexys que harían endurecerse a cualquier hombre hetero, sino con uno más puro e inocente, más como yo, en tonos verde *mint*, que en ese momento contrastaba con el moreno que había adquirido en los terrenos del rancho Miller, el que para mí se había convertido en el mejor lugar del mundo.

Derek detectó mi temblor, ese que se manifestó principalmente en mi mandíbula, así como en la cara interna de mis muslos, los cuales parecían no poder quedarse quietos, chocando el uno contra el otro.

Debió parecerle divertido, debió parecerle divertido que una chica mostrase tantos nervios ante la idea de hacer el amor con él. Yo en ese momento me sentí única y especial para Derek, cuando con el tiempo comprendí que solo había sido una más… Una más que le entregó algo que no todas le entregarían y que, por tanto, me hizo parecer más tonta a sus ojos.

A él debí parecerle irresistible. Mi cuerpo, grácil y armonioso, tonificado como suele estarlo a esa edad, le deseaba tanto como lo hacía mi corazón. Recuerdo que tomó mi barbilla, como para paralizar su temblor y que entonces recorrió con uno de sus dedos mis labios, el mismo que terminó por introducir en mi boca.

Yo solo podía permanecer con los labios entreabiertos mientras el temblor, que él trataba de controlar, se extendía sin remedio por el resto de mi cuerpo.

Después, ese mismo dedo que metió en mi boca, acabó dentro de la suya, como queriendo saborear todo lo que viniese de mí. Yo cada vez temblaba más y él comenzó a acariciarme.

Sabía muy bien lo que se hacía. Con la que le había organizado a mi padre, tendría para horas, así que no fue al grano. Lo mismo yo, dada mi virginidad e inexperiencia, suponía para él un plato que deseaba degustar con total tranquilidad.

Lo primero que hizo, tras depositar en mis labios un buen puñado de besos, fue acariciar mi nuca… Sí, puede parecer curioso, pero lo que Derek Miller acarició fue mi nunca, dándome un masaje en ella mientras murmuraba palabras de amor en mi oído, las cuales yo repetía mentalmente como si de un mantra se tratase, ignorando que en realidad no eran más que una trampa.

Mientras acariciaba mi nuca, me despeinó, y eso hizo que mi aspecto le pareciera menos cuidado y más desaliñado, algo que pareció volverle loco, a juzgar por la forma en la que comenzó a besarme de nuevo, comenzando a bajar por mi cuello.

Sentí miedo… No miedo de él, a quien deseaba con total ímpetu, sino miedo de que dejara alguna señal en el cuello o en cualquier parte de mi cuerpo que delatara lo que aquella noche había ocurrido entre mis sábanas.

Yo ya quería a Derek y estaba dispuesta a luchar por ese amor que sabía que a mi padre le sentaría como si le lanzase una granada y le alcanzase de lleno, pero no podía hacerlo así.

Lo que intento explicar es que a mi padre le costaría muchísimo aceptar lo nuestro, pero todavía sería mucho peor si se enteraba de que Derek ya había pasado por mi cama, cobrándose lo que él creería un premio que habría de ganarse a pulso.

En ese sentido, mi padre estaba chapado a la antigua, aparte de que sentía aversión por la fama de Derek. No dudo de que él quisiera lo mejor para su

hija mayor (igual que en el futuro para Ylenia). pero con el dueño de aquel rancho se manifestó como especialmente protector.

Ylenia había hecho amistad con otra niña, hija de un matrimonio amigo de Derek, con la que estuvo durmiendo la mayoría de las noches de esos días en los que todos permanecimos en el rancho. Esa fue la razón de que yo pudiese disfrutar con él de esa intimidad.

—Por Dios, no me dejes marcas o serás hombre muerto —murmuré en su oído.

—No pretendo dejarte ninguna marca, pero, si por hacerlo tuviera que morir, igual me traía cuenta —me contestó.

—Estás loco, Derek, estás loco —le decía yo, enloquecida también de amor, mientras reía feliz y me abrazaba a él como si no hubiera ningún otro hombre en el mundo que mereciera esos abrazos.

No me dejó ninguna marca externa, él sabía muy bien cómo hacer las cosas. Sin embargo, la marca que me dejó habría de dolerme más y durante más tiempo, aunque lo cierto es que no fue visible para el resto.

Del cuello fue bajando hacia mis senos, pero no lo hizo a saco. No puedo decir, en eso mentiría, que Derek no fuera extremadamente cuidadoso conmigo esa noche, más aún cuando yo le hice la confesión del millón, después de que él me preguntase.

—¿Tus nervios obedecen a que nunca has estado con ningún hombre?

—No, nunca —negué con la cabeza con un rubor tal que temía que mis mejillas pudiesen llegar a estallar.

—Ven aquí, pequeña —Me abrazó con sumo cariño antes de continuar.

Supuse que no quiso ser brusco para no asustarme. Quién no ha pasado por esa primera vez en la que el deseo se mezcla con el miedo…

En mi caso, ese deseo y ese miedo se mezclaron con sus besos, los cuales fue vertiendo por todo mi cuerpo como si se tratase de una vasija. En mis zonas más erógenas, y en las que también me provocaban mayor rigidez por los nervios al contacto con ellas, me iba dando un suave masaje que precedía a otro tipo de caricias.

La juventud de mis senos, así como la del resto de mi cuerpo, le encandiló, pero noté que los ojos le brillaban de un modo especial al contacto visual con mis rosados pezones, esos que hacían juego también con el color de mi vulva, la cual noté extremadamente ardiente conforme él me iba explorando.

En cuanto a su cuerpo, poco puedo decir de él… Cualquier mujer hubiera querido perderse en esos fuertes brazos y sentir el contacto de su anchísimo torso, ese tan trabajado y en el cual te daba la sensación de que podrías quedarte a vivir.

No, es probable que eso solo lo pensase una incauta como yo, porque en ese torso, igual que en el resto de su cuerpo, y también en el de su vida, yo solo estaba de paso.

Poco a poco se fue haciendo conmigo, logrando que cesasen los temblores y que solo actuase el deseo. Sus manos retiraron mis braguitas, que era la única prenda que ya me quedaba en el cuerpo mientras que su lengua se seguía ocupando de mis senos esos que, erguidos, recibían sus caricias linguales como agua de mayo.

Hay pocas cosas en la vida que se puedan recordar con tanto detalle como una primera vez con el hombre que amaste. Esa sensación es mágica y magia me pareció aquel encuentro sexual que se fue produciendo, episodio a episodio, a lo largo de un buen rato de aquella noche, la que taché en mi calendario con el nombre de «la más romántica de mi vida».

El romanticismo me iba a salir caro, aunque yo todavía estuviese ajena a ello y, por tanto, disfrutando de lo que consideraba «las mieles del amor». Para mí eran mieles porque me sabían dulce, como dulce me sabía todo lo que tuviese que ver con él.

Mi primer orgasmo fue un auténtico descubrimiento. No voy de monja por la vida, yo sí que solía tocarme, pero nunca me había llegado uno tan intenso como el que él logró provocarme mientras masajeaba circularmente mi clítoris al mismo tiempo que hacía lo mismo con la lengua en mis senos.

Tras él, me descubrí tan acalorada que temí que se me notase el sudor que perlaba mi rostro. Sí que se me notó, porque Derek lo percibió y no hizo otra cosa que tratar de refrescarme soplando sobre él… Ese soplido me daba vida, la misma vida que me daban sus besos.

Esos mismos besos los recibía en el momento en el que me desvirgó. Su pene entrando en mi estrecho canal fue algo que primero me estresó para luego relajarme como nunca lo había hecho.

Yo, todo hay que decirlo, era una chica muy responsable que vivía un poco en tensión… Y ese nivel de tensión desapareció cuando él comenzó a moverse en mi interior, causándome tanto placer que, una vez desaparecido el inicial dolor, creí que podría hacerme desmayar.

Le quería con todo mi corazón y ese corazón era el que estaba poniendo encima de una cama en la que pensaba que los dos (también el suyo) latían al unísono, porque yo así lo percibía.

Cuando no tienes experiencia, puedes percibir muchas cosas que en realidad no son en absoluto reales. Y eso me debió ocurrir a mí el día en el que confundí el sexo con el que Derek me estaba obsequiando, con amor, y del bueno, de ese que no parecía estar reservado para mí. No al menos por su parte.

Con él conocí el placer inconmensurable, un placer que me llevó al borde del delirio en una noche llameante en la que ardí al rojo vivo con él entre mis labios vaginales, abrazándole con mi cuerpo y con mi alma.

Ya me veía como la esposa de Derek Miller. Quizás no en ese momento, porque era muy joven, pero sí en el futuro, cuando tuviese unos años más y un bonito proyecto de futuro con él, que a buen seguro incluiría formar una familia con hijos.

El sueño me duró una noche, como diría Shakespeare *El sueño de una noche de verano*, un sueño que se vio roto a la mañana siguiente cuando, lejos de todo, no solo terminó mi aventura amorosa, sino también la profesional, que dio un giro de tuerca total.

Quizás el odio no sea bueno. Es más, lógicamente no lo es, pero sí forma parte del duelo de las personas. El problema era que, a mí, el duelo con Derek ya me duraba demasiado, y el odio que acumulé en su contra era casi tan grande como el amor que un día sentí por él.

Pensaba en todo ello mientras mis ojos se resistían a cerrarse. Dormir bajo el mismo techo que ese hombre, por mucho que fuese en estancias distintas, me ponía tan nerviosa que era irremediable que sufriese insomnio.

Capítulo 23



—Tú apenas has pegado ojo —me decía Ylenia camino del coche por la mañana.

—Y tú también tardaste en dormirte, pequeñaja —le comenté mientras la abrazaba.

—¿Es porque piensas que he perdido muchas facultades? Tampoco tantas, me has visto montar, puedo estar de nuevo en mi punto álgido en nada. Solo necesito tu ayuda… Y a Pegaso.

Hayden estaba con el animal, tranquilizándole. Parecía un chico formidable, que enseguida exhibió una gran sonrisa.

—No le gusta nada el remolque, se pone muy nervioso. Menos mal que no es un viaje demasiado largo, me hubiera gustado poder hacerlo con vosotros —murmuró.

El amor juvenil es algo precioso, quien no sepa ver eso ha perdido las facultades de su corazón o, simplemente, nunca las tuvo.

—¿A ti te gustaría venir? —le preguntó Derek, que apareció en ese momento. Tampoco traía cara de haber descansado demasiado, las cosas como son.

—Claro, jefe, cómo no, pero soy consciente de que mi sitio está aquí, en las cuadras —le comentó porque parecía un chaval de lo más responsable.

—¡¡Qué demonios!! ¿Cuánto tiempo tardas en prepararte? —le preguntó él.

—¿Yo? Bueno, supongo que en cinco minutos podría estar listo —le indicó con total incredulidad.

—Pues te doy cuatro, arreando…

Lo dijo como una gracia que el resto le rio, pero yo no. Es que no estaba dispuesta a bailarle el agua en absoluto, y eso que entendía que era un gesto más a valorar, puesto que lo hacía por mi hermana y por Hayden.

—Iré a hablar con Kevin, él se ocupará de las cuadras en nuestra ausencia —me comentó cuando le vimos venir.

Yo no había visto al veterinario desde la noche que salimos con Kate, quien por cierto no salió a despedirnos porque seguía dormida. Su madre le había dejado bien claro que una novia debía descansar bien en las noches previas a su boda y ella, que quería lucir más bonita que ninguna, tomó buena nota.

Kevin llegó a mi altura y la forma en la que me miró no me resultó indiferente.

—Yo a ti te conozco —me dijo mientras le daba la mano a Derek, quien permanecía atento a las palabras que cruzábamos.

—Y yo a ti también, coincidimos tomando copas hace unas noches, aunque no nos presentaron —le comenté.

—Muy cierto, estabas con Kate. Yo me llamo Kevin y soy el nuevo veterinario, ¿y tú eres?

—Yo soy Tiffany y soy la entrenadora de mi hermana Ylenia, que es un crac en el mundo de la hípica.

—¿Monta a Pegaso? Entonces no dudo que lo sea —añadió él.

—No lo dudes en absoluto. Además, Pegaso ya es suyo —intervino Derek.

—¿Has regalado a Pegaso? Pero si siempre dices que es el mejor caballo que has tenido en la vida.

—Sí, pero también tengo deudas que saldar y si con ello las saldo en parte…

—No me jodas, Derek, no creo que tú tengas deudas económicas…

—No, no me refiero a deudas de ese tipo, sino a otras mucho más difíciles de saldar.

—En fin, tú sabrás. Me alegra mucho volver a verte, Tiffany —me miró.

—Gracias, lo mismo te digo. Mira, esa chica que viene por ahí es Ylenia. Te aseguro que dará mucho, pero que mucho que hablar en el mundillo.

—No lo dudes, tiene a la mejor entrenadora —intervino de nuevo Derek, quien no sabía qué decir para que le prestase atención.

—Y ahora también al mejor caballo y, no es porque quiera hacerte la rosca, jefe… Pero si tú la patrocinas.

—Así es —le confirmó él.

—Pues entonces también cuenta con el mejor patrocinador, ¿dónde vais?

—A Detroit —le contestó Derek mientras Kevin le ayudaba a meter a Pegaso en el remolque, algo que se notaba de lejos que el animal detestaba.

Yo lo entendía muy bien porque a ninguno nos gusta sentirnos enjaulados. Yo me sentí así durante mucho tiempo, prisionera de mi interior, y puedo afirmar que es lo peor.

Quienes parecían felices cuales perdices eran Ylenia y Hayden, que de pronto se habían ganado un viaje juntos con el que no contaban.

—¿Llevo yo el coche, jefe? —le preguntó Hayden, ante lo cual Derek enarcó una ceja.

—¿Tengo yo pinta de que necesite que me lleven a ninguna parte? —le respondió porque era muy cierto que no solía hacer uso del chófer.

—No, pero yo solo lo digo por agradar. Es que le estoy muy agradecido, no esperaba esto.

—Pues si me quieres agradar, lo único que debes hacer es tratar bien a esta muchachita —señaló a Ylenia—. Hay personas a quienes, si no se les presta la debida atención, uno puede lamentarlo de por vida —le confesó mirándome.

A todo esto, Kevin, que ya entraba en el rancho, se volvió para despedirnos. En realidad, yo diría que para despedirme.

Derek no es de los que van por la vida sin darse cuenta de las cosas, y también lo percibió. Lo sé por la forma en la que le miró a él, me miró a mí, y en la que luego carraspeó mientras el motor del coche comenzaba a rugir.

Yo acababa de descubrir su punto flaco porque, pese a todo, parecía sentir celos en ese instante. Lo mismo es que se creía un sultán y aspiraba a tener un harén, porque a mí de él ya no es que me fuera a pillar nada desprevenida.

Fue muy tierno porque, nada más ponerse el coche en marcha, Ylenia se quedó dormida en el hombro de Hayden, que la trataba con mimo. Mi niña descansó mal por los nervios la noche anterior y lo que mejor le venía era olvidarse de la competición y darle un tremendo abrazo a Morfeo, aunque en realidad a quien abrazaba era a Hayden.

Él se quedó despierto en principio, pero tampoco tardó en dormirse, así que nos quedamos despiertos Derek y yo… Despiertos y mirándonos, porque él observaba cada uno de mis movimientos.

Capítulo 24



Llegamos y Pegaso mostraba signos de haberlo pasado fatal. Por lo visto, al pobrecito animal siempre le sucedía lo mismo, que le tenía pavor al remolque y a la carretera.

Me gustó ver cómo Derek trataba de calmarle una vez que le bajó. Si hubiera tenido la mitad de sensibilidad en su día conmigo… Ojalá hubiese sido así, aunque al menos agradecía que la mostrase con el animalito, que no tenía la culpa de nada de lo que a mí me hubiese sucedido con él. De eso la tuve yo y solo yo.

Mi hermana estaba deseando comenzar a entrenar. Acariciaba a Pegaso cuando de pronto se encontró con Ava, algo que le produjo tremenda alegría.

—Has vuelto, Ylenia —le comentó esa compañera y amiga suya con la que había coincidido en tantas y tantas competiciones, y que parecía pensar que ella se había retirado.

—¡Ava! ¡Qué alegría verte! ¡Y con caballo nuevo! —exclamó viendo a uno precioso que la chica exhibía con orgullo.

—Sí, a Alado le dio un patatús —le comentó la chica, que siempre nos había hecho mucha gracia desde pequeña porque tenía una forma de hablar muy salada y con la que parecía quitarle importancia a todo.

—¿Un patatús? —le preguntó mi hermana, un tanto horrorizada.

—Sí, sí, un patatús. Que me levanté un día y estaba más tieso que un ajo el pobre mío. Cosas que pasan, le tuvo que tocar a él, bien le podía haber tocado a David —nos soltó y entonces sí que nos quedamos heladas las dos.

—¿A David? ¿A tu novio? Pero ¿yo cuánto tiempo llevo fuera del circuito? ¿Cuánto me he perdido? —le preguntó Ylenia, que no podía creer lo que su amiga le estaba contando, porque David era también un jinete muy conocido y ellos dos parecían formar la pareja más estable del mundillo del caballo.

—Te has perdido mucho, pero vente conmigo, que yo te voy a poner al día —le indicó—. Oye y, por cierto, que tú tampoco vienes coja, ¿cómo se llama esta preciosidad? —le preguntó en relación con Pegaso, a quien acarició.

—Se llama Pegaso y te prometo que haré que con él le duela la cabeza a Tris —se refirió a otra amazona, que era su rival más directa, bastante mala

compañera, además.

—A esa, a esa es a la que yo quiero que le duela la cabeza, ven que te lo cuento.

—Muy bien, chicas, pero en cinco minutos aquí, que comienza el entrenamiento —le recordé a mi hermana, porque no podía permitir que se durmiera en los laureles. Y mucho menos con el atraso que llevábamos.

—Ylenia lleva la competición en el ADN, dale un respiro —me pidió Derek.

—Ni respiro ni ocho cuartos. Si quiere llegar a lo más alto, tiene que poner los cinco sentidos en el caballo, no puede andarse con chiquitas. Incluso lo de Hayden me preocupa un poco, por si pudiera distraerla.

—Hayden es un gran chico, no supondrá ningún obstáculo para su carrera, tú lo verás —opinó.

—Eso espero, porque está en el momento en el que menos se lo puede permitir. Mi hermana puede llegar muy alto, tú lo sabes, pero también sabes que un hombre, en el momento exacto, puede joderle la carrera a una mujer —le recordé porque yo seguía siendo incapaz de morderme la lengua.

Diría, casi sin temor a equivocarme, que cada vez era menos capaz de hacerlo. Resultaba que, cuanto mejor se portaba él con nosotras, menos lo

entendía y, aunque en el fondo lo agradecía muchísimo por la parte que le tocaba a Ylenia, por la mía como que me daba coraje.

Yo no hubiese querido que fuese él quien le prestase su ayuda directamente. Parecíamos estar en deuda con Derek cuando hasta hacía nada era él quien lo estaba conmigo, y en deuda eterna.

—Por favor, ya. Sé que te hice muchísimo daño, pero ¿no habría alguna posibilidad de que no me lo recordases cada cinco minutos? —me preguntó un tanto desesperado, porque yo podía ser muy cargante.

—Por supuesto que la hay. Si enmudeces, yo no te vuelvo a decir nada —le respondí malévola.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos ayudarnos? —me preguntó él.

—Porque cualquiera menos tú, cualquiera menos tú debió ser quien nos ayudase. Esto es como una jodida trampa de la vida. Y no es la primera vez que siento que me debe una con respecto a ti, ¿sabes? Y eso me jode, no sabes cuánto me jode.

—Y tú sabes cuánto me jode a mí no poder ni siquiera aliviar en parte el dolor que un día te causé.

—Conmigo no te hagas la víctima que no te valdrá ni un poquito, te lo digo —le apunté con el dedo acusador.

—Algún día, algún día, me perdonarás un poco —me aseguró.

—Esta misma noche, pero solo en tus sueños. Es más fácil que me convenzas de que la Tierra no es redonda que de eso —reí.

—Ya lo veremos…

—¿Ya lo veremos? Oye, ¿es el aire de Detroit o me da a mí que tú estás hoy un poco chulillo?

—Será eso, será el aire de Detroit —afirmó.

—Pues menos mal que nos vamos en nada, porque yo así es que no te soporto.

—Menuda novedad, ni que me soportaras de ninguna manera —añadió.

—En eso tienes toda la razón. Y cada vez te soporto menos, también te digo…

—Eso no es verdad, y lo sabes.

—Sí, sí, cada vez te soporto menos porque te estás haciendo el santurrón y conmigo esa estrategia de pacotilla no te valdrá. Que sepas y entiendas que yo te pienso odiar igual —sentencié.

—Mira, por ahí viene tu hermana. Ni cinco minutos ha tardado. Desde luego que tienes fama de entrenadora de hierro…

—¿Y tú de qué sabes eso? Si llevas un siglo sin saber de mí, ni que te hubiese importado un comino.

—Igual no llevo tanto sin saber de ti, Tiffany, igual no llevo tanto —resopló porque yo no se lo ponía nada fácil.

—No, si ahora va a resultar que eres hasta mi ángel de la guarda. Quita ya de en medio, hombre, que estorbas mucho —le pedí y saqué su sonrisa, ¿por qué demonios tendría que sonreírme así?

Capítulo 25



Nos pasamos el resto del día entrenando.

Ylenia mejoraba por hora que pasaba, pero es que nos quedaba un largo camino por recorrer. La carrera del día siguiente no era más que un aperitivo. El plato principal era el Derby de Kentucky, y para él debía prepararla.

En realidad, había momentos en los que incluso me sentía algo culpable por ser tan dura con Ylenia en el terreno profesional. Era como si pensara, en ciertas ocasiones, que deseaba vivir a través de mi hermana pequeña la gloria que yo no pude llegar a acariciar con la yema de los dedos por culpa de Derek.

Luego, eso sí, miraba a Ylenia y a la mucha ilusión que a ella le hacía llegar a lo más alto como amazona y entendía que no estaba haciendo nada malo y que, si le exigía tanto, era porque el éxito no le cae a nadie del cielo, y ella ansiaba ese éxito.

Derek y Hayden me miraban mientras la entrenaba. Una y otra vez repetíamos los mismos movimientos. La técnica de mi hermana era muy precisa y depurada, si bien yo buscaba que rozara la perfección.

Ylenia contaba con un potencial extraordinario como amazona, aunque lo cierto es que, falsa modestia aparte, todos los entendidos veían el mismo potencial en mí como entrenadora.

Yo ponía el alma y la vida en que mi niña fuera a mejor. Y ella también se mostraba incansable. Si algo podía destacar de Ylenia era que nunca se quejaba. Daba igual el trabajo que tuviera por delante, ya que de su boca jamás salía una queja. Ylenia contaba con una voluntad férrea y con una ilusión intacta por alcanzar la cumbre en la equitación, y juntas lo íbamos a lograr.

Hayden la miraba entrenar embobado. Él, que de por sí era tan amante de los caballos, flipaba con una chica que supiera hacer de la forma de montarlos un verdadero arte, como era mi hermanita.

Derek también parecía disfrutar mucho de la estampa y, aunque admiraba la forma de montar de Ylenia, me sorprendía esa otra con la que me miraba tan a menudo, como queriéndome dar a entender que le interesaba mucho todo lo que yo hacía con ella.

Cualquiera podría decir que era más que normal, ya que para eso se trataba de nuestro patrocinador, pero yo me entiendo… Él me miraba más

allá del interés profesional, y eso era algo que me hacía sentir sumamente incómoda.

Si algo no podía permitirme en la vida, y eso lo tenía tan claro como el agua, era que ninguna de sus miradas llegara a removerme nada en el interior, nada que no fuera parecido al odio.

Terminamos el entreno y estábamos hechas dos verdaderos trapitos, en el sentido de que el día había sido muy largo, y el trabajo muy duro. Hayden y Derek nos felicitaron, y también llegó Ava para subirle la moral a Ylenia.

—No sé qué clase de respiro te habrás tomado, porque yo te veo sensacional —le comentó mientras la abrazaba.

—Ya, si me siento genial —le comentó mientras le hacía un guiño de ojo y le señalaba a Hayden.

Derek, que era muy largo, vio que esa otra chica no estaba demasiado bien, así que enseguida le hizo una propuesta que me agradó. Sí, lo reconozco, de nuevo algo que me agradó, pero es que él trataba de ganar puntos para su perdón, y cuando se comportaba bien con la gente a la que yo quería, pues eso…

—¿Quieres venirte a cenar con nosotros? Así podrás pasar más tiempo con tu amiga —le propuso.

—¿Yo? Pues vale, así le doy a la lengua, que estoy deseando contarle todos los pormenores de por qué voy ahora rayando el techo con los cuernos. Con lo que a mí me gustan los caballos, y el desgraciado de David ha debido pensarse que podía convertirme en una vaca. A mí, con el tipo que tengo —nos dijo con esa gracia tan suya.

La chica aceptó encantada la invitación y mi hermana parecía más encantada todavía. Mientas ambas nos vestíamos en el hotel para cenar, tras ducharnos, me hablaba.

—Yo no sé por qué no le tragas, porque no puede ser más bueno con nosotras. Yo tengo mi teoría… —insinuó Ylenia y a mí se me pusieron los pelos como escarpias porque no quería que se metiese en el tema.

—No te me pongas ahora en plan filosófico que no te pega, venga, ¿quieres que te haga un par de trenzas de espiga? Seguro que quieres estar guapa para Hayden —le ofrecí.

—Y seguro que, cuando tú tenías mi edad, querías estar guapa para Derek, pero él te vio como una niña… Y no lo entiendo, porque Hayden y yo también nos llevamos unos años y él sí me hace caso.

Respiré aliviada. Prefería que pensase que Derek no me hizo caso en su día, que pasó de mi culo por niña, a que supiera la verdad y ella misma le cogiera inquina a quien la estaba patrocinando.

—Vamos a dejarlo en que Hayden y Derek se parecen como un huevo a una castaña, ¿vale? Son de la misma especie, pero solo en apariencia…

—Pues yo no lo entiendo, porque a mí me parecen muy buena gente los dos. Tiffany ¿a ti no te lo parece?

—Ylenia, lo que me parece es que vamos un poco justas de tiempo. Ava igual ya nos está esperando. Y otra cosa: que ningún pensamiento te aparte de…

—De la competición, ya lo sé. No te preocupes, que nada lo hará. Pero prométeme que tú estás bien —me pidió porque no era tonta y algo raro estaba notando.

—Yo estoy bien si tú estás bien, así que esto es una simbiosis, cariño —le comenté mientras le hacía una caricia en su respingona naricilla.

Capítulo 26



Derek le daba conversación a Ava cuando bajamos a buscarlos al hall.

Yo le miré mal, no pude evitarlo. Tenía pensamientos de todo tipo con respecto a él: que si era frío, que si sería capaz que mirar a una cría con ojos lujuriosos, que si, para mi sorpresa, me haría daño otra vez…

He de decir, en honor a la verdad, que en cuanto aparecimos dejó a los tres chicos solos, ya que se nos unió Hayden enseguida, y se centró en mí, cosa que también me incomodaba.

Obviamente, y como ya estaréis deduciendo, no sabía lo que quería al respecto de su comportamiento. Sí, en realidad me gustaría que pareciese que no estuviese allí y ya, que patrocinara a mi hermana en silencio y sin aparecer, cosa que no era posible entre otras porque él se comportaba como mucho más que un patrocinador y le hacía de representante y demás, buscándole todos los contactos.

Total, que, visto así, teníamos Derek para largo. En la mesa los tres chicos se sentaron juntos. Hayden parecía entusiasmado del reencuentro de mi hermana con Ava. Él para nada era un chico que quisiera acaparar a Ylenia, quien también mostraba su mejor sonrisa con respecto a su amiga.

Ava tenía ganas de contarnos, porque era una chiquita a la que le acababan de romper el corazón y no podía disimularlo.

Yo me identificaba mucho con ella, en el sentido de que Derek también me jodió viva (en el más amplio sentido de la expresión) cuando tenía su edad, con la diferencia de que, al menos, ella podía seguir compitiendo. Y a mí se me acabó la carrera de golpe.

—Pues nada, que el muy cínico me decía en los últimos días que le habían aumentado las horas de entreno, y yo me lo creí como una boba. Eso es lo que más me jode, el haber quedado como una boba, porque no creáis que me lo imaginé, no. Fue un mozo de cuadras, que parecía estar por mí, el que me advirtió de que la última parte de los entrenamientos de mi novio cada día no los hacía solo, sino con Tris, y que no tenían tanto que ver con la equitación como con una película porno. Para que me vierais la cara, de verdad… —decía ella, queja va y queja viene.

Derek guardaba silencio por eso de que sabía que yo lo tenía entre ceja y ceja, y que cualquier palabra que dijese podría ser utilizada en su contra.

—Hace falta ser muy poco hombre para eso —añadió Hayden, quien escuchó consternado el relato de la chica.

—Pero es que a cualquier cosa le llaman un hombre —proseguí yo, echándole una miradita tan furtiva como irónica a Derek.

De lo que no había duda era de que él aguantaba el chaparrón como podía, porque yo se las estaba dando mortales, esa es la verdad. No podía, todo lo que sonara a sinvergüenza lo relacionaba con él y eso me fastidiaba, porque en el fondo era como si todo comenzase y terminase en él.

Ava se despachó a gustito, y, además, encendió mucho más a Ylenia contra Tris, porque esa chica se había mofado mucho de su amiga cuando ella lo único que sintió fue dolor y rabia por los cuernos que le habían puesto.

Después de la cena, los tres chicos se fueron a jugar una partida de billar. Poco más y cada uno a la cama, porque las chicas competían al día siguiente y yo ya estaba mirando el reloj.

—¿Una copa? —me preguntó Derek.

A mí no me apetecía subirme sola a la habitación en tanto mi hermana no terminase la partida, que al final consiguieron que fueran tres en lugar de una. Tampoco debía ser yo tan sargento de hierro como decían.

Le acepté la copa con la condición de que nos la tomáramos en el jardín porque la noche estaba fabulosa.

—La chica está hecha polvo —me comentó mientras se llevaba la suya a los labios.

—No, si te parece, va a estar dando saltos de alegría. Es una niña y le acaban de partir el corazón. Cuando eso sucede, te salen unos instintos que hasta ese momento ignorabas que tenías, ¿sabes?

—Lo supongo, aunque cada caso es un mundo.

—Sí, sí. Unos te parten el corazón para ponerte los cuernos, otros porque fuiste un mero capricho de una noche para ellos —carraspeé en ese instante para darle a entender que era su caso.

—Ojalá pudiera hacerte entender que eso no fue así. Si supieras cuántas veces…

—Si supieras cuántas veces me dan ganas de coger el teléfono y contarle a Kate que no estás siendo sincera con ella… Pero claro, es que tampoco lo has sido nunca con nadie, no tienes experiencia, pobrecito, no te podemos echar a ti la culpa.

—No te burles de mí, por favor te lo pido —me rogó con su mirada fija en la mía mientras daba un nuevo sorbo a su copa.

Yo tuve que beber también en ese momento porque ignoré la razón de que la garganta se me secase como lo hizo, pero es que se me secó mucho, apenas podía decir nada más. Y tampoco quería…

Los chicos iban pidiendo una partida más hasta completar las tres, y a mí la copa se me hacía muy larga. Evitaba quedarme a solas con Derek porque todo se complicaba cuando esto sucedía.

Yo quería seguir diciéndole muchas cosas, y ninguna buena, pero luego resultaba que él se portaba genial con Ylenia… y también conmigo, y comenzaba a pensar que igual no tenía derecho a comportarme así con él. Y todo dolía; dolía un pensamiento, dolía el otro, y dolía el de en medio.

Al irse a dormir, feliz, Ylenia le dio un beso en la mejilla, en señal de agradecimiento, y Ava le dio otro en señal de despedida hasta el día siguiente. Yo me contuve, por supuesto, pero fue él quien se acercó y con un beso acarició mi mejilla con un «hasta mañana» que sonaba a súplica de perdón.

Capítulo 27



Ylenia parecía nerviosa al día siguiente, a la hora del desayuno.

A mí lo que parecía era que me habían dado dos puñetazos en los ojos y me los habían puesto del tamaño y forma de dos huevos. Y todo por culpa de Derek, que evitaba que durmiese bien, así que bajé al comedor para tomar el desayuno con las gafas de sol puestas.

Mi hermana no paraba de cascar, y Ava estaba a su lado. Derek las tranquilizaba a ambas, que parecían no poder parar quietas.

—Da igual lo que diga ese John, vuestros caballos también son formidables y…

—¿Qué pasa aquí? —les interrumpí al mismo tiempo que llegaba Hayden, también con el signo de interrogación en su cara.

—Que John, el entrenador de Tris, está haciendo correr el rumor de que ella está en su mejor momento y de que nos lleva mucha ventaja y, para colmo, de que tiene el caballo más rápido de todas nosotras. Y también dice más cosas —murmuró Ava, quien parecía muy afectada.

—¿Y qué más cosas dice el presuntuoso de John? —le pregunté porque yo a ese tipo le tenía atravesado de siempre, porque se creía más que el resto, cosa que no podía soportar. Asquito me daba.

—Dice que yo no estoy en forma porque todo lo que he hecho en las últimas semanas ha sido llorar, que soy una llorica y que no sé priorizar, y en cuanto a tu hermana…

Derek puso cara de preocupación al ver la mía. Como John se hubiese pasado un pelo era capaz de arrancarle todos los que tuviera en la cabeza, uno a uno y a bocados.

—Es mejor que no te lo diga, Tiffany, ya sabes cómo es —murmuró Ylenia con la lagrimilla casi fuera, cosa que hizo que yo cogiera el cielo con las manos.

El muy mierda del tío ese estaba jugando a tirar la moral de las chicas hacia abajo, aprovechando el mal momento por el que ambas habían atravesado, y yo no se lo iba a consentir.

—No, no, dímelo, por favor. Y si se tiene que comer una a una sus palabras, te prometo que se las come.

A Derek se le dibujó una sonrisa cómplice en la cara. Y a mí me dio cierto coraje porque yo complicidades con él no quería ni media, pero tampoco se la podía borrar. La sonrisa digo, la cara, menos.

—Pues dice que tu hermana y tú ya estáis muertas en el mundillo, con los plomos fundidos, que para eso ya vuestro padre no está y… Para mí que no se ha enterado de quién es vuestro patrocinador —le salió la sonrisa también a la chiquilla.

Estaba en lo cierto. A Derek le gustaban los golpes de efecto y no lo había hecho público. Estoy segura de lo que digo; en eso no actuó con maldad. Simplemente, quería pillar por sorpresa a sus contrincantes, porque se las sabía todas.

—¿Eso dice? Pues te prometo que ahora ya no tengo tiempo, pero… en cuanto termine la carrera, le cojo y hago que una a una se coma sus palabritas. Se va a cagar la perra —le aseguré y a Derek solo le faltó aplaudirme.

Además, que yo diría que guardaba un as bajo la manga. Eso sí que lo tenía; para los negocios era muy astuto. Vaya, para los negocios, qué bobada… Era astuto para todo, yo diría que Derek nunca se había quedado sin nada de lo que ansiase.

La carrera estaba por comenzar y yo no podía dejar que me minase la moral. El tal John sabía latín y lo único que podía hacer, para contrarrestar

el veneno que había lanzado contra Ylenia y Ava, era auparles la moral y, en cuanto a mi hermana, darle las mismas instrucciones de última hora que su entrenadora le dio a Ava.

La carrera comenzaría en nada y todos estábamos nerviosos. Todos menos Derek, quien parecía confiar plenamente en mi hermana. Confianza no equivale a decir que Ylenia fuese a ganar ese día, puesto que no estaba al cien por cien, de eso no le había dado tiempo.

—Estoy seguro de que va a quedar en un puesto excelente —me comentó en cuanto ella se fue para Pegaso, diciéndome adiós con la manita.

—Es una campeona, lo es. Mira qué porte de ganadora tiene…

—Y es que tiene a quien salir —me sonrió él—. En cuanto a ese John…

—No te preocupes, que yo me meriendo a uno de esos cada día —le dije muy chulilla también, porque quería demostrarle que en el mundillo no me dejaba pisar por nadie.

—Tú aséstale una puñalada, y yo le remataré —me pidió mientras me guiñaba el ojo, ¿por qué tenía que hacer eso? ¡Maldita sea!

—Eso, tú aliéntame a que cometa un delito. Pues anda que no me van a caer años de cárcel, como tú eres rico, seguro que te libras.

—Mujer, que me refería a metafóricamente hablando, no digas barbaridades…

—Anda, ¿y yo qué sé? —reí porque mi idea había sido de esas que hacen que te coloquen una camisa de fuerza o te den una paguita, una de dos…

—Venga, y ahora, ¿me harás un favor?

—Yo favor ya te hice uno en la vida y bien carito que lo pagué. A mí no te creas que me vas a cobrar en carne lo que estás haciendo con mi hermana, so guarro —le espeté.

—Tiffany, por Dios, que no me refiero a ese tipo de favores…

—Vale, vale, ¿y entonces qué? Lo dices así, tan serio, y me dan ganas de reventarte pensando que quieres que te limpie el sable.

—Tiffany, ¡ya! —me pidió porque comenzó a reírse justo en el momento en el que los caballos salían pitando y claro, como que no era plan.

—Haces que me pierda algo de la carrera y cobras —le aseguré.

Capítulo 28



Los nervios me estaban matando durante los primeros segundos de la carrera. Tanto Ylenia como Tris y Ava salieron muy igualadas. Y eso que Tris jugaba con ventaja porque ella sí que llevaba semanas poniendo toda la carne en el asador para la carrera.

Ylenia, contra todo pronóstico, se puso la primera enseguida, y entonces yo parecía estar sufriendo un ataque, de los muchos botes que daba. Estaba escoltada por Hayden, quien no paraba de animar a mi hermana y por Derek, que con gesto más comedido disfrutaba de lo lindo.

—¡Vamos, mi niña, que tú puedes! Deja muy alto el pabellón…

A todo esto, cerca de nosotros estaba el miserable de John, quien conocía a Derek y no entendía muy bien qué estaba haciendo allí, en calidad de qué estaba sentado a mi lado.

En cualquier caso, Tris iba extraordinariamente preparada, porque ella no había sufrido ningún tipo de altercado en los últimos tiempos y, un poco antes de terminar la carrera, adelantó a Ylenia, llegando la primera a la meta, mientras que mi hermana quedó la segunda y Ava la tercera.

La asquerosa cara de John era de satisfacción total, aunque también seguía intrigado y más cuando tampoco se le había pasado por alto que mi hermana montaba a Pegaso, que era un caballo muy conocido.

Tan pronto como terminó la carrera, él fue al encuentro de Tris, y entonces le salimos al paso.

—Hola, John, qué poca alegría me da verte —le solté con total socarronería.

—Hola, Tiffany —me miró desconcertado, observando el gesto de Derek, que le daba a entender que iba a muerte conmigo.

—¿Me ves? —le pasé la mano por delante de la cara con total ironía, moviéndola.

—Pues claro que te veo, ¿acaso te crees que me he quedado ciego? Tengo vista para ver cómo Tris ha ganado. Sin duda, será la próxima campeona del Derby de Kentucky.

—Qué baratas salen las palabras. Otra cosita, he de reconocerte que estoy impresionada —le comenté.

—No me extraña, Tris lo ha hecho de escándalo, aunque no es la primera vez, ya deberías estar acostumbrada —me contestó con la misma ironía.

—No, no lo digo por eso. Es cierto que Tris lo ha hecho muy bien y te felicito. Disfrútalo, por cierto, porque será la última vez que gana a Ylenia, pero en realidad a mí lo que me tiene loca es tu capacidad para ver e interactuar con fantasmas —le sonreí de la manera más sibilina posible.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te apartas y me dejas felicitar a Tris? —me pidió, porque ya la veía a cierta distancia y eso le serviría como excusa para zafarse de ambos. O más bien era lo que él pensaba.

—Lo que digo es que has dejado caer que mi hermana y yo ya estábamos muertas en el mundillo. Y aprovecho esta bonita reunión para comentarte que no solo te has equivocado por completo, sino que os vamos a plantar más cara que nunca a Tris y a ti.

—En realidad, solo a Tris —carraspeó Derek, que en ese momento intervino y sí, entendí que tenía un as en la manga, y de esos que lo cambian todo.

—¿Cómo? Tú eres Derek Miller, ¿verdad? ¿Se puede saber quién te ha dado vela en este entierro? —le preguntó él con evidente enfado, puesto que John tenía un nombre en la profesión y no estaba acostumbrado a que lo tratasen con desprecio.

—La vela la he cogido yo solito al ser el patrocinador de Ylenia. Como ves, Tiffany y ella no solo no están muertas en el mundillo, es que están más vivas que nunca. El muerto, también aprovecho esta bonita reunión para comentártelo —me parafraseó—, eres tú.

Eso sí que me cogió fuera de juego por completo, ¿qué le estaba queriendo decir?

—Tío, no sé quién te habrás creído que eres. Sí, eres Derek Miller, pero eso no te convierte en Dios, ¿qué mierda insinúas?

—Pues más que insinuar afirmo que ha llegado a mis oídos que no solo eres entrenador, sino que amañas carreras para embolsarte importantes cantidades de dinero. Estamos hablando de verdaderas estafas, de delitos que te llevarán de cabeza a la cárcel porque ya te adelanto también, de paso, que tengo pruebas de lo que digo. Tú eliges, o te apartas del mundo del caballo y nos dejas a los demás jugar limpio, o te vas una temporadita a la sombra, que igual es que estás insolado.

Nunca había visto a una persona quedarse tan asombrada ante las palabras de otra. Pero es que yo también me quedé absolutamente conmocionada.

Sin duda, Derek era un hombre poderoso y con muchos contactos, y acababa de hacerlos valer para convertir una situación injusta en otra mucho más justa.

—No, vas de farol —tartamudeó John, a quien solo le faltó hacerse pis encima.

—¿De farol? ¿De veras lo crees? Ambos sabemos que no, y para demostrártelo te voy a dar algunos nombres que seguro que no te gustará escuchar. Vamos allá…

Vi venir a Ylenia de lejos, y les dejé hablando «de sus cositas». Mi hermana era tremendamente exigente consigo misma, y no venía contenta del todo.

—Te prometo que he hecho todo lo que he podido, Tiffany. Incluso hubo un momento en el que creí que ya la tenía, que tenía la carrera…

—Cariño, ¿acaso crees que me debes una explicación?

—Pero tú siempre dices que no hay sitio para los segundos en este mundo —me recordó.

—Esa era la Tiffany de antes. Muchas cosas están cambiando en mi cabeza, ¿sabes? Yo antes tenía menos confianza en el ser humano —le dije mientras no pude evitar la tentación de mirar hacia atrás para ver cómo Derek acababa con John, quien se marchó cabizbajo y maldiciendo—. Lo has hecho maravillosamente bien, pusiste a Tris contra las cuerdas durante casi todo el tiempo y eso, dadas las circunstancias, es una verdadera hazaña —le comenté.

—¿Lo crees así? ¿No exageras? —me preguntó.

—¿Exagerar? Me has dejado anonadada, de veras que lo has hecho, mi niña. Eres una amazona de los pies a la cabeza.

Capítulo 29



Esa noche lo celebramos por todo lo alto.

—Gracias, Derek, no sé cómo agradecerte todo esto —le dije de corazón antes de la cena, porque lo que había hecho con John era muy de agradecer.

—¿Me lo puedes repetir, por favor? —me preguntó entre risas.

—No, no quieras que te regale el oído porque eso no lo voy a hacer.

—No quiero que me regales el oído, solo que me pone muy contento, y no porque debas agradecerme nada, sino porque te veo sumamente feliz, y eso me encanta.

—¿Te encanta verme feliz? Pues no te acostumbres demasiado, anda —le dije suspirando y pensando que igual el perdón llegaba y que por Ylenia ambos podríamos incluso manejar la situación y llevarnos bien. Él seguro, en particular yo.

Ava, Hayden e Ylenia se mostraban muy contentos.

—Te juro que creí que le pasabas también en el último segundo, porque hiciste un último intento y no, pero… —le decía Ava, quien relataba la carrera con mucha gracia.

—Pero pusiste a todo el público en pie y a mí la piel de gallina. Todavía lo recuerdo y me vuelve a suceder —proseguía Derek.

Era cierto, no estaba exagerando. Nos enseñó el brazo y su piel se erizaba. Al verlo, me sucedió lo mismo, y eso hizo que el rubor acudiese a mis mejillas, las cuales se tiñeron, causando que yo no supiese dónde mirar.

—Yo no había disfrutado tanto de una carrera desde niño, cuando me llevaba mi padre. Él fue quien me metió el gusanillo en el cuerpo, pero prometo que desde entonces nadie sobre un caballo me producía tantas emociones —comentó Hayden.

—Ni debajo de él tampoco, por lo que veo. Anda, pillina, que tú te reías de lo mío con David, me decías que debía centrarme más en los animales de cuatro patas y menos en los de dos, y ahora se han cambiado las tornas —le comentaba Ava.

—Pero es que Hayden me apoya en todo, no me frena. David era muy absorbente, parecía que solo valía su carrera y no la tuya…

—¿Sí? Pues solo por eso tendrías que haberlo enviado a freír espárragos mucho antes —le comentaba Hayden, con quien no iban ese tipo de comportamientos.

—En eso tiene razón, si alguien trata de cortarte las alas —añadió mi hermana—, mal vamos.

—Eso es muy cierto. A quien se ha conocido con ellas, solo hay que impulsarla a que vuele —añadió Derek, mirándome.

—Ya, lo que pasa es que…— Fui a comenzar con mis reproches y entendí que no era el momento. Había terminado una etapa, una larga etapa de años y lamentaciones en la que consideré a Derek Miller el culpable de todos mis males. Desde que me destrozara el corazón, y de paso la rodilla cuando mi padre llegó como una furia, bastaba con que me saliera un padrastro en un dedo para que le considerase culpable, y eso tendría que cambiar.

Derek pareció percibirlo, y de pronto fue como si entre nosotros se instaurase una calma que no se volvió a sentir desde la noche en la que se metió en mi cama, deslumbrándome.

Los chicos también parecieron intuir ese momento de cambio, y mi hermana me sonrió, acariciándome la mano por encima del mantel. Ylenia había atravesado por una racha horrorosa y ya era hora de que llegasen sus días de gloria…

Brindamos por ello tras la cena y, naturalmente, también ensalzamos el tercer puesto de Ava, que estaba contenta con su actuación. Después de eso, los chicos dijeron de ir a bailar un rato a un local cercano en el que se daría cita mucha de la gente del mundillo, que había formado parte de la competición.

—Que vayan un rato, se lo merecen —le comenté a Derek.

—Nosotros también nos lo merecemos —me contestó él.

—¿Ir a bailar? No, yo prefiero irme a la cama…

—No he dicho que haya de ser conmigo. Supongo que antes que bailar con mi persona prefieres hacer *pool dance* en una barra en pleno infierno, con lo calentita que debe estar —me decía entre risas.

—Igual una copa y un baile no me vendrían mal. Hace ya un tiempecito que no muevo yo el esqueleto —referí entre risas.

—Un tiempecito como un siglo —intervino mi hermana, que era muy propia también ella.

—Pues en ese local pondrán música de esa modernísima para estos chicos, pero estoy seguro de que nos podrán poner también algo de nuestro gusto —me aseguró él.

—Ya, ¿algo como una salsa? Me ha dicho un pajarito que ahora la bailas muy bien…

—Un pajarito que habla demasiado, solo me defiendo —rio pensando en Kate.

—Ya, pues yo igual también me defiendo, pero contigo no pienso bailar, que lo sepas…

—Eso lo tengo bastante claro. Tú te lo pierdes —rio.

—¿Yo me lo pierdo? Se te ha ido la cabeza si piensas que soy yo quien me lo pierdo.

—No lo pienso, solo lo digo. Normalmente, lo que pienso y lo que digo no va en consonancia, no porque igual me arañarías —me dijo.

—Sigues siendo un golfo, Derek Miller, porque te vas a casar y hay algo en esa frase que me indica que…

—No he dicho nada, ¡soy inocente! —Levantó los brazos.

—Tú no fuiste inocente ni el día en el que viniste al mundo. Anda, yo sí que tuve que hacerle caso a mi padre y no…

—Yo sí que tuve que hacerle caso a mi corazón, y entonces todo habría sido muy distinto —suspiró.

—No digas bobadas, porque tú de eso no tienes —le dije entendiendo que, si podía bromear con él sobre eso era porque, definitivamente, le había perdonado.

Nunca lo creí, pero así fue. Y esa noche nos marchamos de allí con ánimo de salir a bailar. Y lo hicimos sin rencores, sin penas y sin reproches. Lo hicimos con la mente abierta y el corazón sanado.

Capítulo 30



El bullicio en el local era de lo más alegre.

—Tienes que bailar, tienes que bailar conmigo, hermanita —me decía mi niña, risueña.

Hacía tanto tiempo que no la veía así de feliz que hasta *twerking* hubiese bailado con ella con tal de seguir alegrándole la noche. No, ahí me he colado, que no me veía yo meneando el culo de esa forma y en público. Y menos delante de Derek, ¿o sí? Porque ya empezaban a pasarme ideas maliciosas por la cabeza, ¡que se fastidiara por dejarme pasar en su momento!

No, va en serio, *twerking* no habría bailado a no ser que me hiciesen una proposición indecente con unos cuantos millones de dólares de por medio, que me moría solo de pensarlo. Pero una salsa…

Vamos por partes. Primero bailé con mi hermana hasta darle a entender que la música que a ellos les gustaba, la de los muy jóvenes, me producía una serie de espasmos eléctricos que debían ser incompatibles con la salud de mi corazón.

Con todo y con eso, me reí lo más grande, y más cuando ella se hartó de bailar con Hayden (aunque él sí tenía mi edad), y con Ava.

Al fondo de la barra, eso sí, vimos a un derrotado John que debía tener ya en sus venas una, cuando menos curiosa, mezcla de alcohol y sangre, y que parecía seguir maldiciendo en nuestra dirección.

Quien también maldijo fue Ava, porque en un momento dado apareció Tris y lo hizo acompañada por David. A él no le habíamos visto desde nuestra llegada a Detroit, porque por lo visto ese mismo día había competido en otro sitio.

—Ya estamos todos —dijo Ava y, en ese momento, me quitó la copa de la mano y se la bebió enterita de un sorbo. Yo no había visto algo similar en la vida, no en un cuerpo menudo como el suyo.

—¿Te pido otra copa? —me comentó Derek mientras que comenzaba a sonar algo de música *country*, y entonces los chicos me cogieron de las manos, para que bailara con ellos.

Cuando Derek llegó, se unió al baile, sujetando su copa y la mía. El baile estaba resultando de lo más salado y allí estábamos, dándolo todo. Ava se

colocó al lado de un chaval argentino, Martín, que también era jinete y por el que suspiraban muchas de las chicas del local. Tuvo suerte, porque le cayó en gracia, y ambos comenzaron a bailar en total sintonía.

A David no se le pasó por alto que su ex se lo estaba pasando en grande con el argentino, quien comenzó a murmurarle ciertas cosas en el oído y, entre eso y que ella había bebido lo suyo y lo de su prima, su sonrisa de oreja a oreja denotaba que se lo estaba pasando genial.

Quien no se lo estaba pasando igual era Tris, que veía cómo su nuevo chico parecía más interesado en lo que sucedía entre Ava y Martín que en ella, por lo que se puso de morros, causando la risa de las chicas, mientras ella jugaba a comenzar a darle celos a David.

—Qué edad —le decía yo a Derek sin poder dejar de reír viendo el plan.

—Todavía recuerdo como si fuera ayer cuando la tenías. La he recordado todos los días de mi vida —me comentó.

—Hazme el favor, so golfo, que ya lo hemos comentado. Además, que yo no te creo ni media palabra. A mí me la diste una vez, y esa fue tu culpa. Pero si me la volvieras a dar ya sería culpa mía —le indiqué.

—La culpa de todo lo que pasó siempre será mía —me dijo mientras llevaba un mechón de mi alborotado pelo detrás de mi oreja.

—En eso tienes toda la razón. Y otra cosita, no te me emociones —le advertí para que no me tocase, ¿por qué me tocaba? Creaba sensaciones en mí cuando lo hacía, sensaciones que no podía permitirme.

—Perdóname —me dijo mientras se fue hacia el DJ y entonces supe que lo había hecho.

Pidió *Flor Pálida* de Mark Anthony. Yo entendía la letra porque mi abuela me enseñó su lengua de niña. Y él vivió en Latinoamérica, así que le pasaba tres cuartos de lo mismo.

Me reí y con el dedo me negué a bailar con él.

—De eso nada, advertido estabas. Bailaré con… Con ese mismo —le indiqué cogiendo a un chico muy mono y sacándolo a la pista. Mono era, pero soso también. Hacía lo que podía, pero nada…

Viendo el percal, y que Derek no cejaba en su empeño, antes de la mitad de la canción el chico me agradeció el interés, aunque desistió, dejándome en sus brazos.

En ese instante juro que sentí que él lo deseaba mucho, y juro que sus manos ardían al entrar en contacto con las mías. Quizás el alcohol lo estuviera enfatizando todo, quizás era eso o quizás… No lo sé, habría que verlo, porque yo andaba un poco confundida.

“Recuperó el color que había perdido

Porque encontró un cuidador que la regara”

Así cantaba en un susurro Derek para mí. Yo deseaba decirle muchas cosas, deseaba pedirle que se callase porque él solo tenía una flor que regar, una preciosa y alegre flor que nos esperaba en casa; Kate.

Su novia se había portado de un modo formidable con nosotras y lo último que se merecía era ninguna jugada por nuestra parte.

Yo sabía lo que era sufrir por amor y nada de eso le sucedería a Kate. No, ella podía estar bien tranquila. La muchacha había confiado en nosotras y a mí… A mí me daba igual la mirada incendiaria que Derek Miller me estuviera dedicando en esos instantes, porque en el caso de que me provocase fuego, ese fuego quedaría en mi interior, jamás lo liberaría y jamás nadie lo sabría. Todo lo que me sucediera en Detroit, no solo se quedaría en Detroit, sino que se quedaría para mí.

Capítulo 31



—Es que no me puedo mover, te prometo que no me puedo mover, no sé lo que me ocurre, estoy enferma —me decía la chiquitina de Ylenia por la mañana.

—Te ocurre lo mismo de cada vez que se te va la mano con las copas, que al día siguiente te arrastras por el suelo como una mopa —le reproché.

—Mientras no digas como un caracol, que encima es baboso… Aunque te reconozco que, cuando veo a Hayden, voy dejando un reguero. Y eso que no te debería reconocer nada, porque como tú no tienes vida privada, y por lo visto ese es el motivo del que no me hables de ella…

—No empieces. Y menos que voy a tener a partir de ahora.

—¿Menos? Pues entonces te vas a hacer viral, por mojigata.

—Yo no soy ninguna mojigata —me quejé.

—Ya lo sé, ya lo sé, si te vi bailar con Derek anoche y no me lo pareciste —bromeó.

—No vayas a decir tonterías que no tengan lógica, ¿me oyes? Solo lo pasamos bien un rato, como todos.

—Y yo no he dicho nada, eres tú quien está dando más explicaciones de la cuenta —rio, aunque en ese momento lo lamentó, porque le dolió más la cabeza.

—Eso ha sido un castigo divino por insinuar lo que no debes. Iré a por una pastilla…

—¿Un castigo divino? Pues vaya… La pastilla que sea al menos del tamaño de mi zapato, por favor, que me duele mucho.

Abrí la puerta de la habitación y me encontré a Derek.

—Buenos días, a por una pastilla que voy —le dije obviando lo bien que lo pasamos la noche anterior, porque yo no quería ni hablar del tema. Eso había sido algo puntual y ya. La siguiente celebración sería la de su boda y esa, lo mismo, me hacía algo de menos gracia.

—¿Le duele la cabeza? A ti también te dolía con su edad cuando bebías. Recuerdo que, la noche que bajamos a la bodega…

—¡Ya! —le corté en seco—. Derek, no tiene ningún sentido que recordemos más un pasado que está muerto y enterrado. Yo ya no soy aquella chica, no soy la Tiffany que conociste. Y tú… Creo que tampoco eres el mismo Derek.

—¿Te parezco peor aún? ¿Desde anoche te parezco peor? —me preguntó.

—No, creo que has mejorado mucho en estos años. Incluso es posible que, de haber sido así en el pasado, nada de lo que sucedió hubiera sucedido, pero… Ya nada se puede hacer. Tú no supiste valorar que el corazón de aquella niña, que mi corazón, latía demasiado fuerte por ti…

—¿De veras crees que no supe valorarlo? Lo que no supe fue defenderlo.

—Ni te entiendo ni quiero entenderte. Yo solo sé que mi hermana necesita una pastilla y que, a este paso, yo necesitaré otra.

—Tú lo que necesitas es un paseo, que te dé el aire…

—Claro que sí. Y perder más tiempo aquí. Te casas pasado mañana, te recuerdo que, si no llegamos pronto al rancho, a Kate le dará un infarto. Y con razón…

—Una hora más o una hora menos da igual. Deja que tu hermana repose un poco, y salgamos a dar ese paseo. Yo también lo necesito…

Tenía algo. Debía ser la cadencia de su voz o que fuera un artista de la hipnosis y yo no lo supiera, porque me convenció.

Dimos un paseo en el que no le permití hablar demasiado. No quería que Derek dijera cosas que, un par de días después, cuando se estuviera casando con Kate, me dolieran.

Él sabía perfectamente lo que pasaba por mi cabeza y lo respetó. Se lo agradecía porque parecía mucho menos egoísta de lo que yo pensaba, y parecía también importarle no hacer más daño.

Un rato después, por fin nos pusimos en marcha. Ylenia se durmió de nuevo, como si fuera un bebé, a los pocos minutos, y Hayden con ella.

Yo quería disfrutar del paisaje, pero en lugar de eso, mirara a donde mirase, solo veía a Kate vestida de blanco, con su perlada sonrisa como el mejor de todos sus complementos.

Esa boda me iba a escocer, por lo que me puse de mal humor. Él lo notó, notó que algo me estaba sucediendo, pero lo respetó.

Kilómetro a kilómetro, la atmósfera se me comenzó a hacer insoportable en el habitáculo de un coche que no deseaba seguir compartiendo con él. Le miraba, y veía no ya al hombre que antaño me enamoró, sino a ese otro que me susurraba al oído mientras bailaba conmigo la noche anterior, de la manera más sugerente del mundo.

Por fin llegamos al rancho. Los chicos seguían dormidos y yo trataba de despertarlos cuando Thomas, el mayordomo, se le acercó a Derek. Entre ambos intercambiaron unas cuantas palabras, tras lo cual su rostro me pareció tan pálido como el de la flor que cantase Mark Anthony la noche anterior.

Thomas se retiró, y yo esperé a que Hayden y mi hermana entraran en la casa para preguntarle. Algo me decía que Derek me iba a dar una noticia de esas impactantes… y yo no sabía si estaba preparada para ella.

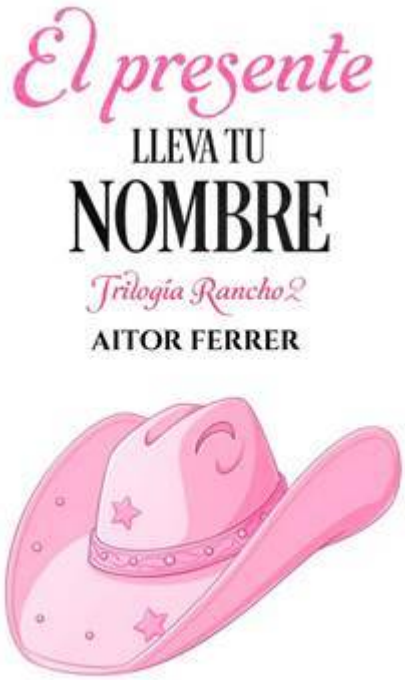
—Dime, ¿qué te ha contado Thomas? —le pregunté sin que apenas la voz me saliese del cuerpo.

Miré al cielo y esperé que no fuese una desgracia, porque ya habíamos padecido bastantes en nuestras vidas y no… Todo parecía estar arreglándose.

El rancho no podía ser el lugar donde las desgracias se multiplicasen, porque no era un sitio que estuviese maldito. Además, pese a todo, yo no creía en las maldiciones. Yo solo creía en la fuerza de las personas y en su ímpetu para seguir adelante, como la mía cuando volví allí para relanzar la carrera de mi hermana. No nos tocaba sufrir más, no a nosotras, aunque quizás ese sufrimiento en aquella ocasión no estuviera dirigido ni a Ylenia ni a mí.

—Me ha dicho que Kate se ha marchado y que ha dejado instrucciones para que no la busque. Afirma haberse dado cuenta de que no soy el hombre de su vida —contestó con tono grave, muy grave.

El presente lleva tu nombre



Capítulo 1



Habían pasado dos meses desde que nos dieron la noticia y la vida continuó en el rancho.

Las especulaciones fueron máximas y, salvo personas de la confianza de Derek de toda la vida, como Molly o Thomas, que no despegaron sus labios para decir nada al respecto, la mayoría especuló con diversas teorías de lo más variadas.

Ninguna de ellas me parecía demasiado lógica, ¿o quizás una sí? Puede… Se dijo desde que ella misma hubiese mantenido una relación paralela y en nuestros días de ausencia se lo hubiese pensado mejor, optando por la otra persona, hasta que la chica no estuviese bien de la cabeza y, pese a que la relación con Derek parecía hacerla feliz, terminase por superarla… Se decían tantas cosas… No faltó quien dijo que, pese a no demostrarlo, sintiese celos de la relación que surgió entre Derek y el binomio formado por mi hermana y yo (lo que me hizo sentir culpable). Y ya, por último, y eso sí que me cuadraba dada la fama que precedía a Derek, había quienes afirmaban que ella se enterase de alguna infidelidad por su parte en ese par

de días en el que él se ausentó del rancho y alguna amante despechada pudo irle con el cuento (con un cuento que podía ser muy real).

Las posibilidades eran muchas, y ninguna de ellas descartable al cien por cien, aunque insisto en que esta última cobraba algo más de fuerza en mi cabeza.

En principio, reconozco que no supe cómo actuar. Lo primero que hizo Derek fue volver a ausentarse unos días del rancho, tras recibir el mazazo, lo que me dio más la razón en el sentido de que su pajarito hubiese volado al nido de esa otra tercera en discordia que acabase con su relación. No, muy mal expresado, con su relación solo habría acabado él…

En cualquier caso, solo eran meras especulaciones porque él no habló al respecto, sino que, como digo, se marchó de viaje. Y no, no es que aprovechara su luna de miel para compartirla con nadie más, que eso ya hubiese sido el remate de los tomates, sino que emprendió un viaje de negocios.

Sé que, por su parte, podría haber sonado a excusa barata, la más fácil de todas, pero entendí que era cierto cuando días después volvió con una serie de caballos nuevos que había adquirido y con otros tantos contratos, algunos de los cuales tenían que ver con la carrera profesional de Ylenia.

No hace falta decir que, ya por aquel entonces, y más después de lo que le sucedió, mi hermanita le adoraba, ¿cómo no le iba a adorar si ese hombre se había volcado en su carrera?

He de decir que me equivoqué, eso es cierto. Y me equivoqué con respecto a mis miedos iniciales, los que sentí cuando llegué al rancho, ya que ni Ylenia (por muy guapo que le viese) podría haberse enamorado de un hombre tan mayor para ella (que no era más que una niña) ni tampoco puedo decir que un solo detalle me indicase que él la mirase con ojos que no fuesen protectores.

Cuando descubrí todo eso, lo cierto es que suspiré aliviada. En realidad, nada de lo que malpensé sucedió, tampoco de lo que pensé… Me explico un poco, que no es mi deseo confundiros, ninguna relación perversa surgió entre mi hermanita (quien estaba enamoradísima de su Hayden) y Derek, pero sí profesional, cuando lo cierto es que yo había previsto que la patrocinara alguien de su entorno y no él.

La vida es eso que te va sucediendo mientras tú proyectas. Eso fue lo que yo aprendí en aquel rancho, un rancho en el que ya me sentía como en familia, porque el ambiente no podía ser mejor. Sí, tú eres dueño de tus proyectos, pero no de tus realidades, no de lo que te va sucediendo. Y así lo asumí en unos días de mi vida que recuerdo como felices.

Por cierto, también me ocurrió, y eso no lo advertí yo sola, pues sé que Molly se percató de ello, del interés de Kevin por mí. El veterinario sería muy profesional, pero de quien se preocupaba verdaderamente era de mi persona.

Yo me sentía halagada, las cosas como son, aunque también os cuento que, pese a todo, y contra todo pronóstico, yo estaba más pendiente de que

Derek volviese o de que me hiciera una llamada telefónica para preguntarme cómo seguía todo por el rancho que de él.

Va a ser verdad eso que dicen de que la cabra tira al monte, porque yo me había llevado un buen puñado de años odiándole, pero bastó con que nos acercásemos para que el odio desapareciera… Y desaparecido el odio, ¿podría volver a surgir el amor?

Lo veía bastante improbable, dado que no confiaba en él y, aun así, ya os adelanto que la atracción entre ambos era tan evidente que hacía peligrar esa idea por mi parte.

Como ya he relatado, él volvió unos días después, cargado de proyectos para el rancho. Como el Ave Fénix se sobrepuso al palo recibido, surgiendo de sus cenizas.

De Kate no hablaba. Lo que hubiese ocurrido entre ellos, los motivos que le hubiese dado para que una chica que parecía enamoradísima de él le hubiese plantado en el altar en el último momento, quedaron para ellos.

Hasta donde yo sabía, él siguió sus instrucciones y no la buscó. Eso olía a culpabilidad por su parte o, al menos, así me lo parecía a mí.

Yo tampoco me sentía con valor para sacarle el tema. No cuando él regresó al rancho y trató de renovar sus ánimos, sacando fuerzas de flaqueza para que la existencia de ninguno de nosotros sufriera un vuelco debido a la inesperada noticia.

La vida siguió su curso y todos pusimos los ojos en el entrenamiento de mi niña para el Derby de Kentucky, que se celebraría la siguiente primavera.

Lo primero era que Pegaso pudiera calificar para participar, algo que solo lograríamos gracias a un minucioso esfuerzo que todos estábamos dispuestos a hacer… Y cuando digo todos, digo todos, porque Derek también haría lo posible y lo imposible porque mi hermana viera cumplido su sueño.

No me engaño cuando digo que él pensaba que, si ella lo cumplía, era como si lo hubiese cumplido yo, y entonces… Entonces sería como si la desgracia acaecida años atrás fuese menos desgracia, como si el dolor se viese amortiguado.

Capítulo 2



Y así, tras ese par de meses después de que su boda se fuera a pique (yo todavía alucinaba después de conocer a Kate y a sus padres), el acercamiento entre Derek y yo era evidente.

A mí, no voy a negarlo, me seguía dando miedo que me hiciese daño, que me hiciese daño una vez más, pero he de reconocer que él se lo estaba currando como nadie.

Tras la marcha de Kate, también voy a aclararlo, mi hermana y yo no nos trasladamos a ninguna de las cabañas del rancho, sino que nos quedamos en el dormitorio de invitadas de la casa principal.

Todo tiene su razón: yo les habría dejado con todo el gusto del mundo intimidad a la parejita (sobre todo porque no me hubiera apetecido ver sus edulcoradas muestras de amor a todas las horas), pero con Kate fuera de la casa, lo cierto es que allí nos sentíamos muy cómodas en el sentido de que estábamos de lo más mimadas por Molly, Thomas y demás.

Aquel fin de semana se celebraría una de las carreras puntuables para el *Derby* y mi hermanita tenía sus cinco sentidos puestos en ella. He de decir en su favor y en el de Hayden, que el amor que se profesaban no la distraía en absoluto de sus obligaciones.

En esos dos meses, Ylenia había avanzado una barbaridad, y pese a que era consciente de que la hazaña de querer ganar el Derby de Kentucky no era moco de pavo, a ella no le podía la presión.

Derek parecía muy contento, ya que se encontraba repuesto del varapalo que le supuso la marcha de Kate.

Yo no quiero ser presuntuosa, jamás lo he sido y esa es una falta que me mata, pero me daba la impresión de que, en el fondo, la marcha de Kate le había supuesto la posibilidad de acercarse a mí.

No sabía qué pensar. Por un lado, me sentía tan atraída hacia él y por el otro… Por el otro pensaba en cosas como esa y me daba terror pensar en que él fuera capaz de sustituir tan fácilmente a una mujer por otra, ¿qué representábamos realmente para Derek? Y luego... Luego llegaba con esa sonrisa y yo me veía a mí misma devolviéndosela sin pensar en nada.

Decir que quiso aprovecharse de mí durante aquel tiempo sería mentir. La realidad es que Derek activó el «modo conquista» y lo hizo con todas sus armas, pero en ningún momento, ni en uno solo de ellos, me vi ni medianamente forzada a precipitarme.

Puede que Derek pensara en eso de que «el que espera lo mucho espera lo poco», y nosotros llevábamos los suficientes años distanciados como para no poder esperar a que yo cayera nuevamente en sus brazos… porque solo era cuestión de tiempo.

Mientras, como digo, tampoco Kevin perdía el tiempo. Era evidente que yo le gustaba y, sin querer tocarle las narices a su jefe, también jugaba sus cartas conmigo. En definitiva, que solo le faltaba medírsela para ver quién la tenía más larga, aunque, al margen de los centímetros, mi corazón se inclinaba por aquel que un día me lo partió, pidiéndole a todos los santos que la historia no se repitiese.

Siendo honesta, yo miraba a Derek y no me parecía que fuese así. O igual era que, simplemente, quería contemplar verdad en sus ojos… El asunto era que esos ojos oscuros volvían a desafiar mi cordura a tan poco tiempo de haber llegado al rancho, ¿poco tiempo? En realidad, a mí se me hacía un mundo, en cierto modo sentía como si nunca hubiese salido de allí, como si mi vida de adulta hubiese transcurrido ligada a la de Derek. Y así era, porque de una forma u otra, para recordarle o para odiarle, yo a ese hombre no me lo pude sacar jamás de la cabeza.

Ese fin de semana, como digo, tocaba competición. Eran ocasiones en los que viajábamos los cuatro, ya que Hayden no dejaba a mi hermana ni a sol ni a sombra, y en las que yo me hacía a la idea de que éramos dos parejitas, creando una ficción que me hacía feliz.

Mientras estás soñando, aunque sea despierta, vives las cosas y experimentas la felicidad sin el riesgo de sufrir. Igual eso es una tontería, igual estoy teorizando y punto porque, aunque Derek y yo no hubiéramos vuelto a consumar, yo ya estaba de nuevo perdida e irremediablemente enamorada de él.

En la carrera, el binomio Pegaso-Ylenia volvió a demostrar la madera de la que estaba hecho y aunque Ava no participaba en ella, porque no tenía unas miras tan altas, sí vino a verla con Martín, el argentino que también se le había pegado como una lapa.

Derek rezumaba felicidad cuando vio que Pegaso seguía sumando puntos, y entonces les ofreció a los chicos la posibilidad de celebrar una fiestecita en el rancho el siguiente fin de semana.

A mí me pareció que estaba tan contento, que habría hecho cualquier cosa porque los chicos también lo estuviesen, y a mí me sucedía lo mismo.

Capítulo 3



Ylenia y Hayden recibieron con total entusiasmo a sus amigos el siguiente fin de semana en el rancho.

La alegría lo inundaba todo, y entonces Derek me dio un abrazo y un beso en la mejilla. A esos sí que estaba yo acostumbrada, a sus abrazos y a sus besos en las mejillas, que eran constantes.

Molly lo tenía todo preparado para que pasáramos un precioso fin de semana, aparte de que el mismo Derek se ofreció para preparar una barbacoa.

—¿Tú? ¿La vas a preparar tú? —le pregunté yo, un tanto asombrada.

—Sí, ¿qué pasa? —rio él.

—Que yo no era consciente de que los ricos preparasen barbacoas, solo eso —le comenté entre risas también.

—Ya, o sea, que los ricos no tenemos dos manitas…

—Sí, pero para firmar contratos millonarios. No te veo yo entre hamburguesas y salchichas…

—¿No? Pues a mí la carne me gusta —afirmó con segundas.

—Sí, sí. De eso doy yo fe, de que te gusta demasiado, menudo golfo. Hasta Kate creo que la daría —se me escapó y entonces sí que me sentí cortada, porque no tenía ningún pensamiento de agraviarle—. Oye, que lo siento, que igual me he colado, no tenía derecho…

—Sí, sí lo tienes. Algún día te hablaré de Kate y de mí, pero cuando esté preparado —me indicó.

Entendí que hay heridas que tardan en cicatrizar y no quise ahondar más. Todavía el tiempo permitía darse un chapuzón en la piscina, y más en aquel final de verano que amenazaba con extender bastante la temporada estival.

Los chicos no tardaron en estar remojándose, cuales garbanzos, en la piscina. Derek había acogido a Hayden, pese a que fuese uno de sus trabajadores, como a uno más de aquella peculiar familia que estábamos formando. Y eso era algo que le honraba.

Ava también parecía muy feliz con el zalamero de su Martín y yo pensaba que el amor es verdaderamente bonito cuando es auténtico, como les sucedía a ellos. Luego miraba a Derek y soñaba despierta con que nosotros también pudiéramos vivir un amor parecido… Porque comenzaba a tener claro que, para bien o para mal, era el hombre de mi vida.

A la hora del almuerzo, Derek preparó la prometida barbacoa, si bien allí había carne para parar el tren y podríamos preparar otra similar por la noche.

Yo le ayudé y lo cierto es que me lo pasé de vicio. Los chicos iban a lo suyo, entre risas y juegos, mientras que nosotros nos coordinábamos para que no les faltase de nada.

Hay familias que se crean improvisadamente y en el lugar que menos te imaginas, y eso fue lo que nos sucedió a nosotros aquel día en el que todo era felicidad.

En torno a la gran mesa del jardín, compartimos la barbacoa mientras que Ava, que era la portavoz del mundo del caballo, nos comentaba todos los chascarrillos, incluido lo mucho que se comentaba al respecto de la precipitada salida de él por parte de John.

—Y encima, Tris y David también lo han dejado —nos comentaba contenta, con risa malévola, porque eso de que digas «que te vaya bonito» y lo digas de corazón a tu pareja cuando te la ha pegado con otra persona, no se ve más que en las películas.

—Eso estaba cantado, pues anda que no se tiene que estar arrepintiendo nada —repuso Ylenia, mirándola con cariño.

—Pues ese boludo que no crea que vendrá ahora de nuevo a por vos —le decía Martín, que tenía claro que el otro había perdido su puesto, y que él había sabido ocuparlo, de eso no había duda.

Al caer la tarde, y antes de la hora de la cena, a la fresquita, Derek les propuso a los chicos dar una vuelta a caballo por el rancho, y a ellos les pareció una idea sensacional.

Lo normal es que él hubiera comandado el grupo, pero les cedió el lugar a Ylenia y a Hayden, quienes ya se lo conocían como la palma de su mano, y que hicieron los honores con sus amigos.

En cuanto a nosotros, ambos íbamos tranquilamente tras ellos, hablando sonrientes, gastando bromas…

Aquella situación ya se parecía demasiado a la que un día vivimos a espaldas de mi padre. En esa nueva ocasión con la diferencia de que ya no debíamos escondernos de nadie, aunque yo todavía estaba refugiada tras un escudo que él, poco a poco, luchaba por apartar.

Tanto Ava como Martín quedaron realmente alucinados con un lugar que no era para menos, que era para alucinar, y en el que se lo estaban pasando genial.

Cerca del río, todos desmontamos y, mientras los chicos jugaban con el agua, él y yo dimos un paseo. Mientras lo hacíamos, sus inquietos dedos avanzaron hacia los míos y los agarraron, para terminar dándome la mano.

Su sonrisa en mi sonrisa, su mano en mi mano… Yo me estremecía por completo paseando así con él, como lo hiciera antaño, lejos de las miradas de todos. Nuestro paseo, esa vez, continuaba siendo furtivo, como si yo temiera darle a entender a Ylenia que algo estaba surgiendo entre Derek y yo, fiel reflejo de mi propio temor.

—¿Estás bien? —me preguntó Derek a los pocos minutos, mientras me acariciaba la mano, porque hasta ese momento no habíamos cruzado ni una sola palabra, limitándonos a cruzarnos la mirada.

—Estoy… estoy temerosa —balbuceé y entonces vi su rostro, ese que deseaba complacerme tanto como convencerme—, pero a la vez estoy feliz. No sé qué es esto que estamos viviendo y, si te digo la verdad, no creí volver a vivir nada similar contigo, pero también te confieso que en este momento estoy en el lugar y con la compañía que quiero.

Di un paso adelante porque la vida me habría asestado buenos palos, pero yo era valiente y estaba más que acostumbrada a luchar. Lo haría una vez más, lo estaba viendo. Al final, resultaría haber nacido para apostar… y apostaría por el amor. Una vez más lo haría, ocurriese lo que ocurriese.

Lo decidí con él de la mano, sentados ambos en la orilla del río, refrescándonos… Pese a que era difícil hacerlo cuando la cercanía de nuestros cuerpos nos producía un intenso calor… Ese calor infernal que procede de lo más interno y que arrasa a su paso, arrasa con todo.

Capítulo 4



—Nos vamos a poner redondas hoy, Tiffany —me decía Ylenia durante la barbacoa nocturna, en la que dimos buena cuenta de la carne otra vez.

—Tú te lo puedes permitir, mi niña —le decía yo—, te aseguro que Pegaso no notará nada. Un día es un día —le comentaba porque de normal controlaba mucho su alimentación, aunque lo cierto es que se trataba de una chica muy responsable y eso no era necesario.

—Pues anda que tú. Estás preciosa, hermanita —me confesó mirándome contenta.

—Estoy… estoy como siempre, ¿no? —le pregunté yo, un tanto asombrada de que me viera tan especialmente guapa esa noche.

A esas horas ya sí que comenzaba a refrescar y sobre mi vestido me había colocado un pañuelo que dejé caer sobre mis hombros, los mismos hombros que abrazó Derek, quien vino enseguida a meterse en la conversación.

—¿Preciosa? Decir que está preciosa es quedarse muy corta —le indicó.

A todo esto, vimos marcharse a Kevin, quien vio la escena y en su cara apreció un atisbo de pena. Él ya era consciente del acercamiento que se estaba produciendo entre Derek y yo, y supongo que pensaba que, en esta vida, para que unos ganen otros han de perder.

No solía marcharse tan tarde, pero aquel día tuvo que atender a una yegua que sufrió ciertas complicaciones postparto, días después de dar a luz a un precioso potrillo.

Ese tipo de cosas, como el nacimiento de las crías, eran alicientes adicionales de un rancho. Yo siempre me había imaginado viviendo en uno así de mayor, y el rancho Miller cumplía sobradamente con todas mis expectativas.

No podía imaginarme un mejor lugar para quedarme a vivir (y eso que meses atrás la idea me asustó mucho), pero es que todo había cambiado… Y esa vez para bien.

De todos modos, yo ya, conociendo a Derek, prefería disfrutar del momento y no pensar demasiado en el futuro porque con él me ocurría que me encontraba en una montaña rusa de emociones; tan pronto estaba en lo más alto, como me venía abajo pensando en que el sueño pudiera en cualquier momento caerse y llevar mi alma directa de nuevo al subsuelo. No, prefería no pensar en eso porque entonces se me cortaba el rollo.

Los chicos llamaron a Derek porque estaban haciendo una de esas absurdas demostraciones de fuerza juveniles, para que les hiciera de juez, mientras que Ava silbaba y vitoreaba.

Mi hermana se quedó a mi lado y me miró. Primero permaneció en silencio y luego lo rompió.

—¿Y ahora tampoco tienes nada que contarme? ¿Me has tomado por tonta? —rio.

—¿Yo? Absolutamente nada —le contesté entre bromas, dándole un pellizco en el costado.

—Os he visto antes en el río…

—Vaya, qué buena vista tienes. Se nota que tus ojos cuentan con muy poquitos años —bromeé.

—Tú tampoco tienes mala vista ni mal gusto. Me encanta para ti, es el que te pega. Y te lo has encontrado como caído del cielo, no me digas que no…

—¿Lo dices por lo de Kate?

—Ya ves, ni en *Novia a la fuga*. Vinimos aquí para una boda y me da que la novia terminarás siendo tú, ya lo verás.

—No corras tú tanto, mi niña —Le di un beso en la frente.

—Soy amazona, estoy acostumbrada a correr…

—Ya, pero yo pretendo tener los pies sobre el suelo. Al menos el máximo tiempo posible…

—Ya, si ya lo sé. Se lo he dicho antes a Ava, que a ti te sucede como a Barbie en la peli, cuando ve que ya no los tiene de puntillas —rio.

—Así es. Yo prefiero tener los pies en el suelo, cariño —le recordé entre otras cosas porque no me consideraba ninguna muñeca, sino una mujer de carne y hueso que vivía sentía y temía.

—Nadie los tiene más que tú, ¿fue él? ¿Fue Derek Miller? —me preguntó y entonces, mientras miraba cómo medía las fuerzas de los chicos, supe que me venía una conversación de las buenas.

—¿Qué quieres decir, pequeñaja? Anda, corre con tus amigos, ¿o acaso no quieres ver a Hayden en acción? —le pregunté.

—Es que yo a Hayden ya le he visto en acción —me respondió pícara.

—¡No! ¡No era eso lo que quería escuchar! —Me tapé los oídos porque la seguía viendo como mi niña y había cosas que prefería no oír.

—Y yo tampoco quiero escuchar otras cosas y me está dando la impresión de que van a ser. Dímelo, ¿fue Derek?

—Pero ¿qué es lo que quieres que te conteste exactamente?

—Si fue él quien te partió la juventud en dos, porque yo recuerdo, por mucho que fuese una niña, a una Tiffany antes y a otra después…

—Pero eso fue por la caída. A mí lo que se me rompió fue la rodilla, ¿no lo recuerdas?

—Y el corazón, también se te rompió el corazón —añadió ella.

No la podía engañar, aparte de que hay secretos que no pueden permanecer escondidos toda la vida, y ese era uno de ellos.

—¿No le odiarás si te lo confirmo? —le pregunté porque no deseaba que ese bonito mundo que habíamos creado a su alrededor se desmoronase.

—No le odio, y ya tengo tu confirmación —me indicó porque, ciertamente, no era necesario que dijese nada más.

—Supongo que ahora entenderás muchas cosas…

—Ahora valoro más el sacrificio que hiciste al traerme aquí para reflotar mi carrera, cariño. Te dedicaré a ti mi triunfo —me prometió mientas me daba un beso.

—Es cierto que entonces le odiaba…

—Casi tanto como ahora comienzas a quererle de nuevo. Si ya lo veo, no hace falta que lo jures. Solo hay que ver cómo le miras…

—¿Y cómo le miro, petarda?

—Pues como yo miro a Hayden, con mirada chorreante —rio con esa bonita y franca risa suya, con una risa que me contagió, como tantas veces en su vida. El cariño que sentía por mi hermana me había salvado de muchas, me había salvado de las más gordas.

Capítulo 5



—¿Tango? ¿Nos quieres enseñar tango? —le preguntó Derek a Martín unas horas después, cuando alguna que otra copita nos hacía actuar con total naturalidad.

—Pues claro, pelotudo, no habrás bailado nada más sensual en tu vida —le decía él—. Ava y yo os haremos una demostración.

De lo más sensuales, comenzaron a bailar el susodicho tango, mientras que Ylenia y Hayden les seguían, tratando de acertar con unos pasos que no eran fáciles.

A Derek y a mí nos gustaba bailar, así que nos unimos en un santiamén. Martín daba las pautas en todo momento. Quien más y quien menos hacía lo que podía, aunque nos quedábamos todavía lejos de la destreza del argentino.

Innegable fue que la temperatura del ambiente subió hasta el punto de que me sobrara el pañuelo y me sobrara hasta el vestido. Para colmo, al acabar el primer tema, ambas parejitas se besaron. Entonces Derek y yo nos miramos y supe que había llegado el momento… Yo me eché hacia atrás y él me sujetó la cabeza mientras en mis labios depositó el más sugerente de todos los besos…

Hacía tanto tiempo que no notaba el calor de sus labios… Tanto tiempo que se volvió puro sofoco. Su beso apasionado me elevó hasta la tensión y supe también que no podría esperar para volver a hacer el amor con él.

En pocos segundos, fue como si el tiempo no hubiese pasado y él volviese a entrar en ese dormitorio… con la diferencia de que en esa nueva ocasión ocurrió en el suyo y que mi ropa interior estaba cuidadosamente seleccionada, siendo mucho más sexy y en color negro.

Yo tampoco era la misma. No le esperaba con deseo inexperto, sino con ese que caracteriza a mujeres más maduras. Por esa razón, salí del baño en ropa interior, con el pelo alborotado y con gesto de leona.

Nada de eso se lo esperaba él, que estaba bastante más acostumbrado a mi candidez. Con lo que no contó Derek fue con que yo luché con uñas y dientes por olvidarlo y, dado que no lo logré, lucharía con las mismas armas por él, y esas no eran precisamente las de una pazguata.

He de confesar que en mi cabeza se unían demasiadas ideas, entre las que sobresalía el hecho de que Derek no se fijara nunca más en ninguna otra

mujer, que solo lo hiciera en mí.

Dentro de mi sexy cuerpo seguía albergando el temor a que él volviese a pasar de mí, una vez me hubiese conseguido. Es imposible retener a nadie con las cadenas del sexo, pero yo no lo sabía en ese momento… En un momento en el que deseaba tenerle atado y bien atado.

Como cuento, no me amilané en absoluto a la hora de entregarme a él. Más bien salí pisando fuerte y acompañé mi sensual ropa interior con unos zapatos de tacón que alargaban aún más mis piernas.

Su impresionante envergadura avanzó hacia mí cuando me vio, tan irresistible como sus ojos me decían que él me veía.

—Quiero beber de ti —me indicó mientras elevaba una de mis piernas, subiéndola a la cama al mismo tiempo que la otra continuaba en el suelo.

Fueron los dedos de una de sus manos los que apartaron mi minúsculo tanga para que su lengua pudiera saborear esas partes íntimas que rezumaban humedad para él.

Notar el ardor de su lengua separando mis labios vaginales fue realmente sublime… Aunque para sublime el movimiento de esta cuando entró en mí, buscando el sabor de mi esencia, a la vez que con sus manos comenzaba a masajear mis senos desde abajo, pellizcando mis pezones y endureciéndolos a la par que me sentía más y más lubricada.

Yo sentía que me iba a derretir entre sus dedos y su lengua, nunca me encontré tan acalorada como en una noche donde los gemidos se encadenaban uno tras otro, aliviándome en tiempo récord.

Sí, en nada de tiempo ya tenía mi sabor en su lengua y en su cara se formaba la más lujuriosa de las sonrisas.

El sexo de aquella noche se parecía en parte al de aquella otra, muchos años atrás, pero con notables diferencias… Yo ya no era la chica virgen que se entregaba a un hombre por primera vez, la chica que temía al mismo tiempo que deseaba.

En la cama, lo que deseaba en tal ocasión era volverle totalmente loco y para ello no dudé, una vez me llegó ese infinito alivio, en hacer que se levantase y echar mano a su bóxer, liberando ese pene suyo que tampoco dudé en masajear unos segundos antes de introducírmelo en la boca.

Entonces fui yo quien, acuclillada, permaneció delante de él. Sus ojos denotaron el más infinito de los placeres cuando recorrí su pene al completo con mi lengua, saboreando hasta el último de sus recovecos, manteniéndolo todavía en mi mano y disfrutando de su ardor y grosor.

A partir de ese momento, una vez entendí que deliraba de placer, me lo introduje en la boca, y entonces fue cuando quise comprobar cuánto de lejos podía llevar aquel juego, cuánto podía introducírmelo en la garganta.

Comencé a jugar al límite y sus ojos me demostraban que él también estaba al límite… Al límite, pero con una destreza absoluta a la hora de controlarse.

Como suele decirse, Derek tenía ya muchos tiros dados. Yo no dudaba que hubiese disfrutado mucho del sexo oral durante aquellos años (aunque prefería no pensarlo), y ello igual que el resto de los sexos, pero tampoco dudé que esa noche le llevaría a lo más alto, haciendo que la dureza de su pene fuese incontenible.

Con mis ojos en los suyos, él acariciaba mi pelo.

—Si supieras cuántas veces he soñado con esto —murmuró mientras una surgente mordida de labio por su parte me indicó, a través de uno de esos gestos de lenguaje no verbal, que me decía la verdad.

—¿Has soñado con que te limpiaba el sable, guarrillo? —le pregunté con gesto irresistible de nuevo, por lo que me pareció notarle.

—He soñado con que volvías a estar en mis brazos, con eso he soñado —me decía él.

—Suena romántico, y suena genial. Pero yo ahora mismo no estoy en tus brazos, tú estás en mis manos y en mi boca —le indiqué.

—Y tú volverás a estar en las mías…

En un gesto sorpresivo, se agachó y me cogió en brazos, tumbándome sobre la cama. Sentí tanto calor y tan repentino que él lo notó, por lo que no dudó en soplar sobre mi cara, la cual fue refrescando poco a poco. Y eso que no era fácil…

No, no es fácil que la temperatura baje cuando el pene del hombre al que amas hace fricción con tu vagina, la cual vibra por acogerle en su interior.

Habíamos esperado demasiado y no había lugar para la precipitación en esa tórrida noche en la que el calor lo envolvía todo.

Con sus manos agarrando las mías, la aludida fricción provocaba que mi temperatura fuese prácticamente febril, y todo ello antes de que tuviese la gloriosa idea de volver a bajar hacia mi vagina, introduciendo de nuevo en ella la lengua para llevarse el trofeo que le supuso mi segundo orgasmo, que se dejó sentir gracias a esa química que lo envolvía todo.

Con el éxtasis por bandera, me abrí de piernas para él y entonces le dejé entrar, que era lo que más deseaba en el mundo.

Su pene se fue abriendo camino a través del ardoroso canal que le llevase al interior de mi cavidad más cálida, esa que no mostraba calidez esa noche, sino verdadero ardor.

Me poseía entre besos, con las manos entrelazadas y haciéndome al mismo tiempo el amor con su pene y con sus ojos, lo cual me derretía, casi

literalmente, entre sus manos.

Yo notaba que chorreaba para él, lo que provocaba que entrase y saliese de mí con tremenda facilidad. Derek estaba cien por cien entregado a la causa de provocarme un placer tan desmesurado que chillé, chillé para él tanto que su endurecimiento, ese que yo creía impensable y que siguió aumentando, me provocó hasta taquicardia, de lo mucho que deseaba que me poseyera con fiereza.

Ese aspecto también le llamó la atención de mí; yo deseaba un sexo salvaje y descomunal con él que me hiciera sentir de golpe cuanto no sentí durante aquellos años.

Cada vez que yo daba uno de esos gritos, él me regalaba un beso o una mirada llameante que me hacían coronarme más como la reina de esa cama suya en la que parecía que estábamos jugando una partida, cada uno con sus cartas, tratando de sorprender al otro al ir a más.

Derek se movía en mi interior y en todas las direcciones. Cada una de sus embestidas me suponía un estallido de placer tal que volvía a gritar para él, y así la espiral continuaba, y así todo indicaba que llegaríamos a fundirnos el uno con el otro en esa noche en la que no tardó en darme la vuelta, para explorar otros territorios en los que, todavía, no pensaba adentrarse.

A cuatro patas delante de él, y mirándome en el espejo, me veía tremendamente sexy, con esos senos turgentes y ese sexo perfectamente

depilado. Él, detrás de mí, exhibía un ancho torso con unos musculados brazos que, apenas yo miraba, ya me notaba chorrear más.

Con sus dedos, como ya he adelantado, exploró otros campos posteriores, provocándome un tercer orgasmo dado que con los de la otra mano masajeaba mi clítoris.

Me volví en ese momento y no me pude contener; mordí su cuello. Deseaba morderle, deseaba chillarle, deseaba hacerle correrse… Lo deseaba todo con él y lo deseaba en ese mismo momento.

No fue en esa postura. Él tenía tremendo aguante y así me lo quiso demostrar en una noche en la que fuimos repasando otras muchas posturas hasta que, a horcajadas sobre él, y estrechando adrede mi canal para aprisionar su pene, vi en sus ojos que le pasaría y entonces también me pasó a mí.

A la vez, ambos, le entregamos al otro nuestra mayor intimidad. Y no lo digo porque nos acostásemos, porque hiciéramos el amor, sino porque en ese momento final nos regalamos una mirada apasionada que decía muchas cosas, en ausencia de palabras.

En el abismo de sus oscuros ojos, yo encontré una claridad y una transparencia que no habría sospechado, y eso me hizo abrazarme con fuerza a él. Sus ojos me decían que me quería y yo quería agarrarme a ese amor como a un clavo ardiendo, puesto que me había vuelto a enamorar de Derek Miller como una colegiala, ¿o quizás nunca dejé de estarlo?

No lo podría saber… No lo podría saber porque todo eso formaba parte del pasado y ese pasado quería enterrarlo. Con él solo existía el presente y, si la suerte me acompañaba y su amor era verdadero, si esa vez lo era, disfrutaríamos de un precioso futuro.

Sé que esperó a que yo me durmiese para dormirse él. Sé que no quiso, que en ningún caso quiso que me sintiera sola en una noche que fue especial hasta decir basta, en una noche en la que estaba cantado que haríamos el amor… Pero en la que descubrí que era mucho el amor que había entre ambos.

Los ojos se me cerraban en sus brazos y él me animaba a que así fuera. Derek Miller, ese hombre que era puro fuego, se convirtió en un remanso de paz para trasladármela, para que descansara, para que me dejase llevar por él y confiase en que esa vez no viviríamos una pesadilla al día siguiente, porque todo pasaba por algo y porque a nosotros nos había tocado esperar una serie de largos años para demostrarnos que nos queríamos.

Al final iba a resultar que las personas sí cambiaban, y eso dibujaba en mi rostro la más bonita de las sonrisas a la hora de caer rendida.

Capítulo 6



Me desperté con una extraña sensación de miedo, como si todo fuera a torcerse de nuevo…

Ya había amanecido. Se trataba de una preciosa mañana de domingo en la que, sin embargo, fue como si de pronto las nubes tapasen el sol y todo se oscureciera de nuevo, como oscuros eran sus ojos… Oscuros, pero preciosos.

Derek lo vio venir. A él no le cogió en absoluto de sorpresa mi reacción pues, pasada la noche anterior, ideal, cabía la posibilidad de que los temores comenzaran a asaltarme. Y así sucedió.

—Pequeña, tranquila —Me besó en la frente, en señal protectora, antes que en los labios.

—¿Qué hemos hecho, Derek? ¿Y si ahora todo vuelve a salir mal? ¿Y si de nuevo das la callada por respuesta ante nuestro amor? Aunque no sé si

entonces me amaste —le confesé casi entre lágrimas.

Fue tan bonito lo vivido la noche anterior que el miedo también fue proporcional, así que iba a necesitar muchos mimos por su parte. Y, sobre todo, muchas acciones de esas que valen más que las palabras, las cuales en ocasiones carecen de total valor.

—Te amé más que a mí vida entonces, y te amo mucho más aún ahora —me confesó con voz pausada, como queriendo que cada una de esas palabras se me fueran metiendo poco a poco en la cabeza.

—Y entonces, ¿entonces por qué te apartaste de mí? ¿Sabes lo que ocurrió? ¿Sabes lo que ocurrió aquella mañana?

—Ocurrió que tu padre fue a buscarte y tuviste el accidente. No imaginas cuánto lo lamenté, cuántas veces he pensado que debí sufrirlo yo. Habría dado una de mis dos piernas por tu rodilla, o las dos…

—Pero si ni siquiera viniste a verme al hospital, no volví a saber de ti. No quieras decir que lo lamentaste tanto entonces porque te olvidaste de mí.

De pronto, toda la amargura que sufrí durante años salió, porque estuvo aprisionada en mi interior durante demasiado tiempo, y porque las dudas seguían ahí, intactas, pese al amor que volvía a sentir por él.

—No, fue en coherencia con lo que hablé con tu padre. Debí defender lo nuestro, no creer en sus palabras —murmuró.

—¿Estás diciendo que mi padre tuvo la culpa? Ya no está aquí para contradecirte y yo sé que no quería que tuviéramos nada, pero de ahí a culparle…

—No, estoy diciendo que yo entonces, y hasta ahí tenía razón, era un mujeriego. Nunca me había enamorado de verdad hasta que te conocí, Tiffany, y te garantizo que fui el primer sorprendido. Es normal que tu padre no me quisiera a tu lado, yo tampoco habría querido al Derek de entonces como yerno. Me acusó de haberme aprovechado de tu juventud y me asusté, porque me aseguró que yo no podría mantenerme fiel a ti, que te haría un daño atroz, que él sabía muy bien del pie que yo cojeaba, y maldijo el día que te trajo a este rancho.

—Pero tú pudiste decirle que se equivocaba, estabas en todo tu derecho…

—Y no te falta razón. El problema es que yo, sobrepasado como estaba por la situación, no supe ver que no tenía razón. No te digo que no fuesen normales sus dudas, pero te amaba con el corazón… El mismo corazón que él negaba que yo tuviese y el que me advirtió que te había partido. Todavía resuenan sus palabras en mi cabeza: «Jamás serás capaz de hacerla feliz, solo le harás daño. Cuando más te quiera… la destrozarás. Apártate ahora, apártate y permite que yo recoja sus trozos, los trozos del corazón que le has partido, porque mientras permanezca cerca de ti solo le ocurrirán desgracias».

Supe que reprodujo una a una las palabras de mi padre. Cuando eso sucede es porque el paso de los años no ha podido borrarlas de tu memoria, y tiene un significado.

Supe también que las lágrimas que Derek derramó en ese momento fueron sinceras.

—Yo ya tenía unos años, pero no tantos como hoy. Hoy le habría dicho a tu padre que se equivocaba, y que te haría feliz por encima de todo y de todos, que no te traicionaría. De hecho, nunca he traicionado a una mujer, porque cuando he flirteado con unas y con otras ha sido porque no tenía nada importante con ninguna.

—¿Y entonces? ¿Entonces qué pasó con Kate?

—Lo de Kate es algo distinto, pero no tuvo que ver con ninguna infidelidad por mi parte.

—Dijiste que me lo contarías…

—Y te lo contaré, pero todo a su debido tiempo. No puedo con tantas cosas a la vez, yo también tengo un límite emocional.

—¿De verdad me amabas? ¿De verdad me amas? —le pregunté mirándole a los ojos.

—De verdad te amaba y de verdad te amo con todo mi corazón. No he dejado de amarte nunca, nunca en todos estos años —me confesó mientras me besaba.

—¿Y por qué no fuiste a verme? Al menos eso…

—Cuando sucedió el accidente, pensé que tu padre tenía razón. Entonces él vino a buscarme y, por si no me sentía lo suficientemente mal, me lo echó en cara: «Te lo dije, te dije que mientras permaneciera cerca de ti solo le ocurrirían desgracias, ¿ahora qué? Ahora la has dejado también sin la ilusión de competir, porque yo he visto la rodilla de mi hija y no volverá a hacerlo».

—¿Te lo dijo esa misma mañana?

—Me lo dijo mientras la ambulancia te llevaba. Y también me hizo sentir lo suficientemente culpable como para pensar que era el causante de todos tus males. Pensé en ir a buscarte, te lo prometo, pensé incluso en raptarte —me sonrió.

—No sabes la de noches que soñé con que venías a por mí, no tienes ni idea…

—Igual sí, porque debieron ser más o menos las mismas que yo soñé con que iba y te encontraba, trayéndote al rancho.

—Y al final recibo una carta con una invitación a tu boda. Esa fue la siguiente vez que supe de ti, tantos años después y ya con mi padre fallecido.

—No debió ser fácil para ti, lo siento.

—¿Por qué lo hiciste?

—Sé que tienes muchas ganas de saber, pero hay cosas que son difíciles de explicar.

—Va, ya da igual. En realidad, ¿sabes qué? Que me alegro mucho de que lo hicieras.

—Y yo me alegro infinito de que aceptaras, pensé que no lo harías.

—Lo hice por Ylenia y lo sabes…

—Lo sé, lo sé, ¿y tú sabes que yo haré cuanto esté en mi mano porque llegue tan alto como debiste llegar tú?

—Creo que sí, creo que lo sé, pero necesito que vayamos despacito —le pedí.

—¿Despacito? —enarcó una ceja—. Lo que hemos hecho esta noche ha sido dar un paso de gigante, ¿o no?

—Sí, pero esta noche nos hemos entregado nuestros cuerpos. Lo que es el alma debemos hacerlo más poquito a poquito, construyendo la relación sobre la base de la confianza. Y esa te la vas a tener que currar, no creas que te regalaré nada —le advertí.

—Ya me lo regalas. Me lo regalas cada vez que me miras y cada vez que intuyo el perdón en tus ojos. Me lo regalas cada minuto que pasas conmigo y me lo regalas también con cada risa que compartimos.

Capítulo 7



Nos levantamos y nos fuimos juntos a la cocina.

Los chicos alborotaban por allí, alrededor de Molly, quien les hacía tortitas. Todos se habían levantado tarde, excepto ella que siempre madrugaba, y que parecía encantada con la algarabía de la casa.

Cuando de golpe se dio la vuelta con el plato de las tortitas y nos vio allí, juntos, mientras Derek rodeaba mi cintura, casi se le cae.

Martín estuvo ágil y cogió el plato al vuelo, lo que evitó que todas acabasen en el suelo.

—No me seas boluda y no me tires los panqueques, que esto ya se veía venir —le dijo causando la risa de la mujer.

—Y tanto que se veía venir, chaval, tú no te imaginas desde cuándo. Hoy es un día de fiesta en este rancho. Os voy a hacer una comida que os

chuparéis los dedos…

—Pues entonces, igual que la de todos los días, Molly —le comentó Derek, que no podía estar más contento.

También mi hermana parecía eufórica.

—Yo anoche con dos copitas ya sabía que habría tema entre los dos, pero que fuera tan oficial, ¿soy ya muy mayorcita para portar las alianzas de la boda? —preguntó y entonces se llevó un gran pisotón por mi parte, pero sin disimulo y sin nada.

—Por Dios, que me vas a dejar el pie como una loncha de queso fundido, y encima querrás que gane carreras así —se quejó.

—Y las ganarás, por la cuenta que te trae, las ganarás —le advertí.

—La verdad es que, con mi entrenadora y mi patrocinador, mánager y hasta ángel de la guarda juntos, más me vale. O se me caerá el pelo…

Todos se rieron. El desayuno lo tomamos fuera, y nosotros compartimos las tortitas que los chicos le pidieron a Molly.

—Las tuyas con sirope de fresa y frutas del bosque —recordó él mientras me las preparaba, haciendo que me diera un vuelco el corazón.

Hay cosas que las recuerdas o no las recuerdas. Y yo quería pensar que si él recordaba tantos detalles de lo nuestro era por algo. Otra cosa no tenía ningún sentido porque, al bajar conmigo de la mano, acababa de hacer oficial lo nuestro.

Derek no tenía la más mínima intención de esconderlo ni yo lo hubiese consentido. A esas alturas de la vida, ya tenía claro lo que debía ofrecerme el hombre que me quisiera, ¡y ese hombre era Derek Miller!

Teníamos un maravilloso domingo por delante, uno que nos tomaríamos libre y en el que también libraría Ylenia.

Era un día para festejar y para pasar todos juntos, además de que mi hermanita no podía entrenar a *full* todos los días.

Miraba a mi alrededor y me sentía feliz. Unas horas después, cuando Molly sirvió aquel delicioso asado, que debió aromatizar varios kilómetros a la redonda, me sentí más feliz todavía.

Derek me sirvió un buen trozo y se encargó de saber si me apetecía más. Olía que alimentaba y sabía que era gloria bendita, pero si tomaba más habría salido rodando.

—Es que tengo que cuidarte, recuerda que he de demostrarte muchas cosas, tú misma lo dijiste —se excusó cuando me quejé.

—¿Tú conoces la diferencia entre cuidarme y engordarme? Porque no soy un pavo —le recordé yo.

—No, eres un poco pava —rio mi hermana, que ella sí que parecía no haber salido de esa edad que llaman así.

—Ay, pequeñaja, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Con ella no sé, pero de ella sí: una campeona —me respondió Derek con tal certeza que supe que no habría ninguna circunstancia en el mundo que pudiera cambiar eso.

Mi niña llegaría a lo más alto del firmamento hípico y yo… Yo ya rozaba el cielo con la yema de los dedos en lo personal. Mi vida, inexplicable y sorpresivamente, se volvió a unir a la de Derek y eso era algo que celebraríamos ese día y que, si todo iba bien, seguiríamos celebrando durante los siguientes años… y durante los otros y hasta los últimos.

No soy de las que creen que la vida son etapas, sino más bien de las que se ilusiona con el amor para toda la vida. Si pienso que algo tendrá fin, no lo disfruto… Y para no disfrutarlo, no lo comienzo. Esa es mi filosofía y esperaba que fuera también la de Derek, poco sentido tendría que me hiciera una serie de promesas que otra no le exigiría para estar allí.

Guapísimo y forrado, le sobrarían conquistas con fecha de caducidad que se sucedieran en el tiempo y sin embargo… Sin embargo, yo veía en su rostro la misma sonrisa que se dibujaba en el mío.

Capítulo 8



Unos días después la vida me sonreía y yo hacía por devolverle la sonrisa a cada minuto.

Como no podía ser de otra manera, ya estaba instalada en el dormitorio de Derek, y bajé para desayunar. Esa mañana él tenía que ir a la ciudad por negocios y se levantó casi al alba.

Ylenia llegó a la cocina con las pilas cargadas.

—Hoy lo pienso dar todo y más. Tenemos otra carrera a la vuelta de la esquina y esos son puntos que ha de sumar Pegaso —me indicó y me eché a reír.

—Sí, vale, sé que es lo que dirías tú y me he adelantado, ¿cómo estás, hermanita? Qué tontería acabo de preguntar, ¿verdad, Molly? Está enamorada…

—Molly, lo dice como si yo fuera la única, como si ella no lo estuviera —repuse.

—Es un gusto veros enamoradas a las dos —afirmó ella mientras nos servía un nutritivo desayuno.

Esa mujer nos cuidaba mucho, era un amor.

—Es verdad, Molly, ya solo faltas tú —le indicó Ylenia mientras cogía su tazón de leche con cereales con la intención de dar buena cuenta de él.

—Querida, no provoques mi risa… Yo en el amor no he vuelto a pensar nunca.

Ambas conocíamos la triste historia del fallecimiento de su marido e hijo, pero Ylenia no la recordaba en ese instante. Su cabeza hueca hizo de las suyas.

—Ya, cariño —añadí condescendiente.

—¿Y desde cuándo no piensas en el amor? —le preguntó mi hermana.

—Desde que murió el amor de mi vida. Yo soy de la opinión de que amor en la vida solo hay uno, y que los demás son apaños —nos comentó.

—Pero hay personas con varios matrimonios, por ejemplo —argumentó Ylenia.

—Pero solo una de esas personas es la de su vida. Cada cual que piense como quiera, yo a mi marido no le he olvidado nunca, porque el amor verdadero no se olvida —nos contó.

Me dio mucha pena de ella porque hablaba de ese hombre como si hubiese fallecido el día anterior, con el mismo pesar. No es que Molly fuese una mujer triste, todo lo contrario, pero cuando salía ese tema sí que lo sentía así.

—Ya, por eso mi hermana ha terminado con Derek —añadió.

—Y yo siempre creí que estaban hechos el uno para el otro. Sé que Derek nunca la olvidó —me confirmó Molly y eso me gustó.

No es que me sintiera especialmente insegura esa mañana, porque Derek me estaba demostrando su amor a cada segundo, pero que alguien que le conocía así de bien corroborara sus palabras me hacía sentir genial.

—Si es que aquí huele a boda, Molly —bromeaba Ylenia.

—Dios te escuche. Ojalá pronto haya boda y niños. Este rancho necesita alegría y vosotras la habéis traído. Después de lo de Kate, yo creí que ya no podían venir más desgracias. Y no, han venido alegrías —insistió.

Alegres estábamos Ylenia y yo esa mañana camino de las cuadras cuando me encontré allí a Kevin.

Él estaba muy pendiente de la yegua que había parido a Nevado, el potro que nos tenía a todos encantados de la vida, y la cual seguía sufriendo algunas complicaciones.

Al vernos pasar, me sonrió. Yo tenía claro que Kevin seguía sintiendo por mí, si bien ya sabía lo que había entre Derek y yo.

Aprovechando su ausencia, esa mañana se acercó a mí.

—Se va a quedar buen día —le dije mientras me ponía las manos a modo de visera y miraba al cielo.

—Sí, el día se quedará precioso. Aparte de que todo se ve mucho más bonito cuando uno está enamorado. Sobre todo, si se trata de un amor correspondido —añadió la coletilla y yo le sonreí.

—Te deseo lo mejor, Kevin, me caes genial —añadí, entendiendo que yo no podía decir otra cosa y que no deseaba entrar al trapo.

—Lástima que solo sea eso, que te caiga bien. Claro que yo no puedo compararme con Derek Miller, soy un simple trabajador, y él un crac de los negocios.

—No es eso lo que me importa de él, me habría enamorado de Derek igual. Lo hice cuando era una niña, cuando no hubiese mirado ni su posición económica ni nada parecido.

—¿Cuando eras una niña? —eso le intrigó, no podía sospecharlo.

—Sí, y he permanecido enamorada durante muchos años, solo que ni yo misma lo sabía, Por eso creía odiarle —le conté porque era cierto que me caía bien y me desahogué. Aparte, Kevin era un encanto conmigo y quería explicarle por qué yo no le hacía ningún caso.

—¿Y entonces? ¿Por qué no funcionó entonces? ¿Acaso te dio miedo lo vuestro? ¿Eras demasiado joven?

—No, no fue así. Fueron las circunstancias, y quien terminó con miedo fue Derek —le comenté y él pareció no entenderlo, dado su gesto de desconcierto—. Es que todo fue mi complicado, mi padre se opuso frontalmente, yo sufrí un accidente que dio al traste con mi carrera…

—¿Y qué más? —me preguntó.

—¿Te parece que haga falta algo más? ¡Si fue todo un desastre!

—Ni un tsunami me habría separado a mí de tu lado, cuanto y más un desastre —me confesó y yo me quedé de piedra.

—Perdona, igual estamos entrando en demasiadas honduras, Kevin. Debo ir con Ylenia, ha de comenzar a entrenar.

—Yo solo te digo, Tiffany, que quien te la hace una vez te la puede hacer muchas más. Derek es mi jefe y si conociera estas palabras quizás me pusiera en la calle. Eres libre de contarle si quieres, a mí me da igual. Yo, con tal de advertirte, estoy dispuesto a asumir las consecuencias.

De nuevo me dejó petrificada porque estaba entrando hasta el fondo en el asunto, y a él no parecía importarle en absoluto. Kevin me habló con el corazón en la mano y con la intención de desearme lo mejor.

Mientras iba en busca de Ylenia, sus palabras me rondaban la mente, e incluso me hacían daño. No podía permitirme interferencias, no si quería confiar en Derek y que nada ni nadie enturbiase nuestra felicidad. Derek era el hombre de mi vida, todos lo veían… Normal que él no lo viese, pero eso tenía una explicación de lo más lógica.

Capítulo 9



Le tenía que querer porque le tenía que querer…

No solo era que Derek tuviera un físico portentoso, que evidentemente lo tenía, era el resto… Era esa sonrisa suya, la más sugerente del mundo y era su forma de mirarme; esa que ponía mi corazón a mil.

Yo estaba cada día más encantada con él. Derek se mostraba como el tipo más detallista del mundo. Me daba la impresión de que deseaba compensar todos esos años de ausencia, todos esos años en los que yo pensé que era un mezquino, un miserable y un cobarde.

Hay que ponerse en los zapatos de la otra persona para comprender cómo actúa en determinados momentos. Hay que hacerlo porque tampoco debió ser nada fácil para él. Por lo que yo veía, mientras en mi caso viví con un sentimiento de odio durante todos aquellos años, él lo hizo con uno de culpabilidad, y no sabría decir cuál era peor.

Tampoco podría precisar, en honor a la verdad, qué momento del día era mejor con él, ya que había dónde elegir; desde cuando nos metíamos en la cama y era capaz de hacerme el amor durante horas, hasta cuando me despertaba comiéndome a besos… Pasando por esos otros momentos, los de después del almuerzo, donde refugiados en nuestro dormitorio me ofrecía los más sugestivos de los masajes, que regalaba a todo mi cuerpo.

Se me daba una circunstancia curiosa. Cuando acariciaba mi rodilla, esa que cambió mi vida a raíz del accidente, cuando llegaba a su cicatriz (apenas perceptible por el paso del tiempo y porque los cirujanos tuvieron unas manos de oro), la acariciaba y la besaba de un modo muy particular, casi con devoción, como deseando poder cambiar el tiempo y lo que ocurrió…

Los días se iban sucediendo y entramos en la más maravillosa de la rutina. El verano llegaba a su fin, aunque en aquellos días apenas lo parecía, pues las temperaturas seguían siendo muy elevadas, casi tanto como la que producían nuestros cuerpos cada vez que estaban el uno cerca del otro.

Me gustaba mucho comprobar la forma en la que presumía de mí, la forma en la que le contaba a Molly, cada vez que se acercaba a la cocina, que tenía a su lado a la chica más bonita del mundo, la forma en la que me miraba como si fuera lo más preciado que poseyera, pero no en plan trofeo, que él no parecía apuntarse medallas.

Si soy sincera, y creo además ser objetiva, con Kate le había visto cercano y cariñoso, en una actitud que consideré edulcorada y que me empalagó en

más de un momento, pero no creía recordar que la mirase así.

Quizás sí estuviese siendo objetiva o quizás es lo que quisiera ver… Me daba lo mismo, aunque esa era mi sensación, tampoco era lo más importante. Lo realmente importante era que Derek parecía fascinado por estar conmigo, y yo por estar con él.

Los días se nos pasaban en un suspiro, y más cuando compartíamos tantas actividades en el rancho. Un hombre como él, con tanto poderío económico, no tenía la más mínima necesidad de mancharse las manos con nada, pudiendo delegar en todo, pero a él parecía gustarle meterse hasta en adobo, no paraba en todo el día…

Daba igual que se tratase de domar caballos o de conducir vacas o bueyes, le gustaba estar en contacto con la naturaleza y con todos esos animales que conformaban el rancho.

A menudo, Kevin le daba instrucciones sobre alguna cura o tratamiento que necesitara alguno de ellos, y él mismo se encargaba. A mí me enternecía muchísimo verle en esa actitud.

Durante los años que permanecimos separados, a Derek me lo imaginé poco menos que como a un ogro, y verle agachado acariciando a Nevado, por ejemplo, era una estampa que me hacía enamorarme todavía más de él.

Esa mañana estaba con el potrillo porque decía tener un mal presentimiento. Kevin atendía a su madre, quien no parecía mejorar. La

preciosa yegua era una campeona, una verdadera pura sangre que le había dado muchas satisfacciones y por la que él sentía gran cariño.

Nevado parecía inquieto, como si compartiera ese mal presentimiento, y él trataba de calmarlo, teniéndolo fuera, al primer sol de la mañana, ese que no asfixia, pero sí que reconforta. Ese que da vida.

Yo les observaba de lejos y se me caía la baba, poco a poco me fui acercando cuando Kevin salió de la cuadra negando con la cabeza.

—Lo siento mucho, Derek, no he podido hacer nada por ella.

No hubo sorpresa en su rostro, pero este se le acongojó por completo. Le escuché tragar saliva ruidosamente, y entonces acarició al animal que pareció adivinar en los empañados ojos de su dueño la desgracia.

—No te preocupes, pequeño. Yo me encargaré de que no te quedes solo, crecerás sano y feliz. Lo siento mucho —le dio un entrañable abrazo.

Si enamorada estaba de él, no digamos ya lo que me enamoré en ese momento en el que comprendí que era ese tipo de hombre en el que puedes confiar para que sea el padre de tus hijos, en el caso de que algo malo te suceda. Si trataba así a un potro, no digamos ya el nivel de entrega que podría alcanzar con sus propias crías…

Le amaba, amaba a Derek Miller y me uní al abrazo al animal, al que también traté de consolar. Kevin se dio media vuelta y se metió en las

cuadras de nuevo. Supongo que ese tipo de estampa familiar, con Derek y yo a una no eran de su total agrado, y cada cual ha de poner límites a aquello que le hace daño, estando en todo su derecho.

Capítulo 10



La muerte de la madre del potro me dejó un tanto triste. Igual era que mi reloj biológico comenzaba ya a sonar por ese tiempo y todo lo que tuviera que ver con la maternidad me afectase especialmente.

Yo no tenía demasiado tiempo para pensar en otra cosa que no fuera la preparación de Ylenia, lo que me llevaba la mayoría de las horas del día, lo cual no quiere decir nada, porque si tienes un runrún en la cabeza te sonará de fondo y hagas lo que hagas.

No es que yo estuviera obsesionada con ser madre ni mucho menos. Tampoco me había llegado aún ese momento para el que todavía debería esperar un poco, pero sí comenzaba a estar en ese otro en el que la maternidad me emocionaba.

Por esa razón, dada la pérdida, solía acudir varias veces al día a ver a Nevado, a quien teníamos que alimentar con biberones, y a veces ya me lo encontraba a él dándole uno cuando yo llegaba. En momentos así, es que me lo comía, ¡y en otros también!

Derek combinaba un lado rudo y masculino con otro mucho más tierno. Y yo no sabía cuál de los dos me gustaba más. En el mejor de los casos, sería la combinación de ambos la que le hiciera tan tremendamente especial a mis ojos.

Ese día era sábado y, tras alimentar a Nevado, me propuso coger un par de caballos e ir a dar un paseo por el rancho. Esa era una de mis actividades favoritas y él lo sabía. De hecho, en muchas ocasiones yo solita cogía un caballo y lo recorría, aunque lo cierto era que me gustaba mucho más hacerlo con él, porque con Derek todas las emociones se potenciaban.

—Llévate traje de baño —me pidió y eso me encantó, porque pocas cosas me gustaban más que bañarme con él, en la intimidad que nos proporcionaban las aguas del rancho, lo que a menudo terminaba con tintes eróticos en el agua. Y quien dice eróticos dice mucho más…

No dudé en hacerlo, y montamos juntos como tantas veces solíamos hacerlo. Eran momentos de calma y de relax total, verdaderos regalos en los que el verdor del entorno y la transparencia de las aguas contrastaban con el oscuro de sus ojos… Los ojos que para mí eran los más bonitos del mundo.

Imaginaba que su idea era llegar a la pequeña catarata y así fue. Existían rincones con encanto en el rancho, existían a montones, pero ningún otro como la catarata, en la que yo sentía la máxima de las libertades bajo el agua y con él, habitualmente aprisionando mi cuerpo y haciendo que sintiese por igual su fuerza desmedida y la del agua cayendo sobre mí.

Ese día no sería menos. Y más cuando llegamos tremendamente acalorados. Con anterioridad, nos habíamos ido refrescando en el río, en ciertos lugares por los que podía merodear algún trabajador del rancho, razón por la cual me pidió que me pusiera la ropa de baño.

Una de las mejores cosas que tenía la pequeña catarata era que nos ofrecía una privacidad total, puesto que estaba no en el quinto pino, sino en el siguiente… en un lugar del rancho en el que no había labor alguna por hacer y en la que, por tanto, nos encontrábamos totalmente a salvo de miradas indiscretas, pudiendo lucir nuestros desnudos cuerpos.

En cuanto bajamos del caballo supe que me amaría allí mismo y no me equivoqué. Antes que después me despojó de cualquier prenda que pudiera llevar encima, mientras la lujuria salía de sus ojos para internarse directamente en los míos.

Me gustaba, me gustaba tanto que hiciera eso… Que me mirase de aquel modo que yo sabía que era predecesor de ese acto que, más que sexual, era un verdadero ritual.

Tumbados sobre una piedra y con el agua cayendo a chorros sobre nosotros, él me tomó por la cintura haciendo que le diese la espalda. De ese modo, podría poseerme mientras que toda esa verde y libre naturaleza entraba por mis excitados ojos.

Era el mejor de los parajes, un paraje de ensueño para amarnos, mientras recibíamos la fuerza de las aguas al mismo tiempo que yo percibía la de esas embestidas con las que, una a una, él me iba haciendo suya.

Adoraba hacerlo allí con él y me excitaba de un modo indescriptible. En ese entorno, el sexo era más salvaje porque también lo éramos nosotros.

Ningún otro lugar del mundo podría haberme excitado tanto y, por supuesto, tampoco ningún hombre. A veces vives cosas y entiendes que, de antemano, es que estabas predestinada a vivirlas. Yo estaba viviendo tantas y tantas con Derek, en tan poco tiempo, que me sentía inmensamente plena y feliz.

Sobre aquella piedra me deslizaba con la fuerza de sus embestidas, y entonces él me agarraba… Cuando eso sucedía yo tenía la certeza de que no me dejaría caer, y eso lo hacía extensivo al resto de nuestra existencia; Derek no estaba dispuesto a que nada malo me sucediera, a que nada malo me volviese a suceder, y mucho menos por intervención suya.

Allí, recibiendo la fuerza del agua, me corría para él, haciendo que esa agua que caía fría se calentase de inmediato sobre esos cuerpos nuestros que parecieran echar humo.

Sobre la piedra, inmensamente dura, yo percibía que la vida, en puro contraste, podría vivirse entre algodones, porque así me lo demostraba él mientras me embestía de una manera salvaje, como yo le pedía, y al mismo tiempo me regalaba una batería de besos de esos que recargan las pilas. Yo

ladeaba la cabeza y observaba esa masculinidad tan suya que me lubricaba una auténtica barbaridad.

Con Derek no podría precisar cuántas veces me corría cada vez que hacía el amor. Enseguida perdía la cuenta, y eso que él la llevaba mentalmente. Lo sé porque la alegría de sus ojos sugerentes me lo decía cada vez que me pasaba. Lo sé porque hay cosas que no se pueden ni se quieren disimular.

Capítulo 11



El siguiente fin de semana tocaba competición. Pegaso ya estaba a un nivel muy alto, lo mismo que mi hermana, y ya solo competía con los mejores.

Ava, que competía a un nivel menor, acudía siempre a verla con Martín. Daba igual el lugar que fuera, ellas eran amigas y, además, decía aprender mucho de esas carreras. En cuanto a Martín, la apoyaba en todo y, como él decía entre risas, no solo con «ll», sino también con «y».

Era un aliciente más de la carrera el ver a las dos parejitas juntas, porque Hayden no se habría perdido ninguna de las de mi hermana por nada del mundo.

En aquella quien sí competía también era Tris, a quien la cara le llegaba a los pies siempre que nos veía. Ella nos culpaba de haber tenido que prescindir de John.

Tris no era una chica fácil de llevar ni que se entendiera con casi ningún entrenador. Con John todo iba sobre ruedas porque ambos eran dos bichos y hablaban el mismo idioma, pero con el resto las estaba pasando canutas. Y hablo «del resto» porque ya llevaba varios desde que John desapareciera del mapa. El que más, le duraba unos días. Y ostentaba el ridículo récord de haber despedido a una chica en horas.

Ava pasaba totalmente de ella y más de David, quien siempre aparecía también por las competiciones. Las malas lenguas (aunque probablemente bien informadas en este caso), decían que el chico estaba destrozado tras la cagada de haber corneado a Ava con Tris, perdiéndola irremediablemente.

Esa mañana, tras la carrera, en la que mi hermanita nuevamente sumó puntos con Pegaso y estaba exultante, yo me fijé en que el chico no estaba bien.

—Ava, ¿no es David ese que va haciendo eses cerca de la pista? —le pregunté preocupada.

—Madre mía, sí que es él. Y lleva una cogorza como un piano, ¿es que se lo ha bebido todo esta noche o se lo ha comenzado a beber por la mañana?

—Pues no lo sé, chica, pero todo se lo ha bebido, doy fe.

—El tío ese pilló una curda de mil demonios —añadió Martín, quien le tenía ojeriza, como no podía ser de otra manera, ya que David no estaba haciendo las cosas bien e incluso iba hablando mal de Ava por ahí.

Resultaba que era él quien se sentía corneado por su ex y el argentino, obviando el detalle de que él fue quien comenzó la competición de cuernos hacia Ava con Tris. De hecho, cuando Ava conoció a Martín ya tenía la cabeza bien decorada, como ella solía decir.

En fin, que más corre el galgo que el mastín, pero que cada cual cuenta la fiesta según le da la gana y, por lo visto, David veía las cosas a su manera. Suele pasar cuando uno lleva indecentes cantidades de alcohol en sangre, como le sucedía a él ese día.

Quien tampoco le quitaba ojo de encima era Derek.

—Tiffany, cariño, ese tío quiere camorra. Si ves que se acerca, me haces el favor y te quitas de en medio…

—Oye, que yo no te he necesitado en todos estos años para que me defendieras —le dije mientras, picante, le sacaba la lengua.

—Y yo sé que te sabes defender divinamente solita, pero si tiene la mala suerte de que se le escape un puñetazo y te dé a ti, entonces… Entonces es que no tendrá piedra bajo la que esconderse.

Lo dijo con tal naturalidad que supe que sería mejor que no se le escapara, porque no sabía con quién estaba tratando. Fuera como fuese, era evidente que a mí solo me podría dar de rebote, puesto que yo no era el blanco de su ira ni tenía nada que ver con aquello: él iba a por Martín, a quien buscaba y a quien, pese a ir ciego (como suele decirse), vio de lejos.

El argentino lo estaba esperando porque también decía tener mucha calle y no se le escapaba que el otro quería saldar sus diferencias con él con los puños.

—El pibe lo que quiere es que le agarre a trompadas —decía en alto porque sabía que no se equivocaba.

—Pues tú no le hagas ni caso, mi amor, te lo pido por favor —le decía Ava.

—Pero si es requetepelotudo, ni dos trompadas tiene. Y menos como va. Se va a librar por eso, porque no quiero que diga que me aproveché de él por ir en un estado tan lamentable.

Pese a su juventud, Martín tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros, algo que yo agradecía, porque lo último que me apetecía era el susodicho espectáculo de las trompadas. Es que solo de pensarlo me ponía mala, y más sabiendo que Derek no se mantendría al margen.

—Muy bien, Martín, así se piensa…

—Salvo que venga a ofender a Ava, que ahí ya no respondo. El pibe puede irse entonces morado…

Ya la estábamos cagando porque la edad es la edad y el chaval se encendía solo de pensarlo.

—Tú ten en cuenta que no ofende quien quiere, sino quien puede —le aconsejé yo.

—Eso está muy bien y suena mejor todavía, pero si le dice algo a mi niña, entonces le responderé con los puños.

Ya estaba servida la ensalada de puños, porque el otro cabeza de alcornoque venía a formar gresca, eso lo sabían hasta los hebreos.

Pues nada, que finalmente se vino para nosotros como si le hubiesen puesto ruedas en los pies.

—Tienes que volver conmigo, Ava, este tío no te merece —le pidió a ella, acuclillándose delante de su persona como si le fuera a pedir matrimonio. Para mí que, de pensar que le hubiese valido, lo habría hecho.

—¿Qué estás diciendo, tarado? Martín me trata como a una reina y encima es argentino, no te digo nada… Menuda parla que tiene —le decía ella mientras trataba de escabullirse de él, que pretendía tomarla de la mano.

—No es más que un vendehúmos, él no te ha demostrado nada. En cambio, yo —decía sin contemplaciones—, yo…

—Tú sí que me has demostrado cosas: me has demostrado que eres un "ponecuernos" de libro, de esos que prestan su foto para la definición, ¿me quieres dejar ya en paz?

—¿Dejarte en paz? Eso nunca… Yo no pienso parar hasta que vuelvas conmigo.

—Tú la vas a dejar en paz, pero a la voz del «ya» —le advirtió Martín mientras le tocaba el hombro para que se volviese y le mirase.

—Tú te callas, gilipollas, y te dejas de tocarme, que aquí nadie está tocando a nadie…

—¿Y entonces tú por qué le quieres coger la mano a Ava?

—Porque es mi novia, por eso —le soltó el otro porque no sabía dónde estaba de pie, tan perjudicado como aparecía por el alcohol.

—¿Tu novia? Es mi novia, pibe, ¿de qué estás hablando?

—No, lo ha sido un tiempo, pero ya ha vuelto su hombre: he vuelto para recuperarla.

La frase, si no fuera porque se mascaba la tragedia, tenía su gracia. Yo aguanté la risa, pero Ylenia, que llegó justo a tiempo para oírla, no pudo aguantarla.

—¿Y tú de qué te ríes? —le preguntó él—. Seguro que has tenido mucho que ver en todo esto —la acusó.

—Yo me río de que a cualquier cosa le llaman ahora un hombre —añadió ella mientras Hayden daba ya también un paso adelante para defenderla.

Quien observaba la escena desde la madurez de sus años era Derek.

—Bueno, ya está bien, David, ya has tenido tu minuto de gloria, lo has intentado, te ha salido el tiro por la culata y punto. Ahora, coges la poca dignidad que te queda, y te vas a tomar aire fresco —le pidió.

—¿Aire fresco? Oxígeno le tendrán que administrar a este en la Unidad de Cuidados Intensivos si sigue en su puñetero empeño de continuar con mi novia —le dijo mientras, a traición, le asestó un puñetazo a Martín.

Fue rápido, he de decir que fue rápido porque el argentino le estaba esperando y, aun así, no le vio venir. Quien sí le vio venir fue Derek, que saltó sobre él y se lo quitó de encima, porque parecía más que dispuesto a «agarrarlo a trompadas», como diría Martín.

Una nunca sabe cuándo, en una situación de ese calibre, las cosas pueden pasar de castaño a oscuro, como sucedió ese día.

Yo solo vi un resplandor, ya que uno de los rayos solares fue a dar sobre la brillante hoja de la navaja. Cegado por la ira, la rabia y los celos, y reducido a cenizas por todo ello, David sacó y levantó una navaja y, dado que fue Derek quien le hizo frente, estuvo a punto de clavarla en su abdomen.

Martín fue a intervenir, poniendo en juego su vida, si bien no le dio tiempo. El propio Derek fue quien tomó el brazo de David y a punto estuvo de partírselo, mientras el otro chillaba y tiraba la navaja.

En realidad, chillar, chillábamos todos, porque yo chillé lo más grande y, sin poder contenerme, me fui hacia él y le di un bocado en el mismo brazo que Derek le retorcía.

No sé, me dio el siroco, y a mi chico se le salieron las bolas de los ojos cuando me vio en esa actitud que, en principio, le resultaría incomprensible, aunque solo tenía que ponerse en mis zapatitos para entender que no es fácil quedarse de brazos cruzados cuando a quien amas le pueden ocasionar un daño… Y más un daño irreparable, es que habría sido capaz de comérmelo a bocados.

Como es lógico, la muchedumbre comenzó a mirar, alertada por nuestros gritos, y la seguridad del hipódromo llegó enseguida.

—Yo solo quería estar con ella, que me volviese a querer como antes —argumentaba David mientras se lo llevaban.

—Eso, y los cuernos me los meto para dentro, como si no se notaran, ¿no te jode? ¿Tú te crees que yo estoy falta de calcio o qué te pasa? —le preguntaba Ava mientras señalaba que le faltaba un tornillo.

A mí me temblaban hasta los dedos meñiques cuando por fin lo perdimos de vista, y entonces Derek me dirigió esa mirada reprobatoria.

—Pero mi vida, ¿cómo se te ocurre meterte?

—¿Y me lo preguntas a mí? Tú sí que te has metido y una navaja te ha sacado el niñato. Suerte que se le ha caído de la mano, porque si la atrinco yo, se la meto por…

El resto reía viendo cómo me las gastaba. No era para menos porque yo estaba hecha una furia, mientras Derek me abrazaba.

—Cielo, nunca se puede subestimar a nadie, porque puede ser muy peligroso, pero resulta sumamente improbable que un niñato harto de whisky llegue a apuñalarme, eso te lo aseguro.

—Es que solo de pensarlo me da algo, te prometo que me da algo…

—Tienes que tranquilizarte, no ha pasado nada.

—Y piensa que quien más peligro ha corrido ha sido él, que casi le metes la navaja por el orto —me decía Martín causando la risa de todos.

Fue una mañana complicada. Y lo fue porque vi peligrar la vida de Derek y comprendí que cada día pensaba que ya no podía estar más enamorada de él y que luego caía en la cuenta de que estaba muy equivocada. Y ese día, al ver su integridad física comprometida, me sentí morir. Y me sentí morir porque si al él le pasaba algo… Es que prefería ni pensar cómo podría llegar a sentirme.

Había permanecido demasiado tiempo separada de él como para perderle, y menos de una manera tan absurda. Un bocado fue poco. Yo a David le hubiera hecho pedazos con mis propias manos si llega a dañar a Derek, si llega a dañar a la persona que más quería en el mundo junto con mi hermana Ylenia.

Amor y del bueno se volvía a respirar entre nosotros, y esa no era más que una nueva prueba de ello.

Capítulo 12



En los siguientes días estuve algo nerviosa. Lo ocurrido en el hipódromo me puso como una moto.

El entrenamiento de Ylenia iba viento en popa, ya que mi hermana se empleaba a fondo todos los días, tanto que su fisio me dio un toque.

—Le estás exigiendo demasiado y tiene algunos músculos un tanto sobrecargados, dale un fin de semana largo —me pidió, a sabiendas de que yo confiaba muchísimo en su criterio.

—Tienes toda la razón. Mi hermana se merece un respiro.

Se lo comenté a Derek y a él como que se le encendió la lucecita.

—Hoy es jueves, ¿puedes retomar el entrenamiento el martes? —me pidió.

—Claro, esa es la idea… Hacer un finde largo. Y a ti, ¿a ti por qué se te han puesto los ojitos así de chispeantes?

—Porque voy a lograr que a ti se te pongan igual, por eso. Tú déjalo todo en mis manos, solo prepara el equipaje.

—¿El equipaje? ¿A dónde nos vamos? —le pregunté.

—¿Tú siempre lo tienes que controlar todo? —rio.

—No, no es eso, ¿y quiénes nos vamos?

—Esta vez nosotros dos solos…

—¿Y dejar a Ylenia aquí sola con Hayden? —enarqué una ceja, no sabiendo si era la mejor idea.

—Así es, y por dos motivos: porque tu hermana tiene que reposar un poco y porque no evitarás con tu presencia que hagan todo lo que tengan que hacer. Ya te adelanto que no lo puedes controlar todo —insistió.

Tenía toda la razón y nosotros nos merecíamos algo de tiempo libre. Esa misma noche llegamos a Toronto en un vuelo en el que logró plaza de última hora, porque todo lo que deseaba parecía conseguirlo.

Yo en Toronto había estado de pequeña con mi padre y con mi hermana, aunque apenas tenía recuerdos de ello, dado la cantidad de años que habían transcurrido desde entonces.

En la mayor ciudad de Canadá supuse que nos alojaríamos en un hotel, aunque no fue así. Lo intuí cuando llegamos a aquel enorme rascacielos, en uno de los barrios más ricos de la ciudad, y me señaló el ático.

—¿Es tuyo? ¿Esa maravilla es tuya? —le pregunté poniéndome las manos como visera y mirando ese interminable edificio que exhibía un ático de esos de portada de revista.

—¿Está mal por mi parte si te digo que es el ático con las mejores vistas de todo Toronto? —me preguntó—. Aunque nada que ver con las que tengo ahora mismo delante de mí —Me besó.

—¿Nada que ver? ¡Muero por verlo!

Solo entrar en el edificio, y comprobar cómo nos recibía el conserje, era una verdadera flipada, todo lujo y ostentación.

Cuando nos metimos en uno de los ascensores, que era de película, y él me besó de nuevo, no pude evitar preguntarle.

—¿Y qué hace un ranchero como tú en un sitio como este?

—¿Así me ves? ¿Solo como un ranchero? Puedo tener muchos perfiles, muñeca —me contestó con voz burlona.

Derek no era el típico ranchero y ya, en eso tenía razón. Más bien era un millonario que vivía en un súper rancho porque le encantaba el contacto con la naturaleza, pero a quien también le fascinaba el cambio de registros y tenía inmuebles distribuidos por lugares de lo más variopintos.

No sé cuántos besos nos dio tiempo a saborear camino de ese último piso del rascacielos que nos serviría de morada durante los siguientes tres días.

Me hacía mucha ilusión estar allí con él, ya que al margen de los que solíamos hacer para las competiciones era nuestro primer viaje de placer juntos, y para mí tenía un significado muy especial.

Fue abrir la puerta y sentir que, a tan increíble altura, uno se siente el rey del mundo.

Entramos y, tras un inmenso vestíbulo, nos encontramos directamente con el salón, tras cuya vidriera se divisaba ya una enorme terraza. Hablo de muchos cientos de metros cuadrados que, por tener, tenía hasta una cocina al aire libre. Sobra decir que también contaba con una cucada de piscina desde la que contemplar el horizonte era todo un privilegio.

A mí la lengua no se me quedaba quieta, se me desató porque era demasiado. Derek tendría, como todo el mundo, sus defectos, pero entre ellos no se encontraba el presumir de nada. Por eso me parecía tan fabuloso

que no le diera ninguna importancia a sus posesiones, cuando otro hubiese alardeado de ellas.

Situada en una planta que superaba la noventa, desde aquella sublime terraza te sentías por encima de las noches de la ciudad, experimentando una situación única y privilegiada.

Un interior ultramoderno terminaba de convencerme de que ese ático era una verdadera obra de arte en la que la mayoría de los materiales eran naturales, en un guiño a cómo era el resto de la vida de Derek, a la que yo ya me consideraba tan unida.

Cinco dormitorios, cada uno con cuarto de baño propio más otro común para las visitas, varios vestidores, una segunda cocina (aparte de la situada en la terraza) … Allí te perdías, y lo mejor era que perderme con Derek se había convertido en mi pasatiempo predilecto. Uno que podría practicar allí a placer.

El salón contaba con un inmenso sofá blanco en forma de U, el más lujoso que mis ojos hubieran visto jamás, en el que me tumbó.

—¿Ves todo esto? —me dijo.

—No me vayas a decir que todo esto será algún día mío porque lograrás que me corra incluso antes de tocarme —le dije entre bromas porque eso no era de mi interés, yo le quería a él, aunque la fortuna de ese hombre habría hecho que más de una matara por compartirla.

—Todo esto no tiene ningún valor sin ti, eso es lo que iba a decir —me susurró mientras comenzaba a besar mi cuello, haciéndome ver que llevaba demasiadas horas entre el vuelo y demás sin hacerme el amor, y eso no era algo a lo que estuviésemos acostumbrados.

Capítulo 13



Primer día que me levantaba en Toronto. No fueron los rayos solares los que hicieron que abriera los ojos, pese a que las vistas desde el dormitorio del ático eran únicas. En realidad, el día estaba algo nublado.

Por Dios que esas vidrieras infinitas te hacían sentir que pululabas sobre la ciudad, la cual se mostraba activa, mientras que nosotros disfrutábamos de lo que yo consideraba un verdadero remanso de paz; nuestros días de asueto.

No había personal de servicio en el ático ni falta que nos hacía. Derek había pedido antes de nuestra llegada que proveyeran la cocina de todo, y él mismo se ofreció para prepararme el desayuno en la cocina de la terraza, todo un lujo…

Yo me levanté desnuda y me fui tras él.

—Si sales así a la terraza no podrás acusar a nadie de convertirte en la principal atracción turística de la ciudad —me indicó y me eché a reír.

Cogí una de sus camisetas. Nada me gustaba más en el mundo que vestirme con ellas. Eso era así y él lo sabía, por lo que le hacía mucha gracia.

A mí también me hacía sonreír verle a él con el mandil, en plena terraza, como si fuera un chef… Un chef con unos músculos que hubiera devorado sobre esa mesa en la que serviría el desayuno.

He de decir, y no exagero, que sus tortitas no estaban como las de Molly, pero que tampoco tenían demasiado que envidiarle. El tío se daba trazas para hacerlas, bastante más que yo, que le tenía un poco de inquina a su elaboración.

Por lo demás, huevos revueltos, frutos secos y rojos, chocolate negro, avena, café, zumo de naranja, tostadas francesas…

—Pero bueno, ¿esto es un desayuno o el menú de una boda?

—¿El menú de una boda? El de la nuestra dará que hablar durante mucho tiempo, aunque no le hará sombra a la novia.

A mí me decía eso y me ponía… Yo prefiero no hablar de cómo me ponía, porque lo cierto es que muy elegante no resultaría.

Después bajamos a la calle, con el estómago bien lleno. Lo hicimos en el ascensor, aunque bien podríamos habernos tirado rodando por las escaleras, la verdad, haciendo la croqueta. Cielo santo, no nos podíamos ni mover.

Era nuestra primera salida en Toronto y yo estaba ávida de verlo todo, y de llevarme un montón de recuerdos de allí. No recuerdos materiales, sino de esos otros que guardas en la sesera y que son para siempre, que incluso te hacen revivir más momentos que una foto.

La capital financiera de Canadá (su verdadera capital todos sabemos que es Ottawa) se sitúa en la orilla noroeste del lago de Ontario, que es ciertamente inmenso.

Al contar con más de seis millones de habitantes, se trata de un lugar muy poblado, tanto que es el área urbana que cuenta con mayor densidad de habitantes en todo el país.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué comprarte el ático en una ciudad como Toronto? —le pregunté cuando cogimos el imponente coche que tenía aparcado en el garaje, al lado de otro que también era suyo.

—Porque se trata de una ciudad de las más cosmopolitas del globo, por eso… Y aparte por su modernidad, sin renunciar a sus espacios verdes, y por la cantidad de planes que aquí puedes hacer.

—Quién te ha visto y quién te ve, ranchero —le dije mientras él me besaba y yo… Yo recibía esos besos como un regalo del mismo tamaño que aquel viaje y que aquella ciudad: inmenso.

Como bien me dijo él, y como yo sabía de oídas, Toronto es una capital cosmopolita, una de las que lo es por excelencia, y eso se nota nada más pisar sus concurridas calles, observando la diversidad de sus gentes.

Nuestro recorrido por ella comenzó por un sitio que me fascinó, y que no fue otro que la Casa Loma, una suerte de castillo de esos que parecen haber sido sacados de la mente de un escritor de cuentos de hadas.

Ver esa gigantesca mansión en la ciudad de los rascacielos resulta cuando menos muy curioso. Lo cierto es que cuando estás delante de ese portento arquitectónico sientes que te falta la respiración.

Supongo que, a los europeos, que están más acostumbrados a contemplar ese tipo de edificios, su visión no les producirá el mismo pellizco en el estómago que a mí me produjo el palacete canadiense en cuestión.

—Por lo que cuentan, su dueño era un millonario excéntrico —me explicó Derek.

—¿Un millonario? Anda ya, si esto pensaba que yo que lo habría levantado un obrero, así en plan pico pala, echándole los sabaditos por la mañana.

—Pues va a ser que no, aquí se deslomaron muchos para que él viera cumplido su sueño de contar con una casa inspirada en uno de los mayores iconos ingleses, ¿acaso no te recuerda a un sitio en particular? —me preguntó él.

—Sí, tengo la respuesta en la punta de la lengua —bromeé—. Que no, hombre, que ni idea, suéltalo ya…

—Pues está inspirado en el castillo de Balmoral, en el de Escocia.

—Anda, y yo sin darme cuenta. Es que resulta que no me codeo con Kate Middleton, la futura reina, que yo no soy una millonaria como tú. Yo solo me codeaba con tu Kate, la que se despidió a la francesa —le dije, causando su risa.

—Si, ¿no?

—Sí, sí, y entre tú y yo también te digo que hizo muy bien la muchacha en irse.

—Ven aquí, anda, que te voy a comer enterita.

—¿En el castillo? Mira que vas a escandalizar a la aristocracia, no me digas eso…

—El escándalo eres tú y ese cuerpo que tienes, que vas escandalizando a diestro y siniestro.

—¿Yo sola? A ti te miran que me dan ganas de ir repartiendo tapabocas, o mejor todavía, vendas para los ojos, porque con los tapabocas te van a seguir mirando, por mucho que les arree fuerte.

A mí es que me salían unos instintos que vaya cuando veía con el descaro que algunas le miraban, aunque lo cierto es que he de decir que él no devolvía ninguna de esas libidinosas miradas. Menos mal, porque se hubiera declarado la guerra allí en Toronto, yo eso no lo soporto.

Total, que me estaba dando por pensar que hubiera cambiado de verdad, y eso me hacía sentir muy feliz. Lo digo porque un golfo no puede evitar mirar, porque por mucho que lo pretenda es algo superior a sus fuerzas. Y Derek solo me miraba a mí, a la princesa de ese cuento que nos habíamos montado y que ese día tenía como escenario de fondo aquel precioso castillo en el que no paró de tomarme fotografías.

Capítulo 14



No era plan de ir todo el día con la lengua fuera. Me refiero a que nosotros no necesitábamos realizar ningún *tour* de esos turísticos por Toronto, dado que volveríamos cuantas veces quisiéramos, que ese ático habría que aprovecharlo con escapaditas románticas.

Por esa razón, tras ver el castillo, y unas horas después de desayunar, nos fuimos a almorzar a una terraza fantástica, también perteneciente a otro rascacielos, desde donde la ciudad quedaba a nuestros pies.

Así me sentía yo cuando estaba con Derek, como en un plano superior. Y no lo digo por el tema económico ni porque de pronto me hubiese vuelto una de esas personas presuntuosas que miran al resto por encima del hombro. Lo digo porque con él todo pasaba a una posición superior, con él vivía en las nubes y desde allí observaba el resto del mundo.

Yo el romanticismo lo estaba desarrollando con él a pasos agigantados, pero es que me lo ponía a huevo. No había momento en el día en el que no

tuviese un detalle ni mesa a la que llegáramos a almorzar o cenar en la que no hubiera unas flores dedicadas por su parte, previamente encargadas.

Me estaba enamorando de él de una manera tan loca que me sacaba la más bonita y continua de las sonrisas, de esas sonrisas tontas que no sabes, en principio, a qué obedecen, y que luego te das cuenta de que lo hacen porque llevas el corazón tatuado en el rostro.

Tras el almuerzo, él me sugirió que podíamos ir al *Royal Ontario Museum*, un museo de historia natural que me conquistó desde que entramos hasta que salimos, teniéndome ensimismada durante un buen rato.

—Estás muy callada —observaba Derek porque no estaba acostumbrado a que así fuese.

—Es que me siento entre algodones, todo es muy bonito, pero lo más bonito es vivirlo contigo. ¿Sabes una cosa?

—Dímela, por favor —me pidió mientras me agarraba fuerte por la cintura.

—Durante todos estos años, siempre que estaba en un lugar que me gustaba, no podía evitar acordarme de ti —le confesé.

—¿Eso te pasaba, preciosa?

—Sí, y no te creas que era algo que me gustase, te prometo que me daban ganas de tirarme de los pelos, aunque obviamente no podía evitarlo. Te odiaba, sí, pero a la vez te echaba de menos y esa era una situación que me consumía…

—Tengo mucho por lo que compensarte. No sé si me bastará con una vida para hacerlo, no tengo ni idea, pero si no es así, te buscaré en la siguiente…

—Si hay otra vida, yo también quiero vivirla contigo.

—Y si no, viviremos muchas vidas en esta —me aseguró.

Yo me derretía mientras paseaba con él de la mano. El día nos estaba dando de sí, pero es que, a pesar de que se apreciaban algunos nublados, la temperatura era muy agradable.

De todos modos, al atardecer nos fuimos al ático y él me dio a elegir entre volver a salir a un restaurante selecto y luego dirigirnos a un lugar de copas ambientado o quedarnos allí.

Para ser un primer día, pensé que ya estaba genial.

—Por mí nos quedamos —le sugerí—. Me duelen ya los pies de tanto caminar (a pesar de llevar el coche, pateamos lo nuestro).

—Pues si te duelen los pies, lo primero será hacerte un masaje en ellos —me ofreció.

—Estás hablando con mi contestador automático. Yo ya no estoy aquí, me largo volando a darme una ducha, ¡muero por ese masaje!

Moría por ese masaje y moría de amor… Él se vino detrás de mí y he de confesar que la ducha, a dúo, se prolongó bastante más de lo inicialmente proyectado por mí. Se prolongó hasta que un orgasmo sonoro por mi parte, del que fue el causante la lengua de Derek, debió retumbar en todo el edificio. Hasta el conserje debió oírlo en la planta baja.

Luego salimos a la terraza para que yo recibiera ese masaje en la cama balinesa mientras llegaba la cena hindú que encargamos.

Derek tenía una fuerza en las manos que me hacía suspirar cada vez que comenzaba a darme uno de esos relajantes masajes, la mayoría de los cuales, por no decir todos, solían culminar en uno de esos finales felices que más tienen que ver, en ese caso, con el sexo que con comer perdices.

No había prisa y lo podíamos combinar todo en una preciosa noche en la que las luces iluminaban Toronto, pero en la que, por encima de todas ellas, brillaban los ojos de Derek mientras me miraba.

—Si me sigues masajeando así, no querré moverme de tu lado en la vida —le aseguré.

—Si quieres moverte, entonces es cando acabas conmigo —me contestó con rapidez.

—¿Estás seguro de que no me buscarías una sustituta? Mira que tú eres muy rápido…

—No para todo, ¿no? Dime que no o mi reputación de buen amante quedará por los suelos —me preguntó en tono burlón.

—¿De dónde viene esa reputación? A ver que me entere yo. Mira que me llevan los demonios, ¿eh?

—Que ni el demonio se atreva a rozarte, amor. A ti solo te llevo yo… y al éxtasis.

No se equivocaba. De seguir así, con ese sensual y relajante masaje de pies, me llevaría de nuevo a otro sonoro orgasmo, ¡y con el repartidor por llegar en cualquier momento!

Capítulo 15



Llamé por teléfono a Ylenia cuando me desperté, a la mañana siguiente. Él parecía dormido, hasta que me escuchó hablar…

—Te ríes y eso es porque te está dando bocaditos en el lóbulo de la oreja o algo todavía peor. No necesito saberlo —me decía ella.

—¿Qué dices, niña? —disimulé porque no me acostumbraba a hablar de esas cosas con mi hermana menor, a la que había criado.

—No, si ahora me dirás que te has ido a Toronto de retiro espiritual —le dio a ella la misma risa floja y a mí se me pusieron los vellos de punta.

—¿Y esa risa tuya? ¿Está Hayden en el dormitorio? —le pregunté como si fuese a decirme la verdad, y no cortar la conversación y punto.

—Pues me está yendo genial el reposo, me noto la musculatura mucho mejor, hermanita…

—Hayden, ¿dónde está Hayden? Cuelga y hazme una videollamada, por favor —le pedí ante la risa de Derek.

—No te oigo, te pierdo, Tiffany, te pierdo…

—¿Me pierdes? Ni que estuvieras metida en un botijo, venga, llámame —le pedí mientras ella colgaba.

Derek se moría de la risa…

—¿Y tú de qué te ríes? Es que no sabes lo que es pensar que…

—¿Que ella se lo pasa igual de bien que tú? Eso es una bendición. Porque tú te lo pasas bien, ¿no?

—Bueno, no sé, ya no me acuerdo mucho. Me lo tendrías que recordar y yo ya te voy diciendo, si eso —le dije mientras él se perdía entre las sábanas en dirección al ecuador de mi cuerpo, comenzando a besar mi ombligo y dirigiéndose hacia el sur de este.

Salí a la calle, un buen rato después, con la más radiante de las sonrisas en la cara. Ese día sí que lucía el sol, así que yo llevaba mis gafas, las cuales disimulaban que presentaba unas ligeras ojeras, fruto de lo poco que descansaba cuando mi cuerpo y el suyo se encontraban por la noche en la cama.

—Tengo ojeras y son por tu culpa, por eso las llevo —le comenté cuando me las quitó para mirarme los ojos, porque decía que nada en el mundo le gustaba más que perderse en mi mirada.

—Asumo toda la culpabilidad. Y si son de felicidad, si que no duermas es porque nos amamos a todas las horas, las doy por bien empleadas. Tú eres la más bella del mundo, la más bella…

—Más te vale, porque como yo te pille en un renuncio te lo corto —le amenacé.

—¿El rollo? Puedes estar bien tranquila, en lo último en lo que pienso en el mundo es en ponerte los cuernos —me confesó.

—Genial, porque yo no me refería al rollo, sino al pito —le aclaré.

Él negaba con la cabeza, se reía mucho con todas mis ocurrencias. Nos montamos en el coche y ese día había sorpresa, porque llegamos a una zona de donde salía un ferry en el que muchos turistas se estaban montando, si bien un precioso barco a motor nos esperaba para llevarnos.

—¿Me haces el honor de subir a bordo? —me preguntó y yo, emocionada, afirmé con la cabeza mientras me apresuraba a subir, porque la idea me encantó.

—¿Dónde se supone que vamos? —le pregunté porque no recordaba en absoluto haber navegado con mi padre cuando estuvimos allí, tantos años atrás.

—Vamos a las islas de Toronto, te van a gustar, o eso creo…

—Seguro que sí, porque tú sabes muy bien qué cosas me gustan —le comenté por lo bajini para que no se enterase el hombre que vino a recogernos en el barco.

Había botes también a nuestro alrededor, así como un tipo de medio de transporte que llamó mi atención y que no era otro que el taxi acuático.

Nos estuvimos moviendo por las islas, abrazados y con él explicándome las peculiaridades de cada una de ellas.

—Si te apetece, podríamos visitar la isla central—me ofreció.

A mí me daba lo mismo un tipo de turismo que otro, aunque había de reconocer que ese era muy agradable y más en una época del año en el que las temperaturas todavía invitaban a disfrutar del aire libre.

En efecto, bajamos en la isla central, la que cuenta con mayor atractivo para el visitante.

—¿Un paseo en bicicleta? —me ofreció.

—Me vas a dar en el cantito del gusto, porque me encanta montar en bici, pero ¿los ricos también montáis? —le pregunté burlona.

—No, los ricos hacemos como que pedaleamos, pero lo hace otro por nosotros…

—Ya. Mira, me imagino a ti y a mí en un tándem de esos como los que salen en la peli de Barbie camino de *Barbieland*.

—Yo es que la peli no la he visto —me dijo con retintín.

—Pues yo fui a verla con Ylenia el día del estreno. Mi hermana preparó el *outfit* de las dos, ya te lo puedes imaginar, con nuestros tops y nuestras faldas cortitas en rosa pastel.

—Por el amor del cielo, necesito evidencias gráficas de ese día —me pedía él mientras yo las buscaba y se las enseñaba. Se partió en dos de la risa, y eso que no podíamos ir más monas e ideales ambas. Con Ylenia me lo pasé genial durante el pase.

—Que sepas y entiendas que tú eres mucho más guapa que Barbie —me dijo.

—Ya, y no es pasión de novio ni nada… Bueno, tú también me pareces más guapo que Ken, y mucho más interesante, que a ti no te veo dándote un

bofetón como se dio el actor, lo que me pude reír en esa escena.

—¿Se pegó? Igual fue porque perdió a Barbie, pobrecillo. Si te soy sincero, a mí tampoco me faltaron ganas de pegarme después de comprobar que te había perdido.

—¿Y lo hiciste? —le pregunté extrañada.

—No, comencé a practicar boxeo, que es más práctico —sonrió.

—Ya, tenías ganas de pegarte, pero desbravabas pegándole a otro…

—También yo me llevé lo mío más de una vez, a ver si te crees que cuando boxeas no encajas golpes.

—Ya, debe ser algo similar a la vida; das, te dan…

—¿Defines la vida o una peli porno? —me preguntaba entre risas.

—Venga, busca esa bicicleta que hoy vas a saber lo que es sudar la gota gorda…

—¿Montar? ¿Sudar la gota gorda? ¿Tú en qué estás pensando? —reía divertido.

Las islas de Toronto son mucho más que un parque, constituyen el pulmón de la ciudad y un pintoresco lugar en el que perderse, como pude comprobar ese día. A mí es que me encantaba vivir experiencias nuevas con él.

No fue un tándem lo que pudimos alquilar, pero sí un par de bicicletas con las que más de una vez le reté a seguirme.

La isla central despertó mi expectación, lo confieso, pues hasta un parque de atracciones tenía, así como playas con zonas habilitadas para el baño.

Muchas familias disfrutaban de ella, en la cual había igualmente una zona de barbacoas en las que algunos aprovechaban para llevarse comida que preparar, ahorrándose la cuenta de los restaurantes que también poblaban la isla, pero que sin duda resultarían más caros.

—Tú debes flipar con que la gente haga ese tipo de cosas, ¿no? —me burlaba.

—¿Tú crees que yo he vivido en una burbuja? —me preguntó abrazándome en un ratito que bajamos de las bicis.

—Un poco sí, reconócelo…

—No, nunca he considerado que ser rico sea lo normal… Lo normal es eso, lo normal es tener que controlar los gastos familiares, tener dificultades para llegar a fin de mes… El resto es todo un privilegio, soy consciente.

Pero tú lo dices como si vosotros hubierais vivido en una ciénaga rodeadas de podredumbre, cuando siempre habéis estado rodeadas también de lo mejor —me recordó.

—Ya, si por eso bromeo, porque ahora estoy en la otra parte. Ya sabes que mi padre no nos dejó más que un coche, y encantadas de haber podido evitar que se lo llevaran también, porque no nos quedamos sin bragas de milagro…

—A mí me gusta cuando no llevas bragas —me contestó sugerente.

—No, si suena hasta bien. Lo complicado es vivirlo, Derek, ver cómo te vas quedando sin nada, tener que embalar tus cosas y sacarlas de tu casa… Algunas veces le odio —le confesé respecto a mi padre.

—No puedes vivir con odio en el corazón —me aconsejó él.

—Ya, antes te odiaba a ti y ahora que te quiero…ahora le odio a él. Me da igual que me dejara con lo puesto, te lo prometo, pero no a Ylenia. Mi hermana no se lo merece.

—Ni a tu hermana ni a ti os faltará jamás nada, te lo prometo. No mientras yo pueda evitarlo, el dinero no nos faltará a ninguno. Aparte de que te recuerdo que esa niña se va a convertir en una campeona…

—Pocas veces la he visto tan feliz como cuando le regalaste a Pegaso. Solo por ese gesto debía saber que habías cambiado.

—No es que cambiase, es que el Derek que un día te dejó ir no era yo. Perdóname, preciosa —me pidió.

—No tengo nada que perdonarte, ya pasó. Cuando me di cuenta de que igual podría llegar a pasar por alto lo sucedido, imaginé que, como mínimo, tardaría siglos. Y mira, solo han pasado unos meses y no hay rastro de odio en mi corazón, no hacia ti…

—Ni tampoco debe haberlo para nadie. Todo lo ocurrido nos ha llevado a vivir cuanto vivimos en este momento… En este momento que es el mejor de mi vida, ¿también de la tuya? —me preguntó.

—También de la mía, cariño —le confesé mientras saltaba sobre él, envolviéndole con mis piernas, y tirándole al suelo.

Miré hacia un lado y hacia otro, y vi que no había absolutamente nadie por allí. Me molaba hacerlo con él en sitios así, me daba morbo, y sabía que a él más.

Comencé a moverme para él, intuyendo primero su virilidad y luego notándola a lo grande en esos labios vaginales de los que apenas le separaban unos centímetros de tela.

Derek me desnudó de cintura para abajo, y lo mismo hizo con su propio cuerpo. Sensual, me refregaba mientras él me pellizcaba el trasero en el cual recibí una primera nalgada que me puso en órbita.

Cada vez había mayor complicidad entre nosotros en el sexo, igual que en el resto de los ámbitos. Le volvía loco que contonease mis caderas para él mientras entraba en mí. Todo lo que vivía con Derek en la intimidad era puro fuego y, si encima teníamos, como en esa ocasión, al astro rey sobre nosotros, cierto que sudaríamos la gota gorda.

Nos lo pasamos sensacional, teniendo que escondernos en más de un momento en el que otros turistas, al pasar, amenazaban con hacernos terminar un acto sexual que nos llevó al delirio, pudiendo concluirlo.

Después terminamos el uno al lado de la otra, sonrientes y abrazados. Esos abrazos que me daba a todas las horas valían oro, como todo lo que me regalaba el hombre con el que estaba pasando unos días inolvidables: los primeros que disfrutábamos totalmente a solas, afianzando cada vez más nuestra bonita relación.

De vuelta al ático concluí que habíamos vivido un nuevo día espectacular, como todos los que pasábamos juntos. Yo derrochaba entusiasmo en una noche preciosa, en una más de esas en las que comprobaba que todo lo anterior quedaba ya muy lejos, que nuestro presente era sensacional y que ese futuro que estaba por venir lo sería todavía más.

Un nuevo masaje, esa vez en mi espalda y sobre la enorme cama balinesa de la terraza del ático, nos llevó una vez más a la fusión de esos cuerpos candentes que se producía cuando Derek entraba en mí y yo… Yo me sentía la más lujuriosa de todas las mujeres.

Capítulo 16



El domingo sería nuestro último día en Toronto. El lunes nos iríamos para casa, para el rancho, con la intención de continuar con nuestra vida y con el entrenamiento de Ylenia, quien seguramente ya hubiese descansado lo suficiente para que su musculatura estuviera en forma…

—O no haya descansado, pero sí se haya relajado —me recordaba él.

—Cállate, por lo que más quieras, que me pones enferma cada vez que sugieres una cosa así —le pedía yo.

—Lo que más quiero eres tú, ¿eso te queda claro?

—Pues entonces no me hagas rabiar así, ¿eso te queda claro a ti? —le preguntaba yo porque con el tema de Ylenia y Hayden me chinchaba tela. Si era normal, Ylenia había pasado *De niña a mujer* como cantaría Julio Iglesias, pero es que a mí me costaba hacerme a la idea de ciertas cosas.

El día lucía fabuloso y él tenía una sonrisa en los labios de esas que denotan sorpresa.

—¿Dónde vamos a ir hoy? ¿O es que nos quedamos en el ático? —le pregunté.

—No, el ático siempre estará aquí, pero hay algo que quiero que veas conmigo, hay cosas que deseo que sea conmigo con quien las disfrutes por primera vez.

—¿No me digas? Porque yo te entregué una cosita en su día, pero tú… Tú ya habías dado más vueltas que un volador por las camas de unas y otras —reí.

—Eso es porque te llevo unos añitos, aunque ahora estoy tirando piedras sobre mi propio tejado, espero que no me veas mayor.

—¿Mayor? Tú has madurado como el vino. Verás, cuando recibí tu invitación de boda y no tuve más remedio que aceptarla deseé con todas mis fuerzas que estuvieras feo, barrigón, calvo y desdentado, entre otras cosas…

—Joder, cariño, mejor podrías haberme deseado que me arrollase el tren —se carcajeó.

—Ah, y también te deseaba que estuvieses decrépito, pero luego te vi y supe que iba a ser que no—reí.

—Pues me alegro, porque vaya, los vellitos de punta me has puesto —me enseñó su brazo.

—No, cuando te vi pensé que estabas todavía más guapo que años atrás, y mira que eso era difícil. Como si le hubieras vendido tu alma al diablo o hubieras encontrado la pócima de la eterna juventud.

—Me gusta que me veas así, ven aquí. Yo solo le habría vendido mi alma al diablo para que tú volvieras, ¿sabes? —me comentó mientras me ponía a horcajadas sobre él y tuvimos que parar porque si no, nos quedábamos en casa, y tanto que nos quedábamos.

Salimos al rato y el destino, de momento, era secreto por su parte. Obvio que, por mucho dinero que tuviese, lo que no podría sería ir tapando los carteles de la carretera.

—¡A las Cataratas del Niágara! ¡Vamos a las Cataratas del Niágara! —le chillé yo cuando vi la primera indicación, y me volví loca de alegría.

Él sabía lo mucho que me gustaba el agua, lo mucho que la disfrutábamos en el rancho. Y ver semejante maravilla de la naturaleza, que multiplicaría por mil la que teníamos en nuestros terrenos era un regalo no como cualquier otro, sino mucho mayor aún.

El camino transcurrió de lo más alegre, porque mi entusiasmo crecía conforme nos íbamos acercando a ellas.

—Mis padres me enseñaron a amarlas de niño, era uno de sus destinos preferidos —me comentaba ilusionado, al comprobar mi propia ilusión.

—Es que tú ya estabas predestinado a amar, tenías mucho amor para repartir, a la vista está —le saqué la lengua.

—¿Me vas a considerar un golfo toda la vida? —volteó los ojos.

—¡Pon la vista en la carretera, que soy muy joven para morir! —reí.

—Tú no morirás nunca, preciosa…

—No, claro que no. Eso quisiera yo, ser inmortal y que tú también lo fueses. Te llevarías lo tuyo y lo de tu prima durante siglos —me burlaba.

—Ojalá fuese así, pero lo digo porque la energía no se crea ni se destruye, la energía se transforma. Y tú eres pura energía…

—Energía vas a necesitar tú como no mires hacia delante y te concentres, que te veo particularmente distraído hoy —le decía mientras le sonreía, porque me estaba mirando de un modo que me hacía sentir genial, pese a que me quejase.

Él ya me había advertido que me quedaría boquiabierta cuando llegásemos y yo así lo suponía. Lo cierto es que me puse hasta nerviosa,

porque la naturaleza también me fascinaba y ver un espectáculo natural como aquel y disfrutarlo en la mejor compañía no es algo que suceda todos los días.

—Vas a ver lo que es bueno y, además, desde el lado canadiense, porque hay distintas teorías al respecto —me contaba—. Verás, hay a quienes les gusta más ver las cataratas desde el lado estadounidense, pero para mí no hay color, desde Canadá es sublime, inmejorable, sobrecogedor…

Llegamos y para mi total regocijo, él me tenía preparada, cómo no, otra fantástica sorpresa.

—¿Vamos a subir en ese helicóptero? —le pregunté.

—Así es, preciosa. Sé que no tendrás miedo a hacerlo…

—¿Y eso por qué? —indagué entre intrigada y emocionada.

—Porque tú no le tienes miedo a nada, así que no tendrás inconveniente en que sea yo quien lo pilote —me guiñó el ojo.

Me quedé helada porque no sabía que él supiera pilotar helicópteros. Siempre lograba sorprenderme y, como era habitual, de la forma más modesta posible, porque tampoco le dio la más mínima importancia a eso.

—Aprendí hace unos años y tranquila, que no compré el título, me lo gané —me decía mientras yo inspeccionaba ese curioso aparatejo que nos ofrecería la posibilidad de contemplar las cataratas desde una perspectiva única.

—Ok, ok.

—Venga, monta, no pierdas el tiempo —me pidió.

—Es que todavía no me lo puedo creer. Y menos que vaya a hacerlo contigo…

—Pues mira que ya lo hemos hecho veces, varias al día —se mofó.

—Sabes muy bien a lo que me estoy refiriendo. Lo sabes a la perfección…

Las Cataratas del Niágara son una joya natural enclavada en Canadá que nunca sospeché que vería por primera vez a vista de pájaro y en compañía de mi amado.

Nada más comenzar a sonar el motor del helicóptero, comprendí que estaba ante una de las grandes aventuras de mi vida, y no pude sentirme más dichosa.

Tamaña maravilla, que establece la frontera entre Estados Unidos y Canadá y que, además, sirve también de comunicación entre los Grandes Lagos, nos mostró desde las alturas esa forma de herradura que la caracteriza, al mismo tiempo que su bestial caudal de agua.

Era tanto lo que estábamos disfrutando que podría jurar que, incluso dentro de la cabina del helicóptero, era como si el agua pudiera salpicarnos, mientras Derek me miraba enamorado y yo…

—¡Ahora sí que tienes que mirar hacia delante! ¡Que nos la pegamos! —le chillaba nerviosa, porque estaba tan emocionada ante la magnificencia de la vista de aquel salto natural que hasta los ojos se me empañaban por alguna lagrimita que se empeñaba en salir. Mientras no se le empañaran a él que era quien debía pilotar, todo iría bien.

Por si fuera poco contemplar las famosas cataratas desde el aire, completamos el paseo aéreo ampliando el circuito.

—Ahora volaremos sobre la zona del Niagara on the Lake —me comentó y así lo hicimos, pudiendo observar igualmente desde una privilegiada perspectiva otra de esas zonas imperdibles que nuevamente me dejó ojiplática.

Capítulo 17



A la ciudad en sí acudimos un rato más tarde, ya en coche, cuando la aventura en helicóptero concluyó con un beso de cine a Derek por mi parte, como expresión de lo mucho que había disfrutado de un viaje aéreo de esos que no olvidaría en la vida.

La ciudad se ubica en el sur de Ontario, allí donde el río Niágara desemboca en el lago Ontario. Es conocida por su evidente hermosura y por la mucha historia que esconden sus calles.

—Hay impresionantes bodegas aquí, te llevaré a la de mi amigo Sam —me ofreció porque era hora de probar un buen vino, y después de almorzar, algo que haríamos más tarde de lo habitual, debido también a lo distinto de la mañana, que no podía haber estado más cargadita de emociones.

Sam resultó ser amigo de Derek de toda la vida. Sus padres también lo habían sido, y les visitaron en muchas ocasiones en el rancho cuando ellos eran niños. Por esa razón, mantenían una estrecha amistad.

—Ella es Tiffany, amigo —me presentó con enorme alegría, aunque lo que más me llamó la atención fue la reacción de su amigo.

—¿Tu Tiffany? ¿La Tiffany de la que me has hablado toda la vida? ¿Al final la conseguiste? —le preguntó.

Me enorgulleció mucho su reacción porque eso me daba a entender que Derek no me mentía, que sí que fui importante para él durante aquellos años en los que no estuve en su vida, pero en la que le habló a los suyos de mí.

—Justo ella, ¿puedes creerlo? —me estrechó entre sus brazos.

—Pues no mucho, la verdad. Cielos, si esa historia no parecía tener ningún tipo de solución.

—Todo la tiene excepto la muerte, amigo, todo…

Me ponía mucho la seguridad de Derek, eso de que cada vez que hablase pareciese que sentase cátedra. Me ponía tanto que me cogí feliz a su brazo, presta a recorrer las bodegas mientras su anfitrión, orgulloso, nos enseñaba hasta dónde llegaban.

—Que no te engañen, los mejores vinos de la zona salen de esta bodega —me indicó—, mientras me explicaba que eran ya varias generaciones de

su familia las que se habían dedicado al cultivo de los más selectos caldos, hasta que por fin llegaron a sus manos.

Las bodegas eran realmente magnificas y lo que más me gustó de todo fue cuando, tras darnos a probar el vino más exquisito de la casa, Sam nos invitó a una cata y a un picnic frente al lago, en un escenario realmente idílico.

—¿Vino blanco o tinto para la comida? —me preguntó con la intención de que degustara, de entre ellos, los mejores que pudiera ofrecernos.

—Los que tú nos aconsejes estarán geniales, yo es que me pierdo en esta vista —le comenté mirando al lago mientras Sam se marchaba a dar las pertinentes instrucciones para nuestro almuerzo.

—En ningún momento se me había ocurrido que fuésemos a almorzar en un sitio tan espléndido como este y con tales vistas —le indiqué a Derek, poco después, mientras le besaba porque se había empeñado en hacer mi vida más bonita y colorida cada día, como mostraba el contraste entre el azul de las aguas y el verde de los viñedos bajo aquel fastuoso mirador de madera blanca que nos ponía a salvo de los rigores de los últimos rayos del sol de la temporada estival.

Riquísimas ensaladas, sabrosos sándwiches, postres de esos de vicio y varias copas de vino de las que Derek simplemente probaba por tener que conducir luego, mientras que yo me las terminaba, constituyeron un picnic

que fue uno más de los regalos improvisados de un viaje inolvidable que estaba siendo increíble desde su primer minuto hasta el último.

Finalmente, nos despedimos de Sam y entonces nos marchamos a recorrer durante la tarde la ciudad, esa de la que ya di antes algunas pinceladas y que era verdaderamente pintoresca.

Si algo me llamó la atención de ella fue el mucho esmero que ponían sus habitantes en que sus edificios lucieran impecables, así como el aire romántico que se desprendía de cada uno de sus rincones.

Yo, que me sentía especialmente sensible en aquellos días en los que volvía a comprobar la dulzura del amor, me maravillaba con cada uno de sus detalles, entendiendo que se trataba de un lugar realmente único y con un aire muy distinto al de una gran capital.

Su arquitectura, con edificios de pocas alturas terminados en buhardillas, poco tenía que ver con los rascacielos de Toronto, En aquel lugar, lejos de la capital financiera, la agricultura era la reina, lo que se dejaba ver en la oferta de las tiendas de alimentación y fruterías, en cuyos escaparates te quedabas pegado.

—No en vano, estas gentes se enorgullecen de que lo que producen sus campos es lo más delicioso de toda la península del Niágara. Muchas de las personas que ves proceden de largas sagas de agricultores, algunas de las cuales, como la familia de Sam, han contado con el privilegio de producir la uva de calidad superior que da lugar a los vinos de renombre.

Derek no era un millonario al uso de esos que viven de las rentas y que no aprecian el esfuerzo. Todo lo contrario, le gustaba reconocerlo en las personas y más si eran sus amigos, como Sam, con quien parecía unirle una bonita relación.

Poco a poco, yo iba conociendo a más gente de su entorno, y eso me gustaba. Cuando amas a alguien, también ansias conocer sus orígenes, sus raíces y su entorno, y él me iba introduciendo poco a poco en el suyo.

En una de las tiendas por las que pasamos, encontré una preciosa estatuilla de un potro mamando de una yegua, era de bronce y como digo, me cautivó.

—Qué cosa más bonita, me encantaría llevársela a Ylenia —le comenté.

Antes de que terminase de decírselo, ya estaba en el interior de la tienda y yo tras él. La pidió para regalo y se empeñó en que nos llevásemos alguna otra cosa para el rancho.

—Quiero que lo vayamos poniendo también a tu gusto. Si vas a vivir allí, y deseo más que ninguna otra cosa en el mundo que así sea, lo lógico es que intervengas en la decoración. Es más, ¡ponlo todo como te dé la gana!

Recordé que, al llegar al rancho meses atrás, me resultó llamativo que Kate no hubiese cambiado nada. A mí sí que me apetecía poner mi granito de arena. Entonces me fijé en un precioso lienzo, no demasiado grande,

pero firmado por un pintor que resultó ser el hijo del dueño de la tienda. Las Cataratas del Niágara estaban plasmadas en él que parecían salpicar, y no dudé en que era digno de estar en nuestro rancho, como un recuerdo más de aquel improvisado y maravilloso viaje.

—Mi hijo ama las Cataratas del Niágara como a su propia vida. Ha crecido con ellas y las plasma de muy diversas maneras en sus lienzos, todas ellas desde distintos prismas, pero todas sublimes, aunque igual piensan que es pasión de padre —nos comentó el hombre.

—No lo es, pero si lo fuera, para eso es su hijo, ¡qué leñe!

Una vez más pude intuir que Derek sería un gran padre, ya que parecía que todo lo que tuviese que ver con serlo le emocionaba. Y a mí eso me ponía muy contenta.

—A Ylenia le va a encantar la figura, muchas gracias —di un saltito y le besé en la mejilla, mientras él la portaba en un brazo y debajo del otro llevaba envuelto el lienzo.

—Es una figura preciosa, me recuerda a Nevado y a su madre —hizo alusión al potrillo y a su fallecida madre, y le noté ponerse triste.

Derek era un hombre sensible que, por lo que yo iba viendo, sabía amar tanto a las personas como a los animales, y eso era algo que también me llenaba mucho de él.

Por fin nos fuimos al coche tras un día plagado de emociones y nos dirigimos al ático de Toronto.

—Te llevo un regalo muy bonito, feíta —le dije a mi hermana entre bromas, porque para mí no la había más bonita.

—El mejor es que vuelvas —me dijo con zalamería.

—Buen intento, pero no cuela, seguro que has estado mucho más a gusto sin mí.

—¿Sin un agente insigne del FBI merodeando por la casa? Qué va, qué va…

—¿Así me ves? Me encanta protegerte, ya lo sabes…

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Y pese a todo, sí, te he echado de menos.

—Ya mañana llegamos al rancho. Ten en cuenta que pasado comenzamos a entrenar.

—Ya, y ahí me las darás todas juntas, lo veo venir. Mejor cállate…

—Si a ti te gusta que te dé caña, petardita mía, no te quejes…

—Pues también es verdad. Y otra cosa, también me gusta que me cuides, mi agente del FBI.

—Agente del FBI te voy a dar yo a ti. Te quiero, mi niña.

—Te quiero, Tiffany, ¿sabes? Nunca te lo he dicho, pero eres medio hermana y medio madre para mí.

Yo así lo había sentido desde el día que vino al mundo, aunque no lo verbalizase. Pero escucharlo de sus labios me emocionó muchísimo, me encantó, me dejó con una sonrisa que no se me borraba cuando colgué la llamada, que había realizado desde el coche.

—Se te cae la baba con ella, no hace falta que lo digas.

—Es que veo que está madurando, desde que está en el rancho está madurando. Y me ha dicho algo que me ha llegado al alma, me ha dicho que no solo me considera una hermana, sino también una madre.

—Eso es muy grande, y lo has conseguido tú, pequeña…

—Tampoco soy pequeña, aunque no sea tan grande como tú —resoplé y mi flequillo saltó por los aires.

—Por dentro eres mucho más grande. De hecho, por dentro eres el ser humano más grande que conozco —me indicó.

—No, si entre todos os habéis empeñado en que hoy me salga la lagrimita. Ya lo verás…

Nuestra última noche en el ático y volvíamos al rancho. La aprovechamos en la terraza, donde ambos preparamos la cena y luego nos tumbamos en la cama balinesa mientras él me hacía cosquillas y yo le daba coces, porque me ponía tan nerviosa que actuaba como una mula. Pero como a él le gustaban todos los animales, pues eso… que suponía que también mis coces le gustarían.

Capítulo 18



De vuelta a casa y salí corriendo para ver a mi hermana. Yo gritaba su nombre mientras avanzaba hacia el interior cuando escuché un llanto procedente de la cocina; era de ella.

Molly la consolaba mientras le daba a beber algún tipo de infusión relajante, aunque Ylenia no podía parar de llorar. Hayden, con cara de muerto viviente, nos miró.

—Lo siento mucho, no ha querido que os llamase porque decía que os mataríais corriendo por la carretera —se excusó.

—Y porque al fin y al cabo no ha sucedido nada. Todo ha quedado en un susto, pero qué susto —sollozaba ella mientras venía hacia mí.

Nunca le había visto los ojos tan rojos a Ylenia. Debía llevar horas llorando y no pude reprimir tampoco el llanto al verla así.

—¿Qué ha pasado, Hayden? —le preguntó con voz grave Derek, entendiendo que no debía ser ninguna broma.

—Ella… Verás, sé que yo no debía, pero estaba en su dormitorio, me he quedado en él estas noches —nos confirmó lo que era un secreto a voces…

—No os enfadéis, ¿vale? —nos pidió Ylenia sin poder dejar de llorar, partiéndome el alma.

—Eso era de suponer, mi niña, pero ¿qué más ha ocurrido?

—Es que yo me levanté. Me levanté a tomar un vaso de agua y entonces…—no pudo proseguir, el llanto se apoderó de ella.

—¿Qué pasó entonces, mi vida? Tienes que contármelo —le pedí.

—Alguien ha entrado en la casa esta noche. Ylenia se levantó justo antes del amanecer y la asaltó en la oscuridad. Suerte que Kevin llegaba muy temprano porque hay una vaca que dejó anoche a punto de parir y se fue muy tarde… tan solo ha descansado unas horas y ha vuelto, encontrándose el percal.

—¿Dónde está Kevin? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Está con la vaca, que acaba de parir. Suerte que llegó y escuchó los gritos de Ylenia. Yo nunca me lo voy a perdonar, porque anoche bebimos un

poco y cuando bebo duermo demasiado profundo, lo siento, no oí nada, no oí nada —nos pidió perdón Hayden sin poder reprimir las lágrimas.

—¿Qué te han hecho? ¿Qué te han hecho? —le preguntaba yo.

—Yo solo vi una sombra en la oscuridad y sentí un golpe, me quedé inconsciente —me contaba Ylenia sollozando—. Lo siguiente que recuerdo era que Kevin me despertaba. Él entró veloz por una de las ventanas, la cual partió, e intentó agarrar a ese animal, quien salió volando por la misma ventana. Si no llega a ser por Kevin no sé lo que me hubiera hecho, él mismo me lo contó todo, porque yo es que tras el golpe no recuerdo nada.

Me sentí morir. La primera vez que la dejaba sola y habían estado a punto de hacerle… ¿y si se lo habían hecho? Mis temores iban en aumento en cuestión de minutos. Yo me encontraba cada vez peor, con taquicardias y sudores fríos.

—Tenemos que llevarla a un médico, Derek, ha estado inconsciente —le pedí y él entendió la gravedad del asunto lo mismo que yo.

—Por supuesto. Y nos llevaremos a Kevin con nosotros…

—Está con la vaca y el ternero, pero voy a llamarle —nos comentó Hayden.

Kevin no tardó en llegar con él. Traía sangre en los brazos, si bien no se trataba de sangre humana, sino la del parto que acababa de atender.

—Derek, hice todo lo que pude, pero el tipo se escapó. El maldito salió corriendo y yo preferí quedarme con Ylenia, quien yacía inconsciente. Acababa de escuchar sus gritos, pero ya en ese momento no podía pronunciar palabra y tenía los ojos cerrados, él la había golpeado al gritar…

—Hiciste muy bien, gracias por socorrerla.

—Quise llevarla al hospital, pero es testaruda. Aparte, la vaca no podía aguantar más, tenía un lío de mil demonios y ella solo quería esperaros a vosotros.

—No tienes que disculparte más, ¿podrás ayudar a la policía a hacer un retrato robot de ese tío?

—Apenas pude verle en la oscuridad. Estatura media, pelo oscuro en el cogote, no le vi la cara. Ojalá pudiese ayudar más.

Separé a Derek del resto y en ese momento le consulté una duda que también pasó por su cabeza.

—¿David? ¿Puede haber sido él? Está libre a la espera de juicio y prometió venganza. Fuiste tú quien le dejaste en evidencia y quien propiciaste su detención, y él puede haber venido al rancho. Incluso puede que estuviera al tanto de que no estábamos aquí y quiso atacar a Ylenia, a quien también considera culpable de la actitud de Ava, porque piensa que ha hablado en contra de sus intereses.

—Ese maldito puede que sea el candidato perfecto para haber perpetrado esta fechoría. Joder, si no llega a ser por Kevin —le miró—. Estoy en deuda con este hombre…

Kevin me miró desde el otro lado de la cocina. Yo, que ya sentía cierta lástima por ver las ganas con las que se había quedado de mí, también estaba en deuda con él, y más que nadie.

De todos modos, y aunque parecía haber llegado a tiempo para evitar males mayores, no me quedaría en absoluto tranquila hasta que a Ylenia no la viera un médico, de modo que nos trasladamos a la clínica privada en la que siempre atendían a Derek, y en la que nos dieron un trato de preferencia.

Por el camino, Ylenia no podía parar de llorar mientras Hayden, que se sentía extremadamente culpable, la abrazaba. Yo me ponía en los zapatos del chaval y suponía lo mal que lo estaba pasando, de modo que le compadecía.

Lo último que hubiese querido en el mundo era estar en su pellejo. Llegamos a la clínica y me permitieron entrar con ella a la hora de la exploración, cosa que agradecí al cielo.

—No hay ningún síntoma de agresión sexual. Por suerte, quien quiera que detuviera el ataque, llegó a tiempo —me confirmó la médica, satisfecha. Si ella lo estaba, no digamos ya cómo estaba yo.

Lo primero que hice fue abrazar a mi niña, quien tampoco pudo ver al agresor y prácticamente no recordaba nada. Después, salí y abracé a Derek.

—Todo ha quedado en un susto, mi amor. Por suerte no la han agredido sexualmente, si llegan a hacerlo… Si llegan a hacerle algo malo, si llegan a abusar de ella… Yo me muero.

—Eso no ha pasado, cariño, y te prometo que no pasará…

—No puedes saberlo. Sé que pones todo su esfuerzo en protegernos, Derek, pero no eres Dios, solo eres un hombre y ha estado a punto de suceder una desgracia.

—No puedo tener ojos en todas partes, pero sí puedo ponerlos…

—No te entiendo.

—Voy a poner tanta seguridad en el rancho que parecerá la Casa Blanca, te lo prometo.

—¿Y David? ¿Qué vamos a hacer con él?

—Tengo contactos en la policía, déjalo de mi mano.

Capítulo 19



Un rato después, Derek nos dejó en el rancho con Hayden, mientras que él se marchó con Kevin a comisaría.

A veces las cosas no son justas, porque yo sabía que Kevin no se sentía demasiado a gusto con Derek, y fue a él a quien le tocó acompañarle y pasar varias horas juntos.

Ylenia se iba calmando poco a poco… El no recordar la ayudaba, pero el susto lo tenía grande en el cuerpo, aparte del gran chichón en la cabeza, por el golpe, por la caída, al saber… Tampoco teníamos una clara reconstrucción de los hechos.

Si David había hecho eso, y yo tenía la corazonada de que así era, es que no solo era un degenerado, sino un depravado y un loco más que peligroso que ya era la segunda vez que atentaba contra una de las personas a las que yo más quería.

El problema, como todo en la vida, sería probarlo, porque la primera vez actuó ebrio y en un lugar público, pero en aquella ocasión lo hizo en la intimidad del rancho con nocturnidad y alevosía, el muy criminal.

—Ahora lo más importante es que te pongas bien —le decía yo a Ylenia, pensando en que mi hermana había sido víctima de una agresión y que me moría solo de pensar que le pasara factura a nivel mental, que la dejara tocada del ala.

—No, no, yo mañana tengo que volver a entrenar. Si David ha hecho esto, a sabiendas de que lo que más me gusta en el mundo es subirme en un caballo, no se saldrá con la suya, no acabará con nosotras.

—Ya, pero lo más importante ahora es que te pongas bien, cariño.

—Y me pondré bien en cuanto compruebe que no se ha salido con la suya.

Recordé a Ylenia de bebé. Ella no era la típica criatura que cuando comenzaba a andar se asustaba al caerse. Por el contrario, cada vez que daba con sus posaderas en el suelo, se levantaba de golpe y comenzaba a caminar de nuevo, riéndose y dando palmitas.

Hay gestos que nos definen en la vida, y ese siempre fue uno de los que definió a mi hermana; su capacidad para sobreponerse a las desgracias. Es más, ella llegó al mundo envuelta en una de esas desgracias; la muerte de nuestra madre y, aun así, creció sana, fuerte y feliz.

Ningún desgraciado nos arrebataría la posibilidad de que ella se convirtiera en la campeona que iba a ser. Lo de David estaba comenzando a preocuparme mucho, porque yo no tenía duda de que el asalto había corrido de su maldita mano. Odiaba a ese tipejo con todo mi corazón, porque a cualquiera que quisiera hacerles daño a los míos, de buena gana lo aniquilaría, pisándolo como si fuera un vil gusano.

Derek llegó con Kevin horas después. El gesto de ambos hombres denotaba el mismo abatimiento y lo que era peor, la total frustración.

—De momento no han podido localizarle. No hay nada que pruebe que ha estado aquí esta noche. Es normal, no va a ser tan tonto de ir dejando pistas por el camino, pero ya le detendrán. La policía no es tonta, sabrán sacarle una confesión. David no es más que un niñato y cederá a la presión. Estaremos mucho más tranquilos cuando se encuentre entre rejas, pero mientras te garantizo que ni tu hermana ni tú estaréis en peligro —insistió en la idea.

—Tampoco quiero que lo estés tú —le abracé—. Porque se me está ocurriendo otra idea, ¿y si ha sido John? También lo dejaste sin trabajo. Sin pretenderlo, te has creado dos enemigos. Yo no había caído en eso hasta ahora, pero puede que estemos pensando en David y sea inocente, lo sea en esta ocasión.

—También lo he tenido en cuenta y hemos estado en ello.

—¿Ya lo habías pensado?

—Sí, desde el primer momento, pero no quería alarmarte más. El caso es que John no puede haber sido porque tiene una coartada; está a miles de kilómetros de aquí, es imposible.

—Vaya, pues entonces solo nos queda David, ¿o acaso tienes más enemigos?

—Que yo sepa no, cariño, que yo sepa no…

—Vale, perdona si te parezco un poco paranoica, y es que en realidad lo estoy, lo siento.

—No pasa nada, es normal que estés en todo. Tu hermana ha podido resultar dañada y vuestra seguridad es ahora de vital importancia para mí.

Me fui para el dormitorio de Ylenia, donde estaba en compañía de Hayden. Derek venía conmigo y le preguntó qué tal estaba.

—Mucho mejor, siento haberos alarmado de ese modo. Convence tú a mi hermana de que mañana tengo que comenzar a entrenar. No falta tanto para la siguiente prueba y Pegaso ha de puntuar, y yo de montarle…

—¿A quién habrá salido tan testaruda esta niña? —le preguntaba yo.

—Eso digo yo, a quién habrá salido —reía él—. Sinceramente, yo creo que deberías esperar un poco más, Ylenia —opinó.

—Hayden, te digo yo que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, Pero que mañana entreno, entreno —insistía ella.

Capítulo 20



A la mañana siguiente, ya estaba subida en el caballo…

Tras el susto inicial, Ylenia se encontraba mucho mejor, la que estaba mal era yo.

—Hermanita, vamos a dejarlo por hoy —le dije un par de horas después de que comenzase el entreno.

—¿Cómo? De eso nada. Tú me quieres dar coba y va a ser que no. Yo no sé quién me asaltaría ayer, lo que sí sé es que no va a condicionar mi vida ni hoy ni mañana.

Lo de Ylenia era de traca porque mi hermana contaba con una fortaleza inusitada. Yo la admiraba mucho, y hasta cierto punto me sentía muy orgullosa de haber contribuido a que se convirtiese en la personita en la que se convirtió.

Siguió entrenando duro toda la mañana, así como la tarde, y el siguiente día, y el otro…

La semana fue trascurriendo en la nueva normalidad, que consistía en que la seguridad privada estaba presente en la casa.

No puedo decir que fuera demasiado incómoda, ya que Derek había dado órdenes a aquellas personas a las que contrató para que interfieran lo menos posible en nuestra vida, pero aun así nos teníamos que hacernos a la nueva situación.

Yo no podría decir si era por eso o si era por el asalto en sí, pero no me reponía. Por las noches, me acostaba pensando en que algo malo le pudiera suceder a mi hermana y de madrugada me despertaba con pesadillas que me envolvían en sudores fríos, mientras mi amor me abrazaba.

El viernes llegaron Ava y Martín, y lo hicieron por sorpresa. Por sorpresa para el resto, ya que Derek los había llamado.

Cuando mi hermana y Hayden los vieron, se mostraron encantados, lo mismo que yo, que le miré con inmenso amor.

—Nunca para tu cabecita, ¿eh? Parece que estás metido ahí en los negocios y no… Al final resulta que estás en todo. Te amo mucho, ¿lo sabes?

—Y yo te amo infinito, pero además es que vivo para cumplir mi promesa de que seas feliz. Y te prometo que va a ser así —me decía mientras me cogía en volandas.

Ava y Martín estaban al tanto de lo que le sucedió a mi hermana, y también se sentían un poco culpables por haber llevado a David a nuestras vidas. En particular ella, que fue su novia.

—Es verdad que nunca pareció tener la cabeza demasiado encima de los hombros, más bien la tenía a pájaros, pero llegar tan lejos por venganza…

—No han podido detenerle, no todavía. Está en paradero desconocido —le comentó Derek.

—Entre los amigos tampoco se sabe nada. Nadie le ha vuelto a ver. Obviamente, tras cometer esa barbaridad, habrá picado billete, al saber dónde —opinaba ella.

—Tú que le conoces, cualquier idea puede ser buena, cualquier pista, por poco importante que pueda parecerte —le pedía yo quien rezaba por ver a ese niñato encarcelado y a los míos a salvo.

—Sabes que sí, que me estrujaré la sesera, y que indagaré por allí y por allá. Os adoro y me siento mal por lo sucedido…

—Tú no tienes que sentirte mal porque no has hecho absolutamente nada malo, mi niña, ¿me oyes? —la cogí por el mentón y se lo aclaré. Me daba

mucha pena de que se hubiera creado ese ambiente tan penoso cuando lo cierto es que solía ser estupendo cuando nos reuníamos.

—Bueno, ya está bien, que aquí no se ha muerto nadie. Martín, ¿esta noche no nos darás unas clases de tango o algo? —le preguntaba mi hermana al argentino, quien también estaba algo más callado de lo habitual.

—Pues sí que tienes razón, aunque en realidad había pensado en que esta noche es Derek quien nos las podía dar de salsa. Para ser un viejo, se mueve que te cagas y encima es que todas las minas le miran al hacerlo…

—¿Un viejo? ¿Ha dicho un viejo, Tiffany? ¿Me ha visto pinta este boludo —le emuló en lo de «boludo» — de llevar un bastón? Porque si fuera así le arrearía con él.

—¿Dije viejo? Bueno, también se lo digo a mi padre y es una manera cariñosa de hablar, pelotudo, no me lo tomes a mal —le pedía él mientras Derek se ponía de pie y con su imponente aspecto le hacía correr.

—Menudo viejo, anda que no está bueno ni nada —escuché que le decía Ava a mi hermana.

—Ya te digo. Con razón ella nunca lo ha olvidado, le gusta desde niña —le decía la otra entre confidencias.

Sí que me gustaba, y sí que era una niña cuando le conocí y comencé a amarle. Con él había formado ya una familia, y con él suspiraba por

ampliarla, en el futuro, con hijos.

Sin embargo, sentía como si todos mis planes hubiesen quedado en suspenso mientras que David siguiera suelto por ahí. Y eso que también había sueltos por el rancho una serie de mastodontes capaces de reducirle a carne picada si volvía a asomar el hocico por allí.

Finalmente, Derek pilló a Martín y ambos se hartaron de reír, entre bromas de manos de esas que me sacaron la risa. Una risa que yo necesitaba más que nunca y que sonó con fuerza en el jardín unida a la de las chicas, pues formábamos un excelente equipo.

Después estuvimos bailando, riendo, bebiendo… Una noche distinta en la que dejar atrás lo pasado, en la que no pensar en desgracia alguna, y en la que disfrutar de lo mucho y de lo bueno que teníamos.

Lo importante era que Ylenia se había recuperado a la perfección y que ese desgraciado, salvo darnos el susto de nuestras vidas, no le hizo nada malo. Ya caería porque la maldad siempre cae y la bondad triunfa, de modo que yo deseaba pensar así.

Derek estaba tan pendiente de mí y yo le notaba tan cambiado… Las cosas nos comenzaban a ir verdaderamente bien y nadie tenía derecho a hacer que se torcieran, porque a nadie se lo permitiríamos.

Capítulo 21



Un par de fines de semana después Ylenia volvía a competir.

Yo había mejorado algo con la ayuda de Derek, pero no estaba para tirar cohetes. De ánimo me sentía mal y el miedo no desaparecía, mientras que la angustia se apoderaba de mí al llegar la noche.

A mi hermana, en cualquier caso, la entrenaba como si nada, porque cada vez estaba más ilusionada con su participación en el famoso Derby de Kentucky, uno que parecía vetado a las mujeres, pues muy pocas habían participado en él a lo largo de su historia.

Ylenia podría hacerlo porque cuando mi hermana se empecinaba en algo era la mejor, de eso no tenía yo duda alguna. Tris también merodeaba por allí, porque ella competía en la misma categoría, aunque con miras distintas, ya que sus trayectorias iban por derroteros diversos.

Ese día nos sorprendió, todo hay que decirlo. Corrió el rumor de que la policía estaba buscando a David por algo relacionado con mi hermana y ella llegó a hablar con nosotros antes de la carrera.

—Vengo ahora porque igual Ylenia me gana y luego estaré de peor leche, últimamente está que se sale. Veréis, no nos caemos bien, eso es un hecho, pero tampoco soporto que un tío le haga daño a una mujer y quede impune. A mí me llamó borracho, hace un par de noches, igual todavía sigue en el mismo sitio. A través de mi teléfono, quizás puedan registrar la llamada y llegar hasta él —me comentó.

Hay gente que tiene el poder de sorprenderte y Tris lo hizo ese día, pero también es que, como ella bien decía, determinados comportamientos no pueden quedar sin castigo.

Iba a ser verdad que yo debía ir recuperando la fe en el ser humano, porque aquella chica acababa también de darme una bonita sorpresa que no esperaba para nada.

—Ylenia, mira lo que dice Tris —la llamé antes de que ambas se fueran para sus caballos.

—Si es algo para tocarme las narices me lo puede ahorrar, ¿eh? Yo no tengo ganas de gaitas y menos antes de competir, que le gusta mucho jugar a dar golpes bajos.

—Esta vez no, ven…

—Lo que no quiere decir que no esté segura de que te vaya a ganar —la picó la otra, que no lo estaba, pero que se lo decía porque como bien comentó mi hermana, le gustaba buscarle las vueltas a todo.

—Ya, claro, en eso estaba pensando ella, en dejar que le ganases —se acercó también Ava, quien le tenía un asco de muerte.

—Chicas, chicas, que Tris ha venido a ayudar en esta ocasión —les aclaré.

—¿Tú qué le has echado en la copa? —le preguntó Ava a Derek, quien se acercaba en ese momento.

—Que yo sepa nada raro, ¿por?

—Porque está alucinando, está alucinando mucho —le comentó ella.

—En serio, chicas, Tris tiene una pista sobre David y ha venido a ofrecérnosla —les pedí calma.

—¿Una pista falsa? Porque eso ya me resultaría más creíble —añadió Ava, que no confiaba en absoluto en ella.

—Mira Ava, puede que en su momento te quitase el novio…

—Y tremendo favor que me hiciste, más todavía a la vista de los acontecimientos —la interrumpió ella.

—Pues también tienes razón. Y puede también que no nos podamos ver, pero yo no puedo dejar que lo que le hicieron a Ylenia quede impune, no se lo merece, igual que no nos lo mereceríamos tú o yo, ¿vale?

Ava se quedó sin apenas reacción, porque eso no lo esperaba.

—Vale, vale. Mira, es lo primero coherente que te escucho decir en la vida. Gracias en nombre de mi amiga. Obvio que tú y yo no nos iremos de marcha juntas, pero al menos sí que veo que no eres un gusano rastrero y miserable que se junta con otros de su especie.

—Ok, si esa es tu manera de disculparte, lo acepto. Y ahora me voy, que tengo que darle una lección de cómo se monta a tu amiga.

Ylenia fue quien no despegó sus labios, tremendamente sorprendida también. La otra era chulilla, aunque por lo que me confesó a mí sobre que mi hermana estaba que se salía no era más que una coraza. Según decían, con todo aquello estaba recibiendo una cura de humildad, lo escuché más tarde, y hasta que parecía cuajar con su nuevo entrenador. Todo un logro por su parte.

—Ahora disfruta de la carrera y luego ya haremos lo que tengamos que hacer, ¿estás contenta? —me preguntó Derek mientras depositaba un beso en mis labios.

—Estoy muy contenta, cariño, de veras que lo estoy. Parece que todo se va a ir solucionando y yo sé que Ylenia hoy…

—Ylenia hoy va a ganar, ¿y sabes lo mejor? El público lo sabe y está con ella. Míralo, dime que no se huele en el ambiente.

Derek era un verdadero encanto y siempre sabía cómo animarme. Por si acaso, y por lo sucedido en aquella otra carrera, yo no podía dejar de mirar hacia todos los lados, por si aparecía David. No podía olvidarme de ambos ataques, tampoco del que pudo costarle la vida a Derek a manos de ese insensato borracho, con la brillante hoja de la navaja afilada que se me había metido en la cabeza.

Ese pensamiento provocó que no pudiese disfrutar del todo de una carrera en la que mi hermana se alzó con la victoria, una vez más. En esa categoría en la que ya estaban, Tris destacaba menos y, como ya he dicho, el hecho de que tuviera otras ideas en mente como amazona igual influyera en que no fuera una digna rival para ella.

Sus caminos parecían separarse, pero el cable ya se lo había echado. Mientras todos ellos corrían a felicitar a Ylenia cuando por fin se bajó del caballo como la flamante campeona en la que se estaba convirtiendo, yo solo pensaba en Tris, en su teléfono, en la policía y en esa llamada que podía ser determinante para que a ese maleante le detuvieran.

Capítulo 22



Nos llevamos el teléfono con nosotros, mientras que Derek le dio dinero a Tris para que se comprara el último modelo del mercado.

—Pues sí que he salido ganando, parece que las buenas acciones se premian —nos decía ella contando billetes, contenta.

—Sí, pero como tú no habías hecho ninguna hasta hoy, descubrimiento al canto por tu parte —le decía Ava, que se la tenía jurada y que recelaba de ella, pese a todo.

Yo no la juzgaba porque sé lo que es recelar de alguien durante años sin poder evitarlo. También soy consciente de que nunca verás con buenos ojos a alguien que te robase a tu primer novio, por mucho que ni sea tal robo (que ellos eligen irse libremente) ni el tal novio fuera más que una joyita de esas que es mejor tirar en la gran puñeta.

La policía hizo rápido su trabajo, si bien todavía no terminaron de analizar su llamada cuando sonó la flauta.

Sí, las cosas son así, puede que a veces no suene en meses o años, incluso que ciertos casos queden inconclusos, y puede que en horas todo se alíe para que suene y a lo grande, como estaba sucediendo ese día.

—Está en Cleveland, le han detenido allí por el asalto a una anciana —nos comentaron a Derek y a mí los agentes que llevaban el caso en el momento en el que vinieron al rancho a darnos la noticia.

—¿A una anciana también? Pues sí que es completo el tío, menudo sinvergüenza —me indigné yo porque era lo que me faltaba por escuchar, que también quisiera abusar de una anciana.

—Sí, ha podido partirle la cadera al robarle el bolso.

—¿El bolso? ¿Eso es lo que pretendía de ella? —les pregunté extrañada, aunque más extrañados me respondieron ellos.

—Sí, claro, ¿qué es lo que pensaba usted?

—Nada, nada, y no me miren así que yo no tengo la mente sucia, son las suyas, ¿por quién me toman?

Derek tuvo que aguantar la risa mientras yo me apartaba un poco, porque la cara se me había teñido de rojo como si me hubiese tomado un par de botellitas de vino de las de su amigo Sam, cosa que no era el caso, pero que no descartaba hacer más tarde, gracias a la detención de ese malnacido.

Nos quedaba esperar a que las autoridades judiciales actuasen, y fue horas después cuando vinieron a vernos de nuevo.

Por una parte, me puse un poco triste, aunque por otra, entendí que lo importante en la vida son los resultados, y daba lo mismo por lo que David fuese a la cárcel, lo importante era que le privasen de una libertad que un tipo así no merecía.

—De momento ha sido imposible comprobar que estuvo aquí esa noche, aunque seguiremos en ello. Por lo demás, se le ha relacionado con unos cuantos asaltos más ocurridos en Cleveland en estos días a otras ancianas.

—Pues sí que es valiente el tío —negaba yo con la cabeza porque no se podía ser más gusano.

—Sí, es un caso digno de estudio, pero él mismo podrá reflexionar durante una serie de añitos en una celda, no se preocupe —me decían los agentes.

Al parecer, David, tras terminar también con Tris y ver imposible volver con Ava, no solo se había refugiado en la bebida, sino también en las

drogas. Y claro, hay vicios que son muy caros, y el de las drogas es uno de ellos, obviamente.

Cuando nos quedamos a solas, Derek supo que aquello me ayudaría, y mucho, a superar el trauma que sufrí cuando asaltaron a mi hermana.

—Celebraremos una bonita fiesta para dar por concluido este tema, ¿te parece? Quiero ver cómo te arreglas y apareces como la mujer más bonita de todo Ohio.

—Claro que sí, y eso tirando por la parte más corta…

—Te lo digo muy en serio, cariño, quiero celebrar esa fiesta. Conozco a la perfección lo mal que lo has pasado y quiero dejar todo ese malestar en el pasado, ¿estamos de acuerdo? Y si no lo estamos me da igual, ¡así haremos público nuestro amor!

—Pero si ya lo sabe todo el mundo, cariño.

—¿Y qué? Yo quiero proclamarlo, con brindis y demás. Deseo que el rancho luzca no solo como el más esplendoroso, sino también como el más alegre de Ohio.

—Pero es que yo estoy a tope con Ylenia, no sé cómo podría ocuparme de la preparación de una gran fiesta. Amor, de veras que no es necesario…

—Y de veras te digo yo que sí lo es, y también que no tendrás que preocuparte de nada, yo me encargo de todo.

No había manera de llevarle la contraria. Cuando a Derek Miller se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. O el destino se lo terminaba poniendo por delante, como había sido mi caso, para que lo lograra.

Él se definía como un tipo con suerte, con tremenda suerte desde que me tenía a su lado. Y quizás tuviera razón en que la suerte llamara a la suerte y que las cosas buenas había que celebrarlas.

Además, muchos de sus amigos estaban en el mundo de la hípica e Ylenia ya comenzaba a despuntar, de modo que sería genial darla todavía más a conocer.

Total, yo ya podía respirar tranquila y, por el amor del cielo, comenzar a dormir como Dios manda, ya que las ojeras se habían instalado en mi rostro desde aquella noche que a mi hermana pudo sucederle lo peor.

Era hora de reconocer que, pese a todo, nosotras también éramos chicas con suerte. Era hora de darle un giro de tuerca a nuestras vidas, y así sería. Con todo y con eso, nos quedaba mucho por entrenar y mucho esfuerzo por desarrollar antes de verla convertida en mi campeona, si bien todo llegaría, porque todo termina por llegar y ella se lo merecía más que nadie.

Capítulo 23



Las siguientes semanas fueron de locura total en la casa.

—Derek, ¿se puede saber qué clase de fiesta es la que estás montando? —le preguntaba yo porque cada vez que volvía de entrenar de la pista con Ylenia me encontraba a nuevos obreros.

—Hay que levantar una gran carpa. Ya estamos en otoño e imagínate que le da por llover ese día. Todo se desluciría, ¿no lo has pensado?

—Yo no he pensado mucho, pero tú pareces haberlo pensado todo.

La noche anterior a la gran fiesta llegaron a la casa Ava y Martín.

—¡La concha de tu madre, pelotudo! ¿Qué clase de fiesta montarás mañana? Esto es pura ostentación, vos estás fardando de plata —le decía Martín y él se partía.

—Yo solo quiero fardar de novia, lo de la plata me la trae al pairo —le decía él.

—Pues si te la trae así, me la puedes dar a mí, que yo no tendré ningún inconveniente en guardártela —le decía Martín entre risas.

Quien también estaba de mucho mejor humor era Hayden. Desde la detención de David le veía de nuevo relajado, porque él también las pasó canutas con todo lo sucedido.

Cuando quieres a alguien, y no puedes evitarle un mal, el sentimiento de culpabilidad cae sobre ti como una losa, y eso lo ocurrió a él tras el ataque sufrido por Ylenia. Yo lo podía entender muy bien porque también me había culpado por mi viaje a Toronto, dejándola sola en la casa. «Sola», manda narices las malas pasadas que puede jugarte la cabeza cuando la culpa aparece, porque yo a mi hermana la dejé muy bien acompañada.

Molly sirvió la cena en el salón en una noche en la que la llovizna amenazó con llegar.

—Te lo dije, cariño, aunque a mí me da igual. Si mañana caen chuzos de punta, si llueve a mares, nosotros celebraremos la fiesta igualmente porque para eso estará todo dispuesto —me recordó Derek.

—En este rancho está todo dispuesto mañana hasta para recibir una amenaza nuclear, boludo. Jamás vi mayor dispendio en mi vida, ¿qué es lo que celebramos? —le preguntaba Martín.

—Chaval, celebramos nuestra vida con todas estas chicas, ¿te parece poco? —le preguntaba él.

—No, no me parece poco, cómo me va a parecer poco, no me des la noche, ¿vos quieres verme durmiendo en el sofá? —le preguntó él para risa de las chicas.

—Y ya en particular, celebramos que esta hermosura ha vuelto a mi vida, de la que nunca se fue del todo —les confesó.

—Qué cosa tan romántica le ha dicho, Martín, ¿lo has escuchado? Yo quiero que me digas algo así, cariño —le pidió Ava.

—Soy argentino, ¿vos estás segura de lo que me estás pidiendo? Podría hablar durante horas sin parar —le respondió él.

—Bueno, bueno, entonces mejor lo dejamos que la cena tiene una pinta deliciosa y se va a enfriar. En vez de hablar, si te parece, mejor me haces luego otras cositas durante horas y así lo celebramos, que es una opción.

Las chicas no se cortaban a la hora de hablar así delante de mí y yo ya me estaba acostumbrando, y he de reconocer que me resultaba hasta divertido.

Molly llegó con un asado que olía como si lo hubieran sacado de la mismísima cocina del cielo.

—Con las tortitas puedo hasta hacerte un poquito la competencia, mi querida Molly, pero con el asado ni en broma—le decía Derek mientras lo olía.

—¿Vos sabes hacer panqueques? A mí no me los hiciste —se quejó Martín, quien se tomaba todas las confianzas, algo que sacaba mi risa.

—Tampoco te hice otras cosas que sé y que igual no te gustarían, así que no te quejes —le contestó él.

—Qué pelotudo eres. Por muy forrado que estés, se me levanta el estómago…

—¿Sí? Pues entonces tocaremos el resto a más asado.

—Tampoco te flipes tú tanto, ¿eh? Que no he dicho que no vaya a cenar. Nadie podría renunciar a este asado. Molly, algún día seré rico y te ofreceré que te vengas a mi casa a trabajar.

—Yo no dejaría el rancho ni por todo el oro del mundo, chaval, y menos con la felicidad que se respira ahora aquí y con todo lo bonito que está por venir —me guiñó el ojo la mujer.

Lo normal es que el asado lo hubiese servido alguien del servicio, bajo la supervisión de Thomas, pero fue ella misma quien quiso venir al salón para

escuchar las maravillas que diríamos al respecto.

Olía genial y sabía mejor, como le dijimos en cuanto lo probamos.

—Mañana serviremos uno igual, pero a gran escala. Estaremos asando desde por la mañana —decía ella, quien se había negado en rotundo a que la cena que se sirviese viniera de fuera.

Molly era una profesional increíble, una maga de la cocina y no le entraba en la cabeza que quizás fuera hora de que se tomase las cosas con más tranquilidad y se dejase ayudar.

A lo que no pudo negarse, lógico, fue a recibir refuerzos entre fogones, porque no quiero ni imaginar la que allí habría montada. La fiesta sería multitudinaria y el trabajo titánico, lo cual no asustaba en absoluto a aquella esmerada mujer que cada día se afanaba en cuidarnos más y mejor.

Cuando mi padre murió creí que nos había dejado muy solas, cuando lo cierto es que, en nada de tiempo, en poquísimo tiempo, me sentía mucho más acompañada que nunca, me sentía como miembro de una bonita familia formada por Derek, mi hermana y el resto. Hasta a Molly y a Thomas los consideraba parte de ella. Se ve que era muy numerosa.

El corazón de Derek palpitaba con fuerza cuando nos fuimos a la cama mientras que sus oscuros ojos brillaban como perlas en la oscuridad.

—Te amo, Tiffany —pronunció alto y claro después de hacerme el amor. Y lo hizo de un modo que me estremeció especialmente, que me transmitió mucho, mucho de ese amor que acababa de hacerme.

Capítulo 24



Por la mañana, la casa seguía siendo el caos. Ni en los preparativos de la boda con Kate vi tanto jaleo.

Me acerqué por la cocina por si a la pobre Molly le daba un síncope o algo ya que, sabiendo yo lo mucho que se esmeraba la mujer en que todo estuviera perfecto, debería estar taquicárdica.

Siempre me sorprendía, porque lo cierto es que me la encontré dando instrucciones a diestro y siniestro, sin el más mínimo atisbo de estrés en su rostro.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes hacerlo? Yo estaría que me daría algo —le confesé.

—Es muy sencillo; la alegría me puede —me contestó junto con un beso porque como ya digo, puede que fueran nuestros empleados, pero nos considerábamos como familia.

—Ay, Molly, qué suerte tengo de contar contigo. Todo va a salir genial y eso que yo apenas he tenido tiempo de encargarme más que de mi vestido, porque entrenar a Ylenia me lleva el día completo —me excusé.

—Cada uno a lo suyo, en eso también está el truco, cariño. Las cosas funcionan cuando cada uno se ocupa de su parte. Y no te preocupes, que Derek sabía muy bien lo que quería, y él sí que nos ha dado las más precisas de las instrucciones en todo.

Salí al jardín y el resultado estaba siendo fantástico. Cuando Derek habló de celebrar una fiesta, ya me imaginé que sería una de la que se hablara en la zona durante un tiempo, porque él todo lo hacía a lo grande, pero lo que no pude imaginarme es que llegase a tanto.

Subí al dormitorio y en mi vestidor (porque teníamos uno cada uno, allí no nos faltaba de nada), colgaba del techo mi precioso vestido. Nunca había lucido uno tan bonito, en tonos ocres, elegantísimo, con escote palabra de honor y ajustado al cuerpo, que me hacía de sirena, en palabras de mi hermanita, quien también estaba encantada con una fiesta que le serviría además para hacer más amistades en el mundo de la hípica.

Derek llegó al dormitorio y yo salí porque no quería que viese el vestido hasta que yo no lo tuviese puesto ¡ni que fuese de novia! Lo que sí me puse antes de verle fue la mejor de mis sonrisas, mientras él me agarraba por la cintura.

—Sé que todo esto puede parecerte excesivo, por lo que me has dicho en este tiempo, pero es que no te imaginas la ilusión que me hace mostrarle a todos que tengo a mi lado a la mujer que amo. Estoy procurando hacer las cosas mejor, te lo prometo…

—Y que lo digas, de eso ya me estoy dando cuenta —le aseguré.

—¿De veras? Me ilusiona mucho que así sea…

—De veras, de veras. No tienes nada que ver con el Derek Miller que imaginé durante todos esos años, cariño —Le besé de puntillas, porque cuando estaba de pie debía hacerlo así.

—Eso intento. Igual tampoco lo he hecho todo bien en los últimos tiempos, pero lo que sí te prometo es que estoy tratando de hacerlo mejor —me confesó.

—¿Es que tienes algo que contarme? —le pregunté divertida.

—Todos tenemos la sensación de que aún hemos de contar alguna cosa, de que siempre quedan flecos, pero lo importante es dar el corazón y entender que, en líneas generales, eres mejor persona y procuras darlo todo por tu pareja.

—Así se habla, mi vida, así se habla—le dije porque entendí que perfectos no somos ninguno, que él tendría todavía sus cosillas dentro, como cualquiera, cosillas que ir echando fuera poco a poco, pero que se

mostraba como un hombre sincero… Como un hombre sincero que me demostraba su amor a todas las horas.

Mi hermana llegó al dormitorio y tocó en la puerta.

—Pasa, pasa, cariño —le dije mientras soltaba a Derek.

—¿Interrumpo algo? Jaja, ya veo que sí que lo interrumpo, lo siento. Tiffany, es que me gustaría que vinieses a ayudarme a escoger complementos, estoy hecha un flan, nunca he asistido a una fiesta de estas de alta alcurnia.

—Pues es una fiesta como otra cualquiera —le comentó Derek, deseando tranquilizarla.

—Vale, pero te robo a mi hermana, que tiene muy buen gusto…

—Eso ya lo sé, no hay más que verme —se señaló él de pies a cabeza.

—Tiffany, ¿este hombre no tiene abuela? —me preguntó ella, muerta de la risa.

—Pues eso parece cariño, eso parece. Venga, vamos a ver esos complementos.

Me fui con ella al dormitorio y la noté especialmente nerviosa, más todavía de lo que ella decía.

—Cariño, el truco está en que te lo pases bien. Si no, la fiesta no tiene sentido…

—Si me lo voy a pasar de muerte, aunque recuerda que es tu fiesta —enfatizó al pronunciar ambas palabras— y tú eres la protagonista.

—No digas eso, está pensada para celebrar el amor de todos nosotros.

—No, no, eso dijo Derek ayer porque no solo es rico y está buenísimo, sino que tiene una educación increíble y una tremenda diplomacia —rio.

—Pues lo mismo da. A ver, ¿qué has pensado en ponerte?

—Pues había pensado en esta gargantilla —me enseñó una de sus preferidas—, ¿o la ves demasiado sencilla? Tú dime la verdad, ¿eh?

—¿Sencilla? Te queda divina. Piensa que lo más bonito que vas a llevar puesto es tu juventud, cariño mío.

—Lo dices como si tú fueras mayor, Tiffany.

—A tu lado, sí.

—Ya, una anciana eres tú. No puedes estar más guapa ni vivir un mejor momento. Yo nunca te había visto así, tan radiante. Te quiero mucho, hermanita.

—Pues yo a ti te quiero un mundo —la abracé pensando que lo que realmente celebrábamos era que todo estaba bajo control y que por fin comenzábamos una vida nueva y feliz. Y eso, desde luego, era digno de ser celebrado.

Capítulo 25



Me sentí muy bella con mi elegante vestido. Me dejé la melena suelta, aunque con ligeras ondas que le dieran algo más de volumen y me apliqué un maquillaje de fiesta.

Sí, yo no era mucho de maquillajes de fiesta y, sin embargo, convine en que se trataba de la ocasión ideal para lucir uno, ¡y vaya si me quedó chulo!

Salí del vestidor ya totalmente preparada y entonces me encontré de frente con mi chico. Derek iba de esmoquin y me pareció el más guapo de todos los mortales, aunque a él se le quedaron los ojos en blanco cuando me vio.

—No sé si te merezco —murmuró.

—Yo creo que vas haciendo por merecerme —le besé.

—Si no fuera porque todos nos esperan ya abajo… De veras que celebraríamos un comienzo de fiesta privado en estos momentos.

—Y si no fuera también porque tendría que comenzar a maquillarme de nuevo, y tiene lo suyo —le sonreí mientras nos volvíamos a besar.

La barra de labios era permanente y por eso no le dejé los morros de colores. La idea era ir bajando para saludar a la gente.

Derek me tomó por la cintura y comenzamos a caminar al mismo tiempo. En el vestíbulo me llevé la primera sorpresa de la noche.

—Eres Madeline —le dije a aquella señora, a la madre de Derek, quien vivía en Austria con su marido Klaus.

—Y tú eres la preciosa Tiffany, cuánto me alegro de estar aquí y poder ver la buena pareja que hacéis, cariño —me dio un beso en la mejilla.

Era mi suegra, ¡había venido mi suegra! Y eso era algo con lo que yo no contaba. Recuerdo que se la esperaba para la boda de Kate y Derek, aunque, por motivos profesionales de su marido, tenían prevista la llegada en el último momento. Y no, no hubo ocasión.

—Me alegro tanto de que estés aquí. Por lo que veo, tu hijo es un verdadero liante, ¿no? Porque os ha liado para que vinieseis a la fiesta desde tan lejos.

—En realidad, lo estábamos deseando. No todos los días tiene una la ocasión de contemplar una imagen tan bonita, querida. Si te soy sincera, nunca he visto a mi hijo tan entusiasmado. Se nota que eres el amor de su vida, una persona sabe cuándo lo es.

Madeline también tenía la teoría de que una sola persona es el gran amor de tu vida, y así me lo hizo ver mientras que miraba a Klaus, a su marido.

Yo me sentí muy a gusto con ellos allí, porque también formaban parte de esa gran familia que estábamos formando, y cada vez éramos más.

Ylenia y Ava también bajaron y estaban preciosas con sendos vestidos, mi hermana en tonos rosados y Ava en tonos berenjena, divinas ambas, con esa frescura y esa juventud que dejaron anonadados a Hayden y a Martín, quienes estaban igualmente guapísimos.

Pasé por delante de la cocina y Molly le hizo un gesto de complicidad a Madeline, un gesto que yo identifiqué como un «esta sí» y que le agradecía con una amplia sonrisa.

Salimos al jardín y comprobamos gratamente que la noche se había quedado buenísima, aunque lo cierto es que la carpa lucía extraordinaria y todos los invitados parecían encantadísimos. Entre ellos se encontraban, aparte de la gente VIP de la zona, todos los trabajadores del rancho.

Derek era así. A la hora de currar, todo el mundo al tajo, pero a la hora de divertirse no dejaba a nadie fuera, dándole igual que se tratase de un capataz

o de un mozo de cuadras, para él las personas no se medían por el prestigio de su trabajo o por el dinero.

De entre todas las caras conocidas que nos recibían destacó la de Kevin, quien pareció quedarse prendado aún más de mí aquella noche. Lo digo por su gesto y no porque él manifestara nada en ningún momento, porque desde que supo lo mío con Derek se apartó con esa elegancia que también era tan suya.

Debajo de la enorme carpa se habían dispuesto gran cantidad de mesas redondas, decoradas de un modo exquisito. Ava y mi hermana no paraban de cuchichear y de darse codazos la una a la otra, puesto que aquella fiesta era para disfrutarla de principio a fin.

—Gracias y gracias, mi amor —le dije de pronto con una lagrimilla deseando alcanzar mi mejilla.

—¿Gracias por qué? —me preguntó agarrándome aún más fuerte de la cintura.

—Porque has hecho posible todo esto, porque siempre logras sorprenderme y porque eres de las cosas más bonitas que me han pasado en la vida.

—Y que te seguirán pasando, porque te prometo que esta vez no volveré a perderte.

—Y yo te prometo que no te dejaré que me pierdas.

Hay promesas que se hacen con el corazón, y esa fue una de ellas. En ese momento estaba ya tan enamorada de Derek que no le dejaría perder por nada del mundo. Y menos viendo hasta dónde era capaz de llegar para poder decirles a todos que estábamos unidos y felices.

En la mesa principal nos sentaríamos con Madeline y Klaus, así como con Ylenia y Hayden. El chico ya se había convertido también en el novio oficial de mi hermana, un título que se había ganado por méritos propios.

Antes de sentarnos disfrutaríamos del sonido de la música en directo y de una serie de exquisiteces que nos irían pasando en bandejas el mucho personal de refuerzo que había venido para cubrir también no solo las labores de cocina, sino la atención del evento en sí.

Derek sonreía sin parar viendo cómo la gente le daba el visto bueno a todo, cómo nos decían que era la fiesta perfecta para la pareja perfecta… Las luces, la decoración en general… Todo denotaba un gusto exquisito, así como una preparación en la que no solo se derrochó dinero, sino también cariño… Muchísimo cariño.

Por fin llegó la hora de sentarnos a la mesa y en la nuestra los seis nos reímos cantidad. Madeline era una mujer muy divertida que nos contó anécdotas por doquier de otros tiempos en los que el rancho era muy distinto, cosas que no podíamos ni imaginar de muchos años atrás.

Ella ya no cumplía los setenta, pero se conservaba que era un primor.

—Me tienes que contar el secreto, porque pasas por una mujer de cincuenta y cinco —le decía yo.

No le hacía la rosca, era la realidad. Por esa mujer no parecía que hubiese pasado el tiempo.

—El secreto está en el amor, Tiffany, solo en el amor. El amor lo vuelve todo fantástico y tiene incluso el poder de parar el tiempo, chica. Y hacerlo ya no te digo nada…

Su comentario causó la risa de Ylenia, quien en ese momento se atragantó y Hayden tuvo que darle golpecitos en la espalda.

—¿Lo veis? El amor es puro y espontáneo, como el de este muchacho al que parece que le han dado un calambrazo en el trasero cuando ha visto toser a su novia.

Madeline era muy simpática y resuelta. Una mujer valiente y decidida que no dudó en cambiar de vida cuando tuvo que hacerlo y que, pese a que siempre tuvo dinero y lo seguía teniendo (no solo no salió mal parada de su divorcio, sino que Klaus también era un rico empresario) se comportaba de la forma más sencilla y natural del mundo. Ya sabía yo quién le había dado clases de humildad a su hijo.

Hayden rio y enseguida asintió.

—Madeline, es que yo la amo, amo tanto a esta chica que a veces pienso que no tiene ni idea —le decía él.

—¿Cómo que no la tengo? Pero si atosigas mucho, me lo dejas claro a cada momento —le reprochaba mi hermanita entre bromas, porque bastaba con que Hayden se distrajese un momento para que ya fuese ella a buscarle, era la monda.

—Mamá, pues esta es mi familia, ¿qué te parece? —le preguntaba Derek, quien siempre respetó sus decisiones y parecía tener muy buen rollo con ella.

—Pues qué me va a parecer, hijo, si es que no puedes tener una familia mejor.

Yo me ruborizaba con los comentarios de mi suegra, pues la mujer me ensalzaba que era un gusto, igual que al resto, y comprendí que lo mío con Madeline nada tendría que ver con el tópico de la suegra bruja y controladora, sino todo lo contrario.

En un momento dado de la cena, mientras Derek hablaba con Klaus, ella me cogió por el brazo, y con todo el cariño del mundo me habló

—Mi niña, no puedo estar más feliz de ver la buena pareja que hacéis. Siempre he soñado con que mi hijo disfrutase del amor verdadero y mírate: tú eres ese amor para él. Nunca le había visto tan feliz ni entusiasmado con

nadie, nunca. Os auguro una larga vida de dicha, y ojalá que yo pueda vivir una serie de años más para verlo, porque nada me gustaría más —me confesó.

—Tú vivirás muchos años para verlo, más que Matusalén, estoy segura —le dije mientras, de una manera también espontánea, me salió darle un bonito beso en la mejilla.

La quería, ya también quería a esa mujer que me acogió con los brazos abiertos. Nos había costado mucho llegar hasta el lugar en el que estábamos, pero era evidente que cuando lo hicimos no echaríamos atrás ni para coger impulso.

La maquinaria del amor se había puesto en marcha, y lo hizo a lo grande.

La gente se mostraba maravillada con la cena y el asado hizo las delicias de la mayoría. En realidad, de todos aquellos que comían carne. Tanto es así que la gente pidió que saliera la cocinera a saludar y el mismo Derek fue a buscarla.

Para verla a ella, que se negaba y que venía con los talones marcando el césped, resistiéndose mientras un divertidísimo Derek tiraba de ella. Madeline fue la primera en levantarse a aplaudir y todos los demás la seguimos. Como digo, era un verdadero ejemplo de sencillez.

—Muchas gracias, pero yo solo he hecho mi trabajo —les decía Molly antes de irse corriendo de nuevo para la cocina, cosa que hizo en cuanto

Derek se despistó un segundo, mirándome, porque él no podía estar demasiado tiempo sin buscarme con la mirada y sin dedicarme uno de sus sugerentes guiños de ojo, esos que provocaban que yo hiciese un charco allí donde estuviese.

Lo cierto es que Molly había puesto toda la carne en el asador, y nunca mejor dicho, porque el asado estuvo acompañado de otra serie de exquisiteces que deleitaron a todos los presentes.

A la hora de las postres, ya se desató la locura. Habría sido demasiado que eso también corriera a cargo de una cocinera a la que, pobre mía, habríamos tenido que jubilar al día siguiente, así que Derek los dejó en manos de la mejor pastelería de la zona, que montó una mesa de postres y dulces que no se la saltaba un galgo.

Golosos y no golosos, todos, dieron cuenta de esos azucarados primores que fueron el colofón de una cena a la que seguiría un baile memorable.

A nosotros nos sirvieron una selección de esos dulces en la mesa y tras degustarlos, nos sirvieron también un vino de lo más selecto que yo creí reconocer, con un toque dulce y afrutado.

No era extraño, ya que entre los amigos de Derek que acudieron a la fiesta estaba Sam, y los vinos corrieron por su cuenta. Tampoco faltaron mis amigas de toda la vida, que se desplazaron hasta Ohio para vivir conmigo aquella bonita noche. Samantha, Marie y Rachel levantaron como todos su

copa, brindando por nosotros. Ellas estaban sentadas en la misma mesa que Ava y Martín, y no paraban de reír con las ocurrencias del argentino.

Yo esperaba unas palabras por parte de Derek en el momento del brindis, y no me equivoqué. Nada más comenzar a hablar, sentí que las mejillas me explotarían, pero él hizo caso omiso de ello.

—Tiffany, sé que estás mirando a tu alrededor y que ves muchas cosas bellas, aunque nada tan bonito como tú, quien verdaderamente tiene una vista bella en estos momentos soy yo —Creí morir de vergüenza y de amor al mismo tiempo—. Ahora es cuando me das un pisotón por debajo de la mesa y puedes intentarlo, no hay problema, he hecho que refuercen las punteras de mis zapatos, sabes que soy un hombre previsor —causó la risa de todos—. Ahora en serio, amor, hace muchos años te perdí por cretino y la vida te ha devuelto a mi lado, demostrándome que soy un hombre con suerte. Pero la suerte hay que aprovecharla y no permitir que pase a tu lado sin pena ni gloria. Yo quiero honrar esa suerte pidiéndote esta noche eso que debí pedirte hace muchos años: que te casaras conmigo.

Me faltó la respiración. En ese momento me faltó porque no voy a decir que no se me hubiera pasado por la cabeza una y mil veces la idea de casarme con Derek Miller, pero no era algo que pensase que llegase tan pronto ni mucho menos que fuera a pedirme en ese momento.

De pronto lo entendí todo: entendí que había preparado una fiesta para el recuerdo porque era la fiesta de nuestra pedida de matrimonio, y entendí también qué era esa cajita que abrió ante mis ojos.

No me deslumbró el brillo del diamante de mi anillo de pedida en sí. Puedo prometer y prometo que no fue eso; lo que a mí me deslumbró por completo fue el significado de ese anillo.

Derek quería casarse conmigo, quería formalizar nuestra unión y no quería esperar demasiado. Señales todas ellas, e inequívocas, de que me amaba. Y si él me amaba… No digamos ya cuánto le amaba yo.

Un par de lagrimones cayeron de mis ojos en ese momento en el que mi barbilla comenzó también a temblar.

—Tiffany, cariño —me ofreció mi hermana un pañuelo de papel con el que borré esas lágrimas, aunque en vano, porque fueron sustituidas por otras.

La gente contenía la respiración y es que yo estaba tan emocionada que no me di cuenta ni siquiera que había de contestarle, ¿es que había alguna otra opción? Porque yo no la contemplaba.

—Tiffany, querida, todos están esperando —me animó Madeline y entonces caí en la cuenta.

—Derek yo… ¡Yo solo quiero casarme contigo! —exclamé mientras extendía mi mano hacia la suya, que ya portaba el anillo que encajó en mi dedo mientras sus labios y los míos se hacían uno.

La emoción me embargaba de pies a cabeza y, mientras todos comenzaron a aplaudir, yo solo podía notar el calor de sus besos, al mismo tiempo que murmuraba en mi oído:

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo y solo viviré para que tú seas una mujer más feliz todavía.

Me abrazaba fuerte a él porque creía en sus palabras. Derek había logrado un milagro: que volviera a creer fielmente en él, que creyera a ciegas y que no me cuestionase un amor que parecía ser más que verdadero.

Terminó por cogerme en brazos. No sé ni en qué momento mis pies dejaron de entrar en contacto con el suelo, pero aquella no era más que la representación de que con él volaría muy alto y de que juntos viviríamos un sueño.

Cuando por fin me dejó en el suelo, cuando aquel fortachón que me ponía a mil me soltó, mi hermanita corrió a abrazarme.

—¡Te lo mereces, cariño! ¡Te lo mereces!

—¡Y tú lo sabías! ¡Tú lo sabías! —le dije porque lo noté.

—Sí, cariño, yo sabía que sería una de las noches más especiales de nuestras vidas. Tiffany, desde que nací me has cuidado como nadie, me has adorado y he sido tu niña. No tengo palabras para agradecerte y, aun así, soy yo quien quiere pedirte algo más todavía esta noche…

—¿Qué quieres pedirme, amor?

—¡Que empiece la fiesta! —chilló.

En ese momento, ella, que debía estar compinchada con Derek dio el pistoletazo de salida a la madre de todas las fiestas, una en la que comenzaron a sonar los acordes más románticos del mundo, los *de Rest of my life* que ambos comenzamos a bailar ante los aplausos de nuestros invitados, que nos rodearon.

Cuando llegó la parte en que dice «*Nunca en mis sueños pensé que esto me pasaría»* comencé a llorar otra vez, porque él me la cantaba y yo estaba tan sensible y feliz a la vez…

—Yo tampoco lo creí. No lo creí ni en mis mejores sueños —le decía agarrada a él, con su cadera en la mía y deshaciéndome en halagos hacia el hombre que me había enamorado como lo había hecho.

—Te voy a querer tanto, ¿qué digo? Si es que ya te quiero tanto —me decía él, preso también de una sensibilidad que contrastaba con su aspecto de tipo duro.

Increíblemente guapo y con la felicidad saliendo de cada uno de los poros de su piel, comencé a amar sus oscuros ojos todavía más esa noche, mientras bailábamos esa balada que tenía un significado muy especial para nosotros, pero mucho, porque la escuchamos también la noche de nuestro

reencuentro. Esa noche en la que meses atrás volvimos a hacer el amor, Bruno Mars sonó en ciertos momentos y ese tipo de detalles no son fáciles de olvidar.

Con esa balada me recordaba una vez más que todo lo nuestro estaba muy presente en su vida, en esa vida que dedicaría a hacerme tan feliz. Yo le adoraba y me lo comía con los ojos, porque según la fue cantando me enamoré cada vez un poquito más de él, ¡ya lo había vuelto a hacer! Y eso que siempre pensaba que había llegado al tope.

Cuando la balada terminó comenzaron a sonar otras muchas, y entonces fue el momento de bailar con el resto. Hayden lo hizo conmigo mientras que mi emocionada hermanita lo hizo con Derek. Mi cabrilla alocada preferida estaba loca de alegría por mi enlace y quién sabía si en su juvenil cabecita no hacía el paralelismo y se veía ella misma, años después, casándose con Hayden.

—Solo te pido que la cuides mucho, solo eso —le rogué mientras bailaba con ese chico que hacía más bonitos los días de Ylenia.

—La cuidaré tanto como Derek te cuida a ti, ¿te parece? —me preguntó.

—Me parece la mejor de las ideas del mundo, eso me parece, chaval —le dije dándole un abrazo.

Después de eso, bailé con Martín y tras el baile con el argentino, que fue de lo más divertido, le tocó el turno a Kevin, quien aguardaba.

Para mí se trató de un momento especialmente controvertido, y no solo por lo mucho que sabía que le gustaba, sino porque al atractivo veterinario le debía yo mucho, y todavía como que sentía que no se lo había agradecido lo suficiente.

—Ahora contigo, ¿no? —le indiqué que se acercase.

—Eso parece, todo llega—me respondió sonriente.

Kevin demostraba tener no solo buen talante, sino buen perder. Supongo que, a aquellas alturas, ya se habría resignado a perderme, así que se acercó y me dio un abrazo, antes de comenzar a bailar.

—Gracias, soy yo quien debería abrazarte. Te debo mucho y tengo la sensación de que todavía no te lo he agradecido lo suficiente, ¿puedo hacer algo por ti? —le pregunté.

—¿Aparte de bailar conmigo? Porque desde ya te advierto que no soy el mejor bailarín del mundo, y que igual te piso.

—Da igual, aparte de eso—afirmé.

—Romper tu compromiso con Derek no es viable, ¿no? —me sonrió.

—Me temo que no—le devolví la sonrisa.

—Pues entonces bailemos…

Me sentí muy en paz en ese momento en el que noté que todo estaba en su sitio, y que hay personas que saben conformarse, aun cuando no logran aquello que tanto ansían.

En silencio, y mientras bailaba con Kevin, le deseé lo mejor del mundo al atractivo veterinario. Le deseé que alguna chica también llegara a quererle como él se merecía y que él pudiera llegar a mirarla como me miraba a mí en ese momento.

Tras nuestro baile, ya Derek aguardaba nuevamente su turno. Le tocó a Kevin cederle el paso, soltando mis brazos.

—Muchas gracias —me dijo antes de separarse de mí.

—Muchas gracias a ti —añadí yo y, loca de felicidad, moví las caderas mientras avanzaba hacia Derek, enseñándole mi anillo de pedida como si él no lo hubiera visto nunca, como si no hubiera sido quien lo eligió.

Mi prometido me miró y me abrazó fuerte.

—No dudo que le gustes, pero no como me gustas a mí. A nadie en el mundo le puedes gustar tanto porque yo me muero por ti —me confesó

antes de, romántico, comenzar de nuevo a moverse al son de la más melódica de las músicas.

Tras el baile con él, bailé también con las chicas, todas juntas. Para ese momento ya dejamos el romanticismo a un lado y escogimos música pop con la que dar brincos como locas, porque parecíamos estar como cencerros.

Ylenia, Ava y mis amigas Samantha, Marie y Rachel formábamos un grupo de lo más chispeante que finalmente se unió al formado por Derek, Hayden, Martín, Sam y algunos otros de los amigos de Derek, que acabaron también bailando con mis amigas en la noche más animada del mundo.

—La gente se lo está pasando de muerte —me decía Derek un rato después, cuando comenzaba a sonar salsa.

—Y más que se lo pasará ahora, porque vamos a partir la pana, ¡bailemos! —le dije.

Me flipaba bailar cualquier cosa con él, pero más todavía la salsa, porque en la salsa el hombre te lleva y a mí me ponía una cosita mala que Derek me llevase.

La primera que sonó fue la de *Vivir mi vida* de Mark Anthony y yo sí que la viví en colores, porque no podía resultarme más alegre.

«Voy a reír, voy a bailar

Vivir mi vida, la la la la.

Voy a reír, voy a gozar

Vivir mi vida, la la la la»

Nosotros sí que estábamos gozando, y en particular yo estaba alucinando, porque tenía la sensación de que disfrutaría mucho con aquella fiesta, pero nunca tanto y mucho menos hubiera imaginado que era la de mi pedida.

—Tú me has hecho gozar increíblemente esta noche, una noche que no voy a olvidar en la vida —le decía mientras él me cantaba por lo bajini y yo… Yo es que lo que deseaba era devorarle allí mismo.

Me estaba poniendo mucho, me estaba poniendo tanto que confieso que hubo más de un momento en la noche en la que estuve a punto de tirar de él y llevármelo hacia algún lugar en el que la intimidad le permitiese demostrarme en privado todo lo que me había confesado en público.

No lo hice por respeto a toda esa gente que acudió a acompañarnos, algunos llegados desde muy lejos, y que se merecían nuestra presencia, pero eso solo logró acrecentar mis ganas de Derek.

Unas horas más tarde, los invitados comenzaron a despedirse y eso tuvo su miga, porque eran muchos y tuvimos que agradecerles a todos. Picante, mientras lo hacíamos, en algún momento Derek me pellizcó el trasero al mismo tiempo que se mostraba de lo más formal delante de quien fuese.

Le gustaba buscarme y esa noche me iba a encontrar, porque si había sido una leona en muchos momentos… esa noche sería como una leona en celo.

Los tonos ocres de mi vestido, o quizás las copillas que llevaba en el cuerpo, me hicieron pensar en la selva y en esa leona en la que me convertiría esa noche, y la garganta se me secaba mientras me lo imaginaba. Por fin nos quedamos a solas, los últimos en el jardín, y por fin me cogió en brazos, ¡llegaba nuestro momento!

Capítulo 26



Por fin en nuestro dormitorio, mi vestido ya pasó a la historia.

Yo no llevaba sujetador, así que mi tanga era lo único que me separaba de la desnudez total, de esa desnudez que deseaba mostrarle a un Derek que parecía tan ansioso de mí como yo de él.

—Me muero porque me haga el amor mi prometido —le dije mientras, revoltosa, jugaba con mi pelo.

Las palabras le llegaban directas mientras que mis senos apuntaban a él. Esos pezones que, como piedras, habían endurecido a lo largo de la noche, se mostraban más duros aún, tanto que hasta me dolían.

Lubricada a más no poder, quise que lo notase, para lo que llevé su mano hasta mi entrepierna mientras su boca se dirigía hacia mis pezones, de los que comenzó a tirar con los dientes. Primero me escoció un poco, pero es que a mí me iba la marcha, por lo que chillé de placer en cero coma uno,

momento en el que los soltó y entonces acudió a, con esos mismos dientes, partir mi tanga.

Si yo era una leona, él no era menos un fiero león en una noche más en la que lo daría todo en la cama, como Derek lo hacía siempre, aunque yo intuía que sería especial, por aquello de que el amor estaba en el aire.

Su lengua se introdujo en mí con el movimiento ágil de una culebra, y entonces sentí que me vaciaría para él, que esa noche sacaría mi esencia hasta dejarme seca, como seca sentí ya mi garganta.

—Me muero, necesito beber algo —le pedí y entonces paró un segundo para servirme una copa.

—Te la pongo siempre que te toques para mí —me pidió.

—¿Tocarme para ti? Eso está hecho, le dije mientras llevaba el dedo corazón de mi mano derecha hasta mis labios, tras lo cual lo mojé y comencé a masajear mi clítoris, soltando, en pequeñas dosis, los más insinuantes de los gemidos.

Moría de morbo por la forma en la que él me miraba, por la forma en la que bebió de esa copa que me puso porque la garganta se le secó al mismo tiempo que el resto de su cuerpo ardió, mientras mi dedo continuaba dibujando círculos sobre un clítoris cuya extrema sensibilidad me llevaba a pensar que ya estaba a punto de caramelo.

Yo no podía sentirme más excitada, y a él le sucedía exactamente lo mismo.

—Si sigues bebiendo de mi copa, tendrás que ponerme otra —le aseguré.

—Y si tu sigues tocándote así, deberás correrte para mí —me pidió.

—¿Qué te apuestas a que lo hago antes de que la sirvas?

—No me apuesto nada, brindo por ello —me dijo antes de dar otro sorbo.

—Para brindar, has de venir hasta aquí con dos copas —le pedí.

—Y para eso quiero escuchar cómo te corres…

Tragué saliva, le miré fijamente a los ojos, luego recorrí su torso, tan fuerte y ancho, para llegar a su cintura y encarar su erecta masculinidad. Solo con observarla noté ese extremo calor procedente de lo más interior, ese que te desboca el corazón y que te indica que el momento ha llegado.

Mis dedos, que ya se movían con agilidad en ese instante, comenzaron a hacerlo todavía a más velocidad y entonces… Entonces exploté de placer para él.

El endurecimiento de Derek llegó a su culmen. Poco a poco se acercó a mí con esa copa en la mano. La apuesta la gané yo, porque no le dio tiempo

a servir una más, aunque rellenó esa misma de la que me dio a beber, para a continuación volver a besar mis labios como solo él sabía hacerlo.

Derek no se conformaría con que mi esencia se desparramase. Yo lo conocía muy bien y tenía claro que querría beber igualmente de mí, como hizo. Sin duda que lo haría…

Bajó y metió su lengua de nuevo en lo más íntimo de mí, moviéndola y aprisionando mis muñecas con sus fuertes manos. Cuando no podía moverme porque él así lo decidía me volvía más loca aún, sentía que me correría de nuevo en breve, porque me resultaba irresistible.

Una vez hubo bebido de mi interior, me sonrió y comenzó a jugar conmigo a un juego tan morboso como perversillo, dado las muchas ganas que ambos teníamos de que su pene hiciera blanco en mi vagina.

Así, jugando con mi cintura, metía únicamente la punta de su flecha afilada, y cuando yo cerraba los ojos y creía que rozaría el cielo, la sacaba, dejándome con la miel en los labios.

Yo entonces me quejaba y él volvía a la carga. Punta va y punta viene me dejaba con las ganas una y otra vez, hasta que una de las veces que lo hizo, un certero movimiento de cintura por mi parte le llevó a deslizarse por completo, ¡ya lo tenía!

—Así que esto es lo que quieres, ¿no? —me preguntó.

—Eso es lo que quiero, ¿cuánta caña puedes darme, vaquero? —le pregunté en lo que representaba toda una provocación por mi parte.

—¿Igual más de la que podrías aguantar? —me preguntó con tanta sorna como excitación.

—Igual, pero si no lo haces, entonces no podrás comprobarlo. Y sería toda una pena —le dije mientras nuevamente mojaba mi dedo corazón en la boca y lo llevaba hacia mi clítoris, el cual no pude encontrar más inflamado.

Fue el colmo para él, así que comenzó a entrar y salir en mí con tanta fuerza y excitación que apenas podía cogerme al colchón, con la sensación de que en una de esas nos íbamos los dos directos al suelo, cosa que no llegaría a suceder, por otra parte, puesto que él controlaba.

Derek controlaba hasta el punto de que, cada vez que creía que se correría, y que ese primer episodio amatorio de la noche llegaría hasta ahí (porque tenía claro que no sería el último), paraba un segundo y era como si recargara pilas y comenzara de nuevo, no pareciendo tener fin su ímpetu sexual, ese que tantísimo me ponía.

En la posición del perrito, con él de pie delante de mí y yo a cuatro patas recibiendo sus poderosas embestidas, pude ver a través del espejo mural que tenía enfrente que su excitación iba a más, momento en el que también se mojó varios dedos que, poco a poco, fue introduciéndome por detrás.

Conforme lo iba haciendo, ese estrecho canal se dilataba y sus ganas llamaron a mis ganas, porque todavía había universos sexuales que habríamos de explorar juntos, y a mí me excitaba mucho que así fuera.

—¿Y por qué no me posees por ahí? —le pregunté en el momento en el que yo misma me di una de esas nalgadas que él solía administrarme en la dosis justa para sacar la parte más viciosa de mí.

—¿Es eso lo que quieres, preciosa? —me preguntó.

—Eso es lo que quieres tú, me lo dicen tus ojos, ¿y sabes qué? Que me has contagiado las ganas —le comenté porque así lo pensaba y porque deseaba que aquella noche fuera memorable en todos los sentidos.

Yo había tenido fantasías sexuales en las que Derek me penetraba analmente si bien el tamaño de su miembro viril, que hacía juego con el del resto de su cuerpo, me hizo pensármelo.

Era obvio que la cuestión no sería tan sencilla, si bien tenía claro que él lo haría con todo el tacto del mundo y que pararía antes incluso de que yo se lo pidiera.

—¿Te las he contagiado? ¿De veras te las he contagiado? —me preguntaba mientras tiraba de mi pelo para que mi boca se ladease, uniendo sus labios a los míos y haciendo que nuevamente me desparramase de amor por él.

—Sí, de veras, venga, hazlo —le pedí, volviendo a darme otra nalgada…

—Solo te digo que iré despacio y no hace falta que…

—Sé lo que me vas a decir, si no aguanto la entrada de la cabeza del misil, paso de sufrir el resto —le advertí entre lujuriosas bromas para su tranquilidad.

Noté cómo gestionaba la entrada de aire en sus pulmones por la suma excitación. También noté cómo iba hacia la mesilla de noche y cogía un gel de esos dilatadores que hicieran la operación más sencilla.

Con sumo mimo, lo colocó en mi entrada trasera, masajeándola e introduciendo sus dedos circularmente, dilatándome, mientras que con la otra mano masajeaba mi clítoris, el cual volvía a estar increíblemente excitado y a punto de hacer que mis gritos resonaran en el dormitorio.

Ocurrió justo después de que él terminase de aplicarme el gel, en el momento en el que se empleó a fondo en provocarme ese otro orgasmo que me relajara lo suficiente como para facilitar la maniobra que tenía por delante.

Después me tumbó sobre la cama, por completo y bocabajo.

—Así será más fácil, seré yo quien vaya entrando con lentitud.

Mientras me lo decía, yo todavía disfrutaba de los coletazos de ese orgasmo que me había llevado al mismo éxtasis, a un éxtasis que disfruté lo más grande al tiempo que me preparaba para lo que estaba por venir.

La cabeza de su miembro se asomó decidida, pero lentamente, por la puerta de mi ano. En ese instante sentí un cierto hervor que fue a más en cuanto hizo por ir avanzando.

—Para, para un momento —le pedí pensando que necesitaba un respiro y él no solo lo hizo de inmediato, sino que mientras me regaló un buen montón de caricias y besos por todas las partes de mi cuerpo.

—¿Quieres que salga del todo? —me preguntó en el más comprensivo de los tonos.

—En absoluto, no soy de las que da marcha atrás tan fácilmente —le recordé mientras una fina capa de sudor comenzaba a recorrer mi cuerpo porque aquello tenía lo suyo.

—Está bien, tú marcas el ritmo, no hace falta que te lo recuerde —me dijo sin dejar de venerarme con sus besos y sus caricias.

—Y yo no hace falta que te recuerde que tu madre te dejó muy bien rematado y que eso hace que esto tenga su mérito —le dije sacando su risa.

Reírnos hizo que me relajase más y a continuación le pedí que siguiera.

—Voy poco a poco, mi amor…

—Sí, a no ser que quieras sacarme las bolas de los ojos —le recordé porque para mí era demasiado, como para hacerlo con prisas.

Obvio que no hacían falta y obvio también que solo podríamos acoplarnos yendo a un ritmo moderado, aunque Derek tuvo razón en que, pasado el comienzo, pasado lo peor.

Cuando por fin, tras sudar lo mío, él llegó al final, noté que la posición me resultaba bastante más aliviada y que él podía moverse con algo más de soltura sin que yo sintiera dolor.

Con cuidado, comenzó a hacerlo y el ardor inicial dio lugar a un cierto gusto que tenía mucho que ver con el morbo y otro mucho con que sus manos volvieron a mi excitado clítoris, y él procuró darme placer por varios lados a la vez mientras su boca buscaba de lado la mía para besarme al mismo tiempo.

Cuando por fin terminamos, habían pasado varias horas y concluí que fue la noche más excitante para mí hasta la fecha, esa en la que conocí el sexo anal y, una vez más, de su mano… Bueno, más bien lo conocí con otra parte de su cuerpo, pero es un decir.

Derek se tumbó a mi lado y me echó aire en mi acalorado rostro.

—¿Te ha gustado? —me preguntó mientras me abrazaba.

—Primero he pasado lo mío, pero luego me ha dado un morbo que has destapado la caja de los truenos, te lo advierto —reí.

—Eres una campeona, siempre fuiste mi campeona, y ahora serás mi mujer, todavía no me lo creo…

—Eso es cierto, ¿cuándo nos casaremos?

—¿Y qué tal la próxima primavera? —me preguntó.

—¿Con el *Derby* de por medio? Lo veo un tanto complicado, imagínate cómo estaré para entonces.

—Pues yo muero por casarme contigo, ¿y una boda de invierno? El rancho es tan hermoso en invierno como en otras épocas del año, y las bodas de invierno son también muy bonitas —me propuso.

—Mira, esa idea me gusta, ¿pero nos daría tiempo?

—Ya has visto el tiempo en el que he preparado la fiesta de anoche, yo cuando me empeño en algo…

—En eso tienes razón, enero puede ser un buen mes. Le daremos la bienvenida al nuevo año con una boda, ¡nos casamos! —le chillé.

Capítulo 27



Mi ilusión era máxima al bajar por la mañana a la cocina, donde ya estaban todos.

—Alguien ha celebrado una noche de bodas por adelantado —le decía Ylenia a Madeline, con quien había cogido gran confianza, ya que la mujer también se hacía querer.

—Y yo que me alegro. Todavía se me ponen los pelos de punta de acordarme de la celebración de anoche —nos confesó.

—Y no pensarás que la celebración ha terminado, mamá. Ya me conoces, yo todo lo hago a lo grande —le dijo Derek, quien parecía estar tan contento que deseaba que siguiéramos disfrutando juntos al día siguiente.

También era normal. Madeline se quedaba como una semana y lo lógico era que su hijo quisiera hacer cosas especiales ese día.

—¿Y hoy qué se supone que vamos a celebrar? —le pregunté.

—Hoy celebraremos el darles la noticia de que nos casamos en enero, muñeca, ¡y lo haremos con una excursión por el rancho!

—¿A caballo? —le preguntó mi hermana, a quien siempre le faltaba el tiempo para querer montar.

—Pues sí, pequeña, y estoy seguro de que tú querrás liderar la expedición.

—Y tanto que sí…

—La zona de la catarata se pone increíblemente bonita en esta fecha, es mi favorita, y mi madre…

—No, hijo, ya sabes que no monto a caballo desde hace años y no lo haré hoy.

—¿Qué dices, Madeline? —le preguntó mi hermana, para quien no montar a caballo suponía como una especie de aberración.

—Chica, es que yo me caí una vez y le cogí aversión al tema. No quiero ni escuchar hablar de ello.

—Mamá, tienes que perderle el miedo alguna vez. Tú antes disfrutabas mucho montando…

—Y ahora también, hijo, pero de otro modo —le guiñó pícara el ojo, porque su madre sería una mujer mayor, pero no parecía haber perdido el gusto por disfrutar las cosas buenas que tiene la vida.

—No, mamá, ha estado bien, pero eso no cuela. Además, las chicas te ayudarán, ellas tienen una mano increíble con los caballos, todas…

—Nosotras menos —añadieron mis tres amigas, que ellas también se habían quedado el día siguiente con nosotros.

—Qué menos y qué nada, ¡a montar todas! —las animó Ylenia—. Y otra cosa, ¿*habemus* boda en enero? Ay, Dios mío, qué frío vamos a pasar, ¿tiene que ser en enero?

—Sí, cariño, porque las bodas en invierno son muy bonitas —le comenté.

—¿Y en primavera son feas?

—No, pero en primavera tenemos el *Derby* y no podemos permitirnos distracciones…

—Acabáramos, pues nada, ¡a pasar frío!

Derek lo tenía ya todo controlado en el sentido de que nos habían preparado un picnic para llevarnos ese día.

Molly era incansable y, a pesar de lo mucho que trabajó la noche anterior, se empeñó en dirigir su preparación personalmente. Esa mujer sí que era una campeona realmente incombustible.

En una hora lo tuvimos todo preparado, y llegó el momento en el que Madeline tuvo que montar. Un verdadero número, ya os lo adelanto…

—Yo es que me muero, me muero —Salió corriendo y su hijo detrás, trayendo a esa mujer menuda en brazos.

El padre de Derek sí que fue un hombre grande, pero Madeline no abultaba nada. Impresionaba que Derek hubiera salido de su interior, claro que en esos momentos era más pequeño, solo hubiera faltado.

—Vos vas a disfrutar, relinda —le decía Martín mientras su hijo la subía en el caballo y ella chillaba.

—Yo iba a disfrutar en la boda, pero Derek se ha empeñado en que no llegue viva. Con la ilusión que me hacía verle casarse con Tiffany.

—Mamá, te advierto que no te valdrán los dramatismos.

—No son dramatismos, hijo —se quejó ella.

—Lo son un poco, amor —intervino Klaus, su marido, quien tenía algo de malas hechuras montado en el caballo, como si no dominara mucho la

técnica, pero le avergonzara decirlo.

—Pues tú ten cuidado, que muy fino no te veo, ¿tú has montado alguna vez, cariño? —le preguntó ella.

—Yo sí, no es que no sea profesional, pero claro que he montado —le respondió él como un poco ofuscado.

—Bueno, bueno, yo no digo nada, vale… Pero ten cuidadito, que tampoco me quiero quedar viuda…

—No, pelotudo, tu esposa tiene razón, vos y ella formáis una pareja relinda —le decía Martín, que ese estaba en todo y que tampoco parecía fiarse mucho de las dotes de Klaus para montar.

Mis amigas, que habían recibido clases de niñas pero que no eran demasiado amantes del mundo ecuestre, le miraban de reojo.

—No le pasará nada a nadie, Ava y yo nos encargaremos de todo —trataba de tranquilizar Ylenia al personal.

—Y Martín y yo también —añadió Hayden, caballeroso.

—¿A mí me toca laburar en día de fiesta? ¿Y eso por qué? —le preguntó el argentino en broma, porque lo cierto es que también era muy colaborador.

—Porque igualmente hemos de hacer méritos para que estas chicas quieran, algún día, ser algo más que nuestras novias —repuso contundente Hayden, quien parecía tenerlo claro.

—Pibe, vos rezumas romanticismo como el otro —señaló a Derek.

—Y a ti no te valdrá solo con ese pico de oro que tienes —le recordó su novia, que también tenía mucho arte, igual que él.

Para arte, arte, el del momento en el de echar a andar y esos chillidos de Madeline, quien no las tenía todas consigo.

—Suegra, si lo haces muy bien, solo debes confiar un poquito —le decía yo, colocándome a su lado.

—Y ese es el problema, hija, que no confío, que no confío nada…

El caso es que ella era la que se quejaba, pero dominaba. Y su marido iba callado, cuando ese parecía llevar en lo alto del caballo más miedo que vergüenza, a ver qué salía de todo aquello.

Capítulo 28



Un rato después, y tras morirnos de la risa con los gritos de Madeline, llegamos a la zona de la catarata, que ciertamente estaba todavía preciosa.

La temperatura ya no era la misma que en verano, así que yo no pensaba en meterme debajo del agua, porque metí la punta del pie y me dije a mí misma que de eso nada, que a mí no me cogían en esas…

Los chicos, sin embargo, sí que se atrevieron, incluso a hacer algunos saltos desde la parte superior de la catarata.

—Derek, por el amor del cielo, tú ten mucho cuidado que tenemos una boda que celebrar —le pedí porque sentí cierto miedo en el cuerpo.

—Tranquila, cariño, llevo toda la vida saltando desde aquí y nunca me pasó nada. No entra en mis planes dejarte viuda antes de que nos casemos.

—Y yo tampoco quiero quedarme viuda, ¡dile ahora mismo a ese hombre que se baje de ahí! —le pidió su madre en relación con Klaus, a quien le temblaban un poco las rodillas, pero que fue para arriba sin encomendarse siquiera a ningún santo. Me refiero arriba de la catarata, aunque como siguiera haciendo oposiciones, él, que era de la edad de su mujer, ese día llegaba hasta el cielo, aunque fuese de rebote.

Mis amigas estaban flipando mientras miraban de cerca mi anillo de pedida, que era una verdadera virguería.

—Estás viviendo un sueño, lo que tú te merecías —me comentaba Samantha.

—Un sueño erótico, por lo que veo —prosiguió Marie, quien no podía dejar de mirar los marcados abdominales de Derek.

—Y encima es rico, yo en la boda me agencio a uno de sus amigos. De hecho, anoche, bailé con todos ellos, para ir haciéndome notar. Ya escogeré, ya, ¿tú me puedes ir recomendando alguno, Tiffany? —me preguntó Rachel.

—Ya iré pensando candidatos, a ver si os quedáis cerquita de mí alguna, que me haría mucha ilusión. Os echo de menos.

—Y otra cosa, despedida de soltera a lo grande, ¿eh? —me advirtió Marie —. Tú pones la fecha y nosotras… Nosotras ponemos las ganas de bailar.

—Claro que sí, mis niñas, ¡me caso! —chillé yo y Madeline se acercó.

—¿A qué se debe esta revolución? Tengo derecho a saberlo después de haber sido asaltada a traición, todavía no me creo que haya montado a caballo, no de nuevo —nos decía.

—Pues estamos revolucionadas pensando en la despedida de soltera, Madeline —le dijo Ylenia, que ya se había unido a la conversación.

—¡Me apunto! —chilló ella con ese espíritu tan juvenil y nos miramos las unas a las otras, porque nos caía genial.

—¡Pues vale! —le respondió mi hermana mientras miraba para arriba.

—¡Te apuntas y ya viuda, sí! —le advirtió Ava, porque Klaus insistía en tirarse. El austríaco parecía querer impresionar a su mujer, cuando lo cierto es que no tenía demasiado sentido.

—¡Pelotudo, apártate, que iremos a un funeral en vez de a una boda por culpa de vos! Con las ganas de joda que yo tengo, venga ya —le pedía Martín.

—¡Que me tiro! —le respondió Klaus y Derek lo pilló al vuelo y en el último momento, evitando la tragedia.

—Yo sí que te daré un buen tirón de orejas cuando bajes, ¿se te ha ido la cabeza? Si a mí ya me impresionaste con tu cuenta corriente, tonto, no hace falta que hagas malabares —le decía su mujer, haciendo que nos tronchásemos.

El día lo pasamos sensacional y, entre todas las bromas habidas y por haber, el tema de la boda no dejó de salir en ningún momento.

Tanto Derek como yo teníamos muchas ideas para la celebración, además de que apuntamos mentalmente todas las que nos fueron dando los demás, que estaban muy implicados.

Al atardecer fuimos volviendo después de un día cargado de emociones en el que todo salió genial.

—Si es que le he perdido el miedo, Tiffany —me decía Madeline montando con el garbo de una amazona.

—Si es que no sé cómo tú le has podido tener miedo a algo con esa personalidad tan arrolladora —le comenté yo.

—Pues también es verdad, porque yo siempre he sido muy echada para adelante, a la vista está, que he vivido la vida con mucha alegría y sin temores…

—Claro que sí, cariño, y ahora te voy a dar yo otra alegría, que le he cogido el tranquillo a esto del caballo —le dijo su marido.

—Klaus, tú tranquilito, que yo no te veo demasiado suelto —le pidió ella.

—No, tranquila tú, que te va a encantar ver cómo salto ese charco —le advirtió él.

—Mamá, ¿ese hombre se ha insolado? ¿En pleno otoño? Que eso no es un charco, que es un lago —le advirtió Derek.

—Ay, Dios mío, que él de lejos no ve muy bien y se ha olvidado las gafas. ¡¡Klaus, no hagas ni una tontería, ¿eh?!? Ni una —le advirtió ella.

—No, cariño, solo quiero que veas lo bien que se me da…

¿Qué creía ese hombre que se le daría así de bien? No hubo manera de agarrarle, y mirad que lo intentamos entre todos.

El caballo, cuando vio el plan, se encabritó y lo mandó más o menos al medio del lago, donde Cristo perdió el mechero.

—Se me ha matado, se me ha matado —decía Madeline.

—No, pero da unos gritos que para mí que algo se ha roto —le decía mi hermana.

La muñeca, se rompió la muñeca, y encima la derecha y siendo diestro. La de Madeline no fue boca al respecto el resto de los días que permanecieron allí, antes de marcharse a Viena, prometiendo volver para mi despedida de soltera y la boda.

Capítulo 29



A primeros de diciembre, yo me moría de la emoción.

Los preparativos de la boda estaban muy adelantados, y aunque he de decir que yo hacía todo lo posible por tener tiempo libre para ellos, lo cierto es que la mayor parte del mérito era de mi futuro marido, puesto que Derek parecía hacer magia en ese sentido y las horas le daban para todo.

Así las cosas, yo estaba súper contenta e ilusionada aquella mañana de sábado mientras en el desayuno él me comentaba todos los avances e incluso, a través de la vidriera del salón, me indicaba dónde iría colocada cada cosa.

La boda, como no podía ser de otra manera, se celebraría en el rancho. Así nos ilusionaba a los dos y así se haría. Derek sentía pasión por el que era su hogar y que se había convertido en el nuestro, contagiándome dicha pasión.

Yo no podía sentirme más dichosa, y más teniendo en cuenta que ese fin de semana volvían a estar con nosotros Ava y Martín, así como Ylenia con Hayden, por supuesto.

Rodeados de todos esos chicos, nos lo pasábamos de miedo, aunque de miedo fue la propuesta que me hicieron ellas.

Estábamos a tan solo un mes de la boda y todo se me representaba de lo más feliz.

—Tenemos que hacerte una propuesta —me indicaron ambas esa mañana.

—Derek, amor, ¿tú les estás viendo la cara? Yo es que no puedo con ellas, es que no puedo —le decía entre incontenibles risas, porque tenía la corazonada de que me estaban queriendo liar.

—Yo es que ya sé lo que te van a proponer —me dijo mientras enarcaba una ceja—. Y me parece una idea perfecta, te lo advierto antes de que comiences a poner pegas —me dijo riendo.

—¿He de poner pegas? Entonces es que no se trata de una idea tan perfecta —reí porque así lo pensaba. Al saber la que me podían liar entre todos.

—Se trata de tu despedida de soltera, Tiffany —añadió mi hermana.

—Ya, ¿y por qué me imaginaba yo que se trataba de eso?

—Porque estamos muy calladas al respecto y porque sabes que viene bomba a la vista.

—¿Bomba? No, bomba, no. Nosotras estamos muy centradas en lo que estamos, Ylenia.

—Ya, en mi entrenamiento, ¿y acaso te he defraudado en algún momento? Aunque solo sea un día, dime, ¿te he defraudado?

Ella sabía a la perfección cómo tocarme la fibra sensible. Y lo hacía divinamente.

—No, cielo, lo haces genial. Te esfuerzas muchísimo. Ya sabes que incluso a veces te digo que te esfuerzas demasiado, que superas todas mis expectativas.

—Ok, lo que se traduce en que podemos tomarnos unos días de descanso, ¿no?

—¿Unos días? ¿Cuántos días? —le pregunté un tanto temerosa.

—Pocos… Un fin de semana un poco largo, unos cuatro días en total —murmuró.

—¿Y por qué necesitamos cuatro días? A ver, dame una razón de peso, di, que me tienes intrigada…

—¡Porque nos vamos a Las Vegas! —chillaron tanto ella como Ava, súper entusiasmadas ambas.

Yo me quedé estupefacta porque estaba esperando que movieran ficha, pero no tan a lo grande.

—¿A Las Vegas? ¿Y qué se nos ha perdido a nosotras en Las Vegas? —les pregunté con temor.

—Lo sabes muy bien, así que deja ya de hacerte la tonta, ¡celebraremos tu despedida de soltera allí! —exclamaron.

—¡¿Mi despedida de soltera en Las Vegas?! Pero… pero eso no puede ser —negué con la cabeza porque me parecía un exceso.

—¿No puede ser? ¿Y eso por qué? —intervino Derek, que estaba escuchando la conversación.

—Porque no, porque no puede ser, hombre. Las Vegas están muy lejos y…

—Y nos vamos en avión, hermanita, a ver si te crees que llegaremos hasta allí andando. Entonces, en vez de cuatro días, necesitaríamos cuatro meses

—rio Ylenia.

—¡Es demasiado ¡Es demasiado! —les decía yo.

—Nada es demasiado para mi prometida —añadió Derek, a quien parecía encantarle la idea.

—¿No te parece excesivo? —le pregunté.

—Lo que me parece excesivo es que trabajéis tanto y descanséis tan poco, cariño, eso es lo que me lo parece. Te mereces una despedida de soltera inolvidable, y la vas a tener —me dio un beso.

Todos me mimaban y me cuidaban mucho. Yo me quedé unos segundos pensando y, ¡qué caramba! La idea de ir a Las Vegas todas juntas (Madeline incluida), era una verdadera pasada, ¡la disfrutaríamos a lo grande!

—Está bien, está bien. Total, yo solo me pienso casar una vez —le dije, mirándole a sus oscuros ojos y pensando que no existía otro par como ese, otro par que yo pudiera adorar como adoraba al que me dedicaba las más profundas de las miradas.

Le adoraba, adoraba al hombre que me apoyaba en todo y que siempre estaba dispuesto a que yo me lo pasara fenomenal y a que disfrutara de cada una de las oportunidades que la vida me pusiera por delante.

A partir de ese instante lo dejé todo en manos de las chicas. Ellas parecían de lo más emocionadas y yo… Yo no cabía en mí de gozo. Estaba a un tris de casarme con el hombre de mis sueños y ya, de paso, de hacer un emocionante viaje relámpago con las chicas a Las Vegas, un viaje que supondría el broche de oro a una etapa de mi vida, la de soltera, que por fin daría paso a esa otra que tanto me emocionaba; la de casada.

Ya no pude perder de vista esa escapada de chicas que, simplemente, era imperdible. Todos ellos tenían razón, porque nos había costado mucho estar en el punto en el que estábamos y porque nos lo merecíamos. Punto final.

Capítulo 30



Un par de semanas después todo estaba listo para nuestra partida al día siguiente.

Madeline ya se encontraba en la casa junto con Klaus (quien insistió en que él podía venirse con nosotras para hacernos de «guardaespaldas»). Obviamente, nos reímos mucho con él y declinamos su ofrecimiento, ¡solo hubiese faltado!

También mis amigas habían llegado el día anterior, y todas estábamos deslumbradas por la idea de compartir ese viaje.

Me metí en la cama con Derek y entendí que, pese a que pueda sonar a ñoñería, le iba a echar de menos en esos días, algo que no dudé en decirle.

—Te extrañaré, que lo sepas —le confesé graciosamente mientras le sacaba la lengua.

—Yo sí que te extrañaré a ti, muñeca, te quiero tanto…

—¿Me quieres? ¿Cuánto me quieres? —le pregunté.

—¿Y si en vez de decírtelo te lo demuestro? —me preguntó mientras, entre sus brazos, yo iba recibiendo las más insinuantes de las caricias por el cuello, camino de mi escote y en clara dirección a mis senos.

No iba a ser precisamente aquella, en la que nos separábamos para unos días, una noche distinta, puesto que en todas ellas hacíamos el amor… y en muchas repetíamos.

—Me parece una idea aceptable —le piqué.

—¿Aceptable solo? ¿Eso es cuanto tienes que decirle a tu futuro marido? —se burló él, sin dejar de abrazarme.

—Sí, sí, aceptable —volví a la carga. Me lo pasaba genial cuando le picaba y él reaccionaba de ese modo.

Le faltó el tiempo para pasar más a la acción, recorriéndome con su lengua, enfatizando en mis senos, llegando hasta mi tanga con sus dedos y, aprovechando mi mucha lubricación, introduciéndolos.

Nada le gustaba más en el mundo que hacerme el amor y a mí… A mí las rodillas se me volvían gelatina cada vez que le veía presto a hacérmelo, que

era a todas las horas, para qué vamos a decir otra cosa.

Esa noche le notaba especialmente revoltoso, como si quisiera regalarme una generosa porción de sexo que llevarme conmigo durante esos días en los que estaríamos separados.

—Quiero que te vayas bien saciada —me confesó entre respiraciones de esas hondas que indican excitación máxima.

Bien sabía yo que él no temía que yo buscase sexo fuera de casa en esos días. Y, por suerte, yo ya también sabía que él tampoco lo buscaría, porque aprendí a confiar en Derek.

Él, junto con los chicos y Klaus, igualmente celebraría una despedida de soltero, pero por la zona, en las cercanías del rancho, nada que ver con el *show* que las chicas me habían montado.

Por lo demás, y como digo, yo me iba bien tranquila, aunque estaba viendo que me iría tranquila y bien servida de sexo, porque así se lo había propuesto.

Derek parecía incansable esa noche, una noche en la que todas las posturas se le hacían pocas para darme placer, y en la que buscaba provocarme un orgasmo tras otro, así era la cosa.

Yo no podía contener la suma excitación que sentía, y tampoco quería… Me gustaba mostrarme pletórica para él, fresca, sexy y excitada. Cuando él

me intuía así, cuando Derek sospechaba que yo estaba a punto para él, se volvía totalmente loco y algo en su interior cambiaba, sacando ese lado salvaje que tantísimo me ponía.

Acabamos haciéndolo conmigo contra la pared, mientras él me tiraba del pelo, ambos de pie, y agachaba su cabeza para que sus labios y mis labios se encontrasen. Yo solo podía morir de pasión en esa tórrida noche en la que me regalaba nuevamente su lado más pasional, pero que olía a que era especial, olía a que…

—Yo también te voy a echar de menos, pequeña. Me he acostumbrado a tenerte aquí conmigo, todas las noches en mi cama y…

—Y no se te ocurra meter a ninguna otra, ¿eh? —comenzamos a charlar cuando, tras un par de apasionadísimas horas, caímos sudorosos sobre la almohada.

—Sabes que eso no podría ocurrir, lo sabes, ¿verdad?

—Pues no lo tengo del todo claro —me burlé—, aunque más te vale, porque te advierto que no encontrarás a otra tonta que te quiera más que yo —le abracé.

—Tú no eres tonta, tú solo has comprendido que el tonto fui yo por dejarte ir en su momento y que no volvería a hacer una idiotez similar en mi vida, cariño —me abrazó—. Te amo tanto…

—Y yo también te amo, mi amor, y yo también te amo.

Si todas las noches era único conmigo, esa lo fue todavía más. También tenía yo la sensación de que deseaba dejar en mis labios el meloso sabor de su dulzura, porque cuando a Derek le daba por ponerse romántico no había quien le ganase.

—Ya no nos queda nada para casarnos, ¿sabes? Muchas noches sueño con nuestra boda y te veo vestida de novia…

—Por mucho que sueñes, no podrás dar con la tecla de mi *outfit* nupcial. Pienso ser la novia más sexy que se haya visto jamás por estos ranchos —le indiqué.

—Y yo no tengo la menor duda ni de eso ni de que soy el ranchero con más suerte del mundo. Qué caray, lo que soy es el hombre con más suerte del mundo. Te amo, te amo mucho, bonita mía, te amo tanto que ya no concibo la vida sin ti, eso es lo que me está pasando…

—Es que no tienes que concebirla. Yo no me voy a ir de tu lado, Derek Miller. Cielos, cuántas veces pronuncié tu nombre en alto para sacarte de mi cabeza, cuando ahora lo pronuncio y me parece el nombre más bonito del mundo, ¡nos casamos! —di un chillido.

—¡Nos casamos, muñeca! Nos casamos en unas semanas y por medio celebraremos las Navidades. No sé lo que he hecho para merecerme todo esto, pero lo que te prometo es que seguiré haciéndolo.

—Más te vale también, ¿eh? Porque a mí no me bajes el nivel. Ya sabes lo exigente que soy —le recordé entre bromas e incontables abrazos y besos en una noche en la que nos hicimos todavía más cómplices… En otra preciosa noche en la que caímos rendidos la una en brazos del otro, mientras él me regalaba un repertorio de caricias y yo murmuraba una y otra vez lo mucho que le amaba.

Capítulo 31



—Cuñado, por favor, que vamos a perder el avión —le decía Ylenia a Derek, comprobando que no podía dejar de darme incontables besos.

Graciosamente, ella comenzó a tirar de mí.

—Hijo, tiene razón Ylenia, ¡que tenemos una despedida de soltera que celebrar! —le recordó su madre.

Madeline era de las que se apunta a una ronda de aspirinas. Esa mujer se caracterizaba por ser incombustible y ya nos había advertido que estaba deseando vivir la marcha de Las Vegas, ¡para verla! Ella era muy alegre y siempre iba a la última. Para el viaje se nos colocó un abrigo amarillo flúor que era la caña y con el que, desde luego, llamaba la atención.

—Cariño, ¡no te vayas a perder! ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —le preguntaba Klaus.

—¿Perderse con ese abrigo, requetepelotudo? Si tu mujer es única, no podría perderse ni en una manifestación en Tokio, ¿no viste lo que llama la atención con ese abrigo? Solo Madeline se lo podría colocar y encima parecer divina —opinaba Martín, porque ciertamente ella tenía estilo y se hacía querer.

El argentino se acababa de despedir de Ava y Hayden lo hizo de mi hermanita.

—Cuídamela mucho, ¿eh? —me dijo dándome un abrazo también.

Me causó gran ternura porque de nuevo se acercó a ella para darle un beso en los labios, tras lo cual la besó en las manos. No podía ser más lindo y cariñoso, por lo que me resultaba total y absolutamente adorable.

Total, que allí nos estábamos despidiendo todos como si nos fuésemos a la guerra, cuando lo cierto era que nos enfrentábamos a unos de los días más divertidos de nuestras vidas.

Ya desde que el avión despegó comenzó la fiesta. Mi amiga Marie le pidió champán a una de las azafatas, contándole que nos íbamos de despedida de soltera.

En nada estábamos brindando, y la azafata nos comentó que las que se celebraban allí son míticas. Lo cierto es que el personal de vuelo no suele dar tanto carrete a los pasajeros, pero la chica se dejó caer.

—Una prima mía celebró su despedida en Las Vegas y, aunque yo creo que no me casaré nunca porque soy un alma libre, igual me lo pienso por hacer una despedida igual —nos comentó entre risas—. Os prometo que nunca me lo he pasado mejor, ¡qué días!

—¿Y tu prima también llevaba a su suegra? —le preguntó Madeline, que no podías ser más pizpireta, y que quería destacar en su papel de madre del novio porque estaba súper orgullosa.

—¿Usted es la suegra? Por favor, qué simpática —le comentó ella, haciéndole gracia la idea.

—Sí, sí, que yo ya peino muchas canas, lo que pasa es que van teñidas. Y en la cara me he hecho un buen repasito para salir divina en las fotos —le contaba y todas nos tronchábamos.

—Se los hace porque le da la gana, porque está fenomenal de todos modos —le comentaba yo a la chica.

—Sí, sí, pero un buen repasito de chapa y pintura nunca viene mal. A Klaus le da vida que yo me ponga tan guapa, y eso que él la Viagra no la puede soltar ya, pero cuando le hace efecto la aprovechamos que da gusto —le contaba ella sin pelos en la lengua.

Lo único que le faltaba a Madeline, con el desparpajo que tenía y las inmensas ganas de pasárselo bien, era una copita de champán… Una que

terminaron por ser unas cuantas, razón por la que la última hora del viaje se la pasó dormida.

—Oye, ¿esta mujer no se habrá muerto? —me preguntaba Ava porque cierto que parecía haber caído en coma.

—Que no, so burra, que respira… Y, además, que solo está dando una cabezadita para descansar, porque esta noche comienza la fiesta —le recordaba Ylenia.

Sí, sí, ellas lo tenían todo planeado para cada una de las noches. A Las Vegas llegaríamos por la tarde y, tras dejar las cosas en el hotel y demás, tenían la cena planteada y el posterior plan.

Según ellas, todas las noches serían la mismísima bomba, pero en la última ya estallaría. Pues sí, según eran corríamos el riesgo de estallar todas allí, no seré yo quien lo niegue. En cualquier caso, habría sido después de vivir unos días de ensueño con las mujeres a las que más quería en la vida.

Ylenia y Ava eran las que se habían encargado de todo. Yo supe que tenían un grupito para mensajearse a todas las horas, y para que el resto no solo diera el visto bueno a sus ideas, sino que aportara más. Hasta Madeline aportó un buen montón de ellas, como no se podía esperar menos de su parte.

A la hora de bajar del avión, nos costó un poquillo despertarla, también es innegable. Cuando por fin volvió en sí, un poco desorientada, nos informó:

—Para mí que ha sido cosa de las pastillas de la tensión, que me han dejado un poco atontolinada—. Había que morir con ella, como si no hubiese bebido. Pero es que si encima era verdad que se había tomado las pastillas de la tensión, apaga y vámonos.

En definitiva, que la tuvimos que bajar del avión entre todas y ella comenzó a saludar con la manita a los que esperaban a la salida de la terminal, como si fuera la difunta reina Isabel II de Inglaterra y llegara en viaje oficial, cuando lo único cierto fue que era oficial que habíamos llegado, ¡ya estábamos en Las Vegas!

Capítulo 32



Hay a quien no le gusta viajar a Las Vegas en invierno argumentando que se trata de una ciudad que gusta disfrutar al aire libre.

Cuando llegan los meses más fríos, la cosa cambia notablemente, pues, aunque los días cuentan con temperaturas suaves y con ambiente soleado, durante las noches sí descienden las temperaturas, y a algunos les molesta.

A nosotras nos importaba un bledo el frío, ya que la temperatura la elevaríamos entre todas con las muchas ganas que llevábamos de pasárnoslo bien, aparte de que íbamos bien protegidas con nuestros abrigos, que en el caso de Madeline seguía llamando la atención por su color por allí por donde pasaba.

Hasta el taxista, que no podía dejar de mirar hacia atrás, terminó preguntándole.

—Señora, por Dios, ¿dónde se ha comprado usted ese abrigo? Es que mi madre también es muy moderna y le encantaría tener uno igual. La haría yo más feliz.

—Yo no es por desanimarte, pero te anuncio desde ya que me lo he comprado en Milán y que el abrigo cuesta más que este taxi.

—Joder, pues entonces mejor le tuneo uno a mi madre, señora, pero hágame el favor de que nos tomemos una foto juntos en la puerta del hotel, que se lo quiero enseñar a ella.

A Madeline le encantaba hacerse notar, y accedió, por supuesto.

—Pues claro que sí, joven, y no te propongo que te subas conmigo a la habitación porque estoy felizmente casada, que si no te enseñaba yo lo que llevo debajo del abrigo.

Las carcajadas de todas nosotras no se hicieron esperar porque ella tenía unas salidas que no eran normales, motivo por el que estábamos seguras de que nos reiríamos lo más grande. Y justo lo que le faltaba era estar "achispadilla".

Llegamos y yo me quedé alucinada porque el hotel era ciertamente de película. Miré a mi hermana y ella se encogió de hombros.

—A mí no se te ocurra decirme nada, estas son las cositas de tu prometido. Y Tiffany, es que tú lo vales —Me guiñó el ojo y salió decidida

a hacer la reserva.

Contábamos con tres habitaciones para las siete; un par de ellas dobles y una triple. Ava dormiría junto con el resto de mis amigas, mientras que mi hermana, Madeline y yo nos alojaríamos en la más grande.

En el hotel, el lujo se respiraba en cada uno de sus detalles, por lo que enseguida, tras dejar el equipaje, las chicas me hicieron una propuesta irresistible.

—Ahora nos vamos a que nos den un relajante masaje antes de prepararnos para la hora de la salida, ¿ok?

—Ok, ok, me tenéis con la boca abierta, queridas. Nunca habría imaginado una despedida de soltera así.

—Para mi nuera lo mejor —intervino Madeline, que todavía no estaba del todo sobria, le quedaba un puntito por ahí que la hacía de lo más chisposa.

Nos metieron en diversas salas en las que recibir el relajante masaje de una hora durante el cual yo me dormí, ¿a quién no le fascina que le den un masaje? Para mí es uno de los grandes placeres de la vida, uno de esos placeres irrenunciables y fabulosos.

Madeline estaba en la camilla de al lado, porque, aunque ella nos adoraba a todas, por mí sentía una pasión especial por eso de que me convertiría en breve en su nuera.

Los masajistas se estaban riendo a mandíbula batiente cuando yo me dormí y, cuando me desperté, yo no sé cómo se las había arreglado, pero volvía a brindar con una copita de champán que había hecho traer para ella y para ambos chicos. Y no debía ser la primera.

—¡Chinchín, por la boda de mi nuera! —les decía justo cuando abrí los ojos.

—Madeline, por Dios, ¿qué te pasa? Estás de un contento… Deja ya el champán, mujer, que ya brindaremos el día de la boda —yo estaba regañándola como si fuera una niña, ¿en qué mundo vivíamos?

Madeline no era ninguna loca, lo que ocurría es que estaba feliz por el tema del enlace y que se había despendolado un poco.

—Cariño, es que tú tienes muchas despedidas de soltera a las que acudir, pero a mi edad voy a más funerales de maridos de amigas que a estas cosas. Tú déjame que desfase un poquito, que no pasa nada.

La miraba por el rabillo del ojo porque era capaz de pedirse otra y llegar al ascensor a cuatro patas, o lo que era peor, querer subir las escaleras en esa postura y que alguien la grabase y nos hiciéramos virales, que todo podía ocurrirnos.

Después comenzamos a arreglarnos, ayudándonos las unas a las otras. A unas se nos daba mejor la peluquería, a otras el maquillaje… Y a Madeline

se le daba bien que se lo hiciéramos todo mientras ella nos miraba con la chispita todavía en los ojos.

—Guapísimas—les dije a las chicas después de tomarnos un selfi en el que nos vi maravillosas y que le envié del tirón a Derek.

«Preciosas, pero ¿qué le pasa a mi madre en los ojos?»

Yo no le di muchas explicaciones y salimos a la calle, con ella del brazo.

—Y dicen que en Las Vegas te pelas de frío por la noche, si yo tengo calor —decía ella.

—Tú tienes calor porque si ahora mismo salimos ardiendo a ti no te apagan ni en una semana, del alcohol que me llevas encima —le decía mi hermana y ella se desternillaba. Íbamos camino del restaurante y todavía nos quedaba mucha noche por delante.

Capítulo 33



El restaurante que habían elegido no podía ser más ideal, aparte de que eran muchas las sorpresas que me depararía esa noche, ¡y tanto que muchas! ¡Muchísimas!

Lo primero que sucedió y que me dejó boquiabierta fue que los camareros no parecían dar pie con bola, algo que me alucinó.

Sobra decir que el restaurante era de postín y que todos ellos iban con una indumentaria perfecta, pero que algunos, por mucha pajarita que llevaran en el cuello, se comportaban de una forma tan extraña que podía ser calificada como insólita. En concreto, había uno que parecía ser más guarro que hecho de encargo.

En particular, resulta que mi querida "suegri" se pidió una sopa, y él se la trajo, pero vamos por partes.

—Es que no sé lo que me pasa, que parece que tengo el cuerpo cortado —decía ella sin querer quitarse su colorido y original abrigo ni siquiera dentro del restaurante.

—Te pasa que te entran sudores fríos por la cogorza, yo es que alguna me he cogido doblada con Ylenia —le respondió Ava y yo les lancé una mirada incendiaria, mientras que mi hermana le dio un codazo que casi le parte el brazo.

—Ya hablaremos tú y yo —le advertí.

—¿En tu despedida de soltera? No me creo que le vayas a echar una bronca —me preguntó Madeline.

—Capaz es —le dijo Samantha—. Esta es peor que una institutriz alemana.

—No, no, pues te me vas relajando, ¿eh? No sea que me estreses a los nietos. Ya le diré yo a mi hijo que te dé candela…

Había que morir con Madeline y sus cosas, por lo que todas nos doblábamos de la risa.

—Si le da, le da, se escucha en todo el rancho —le aclaró mi hermana.

Mis mejillas ardieron, pero lo que no debió arder tanto fue el plato de sopa de mi suegra, porque ella lo probó y llamó al aludido camarero.

—¿Puedes venir un momento por favor? Es que el plato de sopa parece que me lo han preparado en la cocina de un iglú. Le dices al cocinero que me lo traiga más caliente o voy a coger amigdalitis por su culpa —le indicó para risas de todas nosotras.

—Pero señora, eso no es posible, voy a comprobarlo yo —le dijo mientras que metía el dedo en la sopa, sin más.

Yo me quedé muda y Madeline bizca.

—Serás guarro, ahora me lo cambias, por listo. Y di tú que no te ponga una reclamación. Venga, quita esto de mi vista, qué asco…

—Pero asco, en mi plato hay una mosca —se quejó Rachel, echándose hacia atrás.

—¿Una mosca? ¿Qué dices? Pero ¿dónde está la higiene en este restaurante? —le pregunté yo al tipo aquel.

—Pues no sé porque a esa no la conozco, pero ahora mismo hago que la llamen por megafonía —me contestó él.

—Pero qué dices, ¿tú qué te has metido antes de venir? —le pregunté.

Todavía no salía de mi asombro cuando a Ava, otro de los camareros, le dio tal empujón al tratar de evitar caerse que su colgante terminó en el interior de su exquisito cóctel de mariscos.

—Espera que yo te lo rescato—se ofreció el guarro de su compañero, mientras la otra le gritaba que ya lo sacaba ella.

Era para salir corriendo de allí, si bien Madeline estaba apoltronada y no tenía la más mínima intención.

—A mí me traes un vinito, que veo que se está caldeando mucho el ambiente y ya me puedo quitar el abrigo y todo —le pidió.

Ella se lo fue quitando, dejándose su abrigo debajo cuando el camarero le echó un ojo y avisó con la mirada a otro, de mayor edad, para que no se la perdiera, ¿es que le estaba buscando un pretendiente?

Yo no me lo podía creer, si bien aún me quedaba mucho por ver. De hecho, el mayor se acercó y comenzó a tratar de ligar con ella.

—Señora, no he podido evitar observar cómo se quitaba usted el abrigo y he pedido al encargado que apague las luces, puesto que será un gasto innecesario; usted me ha deslumbrado —le confesó aquel donjuán de pacotilla mientras le besaba la mano.

Yo sí que iba a comenzar a sudar, y la gota gorda, porque aquello no era normal. Así, cuando el otro le trajo el vino, cogí la copa y me la eché a pecho. No fue hasta que me la terminé, ya que la garganta se me había secado, cuando me di cuenta de que el vino no estaba bien.

—¿Otra cosa más? A mí me da que voy a necesitar varios pliegos para poneros la reclamación, porque esto ya es muy fuerte, ¡este vino está picado!

—Picado, pero eso no puede ser —El tío cogió mi propia copa y se sirvió, probando como si nada.

—Bueno, pues la verdad es que igual un poco picadillo sí que está, pero que también usted es muy tiquismiquis.

—No como mi flor de invierno, que parece un encanto —añadió el otro camarero, el mayor que seguía tratando de camelarse a mi suegra.

—Es que una siempre partió cuellos, eso no se puede evitar, ¿tan picado está el vino? Igual se puede aprovechar —Le echó ella mano a la botella, la cual le aparté, menudo peligro que tenía…

—¡Bueno, ya está bien! —chillé porque me estaban dando la noche y no ella, sino aquellos tíos que parecían haber sido sacados de un zoo, aunque un macaco tiene muchos más modales que ellos—, ¿qué se supone que está pasando aquí? —les pregunté yo sin la menor idea.

—¡Que te estamos gastando una broma, hermanita! ¡Que son actores! Y por mí les diría que siguieran, pero como veo que al final tendremos que ponerte una pastillita debajo de la lengua, pues eso —rio Ylenia.

—¿Actores? Vosotras sí que sois buenas actrices. Me la habéis dado con queso, mis niñas… ¡La madre que me echó al mundo! Estaba a punto de lanzar los brazos para ambos lados, y sacudiros a los dos —les conté a los falsos camareros.

—Y se notaba, y se notaba —me contestaron ellos.

—Entonces, ¿yo no te gusto? —le preguntó Madeline a su pretendiente.

—Señora, usted es realmente deslumbrante y lo sabe, en eso no he actuado —le contestó él, muy caballeroso mientras le daba un beso en la mano.

—Ah, vale, me creía…

Mi futura suegra, a la que ya consideraba como tal, era todo un personaje con el que nos quedaban varios días por reírnos. Y más cuando, a partir de ese momento, nos trajeron el vino nuevo y se adueñaba de la botella, sirviéndose dos copitas mientras nos servía una a las demás, ¡y cualquiera le decía nada!

Capítulo 34



El resultado fue que Madeline hacía eses cuando salimos del restaurante ya que, entre unas cosas y otras, llevaba un buen día de bebida… uno de campeonato.

—Y ahora nos vamos a apostar al casino, querida nuera —me decía mientras yo trataba de que no se cayera.

—Sí, sí, y tanto que vamos a apostar, ¿qué te apuestas a que no llega? —le preguntaba Ava en tono jocoso a mi hermana, partida de la risa.

—Niñas, que os estoy escuchando y vosotras no sabéis cuánto alcohol puedo llegar a almacenar en mi cuerpo serrano. En mi primera boda, con el padre de Derek, casi lo tumbo a él y a todos sus amigos con este físico tan menudo. Yo no es que suela beber, pero el día que me pongo no tengo fin…

—Ya lo vemos, ya lo vemos. Y ni te sienta mal ni nada, estás de lo más graciosa —la animaban las niñas.

—Pues ahora, por animarla, la lleváis vosotras, que voy a pillar una tendinitis —les advertí porque no podía con ella, ya iba yo hecha polvo de tirar de su cuerpo.

—Vamos a sentarnos en este banquito y esperamos un taxi —Cogió uno a lo justo—. Y así os cuento las cosas de mis bodas y…

Madeline era lo más salado que había parido madre, esa es la realidad, pero también lo era que iba borrachina como un piojo y que no parecía ser muy consciente de ello. Lo malo sería que quisiera seguir bebiendo…

—Yo, porque le soy fiel a mi Klaus, porque si no, ese camarero cae, ¿qué digo camarero, si en realidad es actor? Eso me pone… Con lo que me habría gustado a mí triunfar en Hollywood, ¿os he contado que una vez fui a probar suerte? Ya casi tenía el papel en mis manos, pero al final me lo robó Melanie Griffith, que era más joven que yo, tenía más morros y más altura… Como si las bajitas no valiéramos, con lo que encerramos.

—Desde luego, suegra, que tú tienes la gracia concentrada.

—Y la mala leche también cuando llega la ocasión, nuera, no te vayas a creer. Yo te digo una cosa: a los hombres hay que darles una de cal y otra de arena.

—Ya, ser dulces con ellos para tenerlos comiendo de la palma de tu mano, pero luego darles el zasca cuando hace falta, ¿no? —le preguntó Ava.

—Claro que sí, niña, ahí está el truco. Así tengo yo loquito a mi Klaus, porque lo tengo, lo sabéis…

Todas dábamos fe. Yo del todo no estaba de acuerdo con sus métodos porque no creía que fuese necesario.

—Madeline, Derek es un cielo, al menos ahora. Yo no creo que se merezca que me ponga en plan sargento…

—Bueno, pero si alguna vez te hace falta, no dudes en ponerle en su sitio, que los hombres si no… Ay, dios mío, yo lo que necesito es un baño, he bebido demasiado.

—¡Que esta mujer echa la pota! —nos advirtió mi hermana, mientras salía corriendo con ella y con Ava, ambas llevándola en volandas.

Salieron corriendo hacia la puerta de un local en la que un par de gorilas les dijeron que no podían entrar.

—Se trata de una fiesta privada para caballeros, no pueden pasar, lo sentimos mucho —les dijeron.

Yo ya estaba detrás de ellas tres y me caracterícé.

—¿Acaso no tiene sentimientos? ¿No ve que esta mujer está mal? Qué poquísima vergüenza, necesita un baño.

—Y yo necesito que me suban el sueldo y me jodo —me respondió la mala bestia esa a la que me dieron tremendas ganas de arrearle un bolsazo.

—Sobórnalo, que este lo que quiere es pasta —me pidió Madeline, volteando los ojos, ante lo que saqué la tarjeta de crédito.

—Claro que sí, te cobro con datáfono y te hago factura —se rio el gorila mirando a su compañero.

Abrí la cartera y les tiré un puñado de billetes mientras entrábamos a la carrera.

Nada más poner un pie en el local las niñas se fueron con ella hacia el baño y yo comprobé que la fiesta de caballeros debía ser también una despedida de soltero o algo parecido, si bien de algún maduro, porque las edades de ellos superaban los cuarenta.

En cualquier caso, no estaba la típica estríper (que tampoco quería imaginarme en la de Derek), sino que había una legión de chicas, más jóvenes que ellos, en actitud muy complaciente.

—Ni una de estas son sus mujeres —decía Madeline con muy buen ojo mientras la perdía entre la multitud… Entre la multitud en la que reparé en una de las chicas y el pecho comenzó a latirme a toda velocidad, ¡era Kate!

Sí, digo bien, era Kate y parecía hacer de chica de compañía de un hombre maduro con pinta de adinerado. Tuve que refregarme los ojos para comprobar que no estaba soñando, que todo lo que me enseñaban era real, y entonces escuché la voz de aquella mujer, que parecía ser la que manejaba el cotarro, tan glamurosa como decidida.

—La miras mucho, se llama Susan, ¿es que acaso te ha gustado? Lo siento, ella no acompaña a mujeres, solo a hombres.

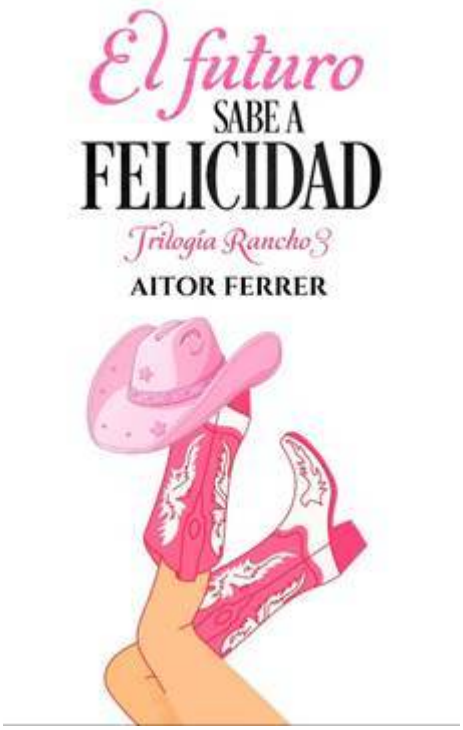
—¿Susan? No puede ser, ella se llama Kate y…

—¿Kate? Ella puede llamarse de muchas maneras, depende de cuánto le paguen por ello. Creo recordar que hace poco estuvo trabajando un tiempo para un tío para el que se hizo llamar así, ¿tú quién eres?

—¿Trabajando para un tío? ¿A qué te refieres?

—Un camelo, el tío pretendía hacerla pasar por su prometida. Por lo visto quería atraer la atención de una incauta simulando una boda o algo parecido. No recuerdo más detalles, para mí trabajan muchas chicas y Susan es una de las que más tiempo lleva. El tío le pagó bien y era un trabajo fácil, no todos lo son. Y encima me contó que estaba buenísimo, una suerte porque, como también comprenderás, no siempre lo están. Y hablando de estar, oye, ¿tú estás bien? —me preguntó porque se me nubló la vista.

El futuro sabe a felicidad



Capítulo 1



Inexplicables los momentos de tensión que pasamos en ese local…

Yo los recordaba mientras íbamos subidas en el avión de vuelta, al día siguiente, y aún no me lo podía creer.

Fue realmente estrambótico, ridículo, espantoso, increíble… Comienzo y no termino con los muchos adjetivos que podría otorgarle a lo que solo tenía un nombre: traición.

Derek me había vuelto a traicionar tomándome por una ingenua, por una verdadera pardilla… Él había lanzado el anzuelo y yo, como un pequeño pececillo que navega sin rumbo alguno, lo había mordido.

Recuerdo que Madeline salió del baño del local cuando se encontró conmigo y vio que mi cara había palidecido hasta mostrar un color céreo que debía dar verdadera pena o miedo, si bien también es posible que diese ambas cosas al mismo tiempo.

—¿Qué te pasa, nuera? —me preguntó.

—Pues justo tiene que ver con eso, Madeline, porque yo soy tu nuera, pero es que resulta que esa chica que ves allí —le señalé a Kate—, esa también es tu nuera o lo era…

—Espera, Tiffany, ¿qué me estás contando? Porque yo sé que he bebido de más, pero tanto como para ver a mi nuera doble no… Y, además, que esa chica no se te parece.

A todo esto, Kate no nos vio. Y yo lo preferí porque, aunque se tratase de su trabajo, ella participó en el engaño y yo no la habría podido recibir de buen talante, eso me resultaría imposible, y allí se formaría la marimorena.

De todas formas, donde se iba a formar una buena zapatiesta, una de las gordas, era en el rancho y cuando yo llegase. Derek ya debía estar con la mosca detrás de la oreja porque no volví a hablar con él. Tampoco lo hizo el resto, ya que les pedí discreción, consiguiendo billetes de vuelta en el siguiente vuelo que partió rumbo al lugar donde estaba ese rancho que, definitivamente, suponía una verdadera maldición para mí.

Las chicas me miraban con lástima. Y el problema es que yo no quería que me mirasen así. Tampoco podía evitar que resonaran en mi mente, una tras otra, casi a modo premonitorio, esas palabras que pronunciara Madeline con respecto a que, a los hombres, llegado el caso, había que ponerlos en su sitio.

Mucho me temía yo que, a Derek Miller, por muchas cosas que pudieran haberle dicho las mujeres, le pusiera alguna en su sitio como yo lo iba a hacer. Me sentía tan idiota al pensar cómo rebatí sus palabras, diciéndole que su hijo no se lo merecía.

Lo que no se merecía su hijo, y de eso estaba cada vez más segura, era nada bueno. Cómo me la había jugado, burlándose de mí.

No, es que no podía ni pensarlo sin apenas volverme loca, ¿en qué momento se le ocurrió la absurda y grotesca idea de simular una boda para invitarme a ella? Muy sencillo; cuando murió mi padre.

Derek debió urdirlo todo en el momento en el que pensó que mi padre ya no estaba en el mundo y que, por tal razón, no podría poner el grito en el cielo si me veía con él. Y entonces decidió engañarme, ¿por qué? Pues no lo sabía, igual porque en su día no se salió con la suya, cuando mi padre nos separó, y juró vengarse de él cuando falleciese.

Sé que puede sonar fatal, pero es que él sabía que mi padre se revolvería en la tumba y existen personas lo suficientemente rastreras como para querer vengarse hasta de un difunto.

Yo pensaba en diversas posibilidades, si bien al final debía claudicar: todo lo vivido fue un engaño, y punto.

Su madre, Madeline, no sabía qué decir al respecto. Ella ya no vivía allí cuando nosotros nos conocimos en el pasado, por lo que tampoco contaba con esa referencia. Aun así, quiso hablarme en algún momento durante el vuelo, como es lógico y normal por otra parte.

—Tiffany, yo no soy la típica madre que pretenda defender a su hijo a capa y espada, haya hecho lo que haya hecho. Te prometo que me considero una persona justa y entiendo tu dolor, entre otras cosas porque soy una mujer seria —Yo la miraba allí, tan chiquitilla, y con su abrigo amarillo y es que ya no sabía lo que pensar de nada—. Cariño, sé que mi hijo ha sido muy golfo, yo no voy a contradecirte, pero te prometo que jamás le he visto tan feliz como contigo.

—Porque se había salido con la suya, por eso. Se ha reído de mí, me ha engañado y fingió no saber el motivo por el que Kate se marchó, ¿sabes que llegué a sentirme culpable de su marcha? Por un momento se me ocurrió que tuviera que ver conmigo, con que ella pudiera pensar que había algo entre nosotros o… En fin, pensé tantas cosas.

—No lo entiendo, no lo entiendo, ¿cómo ha podido mi hijo hacer algo así? Yo estoy segura de que él te quiere…

—Él lo que quiere es alzarse con un trofeo, Madeline, no te engañes. Eso es lo que quiere tu hijo…

—Tiffany, deberías tranquilizarte, puede que todo esto tenga una explicación —me decía mi hermana con voz entrecortada, viendo el

tremendo berrinche que yo llevaba encima.

Casi igual fue el vuelo de ida, entre bromas con la azafata, que el de vuelta, que más tenía aire de velatorio que de despedida de soltera. Y de milagro si no sería así, porque yo a Derek Miller es que deseaba matarle y no sabía cómo iba a contener esas ganas de hacerle picadillo.

Todas debían pensar que se mascaba la tragedia cuando el avión por fin aterrizó.

—Os pido por favor que sigáis sin atender los teléfonos, quiero pillarle desprevenido.

—Pero los chicos ya saben que pasa algo, porque estamos todas más calladas que en misa —opinó Ava.

—Sí, todos lo saben, incluido Derek, pero no conoce la envergadura de lo que voy a soltarle.

Capítulo 2



Llegamos en taxi al rancho y fue Hayden el primero en vernos.

—Por el amor de Dios, ¿dónde os habíais metido? Nos teníais muy preocupados —nos preguntó mientras besaba a mi hermana.

—Es que se ha formado una buena y nos hemos tenido que volver —le indicó ella.

—¿Tanto la habéis liado? ¿Os han echado de Las Vegas? —le preguntó él incrédulo.

—Ojalá, chaval, por lo menos tendría una algo bien emocionante que contarles a sus nietos y no que, ahora, ni nietos voy a tener, ya lo verás.

Lo decía Madeline cuando Derek apareció totalmente extrañado.

—Amor, ¿qué hacéis aquí? ¿Dónde os habíais metido? —Él salía de la casa con Klaus detrás, sin que el hombre supiera qué decir tampoco.

—¿Amor? ¿Amor de quién? —Me fui hacia él con el tono más chulesco con el que jamás le hablé nadie.

—Amor mío, evidentemente, ¿qué te sucede, Tiffany? Cálmate, por favor —me pidió.

—¿Que me calme? ¿Y tú me pides que me calme? ¿Cuándo, Derek? ¿Cuándo me lo ibas a contar?

—¿De qué me hablas? —Su rostro palideció también por completo.

—De tu secretito, de ese motivo por el que no me podías contar por qué se fue Kate —en ese instante palideció aún más—, ¡de que se trataba de una chica de compañía! —le chillé.

La expectación que se estaba creando en la puerta de la casa era grande. Thomas y Molly miraban por la ventana de la cocina y del salón respectivamente, de un modo discreto y durante unos segundos, tras los cuales volvieron cada uno a sus puestos.

—Cielo santo, ¿lo sabes? Te prometo, te doy mi palabra de honor de que pensaba contártelo, pero no veía el momento.

—¿Lo habéis escuchado? Su palabra de honor dice, ni que él tuviera honor —me dirigí a todas las chicas, a Klaus, a Hayden y a Martín, quien también se acercó en ese momento.

Para que no faltara de nada, Kevin también iba hacia la puerta, enterándose de todo. El veterinario, como empleado del rancho que era, nos saludó de manera comedida y siguió caminando. Yo estaba hecha una furia y no era plan de pararse.

—Cariño, entiendo perfectamente que pienses eso y que estés enojada —me comentó él.

—¿Enojada? ¿Tú crees que la palabra que define cómo me encuentro es enojada? Estoy rabiosa, estoy que te muerdo y te tienen que ingresar, no ya porque me lleve el pedazo, que también, sino porque la rabia te la pego, eso fijo.

—De veras, de veras que tenía intención de comentártelo antes de la boda, pero no encontraba el momento. Temía mucho tu reacción porque sé que no actué bien, pero es que fue lo único que se me ocurrió para poder acercarme a ti. O, mejor dicho, para que tú te acercaras a mí.

—¡¡Bravo!! —aplaudí—. ¡¡Así se hace!! Te enteraste de que teníamos problemas económicos y decidiste que era el momento de ayudarnos para satisfacer tu ego, para salirte con la tuya y para reírte de toda mi familia al completo, incluido ese padre que se debe estar revolviendo en su tumba.

—No digas eso, por favor, sentí mucho su muerte, no imaginas cómo lo lamenté.

—¿Y por qué razón? Porque hasta donde yo sé te ha venido genial, así podrías darme coba sin que él se entrometiese, porque sabes que no lo hubiese permitido, por eso.

—Cariño….

—¡Vuelve a llamarme cariño y sabrás lo que es bueno! —le amenacé.

—Tiffany, es que creo que esto lo deberíamos discutir en privado —me pidió viendo que algunos de sus empleados estaban haciendo oreja, cosa que me importaba un comino.

—¿Por qué? Ya lo supongo, porque te da vergüenza que todos sepan quién eres y hasta dónde puedes llegar. Será por eso, ¿no? Pues no te valdrá de nada, te lo prometo. Pienso manchar el nombre de Derek Miller hasta que no quede ninguna posibilidad de limpiarlo. Esto se va a saber por todas partes, la próxima vez que quieras engañar a una pobre desgraciada como yo, te lo vas a pensar —le advertí.

—Eso no me importa, solo quiero que te calmes, por eso te decía que entrases en la casa a hablar, ¿es así como crees que te veo? Tú no eres para mí una pobre desgraciada ni lo serás nunca.

—No, claro que no. La cosa es peor todavía. Me ves como a una imbécil a la que puedes manejar a tu antojo, así es como me ves. Y sí, desgraciada porque me quedé sin nada económico, pero ¿sabes lo que te digo, Derek Miller? Que soy y siempre seré mucho más rica que tú porque yo tengo algo que tú nunca tendrás; valores.

—Y justo por eso te adoro, por tus valores, Tiffany —me decía totalmente amargado al verse descubierto.

—Sí, y yo me chupo el dedo. Un día creí odiarte, Derek Miller, pero eso no es nada para lo que de veras te odiaré ahora. Eres repugnante, eres vil, eres frío y calculador… Eres lo peor y me alegro mucho de que todos se enteren.

—Sé que te fallé una vez y que te fallé a lo grande, pero desde nuestro acercamiento no te he mentido en nada. Me enamoré de ti como un loco y sí, pensé que la única forma de recuperarte era traerte al rancho, jugué mis cartas, lo reconozco, pero no para reírme de ti, sino para reconquistarte.

—Tú no tienes ni idea de lo que significa amar en serio a una mujer, porque si la tuvieras nunca me habrías mentido.

—Y si no te hubiera mentido, jamás te habrías acercado.

—Pues debiste dejarlo así, al menos ya la herida había cerrado, ¿sabes? Sí, porque los demás lo ignoran, pero es hora de que sepan que me

destrozaste siendo una chica tan joven y que te amaba sin medida… Te acostaste conmigo y luego no apechugaste, te olvidaste de mí.

—Ya te expliqué, Tiffany, ya te expliqué.

—¿Y a mí qué? ¿Crees que tus explicaciones me valen? Judas que eres un Judas, ¡te odio y no quiero volver a verte en tu puñetera vida!

—No digas eso, te lo ruego, no digas eso…

—Diré lo que quiera, ¿vale? Porque es lo que siento y esta vez lo voy a cumplir… Nunca pude olvidarme del todo de ti, nunca durante tantos años, pero ahora… Ahora maldeciré tu nombre cada vez que se me venga a la cabeza hasta que se me olvide, hasta que se me olvide que quise al más ruin de todos los hombres.

Las chicas lloraban igual que su madre. Mi hermana me agarró por el hombro y le miró con desprecio.

—No podía imaginarme que un día le hiciste tanto daño a mi hermana, Derek Miller, pero mucho menos que se lo volverías a hacer —le habló de una forma tan breve como contundente.

—Déjalo, Ylenia, no te metas, no vale la pena —le pedí.

—Por favor, Tiffany….

—Por favor, ¿qué? —me volví como si estuviera poseída y él entendió que era hora de callar, hora de guardar esa lengua suya en la boca… Una lengua que solo valía para decir mentiras.

Madeline entró en la casa detrás de mí.

—Lo siento, lo siento mucho, querida —Me abrazó.

—Y yo siento mucho que hayas tenido que escuchar todas esas cosas sobre tu hijo. Te tengo un gran aprecio y cariño, ojalá él se pareciese más a ti —le comenté.

—Pero ¿qué haréis ahora?

—Irnos, marcharnos de aquí y no volver a verle la jeta a tu hijo —le contestó mi hermana, quien estaba muy dolida al comprobar el mucho dolor que yo había guardado para mí durante años… durante años en los que consideré que debía guardar silencio y lo hice.

—Y que sepas otra cosa, que por culpa de tu hijo mi hermana perdió su carrera —le aclaró también mi niña.

—Ylenia, ya… Madeline no tiene la culpa de nada —le pedí.

—No, pero tiene que saber, es justo que se sepa…

—Y es justo entonces que él te ayude a prosperar en la tuya —repuso ella.

—No, yo ya encontraré a otro patrocinador. Soy buena, puedo hacerlo —le comentó.

—Lo sé, pequeña, lo sé perfectamente y a pesar de todo te digo que mi hijo os debe ayudar. Si tanto se ha equivocado está en deuda con vosotras —insistió Madeline.

Era buena mujer, de eso no cabía duda. Otra habría podido ponerse del lado de su hijo, dándole razones sin ton ni son, y ella no lo hizo. Madeline entendió el dolor tan grande que yo estaba sufriendo y quiso que se hiciera justicia.

—Sé que mi hijo te regaló el caballo y que está a tu nombre. Al menos, si vas a renunciar al patrocinio de Derek, acepta ese regalo. Es lo menos que puede hacer por ti y la única posibilidad que tienes de triunfar. Las cosas, si no, se os pondrán muy feas, y no lo merecéis —le comentó a Ylenia.

Medité durante unos segundos las palabras de Madeline. Era muy cierto que no podríamos continuar con el patrocinio de Derek porque ninguna de las dos lo soportaría, pero lo de Pegaso… Yo consideraba que él se había reído y se había aprovechado de mí, así que era justo que en eso mi hermana saliera beneficiada.

Derek trató de acercarse a ambas. Venía de fuera con el gesto completamente descompuesto tras haberse visto desenmascarado.

—Tú —le señalé—, a Pegaso sí que nos lo llevamos, es lo único que aceptamos —le dije de mala gana.

—Y ni eso deberíamos aceptar —se quejó Ylenia por lo bajini.

Yo entiendo que ella, mucho más joven que yo, quisiera poner el orgullo por delante de todo, pero había puesto mucho esfuerzo en que el caballo se fuera clasificando cada vez mejor cara al Derby de Kentucky, y ese esfuerzo no se podía desperdiciar… Aparte de que Madeline tenía razón en que podía representar la última gran oportunidad de Ylenia, porque a veces puedes ser muy buena y no tener suerte, y más en un mundo tan exclusivo como el de la hípica. Mi hermana pasaría a la historia sin un buen caballo.

—¿Te vas a ir de verdad? —me decía él negando con la cabeza.

—Aparte de vil, encima idiota, pues claro que me voy. Mejor dicho, claro que nos vamos.

—Diré que os preparen a Pegaso y yo mismo os llevaré a…

—¡Tú no nos llevas a ninguna parte! —le prohibí.

Derek estaba en *shock*. Madeline parecía tener más control sobre la situación.

—Klaus y yo nos encargaremos, hijo.

—No es necesario, Madeline, con que nos preparen el caballo es suficiente —le pedí porque el contacto con ella también me haría daño.

Lo último que nos quedaba, aparte de Pegaso, era el coche de mi padre. Tendríamos que venderlo para poder alojarnos en algún lugar mientras yo me anunciaba para dar clases como profesora de equitación, clases que habría de sumar al entrenamiento de Ylenia.

De repente, todo se volvió muy oscuro. Y no lo digo en sentido metafórico, sino que las nubes comenzaron a cubrir el cielo de Ohio. Fue algo súbito que terminó en una tormenta que se asemejaba en mucho a la que había en mi cabeza en esos momentos.

Recogimos todas nuestras pertenencias a la carrera, y de allí nos marchamos a por Pegaso, el cual ya nos tenían preparado en la puerta.

Era demencial, mi hermana lo montaba camino de la cerca que separaba el rancho del resto del mundo, ¿dónde llevaríamos al animal? Yo conducía el coche sin mirar atrás, tampoco miraba ella. Si algo compartíamos, aparte de la sangre, era el orgullo, y no pensábamos darle ninguna satisfacción a Derek.

Prometí que no lloraría más por él, pues ya derramé bastantes lágrimas en su día. Derek me había vuelto a dañar y eso no tenía nombre. No merecía mi llanto, mi pena ni mi compasión, y nosotras… Nosotras merecíamos la suerte que nos faltó hasta ese momento y respecto a la que yo rezaba para que viniese de camino.

Capítulo 3



El sonido de la cerca del rancho Miller cerrándose tras nosotras se me representó como el cierre de una etapa. Una etapa que, a pesar de que había sido larga (pues él permaneció en mi vida demasiados años, fuera yo o no consciente de ello) y dolorosa, terminaba por fin.

Sí, había sido muy dolorosa y la razón era bien sencilla; yo había pagado un precio muy alto por ella. Para los pocos momentos de felicidad que me supuso, la amargura fue descomunal.

Salimos y mi hermana me miró. No esperábamos que Kevin también nos estuviese esperando fuera, esa sí que fue una total sorpresa que me dejó sin habla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté sorprendida.

—¿A ti qué te parece? —resopló—. No pienso dejaros tiradas, ese no es mi estilo.

No, no lo era. Por lo que yo iba viendo, su estilo era único e inconfundible; el estilo de uno de esos hombres a los que no se les llena la boca diciendo que lo son y que, aun así, o precisamente por eso, son incapaces de dañar a una mujer.

A Derek Miller toda la fuerza se le iba por su mentirosa boca, mientras que otros, a la chita callando, esperaban su oportunidad para tender una mano sin pedir nada a cambio.

—Kevin, esta no es tu batalla. Nosotras hemos salido echando pestes por la boca de ahí dentro y tú eres empleado de Derek. No quiero que esto te afecte, él se lo podría tomar a mal y, como te digo, es tu jefe.

—¿Quieres dejar de sacar conclusiones, preciosa? Eso no me preocupa en absoluto. Si te has pensado que me afecta lo que Derek Miller piense te equivocas porque he decidido dejar el trabajo —me anunció, dejándome con las patas colgando.

—No, eso no puede ser —quise rebatir sus palabras porque no lo vi justo.

—¿Y por qué no puede ser? ¿Me lo puedes decir?

—Claro que puedo decírtelo, porque él es mala pareja, pero no mal jefe y tú estás a gusto trabajando en el rancho.

—Estaba a gusto, y perdona que te diga, pero quien no es buena pareja tampoco es buena persona. Si eres capaz de jugársela a quien tienes a tu lado, qué no serás capaz de hacer con el resto si llega el momento y te interesa.

—No lo había pensado así…

—Pues yo sí. Y aparte, te ha hecho daño y eso no se lo consiento, no se lo pienso consentir ni ahora ni nunca. Quien daña a quienes me importan están de más para mí en el mundo.

—Está bien, no esperaba tanto apoyo, gracias. Tú sabrás lo que te interesa —le decía yo mientras que Ylenia esperaba detrás, subida en Pegaso.

—Sí, sí, deja que tome mis propias decisiones. Y ahora una propuesta: os venís a dormir a mi casa.

Faltaba poco para la hora de irse a la cama y nuestra situación era verdaderamente lamentable, pero me pareció excesivo.

—No, no, eso no puede ser. Te lo agradezco igual que si aceptase, pero no puedo aceptar.

—¿Y eso por qué? —me preguntó él muy decidido, como si lo lógico fuese que aceptásemos.

—Porque no, porque no podemos abusar así de tu hospitalidad.

—Menos mal que has dicho de mi hospitalidad, porque si me llegas a decir «abusar de ti» a secas, me troncho —trató de hacerme reír.

—Que no, hombre, que no… Que no puede ser y ya, aparte de que es imposible.

—Lo dices con tanta certeza que bien pudiera parecer que tienes hasta un plan mejor.

Pensé y lo único que nos quedaba a mi hermana y a mí era un puñado de dólares que llevábamos encima. El coche lo podríamos vender, pero obvio que no esa noche, la cual se presentaba jodida. Desde ese punto de vista, Kevin era una especie de salvador para mí, porque Ylenia parecía estar menos preocupada. A su edad, igual pensaba que nos quedábamos durmiendo en medio del campo, ella sobre el caballo y yo en el coche.

—No, cierto que no tengo un plan mejor —murmuré—, lo cual no quiere decir que ese sea bueno.

—Sé lo que estás pensando —me comentó mirándome fijamente—. Crees que me estoy metiendo en la boca del lobo al hacerte este ofrecimiento porque sabes que me gustas y temes que me cree expectativas, ¿es así? —me preguntó.

—Prefiero no entrar en ciertos temas, ¿vale?

—Lo entiendo perfectamente, bastante tienes ya con lo que te acaba de ocurrir. Piensa que yo soy mayorcito y que, si te hago este ofrecimiento de corazón, es porque me parece bien.

—Está bien, pero solo por esta noche, ¿te parece?

—De acuerdo, solo por esta noche —asintió.

—Ylenia, nos vamos a casa de Kevin —informé a mi hermana que estaba por allí, haciendo cabriolas con Pegaso. En el fondo era muy nerviosa, aunque también era una deportista de élite que trataba de controlarse cuando la presión amenazaba con poder con ella, y eso le servía también para la vida real.

—¿A casa de Kevin? —me preguntó parándose en seco.

—¿No te parece buena idea?

—Sí, sí, vale, ¿y Pegaso? ¿Dónde se quedará él?

—Yo no vivo en un rancho como este, la mía es una casita modesta, pero tiene un jardín con porche donde podría guarecerse, ¿te parece? —le ofreció.

Kevin, evidentemente, era un amante de los animales. Y ya solo con eso se ganaba a Ylenia, quien asintió.

—¿Tu casa está cerca o es que viene alguien a recogerte? —le pregunté porque vi que él iba andando.

—No, vivo solo, nadie me recoge. Está a unos veinte minutos caminando, por eso suelo ir y venir a pie, me gusta hacer algo de ejercicio.

—Está bien, sube entonces al coche.

—¿Subo? Muchas gracias —se alegró.

—¿Muchas gracias por llevarte en coche? Pero si tú nos ofreces tu casa, hombre.

—¿Y qué? Hay que ser agradecido igualmente, y yo lo soy a la vida.

—Se te nota, Kevin, se te nota.

Capítulo 4



Me gustó el rollo de su casa nada más verla. Me explico, no era ni mínimamente ostentosa, pero tenía un encanto especial.

La suya era la típica casita de campo con un poquito de terreno y ese porche del que nos habló y que resultaba ideal.

La lluvia que mencioné antes apenas duró unos minutos, los suficientes para parecerme que hasta el cielo lloraba por la fechoría llevada a cabo por Derek, pero cuando salimos del rancho ya no llovía, quedando una buena noche.

Ylenia miraba hacia dentro, todavía montada en Pegaso, mientras yo esperaba igualmente para meter el coche.

—Mola, este sitio mola —afirmó, entre otras cosas porque sabía la mucha importancia que yo le daba a que ella estuviese bien, y no quería disgustarme, aparte de que la casa ciertamente molaba.

—Sí que mola, pero pronto podremos valernos por nosotras mismas. Es algo provisional, todo está bajo control, es solo por esta noche.

—¿Quieres no sentirte tan responsable de todo? ¿Me haces ese favor? Kevin se ha ofrecido a ayudarnos, no eches tanta carga sobre tus espaldas. Da igual que sea una noche, dos o dos semanas.

—¿Dos semanas? Y me muero —Hice el gesto de que me desmayaba y causé su risa.

Por dentro estaba muerta realmente, aunque había prometido no llorar y me importaba mucho cómo estuviera mi hermana, así que me encantó hacerla reír.

—Ya podéis pasar —me indicó Kevin—, estáis en vuestra casa.

Yo aparqué el coche e Ylenia se acercó con Pegaso hasta el porche.

—Traeré mantas y le haremos una camita. Estará genial hasta que mañana le busquemos una cuadra —le comentó a mi hermana y ella me miró.

—Mañana espero tener el dinero, creo que alguien me comprará el coche. Lo dejaré barato y…

—¿Y malvenderlo? He dicho que le buscaremos cuadra, no que haya que pagarla de inmediato. Soy veterinario y más de uno me debe un favor, contad con una cuadra, ¿ok?

—¿Tú te has creído que podrás solucionar todos nuestros problemas? —me encogí de hombros.

—Quizás no todos, pero sí la mayoría, de eso estoy seguro.

Dejamos a Pegaso en el porche y entramos en la casa. Si su exterior de madera me gustó, más me gustó su interior, igualmente confortable y decorado de un modo minimalista, pero con mucho gusto.

Se respiraba calma y paz en el ambiente, y eso me pareció genial. La casa, eso sí, no era grande, como ya he dicho.

—Voy poco a poco, de momento tiene un dormitorio, salón, cocina, baño y porche… Tengo proyectados varios módulos más que iré añadiendo con el tiempo, para así hacerla más amplia —nos explicó.

—No hay problema, Ylenia y yo dormiremos en el sofá. Nos acurrucaremos y estaremos bien.

—Ni en broma, os quedaréis en mi cama, que es grande y mullida, el sofá es para mí a partir de este momento.

—Yo no digo nada, hermanita, porque el sofá muy grande para dos no es —me hizo ver Ylenia.

—Está bien, aceptamos, pero solo porque es para una noche, ¿vale?

—Venga, y ahora os doy unas toallas y podréis ducharos, ¿os parece?

—Eso sí, vendería mi alma al diablo ahora mismo por una ducha, después del viaje y tal —le comenté.

—Pues no hace falta que vendas nada. Voy a por las toallas…

Abrió uno de los cajones y de allí sacó un par de toallas. Me llamó la atención que estaban ordenadas por colores y tamaños, todo muy meticuloso y perfecto.

—¡Toma ya! Yo soy mucho más desastre —le comentó Ylenia, porque el orden no era su fuerte. Ese más bien fue mi caballo de batalla con ella desde pequeña.

—A mí el orden me encanta, lo necesito en mi vida —le contestó él mientras le entregaba una de las toallas.

—Dúchate tú la primera —me ofreció ella.

—No, mi niña, entra tú —le pedí.

—Vale, pues voy rapidita, que sé que lo estás deseando. Y también sé que se te estarán cargando los músculos del cuello, como siempre que te tensas —me recordó.

Era mi hermana, pero si hubiera sido mi madre no me habría conocido mejor. Era verdad que, siempre que me tensaba, me dolía el cuello, el cual ya había movido incómodamente hacia ambos lados varias veces desde que entrase en la casa.

Mientras Ylenia se metía en la ducha, él se me acercó.

—¿Puedo? —me preguntó.

Me quedé desconcertada, pretendía ponerme las manos sobre el cuello. No tenía nada de particular y, pese a todo, casi parezco lela.

—Sí, sí, claro —terminé por decirle mientras me dejaba hacer.

Las manos de Kevin se posaron sobre mi dolorido cuello y actuaron como un verdadero analgésico.

Yo estaba tensa, pero tensa… Y él supo hacer que me relajara en pocos minutos. No que me olvidara de lo que me estaba pasando, pero sí de que el dolor de cuello acrecentara todo lo malo que me estaba sucediendo.

Ylenia salió al poco de la ducha y entonces me tocó el turno. Mientras el agua calentita caía por mi pelo hacia abajo, me sentí tremendamente reconfortada, como si pudiera tener un poder curativo que, evidentemente, no tenía, pero que me hizo sentir mejor.

Mientras, mi hermana se secaba el pelo y luego me tocó el turno a mí, por lo que estuvimos un ratito liadas. Al salir por fin las dos, ya cómodas y limpias, nos encontramos con que él estaba preparando una sopa y también con la mesa puesta.

—No tenías que haberte molestado —murmuré, un tanto sobrepasada.

—No es ninguna molestia. Digo yo que tendremos que cenar algo, ¿no?

—Digo yo, sí. Oye, y otra cosita, ¿cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por nosotras?

—¿Pagarme una sopa? No soy tan rata de cloaca, mujer. Considéralo una invitación en toda regla.

Me estaba pareciendo que el Kevin que conocería en esos días, mucho más cercano, contaba con un irónico sentido del humor que era de agradecer. Cuando crees que estás al límite, y de pronto encuentras a alguien dispuesto a echarte una mano, como que apenas puedes creerlo, tomándolo como una especie de ángel de la guarda, recién caído del cielo, o algo parecido.

Capítulo 5



Me desperté y pensé que estaba viviendo una verdadera pesadilla. Casi me echo a llorar, rompiendo mi promesa, al verme en casa de Kevin y recordar todo lo sucedido.

Ylenia dormía a pierna suelta a mi lado. Mi hermanita no es que estuviese contenta, pero los pocos años ayudan, y bastante, en situaciones tan feas como aquella por la que estábamos atravesando.

Me levanté de puntillas para no despertarla, pretendía que durmiera lo que necesitase. Ella también acusaría la situación y yo aspiraba, como siempre, a amortiguar todos los golpes que la vida pudiera asestarle.

Un agradable y reconstituyente olor a café me llegó desde la cocina, hasta la que me deslicé.

—Mi reino por una taza de ese humeante café —le pedí porque apenas podía abrir los ojos.

—Buenos días, Tiffany, ¿has podido descansar? —me preguntó.

—Tardé horas en dormirme y, cuando por fin me rindió el sueño, no paraba de despertarme. Tan solo un rato ahora, ya por la mañana.

—Poco a poco. Es normal para una primera noche. Yo os dejo preparado el desayuno y me voy al rancho, tengo que despedirme y recoger algunos de mis utensilios de trabajo que permanecen allí.

—¿Te mantienes en tus trece? ¿Te vas a despedir?

—Sí, ya te he dicho que no se me ha perdido nada trabajando con Derek Miller después de lo que te ha hecho. Además, que en esta zona no me faltará el trabajo, por esa parte te debes quedar tranquila.

—¿Y a mí? ¿Sabes de alguien que quiera recibir clases de hípica? Necesito trabajar y lo necesito para ayer —le dije mientras me ponía la taza de humeante café en la mano, cuyo contendido olisqueé gustosamente, antes de saborear.

—Claro, todo se andará, aunque vienen unos días un poco especiales e igual…

—Dios mío, no lo había ni pensado, ¡las Navidades! —exclamé.

—Exacto, unos días muy familiares y en los que la gente solo piensa en familia, en abetos y en regalos. Igual deberías esperar un poco.

—En eso tienes razón, ¿conoces a alguien a quien malvenderle el coche? Kevin necesito pasta, estoy desesperada.

—Mira, un coche de ese estilo no es lo que más se vende por aquí, ya que casi toda la gente opta por un modelo *pick up* y tal, pero ya lo colocaremos. Ahora bien, nada de malvenderlo, todo a su debido tiempo.

—Kevin, yo creo que tú no estás calibrando la situación, yo tengo que conseguir un sitio en el que quedarme ya con mi hermana. Y no tengo más que un puñado de dólares, ¿cómo lo ves?

—Lo vería jodido, pero estáis aquí y no os faltará de nada, ¿qué necesidad tienes de malvender y perder un montón de dinero? Pondremos un anuncio, se trata de un gran coche, sería una verdadera pena.

——En eso tienes razón, lo es. Pero también es todo lo que tengo para sacarnos a Ylenia y a mí de esta situación tan ruinosa.

—Muy bonito, ¿y yo no cuento? —me preguntó haciéndose el indignado.

—Sabes muy bien a qué me refiero. No deseo que seamos una carga para ti, y menos ahora que te vas a despedir.

—Cuento con ahorros y reitero que el trabajo no me faltará, ¿estamos o no estamos?

—Kevin, me estoy poniendo muy nerviosa, yo no sé vivir dependiendo de nadie.

—Y no dependerás, solo te hago una oferta: pasad aquí las Navidades. Luego podrás vender el coche, comenzar a trabajar, le buscaremos un nuevo patrocinador a Ylenia, pero no seas tan impaciente, te lo ruego. Vamos encarando los problemas uno a uno.

—Tú es que eres demasiado optimista y piensas que todo se nos va a solucionar, pero hasta que yo no lo vea…

—Yo no soy demasiado optimista, solo realista. Mira a mi alrededor, ¿ves este orden?

—Sí que lo veo, es la monda…

—Pues no es más que el fruto de dar un paso detrás de otro y de no pretender atajar. En la vida hay que ir haciéndolo así, los atajos suelen ser trampas.

—En eso tienes mucha razón. Y yo no quiero caer en ninguna más. No debí ir al rancho de Derek Miller, no por mucha falta que me hiciera.

—Tomaste esa decisión por el bien de Ylenia y, por lo que ahora sé, debió costarte mucho hacerlo.

—Ya, ahora lo sabes todo. Pues imagina. Creí que en el entorno de Derek no faltaría quien la ayudase, cuando él ya tenía pensado cómo lo haría todo. Prefiero ni nombrarle porque echaré el café, y está buenísimo, por cierto.

—Muchas gracias. Me encanta oírlo, aquí tienes tostadas y cruasanes también. Hay más café hecho para cuando Ylenia se levante, yo volveré en un rato porque Pegaso necesita que le encontremos cuadra, el porche no es lugar para él.

—No, y ahora te limpio la ventana —le dije porque, igual atraído por el olor del desayuno, el animal se había levantado y nos vigilaba a través de la ventana de la cocina, echando el vaho en ella.

—Ni se te ocurra tocarla, ya lo haré yo. Sois mis invitadas…

—Pero unas invitadas que tienen dos manitas. Aparte de que lo de las Navidades no está decidido, Kevin, me parece demasiado.

—Es lo que tiene. A mí me pareces tú demasiado cabezota y aquí estás. A cada uno le toca lo que le toca.

—Oh, pobre mártir —le sonreí.

—Te veo luego —me sonrió también antes de irse.

No sé qué hubiera hecho sin él en esos momentos. Si Kevin no hubiese estado me habría derrumbado también por fuera, cuando así solo lo hice por dentro. Eso es innegable; mi interior estaba como si por dentro de mi cuerpo hubiese pasado un maldito huracán. Un huracán llamado Derek Miller que arrolló con todo a su paso.

Capítulo 6



Hablé con Ylenia cuando se despertó, ya que nos encontrábamos las dos solas.

—Qué café más rico, ¿lo has preparado tú? —me preguntó mientras volvía a desperezarse.

—No, lo he preparado Kevin.

—Ya me extrañaba —sonrió burlona.

—¿Acaso mi café sabe mal? —me quejé incrédula.

—No, pero reconoce que este está mejor, ¿y Kevin?

—Ha ido al rancho a despedirse…

—¿Lo ha hecho en serio? Es un kamikaze el tío, flipo —afirmó con la cabeza.

—Yo no creo que sea buena idea, pero no he podido pararle.

—No, parece un tío decidido. No creo que sea de los que se dejan parar.

—No, yo tampoco lo creo, en fin. Ylenia, tengo que hablar contigo de otro tema.

—Dime, pero dímelo prontito, porfi, que has puesto una cara que me da miedito.

—No es cuestión de miedo, es sobre otro ofrecimiento que me ha hecho Kevin.

—¿Quiere que te cases con él? Oye, que a ti quien te gustaba era Derek, no se te ocurra hacer ese sacrificio por mí, que ahora sé que eres capaz de todo. Mira, lo pienso, y se me quita el hambre.

—Pues menos mal, hija de mi vida, porque te has comido media docena de cruasanes ya —reí—. Y no digas barbaridades, que no es eso.

—¿No? Pues entonces pretenderá enamorarte poco a poco…

—¡Que no, Ylenia! Que yo no quiero volver a escuchar hablar más del amor. Kevin es solo un amigo…

—Por ahí se empieza —rio.

—Cariño, en serio. Yo solo he querido a un hombre en la vida y mira, como para pensar en más ahora. No, no.

—Y entonces, ¿qué te ha ofrecido Kevin?

—Que nos quedemos unos días aquí, a pasar las Navidades.

—¡Ostras, las Navidades!

—Tú tampoco te acordabas, ¿verdad?

—Con tanto jaleo, se me había olvidado en qué fecha estamos. Pues sí, no es plan de pasarlas en un motel de mala muerte.

—Tampoco te metería en un sitio así, mi niña.

—Pues con la pasta que tenemos, ya me contarás, porque el coche no se vende de un momento para otro, eso te lo puedes quitar de la cabeza. No si no quieres que te den un mojón despeinado por él.

—Qué cosas dices, cariño, ¿por qué siempre me haces reír?

—Porque soy tu hermana menor y vine al mundo para eso.

—Estoy de acuerdo. Y yo vine para cuidarte, amor, para cuidarte mucho.

—Lo sé, hermanita. Lo sé y, ahora que lo sé todo, no puedo más que darte las gracias. No te eches más peso sobre los hombros, acepta la ayuda de Kevin y pasemos aquí las Navidades.

—¿Tú crees? ¿No será abusar?

—¿Tú le has puesto un cuchillo en el pecho para que te lo ofrezca?

—Evidentemente, no…

—Pues entonces no es abusar.

—Pero tomarte todos sus cruasanes sí —Le di un manotazo.

—Si es que están muy buenos. Y mira, Pegaso también los mira con ojitos de deseo —De nuevo estaba el animal en la ventana.

—Miraremos qué hay de comer para él y Kevin luego le buscará una cuadra.

—Joder con Kevin. Derek sería una bicoca por la pasta que tiene, pero este, con mucha menos pasta, hace maravillas.

Supongo que hace más quien quiere que quien puede, porque Derek nos había ayudado mucho, sí, pero con un fin. Y Kevin nos lo estaba dando todo de una manera desinteresada. Incluso dejaba su trabajo porque no podía soportar lo que su jefe hizo conmigo.

—Sí que las hace, sí. Y no sé qué hacer por él. Te diría de limpiar o algo, pero encima de que no quiere, es que aquí sería limpiar sobre limpio.

—Ya ves, cuando hay casas de tíos en las que no se puede entrar, todo está manga por hombro. Yo he visto alguna —se fue de la lengua mi hermanita.

—¿Dónde y cuándo? —Me ofusqué porque ni pensarlo quería. Menos mal que ya estaba con Hayden y que no tenía que preocuparme demasiado, porque él la adoraba.

—Nada, nada, ha sido un decir. Voy a ver si Pegaso necesita algo.

—No, quien va a necesitar algo serás tú después de la reprimenda que te voy a echar…

—Ya, necesitaré una pastilla. No, mira, mejor salgo, que el pobre igual necesita algo y…

—Kevin también se ha ocupado ya de eso.

—Joder con Kevin. Lo que yo te diga, un chollo…

Con todo y con eso, evitando que yo le diese la chapa, salió con él y yo me quedé allí dentro.

Puedes encontrarte en un sitio tan cálido como aquel y sentir un tremendo frío, porque el frío que provoca en tu pecho la traición y la deslealtad es uno que ni la más viva de las llamas puede aplacar.

Me arropé con mis propios brazos y, fiel a mi promesa de no llorar, no lo hice. Quizás fuera peor porque el llanto te calienta y se lleva un poco de ese frío, pero pienso que tampoco me hubiese salido en un momento en el que la indignación se situaba por encima de la pena.

Derek me había vuelto a destrozar la vida, con la diferencia de que en esta ocasión no fue algo que quedase entre nosotros, sino que hice que se enterase hasta a la última persona que estuviese en el rancho de quién era su jefe.

Ya tenía muy clara cuál era su verdadera cara y no me quedaba otra que ser fuerte. Porque yo fuerte era, solo que hasta ese momento no lo sabía.

Era hora de que comenzase a coger las riendas de mi vida y me olvidase de Derek Miller. Necesitaba olvidarme del causante de todas mis desgracias si no quería sumirme en una depresión que no solo acabase conmigo, sino también con la carrera de mi hermana.

Ylenia valía más que eso, y ya con esa razón tenía bastante para tirar hacia delante. Yo pondría buena cara y lo haría, aunque el corazón sangrase, aunque sintiese que, a zarpazos, aquella bestia me lo hubiese hecho jirones.

Debía sobreponerme y lo haría, debía enseñarle los dientes a Derek Miller y hacerle ver que nunca más podría conmigo, que nunca más se reiría de mí.

Capítulo 7



Kevin llegó un rato más tarde con sus pertenencias y con su bonita sonrisa puesta. Era evidente que no deseaba que yo me soliviantase por nada.

—Dime, ¿qué ha pasado? —le pregunté.

—Nada, ¿qué va a pasar, bonita? —me preguntó—. Lo siento, siento que me haya salido ese «bonita», porque no quiero incomodarte y lo sabes.

—No, no me has incomodado, ¿se ha sorprendido mucho?

—No demasiado, entre otras cosas porque está de una mala leche impresionante y apenas se ha hecho eco de mis palabras.

—Debe sentirse como un león enjaulado que no puede salir a por su presa, porque él ya sabe de sobra que no volverá a conseguirme.

—Pues sí, lo he visto totalmente fuera de sí.

—Imagínate, había logrado su pretensión y ahora se encuentra con este plan. Habrá flipado en colores.

—Sí, lo de menos para él ha debido ser que me despidiese. Apenas me ha escuchado y me ha dicho que, si también me quería ir, que me fuera.

—¿Igual lo ha relacionado con lo que pasó ayer?

—Pues ni idea, porque yo no me he parado a darle explicaciones y él tampoco me las ha pedido.

—Entiendo, mejor así. Te odiará si sabe que estamos aquí, es mejor que lo ignore. Yo ya no me fío de lo que pueda hacer…

—Yo no he querido echar leña al fuego, Tiffany, pero también te digo que si me lo he callado ha sido por respeto a tu intimidad, no por miedo. Yo no le temo lo más mínimo a Derek ni a su poder, eso te lo puedo garantizar.

Yo también lo podía garantizar porque su tono de voz así lo hacía ver. Kevin era un tipo con las ideas claras y nada temeroso, una de esas personas capaces de luchar contra viento y marea llegado el caso, alguien que no le temía a un cobarde que se refugiaba detrás de sus propias mentiras.

—Te lo agradezco…

—Y ahora, será mejor que le busquemos a Pegaso un sitio donde alojarse. Ese grandullón le está cogiendo cariño a esta casa y lo veo una noche luchando para entrar y quitaros la cama.

—Esa es otra. Si nos quedamos aquí a pasar las Navidades, ¿dónde dormirás tú todo ese tiempo?

—¿Os quedáis? ¿Y me lo preguntas como si fuera un problema? Dormiré en el sofá, pero puedo prometerte que no me hubiese importado en absoluto dormir en el suelo.

De nuevo hablaba de una manera que me sonaba confiable, algo que me gustaba porque confianza era lo que yo había vuelto a perder en el ser humano.

Derek lograba sacar lo peor de mí, aunque también estaba sacando en esa ocasión algo bueno; fuerzas que no sabía ni que tenía.

—Nos quedamos, sí, me habéis convencido de que es lo mejor. Supongo que no son unas fechas para tener a Ylenia de aquí para allá, mi niña no se mereces eso.

—Y tú tampoco, me parece fantástico que mires tanto por ella. Pero también debes mirar por ti. Eres muy joven, tienes toda la vida por delante y, en estos momentos, parece como si la tuya no te importase, como si…

—Como si Derek la hubiera volado en mil pedazos otra vez, que es justo lo que ha sucedido.

—Pues es hora de que recojas esos pedazos, porque te lo mereces y porque eres una grandísima mujer.

—Bueno, bueno, ¿y qué hacemos con Pegaso?

—De camino he ido a ver a un cliente que tiene unas cuadras y sitio suficiente. De momento, ni siquiera os cobrará nada, dice que cuando ya ganéis dinero ajustéis cuentas.

—Qué buena persona, ¿no?

—Me gusta codearme con buenas personas, sí. Y tú deberías hacer lo mismo, gente que sume.

—Ya, y que no reste hasta el infinito. En fin, que a ver si espabilo porque si no, voy de culo y cuesta abajo.

Ylenia montó en Pegaso y nosotros fuimos en coche hasta el rancho de Carlos (el dueño de las cuadras), que era otro argentino de lo más dicharachero que se las habría apañado estupendamente con Martín, a quien recordé con cierta pena.

No quería hacer una tragedia, pero era evidente que esa preciosa familia que se había creado en torno al rancho y en torno a Derek se había dinamitado también por los malos actos de él.

Carlos le estuvo explicando a Ylenia que Pegaso estaría allí como un sultán, y que contaba también con pista de entrenamiento, lo que nos ahorraría un problema y no pequeño.

—Carlos, nos estás haciendo el gran favor de nuestras vidas. Te pagaré en cuanto pueda —le comenté.

—No es nada, no es nada, mujer…

Pensé que del lodo muchas veces se emerge y de una forma bastante más enérgica. Todas aquellas personas me estaban demostrando lo que valía la pena y lo que no, y eso era algo que yo no podía olvidar en ningún momento.

Ylenia hizo muy buenas migas también con Carlos, que se veía que era un hombre afable y muy amante de los animales, razón por la que se quedó muy contenta, viendo que él también se quedaba tan a gusto allí.

De ese lugar nos fuimos hacia un restaurante de carretera en el que quiso invitarnos a almorzar. Era un encanto. Desde luego que Kevin lo era y que procuraba que estuviéramos lo mejor posible, dentro de las circunstancias.

Yo no tendría vida para agradecerle. Me preocupaba mucho el entrenamiento de Ylenia, entre otros aspectos, y eso estaba resuelto, ya que teníamos la pista de Carlos a nuestra disposición.

—Es un hombre estupendo ese Carlos, mira que dejar que Pegaso se quede allí y que entrenemos, todo eso con la idea de que le paguemos en su día. La mayoría de la gente no lo haría así —le comenté a mi hermana cuando él fue al baño.

—Es verdad, aunque el adelanto que le ha dado Kevin también ha ayudado —rio ella.

—¿Qué adelanto? ¿De qué me estás hablando?

—De que Kevin le ha pasado pasta, de eso te estoy hablando, ¿o es que crees que el otro lo hace todo por amor al arte?

Yo era más inocente y ya no nacía. Cielo santo, la cara me llegaba a los pies cuando Kevin volvió.

—¿Otro que le paga a alguien a mis espaldas? Mira que de eso ya he quedado yo un poquito escaldada, ¿eh?

—¿Quién ha sido? ¿Quién lo ha visto?

Ylenia comenzó a silbar, como si la cosa no fuera con ella.

—Pero mujer, cómo le dices nada de eso a tu hermana sabiendo lo cabezota que es.

—Oye, que la culpa no es suya, ¿eh? La culpa es tuya. A ver si vengo huyendo de Derek por sus mentiras y me he metido en casa de otro Pinocho.

—¿Me has llamado Pinocho? No me vayas a comparar, ¿eh? Esta ha sido una mentirijilla piadosa porque, si no, eres capaz de malvender lo único que te queda, el coche, al primer cantamañanas que llegue. Y a mí me da un síncope.

Tenía más razón que un santo. Cómo iba yo a comparar una cosa con la otra cuando él solo lo hacía por ayudarnos, una vez más.

No me merecía lo que me estaba sucediendo con Kevin por la simple razón de que yo apenas le eché cuenta cuando estuve con Derek, y eso que sabía que él lo estaba pasando mal.

Supongo que el amor tiene algo de egoísmo intrínseco y que, cuando eres tan feliz con alguien como yo creí serlo con ese miserable, pasas de más cosas de las que deberías.

Kevin era un amor y yo no podía más que agradecerle.

—Está bien, está bien. Pero solo admitiré que me eches un cable si puedo ir devolviéndotelo, ¿de acuerdo?

—En cuanto tengas dinero, me devuelves todo lo que quieras si así te quedas más tranquila, aunque yo me conformaría con que me invitases a una cena. Bueno, o a un almuerzo si una cena no te parece bien, no me mires mal —rio.

—Si no te estoy mirando mal. Demasiado bien te portas, cómo te voy a mirar mal.

Esa tarde Hayden vino a recoger a Ylenia a casa de Kevin, a quien saludó igual que a mí.

El chaval sabía por mi hermana que nos alojábamos allí, pero guardaba silencio.

Ylenia solo llevaba horas sin verlo y le saltó encima como si él viniese de la guerra.

—¡Guapa! —exclamó porque no podían estar más acaramelados.

Después se despidieron de nosotros y se fueron a dar una vuelta como los dos enamorados que eran.

—¿Te gusta el chocolate caliente? —me preguntó Kevin.

—¿Es una broma? El chocolate caliente es un manjar de dioses, ¿vas a prepararlo? —le pregunté porque tenía muchas ganas de dulce y porque sabía que él no me lo preguntaba en vano.

—No, prefiero llevarte a un local en el que ponen el mejor chocolate caliente de todo Ohio, ¿te apetece?

Me quedé parada por unos segundos, no sabiendo qué contestar.

—Kevin es que yo…

—No le debes nada a Derek y lo sabes —trató de convencerme.

—Lo sé, lo sé, pero ya te he dicho que no quiero perjudicarte.

—Eso no vale, porque yo también te he dicho que no le tengo ningún miedo, ¿estamos? Y tú no pareces hacerme caso. Me voy a enfadar, te lo digo en serio. No quiero que pienses que le temo en absoluto.

Me pareció un hombre de los pies a la cabeza y pensé en que tenía toda la razón del mundo. Ni él ni yo le debíamos nada a Derek, todo lo contrario, así que nos iríamos a tomar ese chocolate caliente.

Me miré al espejo antes de salir y me vi francamente desfavorecida. Ese brillo que volvió a mis ojos durante el tiempo que compartí con Derek, si

brillaba en ese momento era únicamente por su ausencia, así que suspiré y pensé en que tendría que ponerme las pilas para volver al mundo de los vivos, porque tenía aspecto de muerta.

Kevin hizo todo lo posible porque me lo pasara bien esa tarde. Me llevó a un pueblecito en concreto en el que, tuve que claudicar, el chocolate caliente estaba increíble… Aunque para increíble, el mercadillo navideño que había a las afueras, al que acudimos.

—No me lo puedo creer, qué cantidad de maravillas…

—Mira, ¿tú no hablabas antes de Pinocho? Te voy a llevar al puesto de un artesano que no tiene nada que envidiarle a Gepetto. Todos los adornos los hace él con sus propias manos, y te garantizo que son verdaderas virguerías.

—¡Quiero verlos! ¡Quiero verlos! —le dije tan ilusionada por mí como por Ylenia.

Me explico, de siempre me encantaron las Navidades. Mi madre, antes de morir, me inculcó el amor por ellas. Y yo se lo inculqué a su vez a mi hermana. A Ylenia le fascinaba la Navidad, una que íbamos a pasar en el rancho Miller y por todo lo alto, pero que, tras el cambio de tornas, nos ofrecía Kevin, de un modo tan modesto como bonito.

Nos acercamos al puesto en cuestión y yo me lo hubiera llevado todo.

—Escoge algo —me ofreció.

Vi que lo hizo de todo corazón y no quise rechazar su ofrecimiento, ya que no habría sido justo, así que cogí un par de adornos que me deslumbraron.

—Esos van con esos otros —nos hizo ver el hombre.

—Ya lo he visto, pero será suficiente con este par —añadí yo.

—¿Bromeas? Tenemos que decorar un abeto entero, aunque no sea demasiado grande, y desde ya te aviso que no tengo ni un adorno. Hace años que no celebro la Navidad.

—¿No celebras la Navidad? —le pregunté extrañada.

—No, yo no tengo familia y bueno, las cosas vinieron así…

Menudo par de desgraciados que estábamos hechos, aunque lo cierto fue que ni él parecía sentirse así ni mucho menos que lo fuese yo.

—Ay, pobre…

—No quiero infundirte ninguna lástima, y menos cuando acabas de perder a tu padre.

—Ya, pero yo tengo a Ylenia…

—Y yo tengo ilusión por esta Navidad. Te pido por favor que escojas tantos adornos como deba llevar el abeto. Venga o, si lo prefieres, los escogemos juntos.

No pude decirle que no. Kevin estaba totalmente decidido a que decorásemos el abeto y así lo haríamos.

Capítulo 8



De vuelta a casa compramos el abeto.

—A lo justo me queda alguno, porque ya en estas fechas todo el mundo lo tiene puesto —le dijo el hombre mayor que nos lo vendió.

—Ya lo sé, amigo, aunque hay circunstancias y circunstancias.

—Ya, igual acabas de pedirle matrimonio a tu novia o algo parecido, y os habéis ido a vivir juntos, ¿no? —le preguntó.

—No, no soy su novia —me apresuré a contestarle, porque todavía me sentía incómoda, como si alguien me fuese a juzgar por estar primero con un hombre y luego por permanecer en casa de otro. Ni que ese señor me conociese a mí de algo.

—Pues es una lástima. Si yo tuviera cuarenta años menos, ya te diría si me gustaría que lo fueses.

Llegamos a su casa con el abeto, ambos tirando de él porque, pese a todo, tenía cierto tamaño.

Kevin sí contaba con un *pick up* que nos vino de perlas para transportarlo, y entre ambos lo metimos en el interior de la casa.

—Por fin —le dije con la lengua fuera—. Tengo hasta tremenda sed.

—Te traigo un vaso de agua —añadió enseguida.

—Mira que yo me tomaría otra cosa —era cerca de la hora de la cena y cierto que me apetecía algo más fuerte que agua.

—¿Quieres una copa? ¿Enciendo la chimenea y nos tomamos una?

—Sí, por favor, me encanta la chimenea.

Me parece que no la he mencionado hasta este momento. Al tratarse de una casa pequeñita, y aunque contaba con calefacción, la chimenea servía para calentar de un modo natural el salón, de un modo tan acogedor que me hipnotizaba.

Después del chocolate, que tomamos con dulces, no teníamos hambre, pero a mí sí que me apetecía una copa y, por lo que vi, a él también.

Me la sirvió junto con la suya, y brindamos.

—¡Salud! —exclamó él, mirándome a los ojos.

—¡Y sinceridad! —añadí yo, pensando que era algo sin lo que tampoco podía vivir.

—¡Eso es! —prosiguió él.

Kevin tenía mucha conversación, aunque no le gustaba hablar demasiado de su vida personal ni familiar, pero sí de su trabajo, de esa tierra que tanto le gustaba y en la que vivía, de sus proyectos de montar una clínica veterinaria… Y de esos animales que tanto le fascinaban.

Además, todo lo contaba en clave de humor y me sacaba la risa en un momento que no era nada fácil lograrlo.

Apurábamos la copa cuando llegaron Ylenia y Hayden. A mi hermana se le iluminaron los ojos al ver el abeto y los adornos que teníamos por colocar.

—¡Muero de amor! Los siento, Hayden, pero me he enamorado más que de ti —le dijo.

—Me matas si me dices eso. Puedo llegar a sentirme celoso hasta de unas bolas transparentes y de todos estos adornitos. Cielos, algunos son muy pequeños.

—No, es que tú tienes manazas…

—Que no, que mis manos no son tan grandes.

—Que sí que lo son. Mira, ponlas al lado de las de Kevin, las de él son grandes, que tiene que traer a terneros y vacas al mundo, pero es que las tuyas no lo son menos. Ponlas junto a las suyas y lo verás.

—¡Que corra el aire! Yo prefiero coger las tuyas, ¿y este árbol no se decora? Porque sé que quieres verlo ya puesto, estoy seguro.

—¡Claro que sí! Solo que la decoración del árbol es un ritual, ¿verdad, hermana?

—Sí que lo es, Hayden ¿quieres venirte mañana por la tarde y lo decoras con nosotros? —le propuse.

—¿Puedo? Gracias, claro que quiero. Para mí es un honor, Tiffany. Me alegra mucho que estéis aquí cerca. Cuando os vi salir del rancho y pensé que os marchabais… Te prometo que habría hecho lo mismo que Kevin,

irme con vosotras, pero es que ahora mismo no me lo puedo permitir, tengo gastos y tengo…—resopló.

—De momento no se van a ninguna parte, pasarán las Navidades aquí —le aclaró Kevin.

—Y luego buscaremos algún lugar cerquita, en cuanto ganemos algo de dinero, ¿no es así, Tiffany? Dime que no lo tenías en la punta de la lengua.

—Sí que lo tenía, sabes que me quema abusar de la hospitalidad de Kevin.

—Y dale con el abuso. Si yo me siento como en familia, no te puedes figurar el tiempo que hacía que no me sentía tan feliz —me confesó.

Yo podía entenderlo muy bien. Si algo me gustó de lo que se creó en el rancho, aparte de mi relación con Derek, fue esa familia que creamos entre todos y, parte de la cual, me pareció recuperar esa noche en la que Hayden terminó quedándose a cenar con nosotros, y contándonos lo bien que se lo había pasado con mi hermana, a la que adoraba.

—Es que me tengo que reír con ella sí o sí, porque tiene unas salidas fenomenales, es la caña tu hermana.

—Sí, sí, pero dile también lo que me dijiste antes, que Tiffany te pondrá en tu sitio —le recordó ella.

—¿Qué le dijiste a mi niña? A ver, que yo me entere.

—Me dijo que estaba como un cencerro, hermanita, ¿qué? ¿Qué le vas a dar? ¿Un cate a mano llena?

—No, la razón, voy a darle la razón…

—¿Le vas a dar la razón? No me lo puedo creer —Puso los brazos en jarra y nos miró mal.

Era adorable siempre, pero cuando se ponía así me hacía muchísima gracia. Ylenia no dejaba que nadie la pisara y eso me hacía muy feliz, porque yo me había sentido y me sentía muy ninguneada, y era lo último en el mundo que deseaba para ella.

Capítulo 9



Por la mañana tocaba volver a entrenar. Ya que estábamos de vuelta y que Carlos nos ofrecía la posibilidad de hacerlo en su rancho, nos vendría fenomenal.

Mi hermana se reencontró con Pegaso y lo acariciaba por todo su peludo cuerpo.

—Si es que te he echado de menos —le decía mientras que el animal también parecía haberla echado en falta a ella, porque daba brincos de alegría.

Formaban un binomio no solo fenomenal, sino totalmente abocado al triunfo. Yo estaba segura de que a lomos de ese animal mi hermanita se haría grande en el mundo de la hípica, y para ello comenzamos a trabajar fuerte, una vez más.

Mientras, Kevin, que nos acompañó, fue a echarle un vistazo a otro caballo que habría sufrido un accidente.

—La pata le quedará bien, ¿es que no confías en mí? —le decía a Carlos.

—Alberto me dijo que no. Sabes que mi primo también es buen veterinario y opinó que no… Y encima se iba de vacaciones en ese momento, menos mal que te llamé y vos viniste, ¿has pensado en lo que hablamos?

Por lo que contaba Carlos, Kevin, a pesar de haber estado trabajando para Derek Miller, no dudó en hacerle un favor días atrás, por lo que el argentino parecía muy agradecido.

—Sí que aceptaré tu oferta, pero no necesito ganar tanto. Ya hablaremos del sueldo.

Gestos como ese a mí me dejaban boquiabierta, porque parecía ser muy considerado con los demás y no iba con la intención de sacar tajada de las cosas.

—No, vos eres el mejor veterinario de la zona, no te conformarás con menos. Yo ya te estaba tentando, pero cuando supe que dejabas tu trabajo no dudé en que te vinieras conmigo, me harás un gran favor.

A mí sí que me lo estaba haciendo Carlos, y sin saberlo siquiera. Yo me sentía un tanto culpable de que Kevin se hubiese quedado sin empleo y

parecía que no solo recuperaría un puesto como veterinario, sino uno en el que le valorarían muchísimo, porque el argentino estaba que perdía el culo porque entrase a trabajar para él.

Pegaso comenzó a moverse por la pista, y todos nos quedamos con la vista puesta en él. No solo era grande, y poderoso, sino de una belleza de esas difíciles de describir.

Mi hermana también era bella hasta quedarse sola, por lo que maestría y hermosura se daban la mano en ese caso. Yo veía a Ylenia recobrar la ilusión y la confianza en ella, siendo para mí el mayor de los premios.

Cuando por fin terminamos de entrenar, horas después, Kevin todavía continuaba por allí, echándole un vistazo a varios de los animales. Y eso que aún no tenía ni contrato, pero ya le había dado su palabra a Carlos, y eso era sagrado para él, por lo que comenzó a trabajar en el acto.

—Así podremos ir y venir juntos, ¿qué te parece? —me propuso.

—Vale, pero en cuanto venda el coche me busco mi propia casa, ya lo sabes.

—Sí, pero entonces os faltará coche para venir, así que igualmente pasaré a buscaros.

—¿Tú siempre lo tienes todo previsto? —le pregunté entre bromas.

—No, no creas. Ni te imaginas la cantidad de veces que me ha tocado perder en la vida…

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Estás ante una perdedora nata.

—¿Una perdedora tú? No te lo has creído ni en broma, eres una ganadora que estás haciendo a otra ganadora, porque a Ylenia la estás formando tú.

—Sí, y de a poquito, cociéndose a fuego lento, como se hacen las cosas buenas —repuso Carlos, que se había quedado maravillado al verla montar.

—¿Qué te parece la niña?

—¿Y vos me lo preguntas? Tiene madera de campeona. Llegará tan alto como quiera, a esa mina no la pisará nadie, puedes estar bien segura.

Yo lo estaba, pero que el resto de la gente del mundillo opinase lo mismo, me encantaba.

Ylenia llegó al ratito con actitud más que positiva.

—Ya estaba deseando volver a montar. Algún día tendré mi propio rancho y viviré con Hayden. Extraño cuando estábamos en el de Derek y él, entre trabajo y trabajo, venía a verme.

—Si es que le tienes loquito —le hice cosquillas—. Pero mucho ojo con despistarte, ¿me estás oyendo?

—Sabes que no me voy a despistar ni por Hayden ni por nada en el mundo, porque no te lo mereces, Tiffany. Llevas toda la vida trabajando en mi carrera con más ahínco todavía que si fuera la tuya propia, y yo no voy a desperdiciar la oportunidad que me has dado de contar con la mejor entrenadora del mundo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas en ese momento, porque mi hermana me había agradecido en múltiples ocasiones a lo largo de su vida que me esforzara tanto por ella, pero no en público.

Tuve que contener las lágrimas antes de abrazarla, en presencia de Kevin y de Carlos.

—Tendré que ir por algo de sal porque aquí hay mucha azúcar, vos la derramaste —le indicó el argentino—, pero también te digo que una mina tan jovencita que sepa agradecer así se merece lo mejor. Y si encima está hecha de la pasta de una campeona, como vos, todavía más. Sé que yo no soy Derek Miller, pero tengo una marca y me gustaría patrocinar tu carrera, ¿tengo posibilidades?

Carlos se lo pidió como si el favor se lo hiciera Ylenia a él y no al contrario, cuando lo cierto es que así era.

Mi hermana me miró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Yo en ese instante tampoco pude contener más las mías y ambas nos abrazamos.

Kevin nos estaba ayudando y nos acercaba a personas que también lo harían. Nuevamente, la suerte estaba de nuestra parte.

—Así las cosas, ya no tendréis que pagarme nada por entrenar —nos decía Carlos un ratito después. Ahora somos un equipo y todos vamos a una. Esa era la actitud y también la clave; ir todos a una.

Capítulo 10



Profesionalmente, las cosas marchaban sobre ruedas. Incluso Carlos y yo estuvimos hablando de la posibilidad de que les diera clases de hípica a sus hijas, ganándome así un dinero extra.

Era algo que, al ser allí mismo, podría compatibilizar con el entrenamiento de mi hermana, y todo quedaría en casa.

Para cómo se me había puesto de mal el panorama, no podía sentirme más dichosa, si bien ya digo que eso era en el terreno profesional.

En el personal, como podréis imaginar, la procesión iba por dentro. Día a día, en lugar de ir a menos, me producía más dolor todo lo sucedido con Derek, puesto que comenzaba a pasarse esa especie de anestesia inicial del principio que no te permite observar por completo la dimensión del asunto, dando paso a una visión global que me dejó muy claro que yo era tonta, pero tonta.

Tener esa percepción de ti misma no ayuda, y menos cuando caes en la cuenta de que ha sido la misma persona la que te ha jodido la vida por segunda vez. Eso duele tanto como una escarificación en la piel, solo que ocurre en el alma.

La tarde, al menos, se planteaba muy familiar porque Hayden vendría a poner el abeto de Navidad con nosotros. Todo un ritual que a Ylenia le hacía tremenda ilusión y que a mí me la hacía también por verla a ella tan ilusionada.

Kevin, en su inagotable afán de agradar y de que nos sintiéramos a gusto, había preparado una de esas meriendas que no se las salta un galgo, con tortitas incluidas.

—Me estoy acordando de lo que le gustan a Martín —recordó mi hermana en ese momento a sus amigos.

—¿Y por qué no le dices que venga a comerlas? —le preguntó.

—¿Hoy? Ellos no están en Ohio, ni él ni Ava —le comentó mi hermana.

—No, me refiero en Navidades. Yo sé que mi casa es como una cajita de cerillas, pero nos podríamos apañar de algún modo para dormir. Y os prometo que nada me haría más ilusión. Llevo muchas Navidades solo y pensar en que la casa se llene de gente es una gozada.

La casa la tendría pequeña, pero el corazón lo tenía inmenso. Yo no sabría decir si a Kevin le hacía ilusión a secas, por él como decía, o por la que pudiera hacerle a mi hermana y, por ende, a mí.

Ylenia me miró con la ilusión en los ojos.

—Cariño, yo es que pienso que seremos demasiados…

—Tiffany, pero ya le estás escuchando, a él le gustaría. Y a mí también, y a Hayden, ¿no es así? —le preguntó a su novio.

—Claro, claro. Volveríamos a estar como en el rancho, pero a salvo de malos rollos. Bastantes hay ya allí —se le escapó. Se notó porque solo le faltó darse un tapabocas él solito.

Yo me le quedé mirando y Hayden supo que no tenía escapatoria.

—¿Por qué hay malos rollos allí?

—Es que yo no debería… No quiero que penséis que llevo y traigo información, porque os prometo que no es así —me comentó él.

—Sé que no eres ningún chismoso…

—No, Tiffany, te prometo que él no lo ha sabido por mí, que Derek no…

—¿Qué es lo que sabe Derek por otros? —me interesé mucho.

—Que estáis viviendo con Kevin, eso es lo que ha enfurecido a Derek —terminó por soltar.

—¿Y quién mierda es él para enfurecerse por algo así? —le pregunté.

—Es que yo no sé nada más, de veras. Tan solo que su madre, Madeline, le dijo que estaba sufriendo un ataque de celos.

—Lo que viene siendo de toda la vida de Dios un ataque de cuernos, Tiffany —precisó mi hermana, que podía ahondar mucho en ciertos momentos.

—Pues sí, yo lo veo exactamente igual, ¡que se vaya a la mierda! ¡Encima!

Miré a Kevin y era la viva imagen de la tranquilidad. A él no era fácil sacarle de sus casillas y Derek no lo conseguiría a las primeras de cambio. Él tenía más autocontrol, y eso era algo envidiable.

—Venga, corramos un tupido velo, no pasa nada —me dijo para calmarme.

—Es que, por lo visto, alguien os vio ayer en una pastelería y le fue con el cuento. Tú eres conocida por muchos en la zona por haber sido la prometida

de Derek, Tiffany —me recordó Hayden.

—Sí, desde luego. Pues a ver si hay suerte y alguno de esos cotillas viene a preguntarme por qué rompí mi compromiso con él, que hasta entonces no escucharán el chisme de su vida —le dije furiosa.

—No merece la pena. La ira que se dirige contra otra persona comienza por minarte a ti, Tiffany —trató Kevin de relajarme.

—Hermana, él tiene razón, hazle caso. Si Derek siente celos, que le den bien dado, tú no puedes mandar en su cabeza. Lo que sí puedes hacer es lo que has hecho; apartarte de él.

—Claro, y con eso le has roto los esquemas, por eso está mal —matizó Kevin.

—Pues si está mal, va a estar mucho peor, porque yo no pienso dirigirle la palabra más en mi vida.

—Vale, vale, pero ahora respira profundo y conmigo…

Valía un potosí Kevin, que siempre se sacaba un recurso de la manga para que las cosas mejoraran cuando se ponían feas. Era una persona muy especial, y así me lo estaba demostrando.

Respiré a la par que él y entendí que era nuestra tarde, la tarde en la que entre todos decoraríamos el abeto. Y también entendí que Derek Miller ya me había jodido bastante (y en todos los sentidos), como para que yo permitiese que lo hiciese más.

No, esa tarde era para mis seres queridos y, a pesar de tener el corazón roto, yo la iba a disfrutar. Kevin sabía hacer grande un plan pequeño, y nos lo demostró una vez más.

El abeto quedó ideal y todos lo miramos encantados en el mismo momento en el que nos tomamos una foto familiar delante de él.

Capítulo 11



Ava y Martín llegaron el día 24 por la mañana. Cuando Ylenia los escuchó, se volvió loca.

Sus amigos, que ya también lo eran míos, venían increíblemente contentos, puesto que todo había cambiado en nuestra vida, menos lo que sentíamos los unos por los otros.

Kevin lo tenía todo dispuesto y decir que se estaba dejando el alma y la vida para que las cosas nos fueran lo más favorables posibles sería quedarme muy corta.

Era un día para hacer compras de última hora (los pueblos más cercanos mantenían abiertas sus tiendas hasta tarde) y tenerlo todo listo para que Santa Claus bajase por la chimenea.

La mañana anterior le di unas clases a las hijas de Carlos que, dada la fecha que era, me pagó sobre la marcha, por lo que pude escaparme a una

de esas tiendas. El dinero que llevaba era muy poquito y aun así… Aun así, me dio mucho de sí, porque cuando una persona pretende agradar a los suyos, no hace falta que haga una gran inversión.

Jerséis navideños para todos; ese fue mi regalo, todos idénticos, con la única diferencia de que los de las chicas eran rojos y los de los chicos eran verdes. Por los demás, cada uno de ellos lucía un simpático y alegre reno en el pecho, un motivo tan navideño como colorido que los hacía de lo más alegres.

Martín se quedó prendado de la pequeña casa de Kevin, y eso que existía una diferencia abismal entre el rancho Miller y aquella humilde morada.

Por lo que yo veía, Kevin no era un hombre con grandes pretensiones económicas. Incluso Carlos me dijo que llegaba a tal su amor por los animales que varios vecinos le apreciaban por haber atendido gratis a los suyos en numerosos momentos.

Cuando te hablan así de la persona en cuya casa estás comprendes que no te has equivocado al elegir bando. Simplemente, la paz que me proporcionaba Kevin en el día a día ya me indicaba que yo estaba en el adecuado.

A Derek me lo imaginaba dándose contra las paredes y con la sola compañía de su madre y de Klaus, pues Hayden nos confirmó que se quedaron a pasar las Navidades con él.

Por lo demás, el novio de mi hermana se abstenía de hacer comentario alguno sobre el hombre que me había partido el corazón, provocándome un daño inigualable. Yo tampoco quería saber absolutamente nada de él.

No sé si os habrá pasado alguna vez que, cuando has vivido algo tan malo como lo que yo viví con Derek, te parece que esa persona ha desaparecido por completo de tu vida en tanto no te den datos de la suya. Por esa razón, yo le pedí a Hayden que no me contase nada más, aunque reitero que el chaval no tenía la más mínima intención de actuar de correveidile.

Por la tarde, tras su jornada laboral, Hayden se unió a nosotros y ya estábamos todos. Habíamos decidido que las tres chicas dormiríamos esos días en la cama del dormitorio, mientras que Kevin continuaría haciéndolo en el sofá. En cuanto a Hayden y Martín, para ellos buscamos un par de colchones individuales e hinchables que colocaríamos en el salón por las noches.

Obviamente, la idea era estar todos juntos y pasarlo lo mejor posible, de manera que los chicos se adaptaron, y súper agradecidos.

Kevin nos estaba demostrando que se podía estar a gusto aun con estrecheces, algo que ni mi hermana ni yo habíamos conocido en las Navidades hasta ese año.

Mi padre, todo hay que decirlo, aguantó el tipo hasta las últimas que pasó con nosotras. En ese momento sus cuentas ya estaban prácticamente vacías, pero apenas lo notamos porque seguíamos viviendo en casa y no nos faltó

de nada. Por tanto, todas nuestras Navidades habían sido celebradas a lo grande.

Sin embargo, y eso también quiero reseñarlo, aquellas Navidades serían mucho más modestas, pero también mucho más auténticas.

Yo había vivido muchas mentiras, porque mi padre no quiso revelarnos la verdad de su situación financiera en ningún momento. Y en cuanto a Derek, ese no me había dicho una verdad ni por equivocación. Total, que yo lo único que valoraba era la sinceridad, pero por encima de todo.

Por la noche nos reunimos en torno a la chimenea. Tenía la sensación de que si, y a pesar de mi pena, para mí iban a ser unas Navidades inolvidables, para Kevin no digamos ya.

En cierto modo, me maldecía por no poder estar con él, por no poder decirle que le daría una oportunidad, pero es que mi corazón seguía ocupado por Derek, quizás simplemente por el odio que sentía hacia él, pero es que ese odio ocupaba también un lugar.

Debía sacármelo de la cabeza y debía hacerlo a marchas forzadas, porque la vida te envía señales y tú eres responsable de querer recibirlas o no. Yo tenía muy claro que las estaba recibiendo y que debía olvidarme de quien tanto daño me había hecho y de quien, mientras siguiera recordando, me impediría seguir adelante, disfrutando de todo lo bueno que tuviese ante mis ojos.

Los chicos contaban historias de miedo delante de la chimenea. Martín era experto a la hora de hacerlo, con una grandilocuencia y una puesta en escena digna de un verdadero actor, aparte de que nos reíamos muchísimo con su jerga.

Todo parecía volver a su sitio en una noche en la que Santa Claus estaba por llegar para demostrarme que el mejor regalo que podía hacerme era que permaneciéramos juntos, y me refiero a aquellos que sí estábamos demostrando valer la pena.

Capítulo 12



Ylenia se despertó dando gritos y saltando sobre la cama y Ava la siguió. Si no me aparto, me patean.

—¡Ya es Navidad! ¡Ya es Navidad! —chillaban.

Me desperecé porque, si de por sí dormía poco, no digamos ya teniendo que compartir cama con un par de petardillas más, porque la de Kevin estaba bien para dos personas, pero para tres se quedada corta.

En cualquier caso, lo que no se quedaba corto, sino más bien muy largo era su afán por agradarnos a todos, por lo que nos sorprendió con ese humeante y delicioso café suyo ya preparado, aparte de otra serie de exquisiteces para hacer de aquel desayuno navideño uno muy especial.

Todo se le hizo poco para poner sobre la mesa, contando esa primera comida del día tanto con un gran repertorio de dulces y de salados. Lo mirábamos todo de reojo, y con ganas de hincarle el diente, si bien lo

primero era abrir los regalos, ya que Ylenia era como una chiquilla y Ava le seguía en todo.

Hayden ya estaba también al lado de mi hermana mientras que a Martín le costó un poco más despertarse.

—La reconcha de… ¿por qué hacéis tanto ruido? —se preguntaba.

—Porque es Navidad, ¿es que no te acuerdas? —le recordaba su novia.

—Ya, y el requetepelotudo de Santa tuvo que venir así de temprano para hincharme las pelotas, menos mal que Kevin es un tipo juicioso que debió preparar el mejor café del mundo, a juzgar por cómo huele —decía él.

—Tienes toda la razón. El café de esta casa es verdaderamente legendario —le comenté yo—. No encontrarás otro igual.

Ylenia miró por la ventana, parecía pasmada, y luego se volvió feliz.

—Santa nos ha dejado otro regalo fuera, ¡está nevando! —nos informó con la más encantada de las voces Ylenia, ya que mi hermana se quedaba hipnotizada con la nieve.

Ese año la temporada de nieve ya iba algo tarde, y apenas habían caído unos copos hasta la fecha, pero se ve que «el barbudo», como Martín

llamaba a Claus, había tenido a bien dejarnos ese regalito extra en una jornada que se presentaba cada más vez más alegre.

Todos fuimos a ver caer esos copos que aquella mañana sí se dejaban ver con fuerza desde el cielo de Ohio, desde un cielo que nos volvía a enviar otra señal de que serían unas Navidades especiales donde las hubiese.

Yo no podía sentirme mejor en el momento en que encaré aquella montaña de regalos y vi que todos habían puesto su granito de arena para que la felicidad fuera máxima. Y no lo digo en el sentido material, que eso es lo de menos, sino en ese otro de que cada cual se había acordado del resto, contribuyendo en la medida de lo posible a que se tratase de una mañana preciosa.

Allí había de todo: desde pijamas y perfumes hasta libros y discos de vinilo (Martín los coleccionaba) pero, de entre todos los regalos, los jerséis hicieron furor, poniéndonos cada uno de nosotros el nuestro.

Los chicos estaban que se salían y se hacían fotos los cuatro, con ellos puestos, mientras que yo vi avanzar a Kevin con otro regalo para mí, uno que era algo más grande que el resto.

—¿Por qué? Si ya todos nos los hemos dado —le pregunté.

—Porque Santa sabe que te gustan y te lo ha dejado…

Yo ya sabía, por la forma del envoltorio, que se trataba de un lienzo. Si algo tenía Kevin era una capacidad de observación que a menudo me dejaba anonadada, por aquello de que se fijaba en todo y que siempre tenía la capacidad de sorprenderme.

Sí, no me había equivocado. Abrí y era un lienzo precioso, un lienzo que plasmaba una pequeña catarata a los pies de una confortable casa de madera, un lugar idílico.

Inevitablemente, me recordó al lienzo de las cataratas del Niágara, y también a la pequeña catarata del rancho de Derek, pero él se encargó de sacarme la sonrisa.

—Sé que te encanta el agua y sé que también te vuelves loca con este tipo de pinturas, tuve ocasión de observar la que trajiste de tu viaje. Solo quiero que, con este lienzo, recuerdes que todos tus sueños pueden hacerse realidad, que no dependen de ninguna persona, solo de ti misma. Tú podrás poseer todo lo que te propongas.

—Gracias, Kevin, de veras que me sorprendes más por momentos, te lo prometo.

—Tú tendrás lo que quieras; tu propia casa o lo que quiera que sea que te haga feliz y yo solo te digo, sin ningún ánimo de que te sientas presionada, que a mí me encantaría compartir contigo todo aquello que te llene la vida.

—Tú no me presionas, corazón, te prometo que no me presionas. Tú eres el mejor hombre que he conocido, por lo que voy teniendo ocasión de ver, y encima tienes un tacto exquisito —le dije mientras los chicos seguían haciendo el cabra loca por ahí.

—No, solo soy un hombre muy normal… Un hombre normalísimo que quisiera hacerte feliz por encima de todo. Y ahora vayamos a desayunar o el café se enfriará.

Habría sido una pena porque su sabor no solo era delicioso, sino inconfundible, y porque lo acompañó con tal cantidad de cosas ricas que nos pusimos morados en un desayuno navideño entre risas y bromas que me dejó el mejor de los sabores de boca.

Al final de él, cuando ya estábamos por salir rodando cuales croquetas, mi hermana comenzó a entonar un precioso villancico, uno que yo le había enseñado de pequeña y que cantaba mi madre, poco conocido y muy entrañable, y que ella recordaba cada Navidad.

El resto le siguió, aprendiéndoselo poco a poco, y en ese instante Kevin me acarició suavemente la mano por encima de la mesa. Yo dejé que me la acariciase porque me sentí reconfortada por él y porque con eso no le hacía mal a nadie. Tampoco me comprometía, porque se trataba de una simple caricia que yo dejé ahí, sin más, sin corresponder, pero que me hizo ver que podía volver a sentirme querida, y que la vida no comenzaba y terminaba con Derek Miller.

Capítulo 13



Un rato después ya nos estábamos tirando bolas de nieve fuera.

—¡Ahí tienes, boludo! —le chilló Martín a Hayden.

—¿Boludo? Para bola esta —le tiró él otra de nieve y bien fuerte, que le dio en toda la cabeza.

Los chicos estaban de lo más entusiasmados, y yo encantada de verlos. Días antes salimos del rancho de Derek con la soga al cuello y con unas terribles Navidades en el horizonte, y Kevin nos había proporcionado unas de cine, porque, por muy modestas que fuesen, ellos no podían estar pasándoselo mejor.

Para mí que mis niños no olvidarían ese día de Navidad en el que todo parecía estar en sintonía, y en el que nos pasamos toda la mañana en el exterior, porque había nevado durante un buen rato, dejando un copioso y bonito manto blanco cubriendo el suelo de Ohio.

Al mediodía, entramos a almorzar, y entre todos terminamos de preparar las muchas bandejas de entrantes y el pavo navideño relleno, para lo cual utilizamos una combinación de carne molida, especias, hierbas, pan seco, verduras y ajo, siguiendo la receta tradicional que mi madre me legó en su día y que preparamos en mi casa a lo largo de todos aquellos años.

El día anterior se lo propuse a Kevin y, como todo lo que salía de mi boca, a él le pareció fabuloso. Yo solo tenía que abrirla para pedir algo y él procuraba que no me faltase.

Junto con el pavo relleno, no faltó tampoco la riquísima salsa de arándanos, otro imperdible en la mesa navideña de mi familia, y al que él le dio un toque especial que hizo que todos nos chupásemos los dedos.

En general, yo sentía que todo lo que estaba en su mano lo mejoraba, y que todo se le hacía poco para agradar. Teniendo en cuenta que yo no le había generado ningún tipo de expectativa, su actitud me resultaba de lo más generosa, y es que a desprendido nadie le ganaba.

Como segunda guarnición, también servimos puré de patatas, el predilecto de mi hermana, y Kevin añadió un pan de maíz navideño (receta suya) del cual todos repetimos.

Como postre, optamos por unas galletas de jengibre y por una tarta de manzana.

La preparación de todos estos platos, como ya podréis imaginar, nos mantuvo entretenidos el día anterior, un magnífico día en el que todos trabajamos mano a mano, porque formábamos un buen equipo.

Después del almuerzo comenzó a nevar de nuevo, y todos contemplábamos el bonito espectáculo natural a través de la ventana panorámica del salón, y al lado de la chimenea.

Ava y Martín aparecían acurrucados, por una parte, mientras que Ylenia y Hayden lo hacían por otra… Kevin me miraba y yo le devolvía la mirada. No voy a decir que me estuviera enamorando de él en esos momentos, porque no habría sido posible, pero sí que me podría llegar a enamorar. Y creo que ambos éramos conscientes de ello.

La tarde nos la pasamos viendo pelis navideñas. Como si hubiéramos comido poco, preparamos palomitas de maíz de esas con un toque de mantequilla que, aparte de alimentar, huelen que da gusto. De hecho, en aquella pequeña casa se percibía ya una amalgama de olores de lo más especial, todos ellos deliciosos, como deliciosa fue la sesión televisiva.

Una a una, nos fuimos tragando varias de las pelis hasta que llegó la noche. En algunos momentos de la tarde, paramos para tomarnos alguna fotografía que inmortalizase unos momentos que merecían ser capturados y recordados.

Por la noche cenamos ligero y Kevin propuso jugar una divertida partida de Monopoly.

—Eso es, boludo, a ver quién demuestra más dotes para hacerse rico —le indicó Martín, quien parecía tener bastante interés en mostrar las suyas.

—Yo ya me hice rico, chaval, me hice rico con la presencia de todos vosotros —le contestó Kevin sin pensar, aunque mirándome especialmente.

Especial era él, de eso no me cupo ningún tipo de duda. Sacó el Monopoly y jugamos por parejas, nosotros dos juntos.

Lo que nos pudimos reír fue poco porque si algo no conseguí jamás de mi hermana fue evitar su mal perder. Ylenia, tan competitiva como era, no se permitía perder ni al parchís. Y estaba teniendo una suerte catastrófica.

—Esto es por tu culpa, Hayden. Nuestro dinero lo administraré yo, ¿eh? Porque te aseguro que como lo hagas tú vamos de culo y cuesta abajo, no das una.

—Será que no damos, amor, porque yo no doy un paso sin consultártelo —le recordaba él.

—No, no, las malas decisiones son tuyas, que lo sepas. De caballos sabrás bastante, pero de inversiones no sabes nada de nada, qué coraje…

En el otro lado de la moneda, Martín nos estaba dando una paliza a todos, quedándose con las mejores ubicaciones, lo que mataba a mi hermana, que

seguía dándole la brasa a su novio.

Santa paciencia tenía con ella, porque Ylenia siempre demostró mucho carácter, y cuando a ella se le metía algo en la cabeza no había quien se lo sacara. Y si decía que Hayden no valía para eso, no valía para eso.

Al final, como era previsible, Martín nos dio la paliza del siglo, alzándose con el trofeo.

—Ay, mi madre, y encima nos lo va a pasar por las narices, ¡pues que sepas que esa ha sido la suerte del principiante! —le decía ella, muerta de asco.

—¿De qué principiante? Si yo llevo millones de partidas de Monopoly ganadas en mi vida, lo que pasa es que vos no te enfrentaste hasta hoy conmigo.

—No la provoques más, Martín, por lo que más quieras, o le dará un ataque de ansiedad —le recomendaba yo.

—¿Millones de partidas? Y eso sin exagerar, ¿no? A mí me da —Puso mi hermana los brazos en jarra.

Lo que nos dio, a los demás, fue un ataque de risa de no te menees que agudizó su cabreo, que fue *in crescendo* hasta causar nuestras carcajadas.

Es lo que tiene ser una campeona, que no hay manera de bajarte del pedestal…

Capítulo 14



Los días fueron pasando poco a poco camino del Año Nuevo.

Ava y Martín se marcharon al día siguiente de Navidad, pero volvieron el día 30, tan solo unas cuantas jornadas después.

La idea era que todos celebrásemos de nuevo el Año Nuevo juntos.

Ava, que estaba participando en competiciones distintas a las de Ylenia, venía con las mejores de las noticias.

—Te estás creando una fama que no veas. El otro día hablaban de ti varios entrenadores, estás rompiendo moldes en el mundo de la hípica y lo mejor es que la gente está reconociendo que lo haces por méritos propios, porque llamó mucho la atención que Derek Miller dejara de patrocinarte y, aun así, te has lucido.

Mi hermana había participado en una carrera solidaria el día anterior y les dio una paliza a sus contrincantes, lo que salió en la prensa local.

La gente se estaba haciendo eco de ello, y también de que su trayectoria seguía siendo meteórica, y eso sin contar ya con Derek, que ninguna vinculación profesional mantenía con ella.

A Carlos, el ascenso de Ylenia le venía de perilla porque ese hombre lo había apostado todo por ella, y la vida le recompensaría.

Yo soy de las que piensa que hay que creer en la suerte, pero también que hay que trabajar, que hay que trabajar muy duro, porque la suerte puede influir en que gane una persona que esté tan preparada como otra, pero no menos. E Ylenia estaría más preparada que nadie de su entorno.

Nos dimos cuenta esa misma mañana, al ir al pueblo, porque algunas personas comenzaban a reconocerla. En la zona existía muchísima afición a los caballos y algunos la veían ya como una futura heroína.

—Antes solo era la hermana de la prometida de Derek Miller, y ahora mira, me reconocen por mí misma —me decía después de que un chico se le hubiera acercado para hacerse una foto con ella.

—Si es que eres un primor de amazona y otro de hermana, cariño mío. No te puedo querer más. Eres lo más lindo de mi vida, ¿sabes?

Kevin nos miraba con devoción, y eso era algo que tampoco se me pasaba por alto.

—¿Por qué nos miras así? —le pregunté porque me hacía gracia.

—Porque no puedo imaginar una relación entre hermanas más bonita que la vuestra, por eso.

—Sí que es bonita, ¿verdad? Es mi mayor tesoro. No sé si te he contado que mi madre murió en el parto de Ylenia —le comenté mientras ella iba a lo suyo con Hayden.

—No, joder, qué palo, ¿no?

—La vida a veces tiene un sabor agridulce; se llevó a la persona que yo más quería y me dejó una vida recién nacida a la que cuidar, que la sustituyó.

—Creciste demasiado rápido a consecuencia de eso. Se te nota, eres muy madura para tu edad.

—¿Madura? Soy muy idiota, querrás decir, porque si hubiese sido madura habría visto la maldad de Derek de lejos y no me habría dejado engatusar de nuevo.

—¿Cuándo te vas a perdonar? La maldad, a menudo, se reviste de bondad. Él urdió un plan para que cayeras en sus garras, no deberías fustigarte más por eso, le habría pasado a cualquiera.

—Es que se me viene a la cabeza y me vuelvo loca. En fin… Tú nunca me cuentas nada de tu familia, ¿qué fue de ellos?

—Mis padres también murieron en distintas circunstancias, igual que los tuyos.

—Vaya, y tú no tenías hermanos —suspiré con pena.

—Sí, tuve uno, pero también la vida se lo llevó.

Me quedé sin reacción. No podía imaginar que un hermano de Kevin hubiese fallecido, aunque noté de inmediato que se había sincerado un segundo conmigo, pero que no era lo que deseaba.

—Lo siento de corazón, lo siento muchísimo —murmuré.

—Ya pasó, mi niña, tú no tienes por qué sentir nada —Me puso el brazo por encima del hombro en uno de esos gestos protectores con el que me sentí bien.

De tanto en cuanto se dejaba caer con uno de esos gestos que a mí me reconfortaban. Yo me dejaba querer en momentos así en los que él, tan

cariñoso, me recordaba lo que sentía por mí.

Me había dejado en *shock*. No hacía mucho que había visto la serie *The Good Doctor* y se me vino a la mente la terrible escena en la que el hermano del prota sufre el fatal accidente que se lo lleva por delante.

Me imaginé a Kevin con su hermano en una situación similar, porque cabía la posibilidad de que fueran ese tipo de hermanos. De hecho, conociéndole, era lo más posible.

Kevin no lo sabía y yo jamás se lo diría, pero sentí un lastimoso pellizco en el estómago que esa noche apenas me permitió dormir. Lo achaqué a eso, aunque también pudiera ser que cenásemos demasiado, pero la realidad es que descansé muy mal esa noche.

Cuando por fin pude dormir, me mostré muy intranquila, tanto que a medianoche se ve que hablaba sola, entre sueños, y Kevin vio que no estaba bien.

Con todo el respeto, al escucharme, entró en el dormitorio que yo compartía de nuevo con las chicas y, llegando al extremo de la cama que yo ocupaba, me despertó mientras que ellas, que además bebieron alguna copita antes de planchar la oreja, seguían dormidas como troncos.

—¿Estás bien, cielo? —me preguntó.

Nunca me había llamado así, aunque solía mirarme de formas tan cariñosas que provocaban que yo pensase que, en su fuero interno, sí que se refiriera a mí de esa manera, como su cielo o algo parecido.

—Sí, quizás cenase demasiado y he tenido pesadillas —le dije sin querer mencionar para nada que su confesión me cortó el cuerpo.

—Lo he escuchado, y te desperté porque no quiero que sufras. Lo último que deseo en este mundo es que lo hagas —me confesó mientras me daba un beso en la frente.

Capítulo 15



Al día siguiente no me levanté muy católica…

Lo achacaba a lo mismo, incluso a alguna posible infección de orina a las que yo era muy propensa y que en más de una ocasión en mi vida acompañaron a momentos en los que recibí una mala noticia o algo parecido.

Vaya, que parecía que yo sufría súbitas bajadas de defensas que me dejaban jodida para unos días. No me ocurrió cuando descubrí la traición de Derek, pero era muy posible que desde entonces viniera arrastrando algún tipo de dificultad que se reflejase finalmente en mi organismo, y esa otra trágica noticia sobre su pasado que me dio Kevin fuese la guinda que rematase el pastel.

Para pasteles los que estábamos preparando entre todos, ya que deseábamos que el Año Nuevo entrase de la mejor forma del mundo. Yo se lo pedía al universo porque de malas noticias estábamos ya hasta la punta

de la coronilla y porque ya nos merecíamos que la buena racha por la que parecíamos volver a atravesar hubiese llegado para quedarse.

También se me pasó otra idea por la cabeza y ya esa me gustó menos, al notar un dolor en el riñón derecho que me recordó a aquella otra ocasión en la que, años atrás, sufrí un doloroso cólico nefrítico que prefería ni recordar, porque el del cólico es uno de los peores dolores que un ser humano pueda sufrir, como por todos es sabido.

Ylenia se percató de que yo no estaba demasiado bien, igual que el resto, por lo que no tardó en pedirme que me sentara y les dejara hacer. Kevin ya me lo había propuesto también un rato atrás, pero ni caso le hice.

—A ver si tú tienes más suerte, porque yo le veo mal color —le comentó a mi hermana, quien me puso la mano en la frente.

—Es muy cabezota, eso ya te lo avanzo yo, pero diría que tiene unas décimas de fiebre, algo que va a negar en tres, dos… —comenzó a contar, causando la risa de todos.

—Boluda, si vos no estás bien, no tienes que demostrarnos nada. En la cama estarás mejor —me indicó Martín el camino, como si yo no lo supiera.

—¿Y dejaros a todos colgados? De eso nada. Además, que tampoco estoy tan mal…

—Hazme caso, Kevin, ese «tampoco» indica que está como si le hubieran molido el cuerpo a palos, cosa que también va a negar en tres, dos… —repitió la broma mi hermana.

—Ylenia, no seas tozuda, que no me pasa nada. Solo estoy acusando un poco de cansancio.

—Ya, y el cansancio provoca fiebre. Pero claro, la tozuda soy yo. Pues mira, la tozuda te dice que hoy no trabajas más y no vas a hacerlo, ¿o tengo que ponerme en plan hermana mayor?

—Oye, pues no lo habrías hecho nada mal, por lo que voy viendo…

—Cariño, si es por tu bien, ¿no es eso lo que siempre me dices tú? —añadió Ylenia.

—Sí, sí, y reitero que no se te da mal.

—Venga, métete en la cama un ratito y procura descansar. Kevin me ha dicho que has pasado mala noche, yo mucho no me he enterado y no sé por qué…

—Porque te tomaste alguna copita, y porque cuando lo haces podría estallar una bomba atómica a tu lado y no te despertarías. Pero mejor así, al menos vosotras estáis descansadas y no os he dado faena, solo se la he dado a Kevin.

—Kevin está encantado de atenderte, princesa —habló él en tercera persona de sí mismo mientras me dedicaba una cómica reverencia.

—Cielo santo, no me tratas como a una princesa, sino como a una reina…

—Lo que tú te mereces, ni más ni menos.

No les podía negar que seguía sin encontrarme bien y que las fuerzas me estaban fallando un poco. De seguir por esos derroteros, terminaría por aguarles la fiesta esa noche, y eso era lo último que deseaba para despedir a un año nefasto y recibir a otro que estaba segura de que sería mucho mejor. Entre otras cosas, que conste, porque superar a aquel sería complicado.

Me pasé la tarde reposando, lo cual no quiere decir que no participase en sus bromas o que no diese órdenes desde la cama.

La casa de Kevin era tan pequeñita que te permitía permanecer en otra estancia y, aun así, estar integrada en el grupo. Yo quería sobreponerme a la situación, como es lógico, para pasar así la mejor Nochevieja posible, pero un par de punzadas más en el riñón amenazaron con darme guerra.

No lograría nada poniéndome nerviosa, cosa que traté de evitar. Creo que llegué, a ratitos, a quedarme dormida, pero enseguida me despertaba y volvía a interesarme por lo que se cocía en la cocina, y nunca mejor dicho.

—¡No dejéis que se queme mi crema de puerros! —les indiqué con respecto a una que dejé a medio preparar y que serviría de guarnición al asado, junto con otras que prepararon los demás.

Yo no era demasiado cocinillas, pero en lo referente a los almuerzos y cenas de las fiestas navideñas siempre tomé cumplida nota de las recetas de mi madre y no permitía que salieran mal, ya que en cierto modo así pensaba que la honraba en parte.

—Manda más que un general —les decía Ylenia.

—Que te estoy escuchando, hermanita, ¿a que me levanto y voy?

—¿Lo veis? Es como una madre, y lo malo es que, si se levanta y viene, encima encuentra cualquier cosa que se nos haya perdido —rio ella.

—Ylenia, que te la ganas…

—Ya solo le falta tirarme con la zapatilla, y entonces se gana el título de madre, fijo —reía ella.

Hasta a mí me hizo reír la muy pava, porque todo lo decía con esa gracia suya, tan natural, fresca y joven.

—Pues yo creo que tu hermana sería una madre sensacional —opinó Kevin, que siempre me veía con los mejores ojos.

—Y yo también, pero seguro que ella se encontraba alguna pega…

—Ylenia, ya, que me levanto —le advertí.

Me terminé levantando, y no ya por darle un tirón de orejas, que ganas no me faltaban, sino porque yo no servía para quedarme en la cama. Y mucho menos cuando todos estaban arrimando el hombro y me sentía fatal por no poder hacerlo.

Capítulo 16



A la hora de la cena no podía con mi alma, y ya había recibido unos cuantos pinchazos más de esos que confirmaban que algo en mi interior no iba bien ese día.

Yo me sentía fatal por el resto, así que traté de ponerme algo de maquillaje y de disimular lo más posible, dado que era Nochevieja y porque nos merecíamos una bonita celebración como la del día de Navidad.

Las chicas retocaron mi pelo antes de salir al salón.

—Ponte mejor mi carmín —me ofreció mi hermana, porque el mío no era nada llamativo y apenas cubrió la palidez que mostraban mis labios.

Le hice caso, ya que estaba deseando lucir el aspecto más saludable y menos sospechoso posible para que todos ellos disfrutasen.

—¿Así? —le pregunté una vez que terminé de maquillarme.

—Así, estás guapísima —me indicó ella.

—No mientas, cariño, que siempre te he dicho que mentir está muy feo…

—No miento. Yo siempre te veré guapa —me dijo ella mientras Ava asentía.

—¡Y yo también! —exclamó Kevin desde la cocina, que tenía las antenas puestas.

Las dos se echaron a reír, y él también, lo mismo que el resto.

—Oye, ¿a ti no se te va ni una? —le pregunté—, ¿a que salgo y te doy otro tirón de orejas a ti también?

—Y lo malo será que hasta me guste…

Estaba sembrado esa noche, solo le faltaba la maceta. Cada vez que celebrábamos algo, ejercía como el mejor de los anfitriones, aunque en el fondo yo sabía que también sentía preocupación por mi estado.

Me alabó mucho en el momento en el que llegué a sentarme en la mesa, si bien su sonrisa desapareció de su rostro cuando no pude disimular el dolor a consecuencia del pinchazo que volví a sentir en el riñón, el cual se reflejó en mi rostro.

—¿Quieres que vayamos a la clínica? —me ofreció.

—¿A la clínica? —quise hacerle ver que se trataba de una idea disparatada, cuando no era así—. Deja, deja, que estará llena de matasanos de esos deseando celebrar y me la liarán peor, ni se te ocurra. Igual están hasta borrachos…

—Mujer, un poquito más de fe en el ser humano —me pidió él.

—Es que yo ya de eso voy corta —le comenté.

Traté de comenzar a hablar para desviar la atención de todos ellos, aunque con Kevin no lo logré. Saqué el tema de los caballos, y de la rivalidad que observé en las últimas competiciones en las que participó Ylenia, y mi hermana comenzó a charlar por los codos, opinando al respecto.

—¡Por el año en el que Ylenia se convertirá en una gran campeona! —brindó enseguida Kevin, quien no mostraba duda alguna sobre que así sería.

Mi niña se merecía eso y más, porque las calamidades le habían sucedido una detrás de otra. Desde la muerte de nuestro padre, apenas levantamos cabeza, y el súmmum del año gafe lo representó ya ese complicado momento en el que el desalmado de David la asaltó en casa. Menos mal que seguía en la cárcel, porque solo de pensar que pudiera volver a hacerlo…

Yo no comí demasiado porque mi estado no me lo permitía. En varios momentos, a lo largo de aquella deliciosa cena (no me necesitaron para que todo estuviera exquisito), Kevin me puso la mano en la frente y negó con la cabeza.

Yo me veía encima el cólico nefrítico, porque conocía sus síntomas y se parecían bastante a aquellos, y me echaba a morir. La anterior vez lo pasé fatal, pero al menos me ocurrió en mi casa y en el más estable de los entornos, pero ¿en aquel? ¿De verdad no había tenido bastante ya con el añito que llevábamos? Cielos…

Cuando una no está bien, ni siquiera cae en las cosas. Ylenia estaba también muy pendiente de mí, pero a ella no se le escapó que iban a dar las doce de la noche y que era hora de cumplir con otra tradición muy propia de nuestra familia, también heredada de mi madre.

Palabra a palabra, de sus labios comenzaron a salir las letras de esa balada escocesa que año tras año cantásemos en familia y que venía a traducirse más o menos como «Por los viejos tiempos», una reliquia que rendía tributo a las amistades y que ese año cobraba un especial sentido al estar rodeadas de todas aquellas personas.

A continuación, seguimos con la tradición de besar, y mientras ambas parejitas lo hicieron entre sí, Kevin y yo también nos besamos, si bien en nuestro caso no se trató de un beso apasionado (al menos por mi parte), sino de un sincero beso de agradecimiento en la mejilla al hombre que trataba de hacer cada uno de mis días más bonitos.

A continuación, fuimos a besarnos todos. En ese instante me percaté de que yo no me podía levantar, recibiendo una siguiente punzada que me dejó clavada en la silla.

Los chicos reían mientras que Kevin, hablando de clavar (y sin ánimo de que malpenséis), lo que clavó fue su mirada en mí.

—Lo siento mucho, pero te llevo de inmediato a la clínica —me indicó, haciendo que los demás me mirasen.

—¿Qué te pasa, hermanita? ¿Estás peor? Kevin tiene razón, qué mala cara se te ha puesto. Venga, que nos vamos…

—No, no, yo no os voy a aguar el Año Nuevo a todos. Solo iré si permitís que me lleve Kevin, quiero que os quedéis —les pedí al resto.

—Pero yo soy tu hermana y…

—Y por eso debes respetar mi deseo, cariño. Te pido por favor que te quedes, no será nada…

Capítulo 17



Hay quienes piensan que todos tenemos lo que nos merecemos, sin contar con que el azar juego su papel en la vida de todas las personas.

Yo no me merecía, con lo mucho que llevaba luchado, comenzar el año con tan mal pie. O igual sí que me lo merecía, porque llevaba una racha malísima y todo eso termina el cuerpo por somatizarlo.

En fin, que solo me quedaba ponerme en manos de los médicos y que ellos me confirmasen si era un cálculo renal lo que causaba mi malestar y cómo podríamos contrarrestar su acción.

De camino a la clínica, Kevin me fue calmando.

—No te preocupes que, si es eso, yo te voy a cuidar.

—Pero es que igual se expulsa en tres días que me está dando lata dos meses, nunca se sabe, y la carrera de Ylenia no puede pararse. Es que no

puede pararse.

—Ni tu cabeza tampoco para. La obligación siempre por delante, ¿no?

—¿Y qué puedo hacerle? Si es que ella solo me tiene a mí…

—Gracias por la parte que me toca, ¿te has parado a pensar que yo también podría ayudarla en el caso de que lo necesite?

—¿Más? ¿Te parece poco lo que estás haciendo? Yo necesito vender ya el coche y que tú, como mínimo, puedas acostarte en tu cama.

—¿Y quién te ha dicho que duerma mal en el sofá? ¿Quién?

—Divinamente debes dormir. Un día te levantarás con tal tortícolis que te acordarás de toda nuestra generación y en todos los sentidos, hacia arriba, hacia los lados —quise reír y me sentí peor todavía.

—¿Otra punzada? Tranquila, enseguida te darán algún medicamento, ya lo verás...

—Dios te oiga, porque ahora que no están los chicos te confieso que comienzo a ver las estrellas.

—Ya, y no de la forma que a mí me gustaría, ¿no? Así en plan romántico y con la vista puesta en el firmamento —quiso hacerme reír. Era muy

bueno.

—No, no en ese plan. Lo siento mucho…

—Y yo que me lo temía…

Lo que yo me temía era el diagnóstico. Cuando uno siente la incertidumbre que yo sentía en mi vida en esos momentos, lo último que desea es ponerse enfermo y no poder trabajar.

La desamparada situación en la que nos dejó mi padre, con una mano delante y otra detrás, exigía que yo rindiera al máximo, y otra cosa no me la planteaba. Claro que igual mi cuerpo tenía algo que decir al respecto.

—Van a salir con una cogorza y me inyectarán cualquier cosa. Si me dejan tiesa como a un ajo, demándales y le das todo lo que saques a Ylenia, ¿vale?

—Oye, ¿tú cómo eres tan fantasiosa? —me preguntó él.

—Yo es que de niña leía muchos cuentos, mi madre me inculcó el hábito. Ella devoraba libros. Y luego yo se los leía a Ylenia, pasados los años…

—¿Y eran todos cuentos con final feliz? —se interesó.

—Pues sí, porque eran irreales, para niños. Ya sabes, en la vida real los finales felices no existen —expresé con amargura.

—¿No existen o también has dejado de creer en ellos? —me preguntó.

—No existen, no existen. Para una pareja a la que le sale bien, ¿tú a cuántas conoces? El resto termina tirándose los trastos a la cabeza.

—El truco está en ser primero amigo de tu pareja —me soltó con total convicción.

—Ya, ¿y a ti te ha funcionado alguna vez? Porque tampoco tienes pareja, que yo sepa.

—No, no la tengo…

—Solo me habría faltado, descubrir a otro como…

—¿Te puedo pedir un favor? —asentí con la cabeza porque comprendí que acababa de pasarme—. No me vuelvas a comparar con él. Yo no soy Derek Miller ni me parezco a él más allá de que ambos tengamos dos piernas, dos brazos, ya sabes…

—Perdona, sí, y en poco más. Porque ese es un descerebrado y tú tienes la cabeza encima de los hombros, además de una asombrosa paciencia, gracias.

—No tienes por qué dármelas…

El cuerpo me temblaba un poco porque ya sí que debía tener una cierta temperatura y eso hacía que una ligera capa de sudor se hiciera visible a sus ojos.

Kevin me llevó el pelo detrás de la oreja e incluso trató de echarme aire con unos papeles de propaganda que había en la sala de espera de la clínica.

—Están tardando un poco, iré a mirar lo que ocurre…

—¿Qué va a ocurrir? Que están todos de fiesta.

—Que no, mujer, daré un toque de atención. Sé que no es la mejor noche para ingresar, pero ya deberían haberte visto.

—¿Ingresar? Yo solo he venido a que me echen un vistazo, ¿eh? Ingresada no me quedo.

Aquella clínica era la misma en la que estuvo en su día Ylenia, cuando la asaltaron, bastante lujosa, por cierto. Y la misma a la que acudía Derek. Mi seguro médico todavía me permitía acudir a ella porque mi padre lo pagó con un año de adelanto, de modo que no tenía que preocuparme por eso.

Lo que sí me preocupaba era que cada vez me encontraba peor. Vi que Kevin se dirigía al mostrador y sentí muchas ganas de cerrar los ojos.

El dolor me estaba debilitando en la peor de las noches para permanecer en la sala de espera de una clínica, lo cual no quería decir que no fueran a atenderme.

De hecho, vi que Kevin se dio la vuelta y escuché que gritó auxilio. Yo acababa de caerme en la silla de al lado y no me podía enderezar, porque el dolor no me lo permitía.

Me sentía tan mal que solo quería vomitar y, al mismo tiempo, me moría de la vergüenza al pensar que pudiera hacerlo allí mismo, a la vista de todos, ¿de qué todos? Si allí no había nadie.

Finalmente, sí que acudieron, y varios sanitarios, alertados por los gritos de Kevin, que los puso firmes. Él se asustó mucho al verme en ese estado y yo… Yo me asusté más.

Capítulo 18



Nada como un susto para que toda una plantilla sanitaria se ponga en marcha.

Sé que yo podía ser injusta al pensar que aquellas personas estuvieran bebiendo o que me atenderían un tanto perjudicadas, pero todos somos humanos y es obvio que algo más distraídas que el resto del año sí que estaban, y entraba dentro de la normalidad,

Kevin, a partir de ese momento, no se movió ni un segundo de mi lado. Yo no sabía si era consciente de la mucha seguridad que me daba con su actitud, pero me la daba.

A mí es que me costaba admitirlo, pero en un momento en el que nos dejaron a solas, cuando ya estaba algo más recuperada se lo murmuré:

—Le tengo cierta aversión a los médicos, desde niña, lo siento. Por eso me pongo así y por eso, cuando se trata de mí, evito acudir a ellos hasta

última hora.

—¿Y eso por qué, bonita? Si es que puede saberse, claro.

—Pues eso porque siempre creí, quizás muy injustamente, que dejaron morir a mi madre tras nacer Ylenia.

Kevin estaba logrando cosas, aun ignorándolo, que nadie había logrado en la vida, como que yo le hiciera esa confesión que, en parte, me daba cierta vergüenza y que, sin embargo, me salió sola, sin que tuviese que darme ni un empujoncito.

—Entiendo, cuando uno ha pasado por un trance así…

—Tú nunca hablas de lo que le sucedió a tu familia. No me cuentas cómo murieron tus padres ni tu hermano.

—Mis padres sufrieron sendas enfermedades y, en cuanto a mi hermano Oliver, él murió en un accidente.

Al menos acababa de enterarme de que el chaval se llamaba Oliver, ya que ni eso sabía.

—¿En un accidente de tráfico?

—No, en uno mucho más desgraciado y absurdo.

Vi que el gesto se le torció y entendí que hay situaciones en las que una no debe meter demasiado los dedos, ya que corre el peligro de hacer daño a la persona que menos se lo merece.

Kevin se estaba comportando impresionantemente bien conmigo, y yo veía que no le gustaba hablar de ese tema.

Yo era más bien de la opinión de que los problemas duelen menos cuando se echan fuera. Ahora bien, no soy psicóloga y quizás él no estuviese preparado para ello, quizás no todavía.

Cada uno tiene sus tiempos, y eso es una realidad. Para mí, a esa temprana edad, la muerte de mi madre supuso un mazazo tal que me dejó sin reacción en su momento, de modo que al principio también opté por no hablar ni de su fallecimiento ni de ella misma.

A base de no hacerlo, a base de que no querer ni siquiera mirar sus fotos, un día me estremecí al comprobar que en, mi infantil mente, su rostro se iba desdibujando y su voz tampoco resonaba en mi memoria. Ese día comprendí que no pierdes a una persona cuando fallece, sino cuando te olvidas de ella, y entonces comencé a recordarla, y entonces también incluí su recuerdo en mi día a día.

Desde aquello, ella se convirtió en esa alma pura y buena a la que yo invocaba cada vez que necesitaba ayuda, pues tenía la impresión de que continuaba muy cerquita de mí.

Recordé que, cuando Ylenia sufrió el ataque por parte de ese desaprensivo, le pedí que la cuidara siempre y que estuviera más cerca de ella que de mí, aunque en el fondo yo sabía que sus cuidados los dividía a medias entre sus dos hijas; la que le dio tiempo a criar y la que no.

Me estaban haciendo cantidad de pruebas, porque el desvanecimiento que sufrí les había mosqueado un poco. Prácticamente, había perdido el conocimiento y en una clínica de renombre como esa no podían permitirse fallos, y más cuando Kevin les había amenazado con denunciarlos por tardar demasiado en atenderme.

Yo me imaginaba a toda la gente celebrando la entrada del Año Nuevo y sentía una inmensa rabia en mi interior. Cómo no iba a sentirla si no podía más, si sentía que, cada vez que daba un paso adelante, al final volvía a encontrarme detrás.

Lo único que deseaba era expulsar esa maldita piedra y hacerlo lo antes posible para poder volver a mi vida, para poder volver al lado de mi hermana y entrenar con ella, que era lo que deseaba.

En determinados momentos de la vida, es tanta la ignorancia que tenemos respecto a lo que realmente nos va a suceder que nos termina por sorprender hasta el punto de dejarnos mudas, como muda me quedé yo cuando la médica vino con el resultado de las pruebas.

—Por la parte del riñón no debes preocuparte, Tiffany, no hay ninguna piedra —me dijo cogiéndome la mano, porque era una chica de poca más edad que yo y me trató con suma familiaridad.

—¡Alabado sea Dios! ¿Y entonces?

—Entonces la fiebre y los pinchazos son la consecuencia de una infección de orina, porque estás muy bajita de defensas.

—Eso sí que me lo temía —resoplé.

—Claro, y además que es normal en el comienzo de muchos embarazos —me sonrió.

—¿Has dicho embarazos? Es que la infección será de orina, pero perdona, porque debe haberme afectado al oído —murmuré con verdadero terror.

—Hasta donde yo sé, el resto del cuerpo lo tienes divino, incluido el oído. Has escuchado bien, Tiffany: estás embarazada.

Era el día, era el día porque sí que debía estar bajita de todo, incluida de moral, y no me fui al suelo desde el borde de la cama gracias a la certera intervención de Kevin, quien me cogió al vuelo.

Se me apagó la luz y punto, algo que no era de extrañar porque yo lo asimilo a que la noticia fue tan impactante que entré en modo *"off"* porque

asimilar una noticia de ese calibre, en mis circunstancias, no iba a ser fácil, nada fácil.

Capítulo 19



Cuando volví en mí, la médica me daba cachetes y Kevin me abanicaba.

Su cara, la del hombre que tanto me estaba ayudando, fue la primera que vi. Y él me sonrió.

—Ya te tenemos otra vez de vuelta, qué alegría —murmuró contento.

—¿Qué ha pasado? —en un primer instante no lo recordé, aunque enseguida mis ojos se inundaron de lágrimas—. Ay, cielos, que ya lo recuerdo. Y el problema es que no lo quiero recordar —añadí.

—Podrás con todo, tú podrás con todo —me indicó él.

—No, no, hay cosas con las que ya no puedo, ¿embarazada? ¿Embarazada de quien tú sabes? —no quise mencionarlo delante de la médica porque ella no me conocía y no deseaba que me vinculase con ese indeseable.

—No pienses ahora en eso, por favor. Es tu hijo, punto —me sonrió.

Supongo que otra alternativa, que no naciera, no pasó por la cabeza de alguien que amaba tanto la vida como el hombre que tenía ante mí. Para mí que, igual que le gustaban los animales, le gustaban los niños… A Kevin le debía fascinar todo lo que oliese a vida.

A mí tampoco, por mi educación, me pasaba esa idea por la cabeza. Yo me sentía incapaz de algo así porque, a pesar de estar en *shock*, ya tenía la impresión de que comenzaría a amar a esa vida que se estaba formando en mi interior como diría Ylenia: «en tres, dos…».

—Todo está bien, ayúdame a incorporarla —le pidió la médica a Kevin, porque yo estaba ladeada sobre la cama.

Me pasé la lengua por delante de los dientes porque no recordaba si llegué a caerme o no, y pensé que las cosas pudieran llegar a complicarse todavía más. Por suerte no fue así, mis dientes estaban perfectamente alineados y en el lugar en el que debían estar, algo que agradecí, porque ya habría sido lo que faltase.

—Te pondremos un tratamiento y deberás pasar la noche aquí, porque la infección es grande y tampoco podemos combatirla con todas nuestras armas, ya que hay un chiquitín ahí dentro que nos lo impide —me contó ella.

—Lo entiendo, lo entiendo —le dije resoplando.

—¿Qué pasa? No te veo demasiado contenta, ¿acaso no es el momento? ¿Os ha llegado por sorpresa? —nos miró a dúo porque el busca le había sonado y no escuchó lo que me dijo Kevin con relación a que era mi hijo y lo que yo le comenté a él respecto a su padre.

En ese instante comprendí que, dadas las circunstancias, ella había pensado que éramos pareja y entonces la saqué de su error.

—¿Kevin y yo? No, él no es el padre, tampoco es mi pareja —le aclaré.

—Perdón, me había parecido, por vuestra actitud cómplice. En fin, me voy a ver qué podemos ponerte y tú mientras, pon una sonrisa, mujer —me dijo.

Qué fácil es eso de ver los toros desde la barrera. Menuda sonrisa que me saldría a mí esa noche, pensando que en unos meses me convertiría en la flamante mamá del bebé de Derek Miller.

Que sí, que nos habían echado un mal de ojo, que yo lo tenía clarísimo, ¿cómo iba a ser si no?

A solas y con Kevin, me eché a llorar, no pude remediarlo.

—Ya está, bonita, ya está —Borró mis lágrimas con sus pulgares, no podía ser más delicado.

—Es que, ¿no lo has escuchado? Estoy embarazada, ¿cómo voy a poder con eso?

—¿Y tú me lo preguntas? Tiffany eres la chica más fuerte que he conocido jamás. Nadie como tú para sacar adelante una vida, no te preocupes por eso —me dijo en el colmo de la amabilidad, dándome confianza.

—Yo no soy tan fuerte como tú crees, no lo soy —negué con la cabeza porque que Dios me perdone, pero para mí era una de las peores noticias que pudieran darme en ese momento.

Un hijo es la mayor bendición que una mujer pueda recibir, pero si llega en el momento menos esperado y en el más complicado de tu vida, y encima no solo es tuyo, sino de ese ser abominable al que quieres expulsar de tu vida y de tu cabeza como si de una posesión demoníaca se tratase, entonces ya la cosa cambia.

Yo no podía permitirme un sobresalto como aquel, y lo peor es que estaba en el mayor atolladero de mi vida, ¿cómo iba a salir de aquella? Me dolía, me dolía en el alma pensar que, cuanto más adelante creí estar, más atrás me hallaba.

Por si mi vida, de por sí, contaba con pocas dificultades, tenía que añadir una más… Una que venía en tarrito pequeño, pero cuya esencia lo cambiaría todo, porque un hijo es algo muy grande.

Sentía pensar así y pensaba así porque no lo esperaba. Justo unas horas antes, a modo premonitorio, Kevin había dicho en su casa que le parecía que yo sería una madre sensacional. Y de pronto iba a serlo.

¿Qué clase de madre sería realmente si me sentía incapaz de asimilar la noticia? Como siempre, yo quería correr antes que andar y me exigía a mí misma una auténtica barbaridad… Pues una madre que necesitaba su tiempo y punto.

Encima, las punzadas en el riñón no cesaban, y cada una de ellas me recordaba que me quedaba una buena por delante, ¿cómo había podido suceder? Pues muy sencillo, porque lo mío con Derek fue tan intenso que no tomamos especiales precauciones, locos de amor como se suponía que estábamos.

Él sí que estaba loco, porque me dio por pensar de todo, hasta que me hubiese embarazado a traición… Porque a traición hacía él todas las cosas.

A mí me daba algo, es que me daba algo porque no podía soportar la idea de permanecer vinculada a él de por vida a través de una criatura, ¿qué clase de maldición me unía a ese hombre? ¿Es que nunca me iba a poder librar de él? Pensaba en Derek y las punzadas me daban más fuertes, porque aquello que me estaba sucediendo dolía en el alma y se reflejaba en mi maltrecho cuerpo, que ya estaba que no podía más.

Capítulo 20



Nos fuimos a casa por la mañana. La noche anterior tranquilicé a Ylenia diciéndole que se trataba de una infección, no de un cólico.

Para mí me guardé la gran noticia que llevaba aparejada esa infección, probablemente fruto del mismo embarazo.

Me preocupaba muchísimo lo que pensase mi hermana al respecto. No sé definir lo que sentía. Igual era para molerme a palos porque Ylenia me había demostrado en múltiples ocasiones ser bastante madura cuando la vida nos había dado un buen revolcón.

Yo había vivido por y para mi hermanita, y me costaba decirle que otra vida se estaba gestando en mi interior en el momento en el que ella más me necesitaba.

Ylenia no era, para nada era, una niña egoísta. Tampoco era ya una niña, por mucho que yo me empeñara en verla como tal. Era más que probable

que ella se lo tomase bien, pero ¿y si pensaba que eso le impediría progresar en su carrera?

Las cosas como son: el Derby de Kentucky se celebraría en primavera, y hasta entonces yo permanecería ágil y en activo porque no quedaba tanto, pero ¿y si sentía náuseas o debía guardar reposo?

Mi hermanita aún no le había puesto ni una pega al asunto y allí estaba yo, poniendo el parche antes que la herida.

Debía cambiar el chip porque era una sufridora nata. Ylenia lo sabía, y seguro que no me ponía las cosas difíciles, nunca lo había hecho. Más bien era yo quien me empeñaba en autosabotearme siempre, cuando ella solo sabía facilitarme la vida.

Llegamos a la casa y todavía dormían. Sin embargo, y a diferencia de otras veces, ella se levantó en cuanto escuchó el ruido de la llave en la cerradura.

—¿Cómo estás, cariño? —me preguntó.

Yo no soy de no pensarlas. No sé por qué lo hice así ese día. Igual es que la noticia me venía tan grande que consideré que era mejor soltarla tal cual y así lo hice.

—Embarazada, hermanita, estoy embarazada.

Ella me miró, primero seria, y luego se echó a reír.

—Espera, ¿qué te han puesto en el gotero? ¿Medio litro de ron? —rio desconcertada.

—No, cariño. No estoy borracha, solo embarazada —le repetí.

Ylenia me conocía lo suficientemente bien como para saber que yo con ciertas cosas no bromeaba, y eso hizo que de pronto se parase y reflexionase.

—Muero, ¿lo dices en serio?

Asentí con la cabeza muerta de miedo, como si la vida se me fuese en la reacción de mi hermana. Luego le hablé.

—Muy en serio, cariño, ¿a ti qué te parece?

—¿Qué me parece? ¡Me parece que es la leche! —exclamó con total alegría mientras me comía a besos.

—¿Sí? ¿Me lo dices de verdad? —quise cerciorarme mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Pues claro, cariño, ¿cómo me va a parecer? Es un sueño, ¡voy a ser tía! ¡Voy a ser tía! —chillaba, corría e iba en busca de los demás.

Ava se levantó enseguida.

—¿Qué dice esta loquilla que va a ser?

—Tía, Ava, ¡Tiffany está embarazada!

Los dos chicos se desperezaban en ese momento.

—¿Vos embarazada? —me preguntó Martín—, ¿de ahí las punzadas?

—Más o menos, todo está relacionado —le contesté.

—La concha de mi madre, dejaste que el boludo del rico te rellenase como si fueras un pavo de Navidad.

No, yo no podía con los comentarios de todos ellos. En un momento en el que solo quería llorar, me hizo reír a mandíbula batiente. Tanto que me dio tal punzada a consecuencia de la risa que cogí la silla a lo justo.

Hayden, bastante más prudente, me miró serio.

—¿Y cómo estás? Porque supongo que recibir la noticia de que esperas un hijo de Derek te habrá impactado —murmuró.

Fue mencionarlo y se me cortó la risa, como si al no escuchar su nombre no existiera y, al escucharlo, todos los fantasmas volviesen a mí.

—Vamos a hacer una cosa, a Derek Miller ni nombrarlo en esta casa —opinó Kevin, queriendo rebajar la tensión y que yo no sufriera.

—No podré obviar el hecho de que sea el padre de la criatura por mucho que no lo nombre —le recordé.

—Ya, pero sí que podrás dejar ciertos pensamientos de lado, creo que es lo mejor.

Kevin siempre buscaba eso; lo mejor para mí. Y yo debía agradecérselo.

Yo me encontraba muy débil, aparte de que no había dormido en toda la noche, e Ylenia me ayudó a echarme un poco en la cama, lo mismo que Ava.

—Ahora tendrás que controlar bastante el consumo de ese café que te preparo y que tanto te gusta —me hizo ver Kevin.

—Tienes razón, pero yo necesito una tacita, aunque sea muy pequeñita y con mucha leche, para engañar a mi cuerpo. No voy a poder con tantas emociones si no —le comenté.

—Tú podrás con todo, pero marchando esa pequeña tacita.

La vida iba a continuar. Era evidente que no se pararía para que yo me bajase. Y yo… Yo no sabría cómo afrontar todo aquello, porque me iba a costar mucho.

Comenzó a nevar de nuevo, y rato después los chicos salieron a juguetear con la nieve. Ylenia estaba pletórica, se lo había tomado genial.

Yo imaginaba que ella iba a ser una gran tía, porque desde su papel de hermana pequeña, también me había cuidado siempre mucho, igual que yo a ella, y era evidente que a su sobrino le cuidaría igual.

Qué fuerte, yo iba a ser madre y en las circunstancias más extrañas del mundo. Había llegado a un punto en el que no me quedaba otra que espabilar, porque tendría un bebé y no podía pararme ni victimizarme.

Desde esa perspectiva, igual aquel hijo había llegado para que, por una vez en la vida, le plantase cara a Derek y le sacara definitivamente y para siempre de la mía. Puede parecer muy contradictorio, cuando íbamos a tener un hijo juntos, ¿y qué? La vida, en ocasiones, es tremendamente contradictoria.

Capítulo 21



Un par de días después, ya estábamos los tres solos.

El año había comenzado de una forma rocambolesca, pero tocaba empezar a tomar decisiones.

Ylenia se despertó antes que yo esa mañana, porque me estaba tomando algunos medicamentos que me daban sueño, gracias a los cuales, eso sí, la infección comenzaba a remitir.

Yo sabía que mi hermana estaba pensando en algo y que no tardaría en soltarlo, por lo que la animé:

—Dime, anda, ¿en qué piensas?

—Es que no quiero que te enfades, porque sé que ese tema es tuyo y solo tuyo, lo cual no evita que yo tenga mi propia opinión al respecto —me comentó.

—¿Sobre qué? Dímelo sin miedos, que no te voy a comer.

—Sé cómo es Derek y sé que te ha hecho la puñeta dos veces en la vida, pero también, por muy enfadadas que estemos con él, yo le vi cuidarte.

—No sigas por ahí, Ylenia, ¿a dónde se supone que quieres llegar?

—A que estuvo fatal lo que hizo con Kate, engañarnos como a bobas, pero a que a veces pienso que igual lo hizo porque no le quedó otro remedio.

—Claro que sí, ¿y qué hago? ¿Voy y le doy un premio? Igual si llamo a la Academia y les cuento su interpretación hasta le dan un Oscar.

—Yo no te digo que le perdones, solo te digo que el hijo es suyo y que tiene derecho a saberlo, ¿no se lo vas a contar?

—Ylenia, a mí este tema es que me duele mucho más que las punzadas que me daban en el riñón. No quiero hablar con él, no quiero que lo sepa, no quiero que esté en la vida del bebé, no quiero que…

—Pues entonces nos tendremos que ir muy lejos…

—¿Muy lejos? Nuestra vida está aquí, en ningún otro lugar como en este podrás entrenar. Aquí estamos echando raíces y aquí…

—Y aquí está Derek Miller y, con lo poderoso que es, ¿cuánto tiempo crees que va a pasar hasta que se entere de que va a ser padre?

—Ylenia, por favor te lo pido. Pues ya veremos cómo lo hago. Le diré que el bebé es solo mío y punto.

—Claro y que es obra del mismísimo Espíritu Santo, no te digo…

—Me estoy poniendo muy nerviosa, no quiero hablar más de esto.

—Es que, por mucho que quieras olvidarte de ello no vas a poder. Él hará valer sus derechos y si quieres evitarlo tendrás que irte muy lejos y rezar para que no vuelva a saber de ti, así de sencillo.

Me dio miedo, la forma en la que Ylenia me habló me dio miedo. Derek era muy poderoso y yo pensaba de él que carecía por completo de escrúpulos, ¿y si le daba por querer ejercer de padre? Solo por hacerme la puñeta, e incluso por obligarme a estar con él, le consideraba capaz hasta de tratar de lograr la custodia del niño, por lo que me aterroricé.

Mi hermana tenía razón en que él no tardaría en enterarse y sentí un miedo atroz, un miedo que, en cualquier caso, no podía permitir que me paralizase o estaría totalmente perdida.

Tenía que pensar en qué hacer con mi vida. Lo primero sería lograr vender el coche y conseguir algo de dinero.

En ocasiones, cuando más perdida crees estar, ves un atisbo de luz a lo lejos que te esperanza, aunque sea un poquito.

Esa tarde me llamó un hombre interesándose por el coche. Yo ya estaba bastante mejor, así que quedé con él para la mañana siguiente, en la que acudió a la casa de Kevin a verlo.

Salí para enseñárselo y pareció encantarle, por lo que ni siquiera regateó en el precio.

—Me lo llevo —dijo y sus palabras sonaron como música para mis oídos.

—¿Se lo lleva? Ay qué alegría —yo ya estaba mucho mejor y, aun así, sentí una molestia en el riñón, quizás de la emoción.

—¿Estás bien? —me preguntó el hombre, tomándome por el brazo, de lo más gentil.

—Sí, es que ha estado algo pochita y se está recuperando. Es porque está embarazada —le comentó Ylenia en el tono más risueño.

Yo era feliz cuando ella hablaba con tanta alegría de mi embarazo, el cual nos había cambiado la vida. De pronto, seguíamos pensando en su carrera,

pensábamos mucho en ella, pero también lo hacíamos en el bebé. Y por él necesitábamos una nueva vida y alguna ayuda económica.

Por fin una buena noticia, una que me dejaba de lo más aliviada, porque con ese dinero podría plantear qué hacer con nuestras vidas. Se trataba de un gran coche y, por tanto, lo percibido por él fue como un balón de oxígeno para mi persona, que tan agobiada y falta de recursos estaba.

—Ya nos tocaba algo de buena suerte —le comenté a Ylenia.

—Claro que sí. Y el tío tenía billetes, porque los ha soltado con una facilidad… Qué sencilla es la vida con dinero y qué complicada sin él —murmuró.

—Tú por eso no tienes por qué preocuparte. Vamos a salir adelante, ¿vale? —le comenté porque estaba segura de ello, y más después de cobrar el pico del coche, que nos aseguraría un tiempo en el que poder vivir sin demasiados ingresos extra.

—De eso puedes estar bien segura, porque Pegaso es un pura sangre, un campeón entre campeones, y si a mi sobrino le hiciera falta alguna vez, lo venderíamos y punto.

Casi me la como, ya que Pegaso era todo lo que ella poseía para asegurarse un futuro en la hípica y me hizo un ofrecimiento de lo más sincero.

—Yo eso nunca lo permitiría —le aseguré.

—Y yo lo haría, aunque tú no me lo permitieses —me aseguró ella.

Capítulo 22



Kevin no estaba en ese rato y alucinó cuando llegó y no vio el coche en la puerta.

—Vendido, y ya tengo la pasta. Y ahora, lo que también tengo, es que hablar contigo —le pedí, llevándomelo para dentro.

—¿Y por qué tengo la sensación de que no me va a gustar lo que tienes que decirme? —me preguntó.

Lo había pensado en unas horas. No teníamos que permanecer expresamente allí para que Ylenia entrenase, ella tenía razón en que su carrera podría desarrollarse en otros lugares. Y Derek estaba en ese en el que, por lo tanto, no debía estar yo.

—Kevin, yo te estoy muy agradecida y sabes que con Carlos trabajamos de escándalo. Es un buen tipo, igual que tú.

—Ya, y ahora es cuando viene el «pero». Dispara, te lo pido por favor.

—Ylenia y no nos iremos pronto de aquí, nos iremos lejos y así escaparé de las garras de Derek con mi hijo. No quiero compartirlo con él —afirmé con voz tajante—. No quiero que sepa que estoy embarazada y no quiero que participe en su educación. No lo soportaría.

—Está bien, ¿y cuándo nos vamos? —me preguntó.

Kevin siempre hacía que me quedase con la boca abierta gracias a esas disparatadas propuestas suyas.

—¿Nos vamos? —ladeé la cabeza.

—Mira, yo te voy a ser muy sincero, quizás demasiado, pero es lo que hay, ¿no es sinceridad lo que buscas en tu vida? —me preguntó.

—Sí, claro. Mentiras ya he tenido suficientes.

—Pues abre bien los oídos, que voy: yo quiero irme con vosotras.

—Ylenia piensa que Hayden se vendría, pero ¿tú?

—Claro, Hayden se iría porque es su novio y yo no, porque no soy nada tuyo —me dijo con pena.

—Kevin yo te adoro, nadie en el mundo nos ha ayudado tanto como tú y de una forma tan desinteresada, lo cual no significa que tú y yo estemos en el mismo punto.

—No soy tonto, Tiffany. Sé que tú sientes cariño hacia mí, cuando yo hacia ti siento pasión, eso puedo verlo. También sé que el amor llega de forma muy distinta y en momentos en los que uno deja de creer en él.

»A mí a esta tierra no me liga nada. Puedo vender la casa mañana mismo, le saldrán novios enseguida. No tengo familia, Tiffany, solo os tengo a vosotras.

»Y hoy por hoy, sé que no estás enamorada de mí, pero mañana, ¿tú puedes decirme lo que ocurrirá mañana? Si me quedo jamás lo descubriré y habré perdido. Yendo con vosotras lo sabré y estoy seguro de que podré enamorarte, de que sabré enamorarte.

Le sonreí porque no podía ser más bonito, ¿dejar toda su vida por seguiros sin ninguna garantía?

—¿Y si eso no llega a ocurrir, Kevin?

—Entonces, al menos me habrás dado la oportunidad de cuidaros.

Eso no se lo podía rebatir. Cómo decirle que no a quien te lo quiere ofrecer todo.

Para mí tenía sus muchos riesgos, era una decisión muy kamikaze. Kevin las tomaba por mí, y eso… Eso no tenía precio.

—Está bien, está bien. Nos tomaremos un tiempo para pensarlo. El embarazo está en su primera recta. Durante un par de meses o dos nadie lo notará, lo mantendremos oculto.

—Me parece una idea genial —me comentó con ojos brillantes—. Tiffany, tú no te imaginas la ilusión que me haría ser el padre de ese niño. No biológico, claro, tú me estás entendiendo.

Sí que le entendía. Kevin me ofrecía ser el padre de la criatura que yo llevaba en mi vientre, y mayor ofrecimiento que ese ya no se podía hacer.

Esa misma tarde se marchó a por unos dulces, para celebrar que pronto tendríamos una vida nueva, cuando llegó Hayden, quien estaba al tanto de todo por mi hermana.

No me equivoqué, el chaval estaba más que dispuesto también a dejarlo todo por ella.

—Quizás nos vayamos en uno o dos meses, y comencemos una vida nueva. Y Kevin se vendría —le contó Ylenia mientras le cogía de las manos.

—Cielos, ¡qué gran noticia! Comenzaremos esa vida donde queráis, y tú ganarás el Derby de Kentucky, lo ganarás, ya lo verás.

Yo ya comenzaba a verlo todo más claro. Él tenía razón en que debíamos mostrar confianza, porque mi hermana se estaba preparando para ello.

—No hay duda de eso. A veces hay que hacer muchos sacrificios en la vida, sacrificios que tienen su recompensa.

—Ya, entiendo que tú también te has sacrificado vendiéndole el coche a Derek para sacar la pasta, ¿no? —me preguntó él.

Si me pinchan en ese instante, en vez de sangre me sacan agua de las venas.

—¿A Derek? ¿Qué dices? El tipo al que se lo he vendido se llama Cameron y…

—Y es amigo de Derek —me confirmó él.

Me quedé muerta, era lo que me faltaba por escuchar, ¿había caído en otra de las trampas de Derek? ¿Con qué fin me compraba el coche? Pues esa vez la había cagado, pero bien, porque con su dinero me largaría de allí y jamás conocería a su hijo.

—Esa sabandija, ¿estás seguro de lo que dices?

—Él no sabe que lo he visto. Hoy he salido más tarde de lo normal del rancho y supongo que él suponía que ya estaba fuera. Desde lejos, he

observado cómo lo metían en un granero. Siento si te he disgustado…

—Mira, yo no sé a qué juega Derek, pero está claro que el cable te lo ha echado, Tiffany. No le des más vueltas —me pidió mi hermana.

—Sí, pero eso no le librará de que le cante las cuarenta. Hayden, le diré que alguien le ha visto en la puerta del rancho con el coche, y que sospecho que Cameron cumplía un encargo suyo, no te descubriré.

—Me da igual si me descubres, tampoco trabajaré ya tanto tiempo para él —me dijo.

—Y ahora necesito un último favor.

—¿Qué favor es ese, Tiffany?

—Las llaves de tu coche —le pedí.

—No se las des, que se tomará un berrinche tremendo si va allí —le pidió mi hermana.

—Ylenia no te metas. Hayden, déjame las llaves de tu coche o me voy andando, lo que prefieras.

—Vale, solo si nosotros te acompañamos.

—De eso nada, es un asunto privado y lo resolveré de ese modo.

Capítulo 23



Me llevaba el diablo en el coche camino del rancho Miller, aunque en realidad lo condujese yo.

Ese indeseable volvía a entrometerse en mi vida, ¿por qué?

Llegué allí y comencé a darle tales pitadas que temí dejar sordo al personal. Enseguida vino un chico corriendo a abrirme.

—Vengo a ver al asqueroso de Derek Miller —le anuncié.

El chaval aguantó la risa y me indicó con el brazo que pasara. A él le haría mucha gracia que el otro fuera un asqueroso, si bien a mí no me hacía ninguna.

Me bajé del coche ya en la puerta de la casa y chillé su nombre. Derek no tardó en salir y tampoco tardaron en salírsele las bolas de los ojos al

comprobar que era yo quien le mencionaba en un tono tan fuerte, y que iba endemoniada.

—Tiffany —murmuró.

—Ni Tiffany ni ocho cuartos, ¿tú a qué juegas? —le pregunté.

—¿Y tú? ¿A qué juegas tú? —me preguntó él.

—¿Es una broma? ¿Te has creído que te reirás de mí? Has sido tú quien me ha comprado el coche. Han visto a Cameron en tu puerta justo después de llevárselo ¿o es que venía de visita?

—No, no venía de visita, he sido yo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Derek Miller? —le pregunté.

—No te entiendo, ¿qué me quieres decir con eso?

—Que por una vez en tu puñetera vida me has dicho la verdad, que me la has dicho…

—Sí, lo he hecho yo porque quería ayudarte, aunque eso fue antes de saber que estabas embarazada —me comentó, tratando de cogerme las manos.

—¡Maldito seas! ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso has accedido a mi historial médico? ¿Te crees un dios? Te denunciaré, Derek Miller, te denunciaré por eso.

—¿Qué historial médico? Tu hermana se lo dijo a Cameron, ¿no lo recuerdas?

Pensé en eso de «maldita sea mi estampa» en ese instante. Tenía toda la razón, y a Cameron le faltó el tiempo para soltarle el bombazo.

—¡¡¡Joder!!! —chillé.

—Por favor, no te alteres tanto. Si algo os pasara a ti o al crío porque pilles un berrinche, eso sí que no me lo perdonaría.

—Derek, siempre tienes que salirte con la tuya. Siempre tienes que inmiscuirte en mi vida, ¿no? Pues que sepas que esta vez has llegado tarde —le solté.

—¿Tarde? ¿Es que has pensado en abortar? No lo hagas, Tiffany, te lo pido de rodillas si hace falta, no lo hagas —repitió.

—¿En abortar? No, aunque le pido a Dios a cada momento que no se parezca a ti, porque no quiero verte a través de él o de ella. Me voy, Derek, me voy lejos. Iba a esperar un poco para decidirlo, pero todo se está torciendo.

—¿Dónde te vas? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que me voy, no sé de qué otra manera explicártelo. No quiero que mi hijo se críe cerca de ti.

—Pero yo soy su padre…

—No, tú eres su padre biológico, punto. No serás quien lo críe.

—Tiffany, lo creas o no, yo también he sufrido mucho en la vida a consecuencia de no poder estar contigo. No puedes hacerme esto, no puedes hacérmelo.

Yo no esperaba que Madeline saliera en ese momento de la casa. Hayden no me había dicho que permanecía aún allí. Normal, él procuraba no contarme nada.

—Tiffany, cariño, ¿qué son estos gritos? —me preguntó ella que salió sembrada, con unas gafas verdes de lo más juveniles que hubieran causado mi risa de no ser porque yo estaba totalmente furiosa.

—Mamá, que vas a ser abuela y Tiffany no quiere que yo ejerza de padre. Llevo toda la vida haciendo las cosas mal, en el fondo supongo que es lo que me merezco, lo cual no le resta dolor al asunto —le informó.

Vi sus ojos empañarse y ese gesto me causó cierto sentimiento. Por una vez le veía reconociendo las cosas y afectado, muy afectado.

—¿Voy a ser abuela, Tiffany? —me preguntó ella y yo asentí con la cabeza—. Cielos, es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo.

—Mamá, no lo estás entendiendo. Se lleva al niño lejos, no quiere que sea un Miller.

—Hija, ¿eso lo has pensado bien? —me preguntó cogiéndome del brazo.

—Sí, Madeline. Sé que tú igual no me entiendes. Yo, sin embargo, he de seguir los dictados de mi corazón. Y mi corazón me dice que…

—¿Tú de verdad te has parado a pensar en lo que te dicta tu corazón? Cariño, mi hijo puede ser increíblemente impulsivo y parecer hasta un poco chalado por las cosas que hace. Su padre también era así… creo que me enamoró por eso.

—¿Cómo? No te entiendo…

—Sí, su padre también utilizó una serie de triquiñuelas para ganarme. Tardaría rato en contarte, pero sabiendo cómo te las gastas sé que tú le habrás enviado del tirón a la horca —me sonrió.

—Soy muy visceral, ¿y qué?

—Y nada, yo no digo nada. Tú tienes derecho a ser como quieras ser. Si eso es lo que te conduce a la felicidad, adelante… Yo tuve otro pensamiento en mi momento, uno muy distinto.

—¿Y cómo pensaste tú?

—Yo pensé que quien hace algo, por muy loco que sea, por conseguirte, igual merece una oportunidad. Y al final no fue el amor de mi vida, fíjate, pero ese fue mi caso y no tiene por qué ser el tuyo. Igualmente, pasé unos años maravillosos con ese hombre y con él compartí lo mejor que tengo.

—Ya, y que no son esas gafas verdes ni tu abrigo amarillo, ¿no?

—Pues no, ninguna de las dos cosas. Ya sabes a lo que me refiero.

—A tu hijo, pues vaya hijo que echaste al mundo Madeline —le reproché.

—Con sus virtudes y con sus defectos, pero te quiere, Derek te quiere. Si sigo aquí es porque no podía dejarle solo viéndole sufrir de ese modo.

—Yo le dije que nada podía hacer, ella es así —murmuró Derek.

—Igual sí puedo, igual yo debía estar hoy aquí mientras teníais esta conversación. Igual también tendría la oportunidad entonces de abrazar a la madre de mi futuro nieto.

Miré a Madeline mientras me abrazaba, y también miré a Derek, que estaba detrás de ella. Parecía ansioso por hacer lo mismo, pero también tenía claro que, si se acercaba, se llevaría lo suyo.

Unos minutos después, yo estaba algo más calmada. Igual era tonta, igual merecía que él me engañase de nuevo porque me pareció realmente afligido.

—Si no vas a volver conmigo, si no me das esa oportunidad, al menos no te lleves lejos a nuestro hijo. Deja que compartamos su educación, te lo ruego —me pidió.

—Yo… Yo tengo mucho que pensar, Derek, ¿y sabes por qué? Porque cada vez que me acerco a ti acabo destrozada, por eso.

—Te prometo que esta vez no será así. Amo ya a ese hijo desde hace un rato, desde que supe que crecía en tu vientre, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias. Y ahora debo irme, Kevin llegará con unos dulces y no se merece que yo no esté. Él me cuida como nadie.

Yo también sabía lanzar dardos envenenados, qué se había creído ese. Me debatía, me debatía entre hacerle daño o no, aunque finalmente no pude evitarlo.

Derek me dirigió una mirada lastimosa, y Madeline entendió que era hora de ir a ver si se había dejado el piano en marcha, por decirlo de alguna forma.

—Hasta luego, querida. Cuídate mucho y recuerda que, de una manera u otra, seguimos siendo tu familia.

Sus palabras calaron hondo en mí. Yo no estaba preparada para escuchar algo así con el baile de hormonas que tenía en mi interior. Baile de hormonas locas debía ser porque nada me costaba más en el mundo que afrontar aquella situación, pues tan pronto me daba por llorar como por reír. No, más bien me daba por llorar o por llorar.

Me despedí de Madeline y me quedé allí con él.

—¿Estás con Kevin? —me preguntó.

—Vaya, ya tardaba en salir el tema. Creí que lo que te preocupaba era tu hijo y no yo —Giré sobre mis talones con la intención de dejarle con la palabra en la boca.

—Todo tiene que ver. Si estás con Kevin, él…

—¿Él criará a tu hijo? Pues si te soy sincera es quien tiene todas las papeletas. Verás, cuando se hizo el sorteo, tú estabas más bien pensando en mentiras.

—¿Eso es lo que ves en él?

—¿Verdad? Sí, veo verdad y no oscurantismo. Kevin es un hombre… No puedo ni describírtelo.

—Sé que es un buen tipo. Ya trabajó para mí hace años cuando no era veterinario y se pagaba los estudios con su trabajo. Siempre se le dieron sensacional los animales, es muy sensible con ellos.

Me sorprendió que no le echase tierra encima. Es decir, era el típico momento para ponerle a parir por haberse llevado a su prometida a su casa y no lo hizo.

—Pero tú debes odiarle, ¿no? —le pregunté.

—Yo… yo le estoy agradecido. En el fondo, pero agradecido.

—¿Me lo explicas, por favor? —le pedí.

—Él te cuidó y te cuida en un momento en el que no permites que lo haga yo. Si quieres saber la verdad los celos me matan, me están matando, sí, lo cual no significa que pueda echarle nada en cara. Ya te digo que estoy al tanto de que te cuida y te mima, lo mismo que a Ylenia.

—Con una diferencia —rematé porque yo quería hacer sangre, fui a saco, se me nubló la vista y le asesté la cuchillada.

—Ya, que de ti está enamorado. Prefiero no hablar de eso, por favor, aunque en realidad…

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quieres saber? —le pregunté.

—Aunque en realidad a mí los sentimientos que me importan son los tuyos. Yo no creo que tú le ames, no puedo creer que en tan poco tiempo.

—Derek, yo no voy a jugar a lo mismo que tú. Mentiría si te dijese que le amo, aunque sí intentaré amarle.

—No te saldrá, el amor no se puede forzar. Y te lo digo yo que de eso sé un rato largo.

—Tú de amor mejor abstente de darme lecciones, por favor —ironicé.

—Yo solo quiero que tengas presente que pasé años yendo de unos brazos a otros tratando de olvidarte y que no lo conseguí. Y tú tampoco me olvidaste, lo sé.

—Esa es una amenaza como cualquier otra, esta vez sí que lograré olvidarte, porque tengo a alguien a mi lado que merece la pena.

—No me digas eso, por favor. No me digas que te lanzarás en sus brazos por puro despecho, porque eso sería atroz. Tú no le amas y él no logrará que lo hagas, me amas a mí.

—Vete al cuerno, Derek Miller. Yo no sé si llegaremos a algún entendimiento para criar al bebé o no —le dije porque había entrado en razón y yo no podía borrar del mapa el que fuera su padre—, pero lo que sí puedo asegurarte es que no me volverás a tener. De mí no te ríes más.

Me fui con mis escandalosas hormonas revoloteando en mi cuerpo hacia el coche, y él se vino detrás.

—Piénsatelo, podríamos formar una preciosa familia. Pero si no, al menos, deja que me ocupe de nuestro hijo. Te prometo que no te voy a decepcionar como padre.

—Puede ser, porque ya lo hiciste tanto como hombre que igual hasta tienes algo de dignidad y quieres hacerla valer comportándote bien con tu hijo.

—Sabes que tengo esa dignidad, sí que lo sabes.

—Yo solo sé que no te conozco, Derek Miller, y que ya no tengo el más mínimo interés en conocerte.

Las palabras que le decía, mirándole a los ojos, me dolían como si me estuviera pasando un rastrillo por el corazón. No podía bajar la guardia, no

podía dejar que volviera a acercarse. No podía dejar que continuara haciendo de las suyas.

Capítulo 24



Volví a casa de Kevin y él, muy nervioso, me esperaba en el porche.

Yo iba como algo avergonzada, como si le hubiera fallado, y todo porque me estaba replanteando mi decisión de que Derek pudiera actuar como el padre de nuestro hijo porque quisiera o no, era nuestro.

Kevin sonrió al verme aparecer, y entonces se me acercó.

—No has debido ir, no he salido a buscarte porque sé que no me perdonarías que me inmiscuyese, pero me estaba mordiendo las uñas.

—Me enrabietó que me comprara el coche, Kevin.

—Eso fue para hacerse el santurrón. Sabía que más tarde o más temprano te enterarías y su objetivo es sensibilizarte al máximo.

—No te digo que no, pero es que hay algo más…

—No me asustes, ¿estás bien?

—Sí, sí. Ylenia mencionó delante del comprador del coche, que es amigo de Derek, que yo estaba embarazada.

—¿Y él lo sabe? —me preguntó visiblemente alterado.

—Sí, lo siento mucho, pero ahora lo sabe.

—¡¡Maldito hijo de la gran perra!! —exclamó enfadadísimo.

A Kevin nunca le había visto así. Quizás fuese normal porque eso le restaba ciertas posibilidades de quedarse con nosotros sin la interferencia de Derek, lo cual no evitó que su reacción me pareciera un tanto excesiva.

—Cálmate, por favor…

—¿Que me calme? Si te soy sincero, y a diferencia de él siempre lo soy contigo, de lo único que tengo ganas es de ir y partirle su cara de rico.

—Ya, Kevin, te lo pido por favor…

—No, no me puedo calmar. Es un cabrón que siempre se sale con la suya, un maldito cabrón, ¿o es que me vas a negar que ha tratado de que volvieras con él? Porque ahora, con la excusa del niño lo va a tratar mucho más y…

—¡Kevin ya! —le pedí.

—No, no puedo calmarme, lo siento. Voy a ir a hablar con él y le voy a jurar que si se vuelve a acercar a ti se las verá conmigo.

—Kevin, si no te calmas, tendré que marcharme yo, tú verás.

—No es para tanto, no lo es, solo estoy un poco exaltado. Tiffany, yo soy un hombre, me exalto como cualquier otro, y más cuando me tocan lo que más quiero. El bebé y tú sois sumamente importantes para mí, lo más importante de toda mi vida, y él cree que puede llegar otra vez y poner los huevos encima de la mesa.

Empecé a encontrarme mal. Yo todavía estaba un tanto débil y no debía soliviantarme, más cuando ya llevaba demasiadas emociones para un día.

Ylenia salió con Hayden y me vio en ese estado.

—Cállate ya, ¿no? ¿Acaso no ves que se siente mal? —le preguntó.

—Lo siento mucho, he perdido los estribos —se fue para dentro—. Tan solo dime una cosa, ¿la idea de irnos lejos sigue en pie o debemos quedarnos cerca de Derek para que nos siga controlando?

Yo no digo que Kevin actuase mal. Igual en su caso yo lo hubiera hecho todavía peor. Solo digo que a mí me sentó fatal porque no se dieron cuenta, ni Derek ni él se la dieron, de que me estaban poniendo contra la espada y la pared.

No hace falta decir que los dulces se quedaron aquella tarde encima de la mesa y que nadie se los comió. Yo sentía una extraña amargura por dentro.

Era evidente que le exigía demasiado a Kevin, quien no era un santo, sino un hombre. Él también tenía sus intereses, y yo tomé conciencia de que, de seguir cerca de él sin amarle, igual terminaba por hacerle daño.

Lo pensé durante largas horas de una noche en la que no pude dormir, porque las ideas se solapaban, una tras otra, en mi cabecita. Me costaba pensar con claridad y más cuando no estaba del todo repuesta.

Ya casi al amanecer decidí que no debía pasarme la vida escapando y que tampoco tenía ya demasiado sentido. Por azar del destino, Derek se había enterado de que íbamos a tener un hijo, y así lo haría valer estuviéramos donde estuviéramos.

Durante el desayuno, tras levantarme fatal, se me veía la cara como la rodilla de una cabra por la falta de sueño, lo hablé con Kevin.

—No tiene sentido que me pase la vida huyendo. Además, aquí hemos echado raíces, y aquí me gustaría que nos quedásemos.

—Está bien, perdona si me exalté un poco ayer, no esperaba la noticia y no me pude controlar. Lo lamento profundamente. Entiendo lo que me dices. Si te parece, puedo ir ampliando esta casa un poco. Sabes que lo tenía en mente y…

—No, Kevin, no me estás entendiendo. No quiero huir más, quiero encontrarme a mí misma. Y eso no voy a poder hacerlo ni al lado de Derek ni a tu lado.

—¿Cómo? Pero eso no es justo, Tiffany. No es justo que, por una sola conversación con él ya quieras irte de esta casa.

—Tampoco sería justo que, por bien que te hayas portado conmigo, quieras retenerme a toda costa —le hice ver, poniendo mi mano sobre la suya.

Era la primera vez que yo tenía un gesto así hacia él. No fue en las circunstancias que Kevin hubiese querido, qué se le va a hacer. Yo también trataba de ser lo más justa posible con él y no me era posible, no podía hacerlo mejor.

—Tienes razón. Lo que más me duele de todo es que tienes razón. Al final, el amor tiene un punto de egoísmo si no se sabe controlar, tú me lo estás haciendo ver. Gracias por abrirme los ojos —murmuró.

—Gracias a ti por tanto sin pedirme nada a cambio. No creas que me iré muy lejos, ¿sabes de alguien que alquile una casita barata? Ahora con el

dinero del coche podré hacer frente al pago de la mensualidad.

—Carlos, Carlos alquila una en las cercanías de su rancho, ¿te parece que hablemos con él? Me jode que te vayas, pero no te dejaré colgada, te ayudaré en todo —me ofreció, demostrándome una vez más que era un tipo formidable.

En pocos días, les había dado demasiadas vueltas a mis ideas, y Kevin estaba en ellas. Debía ordenarlas antes de hacerle daño a quien no se lo merecía.

Capítulo 25



Ni un día tardamos en comenzar a hacer la mudanza, ¿qué digo la mudanza? Si es que solo teníamos un puñado de pertenencias…

La casita que nos alquiló Carlos fue una cucada y encima a un precio irrisorio. Yo era consciente de que, con lo poco que nos cobraba, apenas cubría gastos, pero él estaba encantado de hacerlo así.

—Ya os he dicho muchas veces que somos un equipo —me contestó cuando le dije que era un precio casi ridículo.

—Algún día podré pagarte mejor.

—Con lo que ganaré cuando Ylenia se haga una figura me doy por más que satisfecho.

Kevin estaba delante cuando cogimos las llaves y él mismo nos llevó hasta allí. Era una suerte que la casa estuviera cerca del rancho de Carlos,

porque así no tendríamos que andar demasiado para ir a entrenar y demás, puesto que coche ya no teníamos.

Todo volvía a ponerse nuevamente en su sitio en una etapa que yo debería afrontar con valentía. No es fácil convertirse en madre soltera y menos con incertidumbre económica.

El mismo Kevin nos ayudó con la bombilla del porche, que parecía no ir demasiado bien, y casi se cae intentando enroscarla más fuerte.

—Este lo que quiere es partirse una pierna para que lo tengamos que cuidar aquí —reía Ylenia.

—No, a mí me gusta más ser cuidador que cuidado, no soy buen paciente —nos comentó.

—Doy fe de que eres un gran cuidador. Nunca me voy a olvidar de todo lo que has hecho por nosotras —le dije antes de que se marchara, con un beso en la mejilla.

—Es que yo no lo voy a permitir, porque pienso colarme por aquí cada dos por tres, ¿estamos?

—Estamos —asentí.

Me resultaba muy bonito pensar en que tendría amigos sin sentir la presión de vivir bajo su techo. Carlos también nos ofreció quedarnos en su rancho y yo rechacé su oferta.

Aquella primera tarde en la casa nos resultó deliciosa, una tarde en la que no esperábamos ninguna visita, y llegó una de sorpresa.

—Aquí todo se termina sabiendo, es como un patio de marujas —nos dijo Madeline—. Me enteré hace un rato y he querido venir a haceros una visita. También traigo esto —me indicó, abriendo una bolsa.

—¿Es cosa tuya o de tu hijo? Porque como me lo haya enviado él, le voy a decir lo que no está escrito. A mí Derek no me compra con…

—Hija de mi vida, ¿te quieres tranquilizar? ¿Tú te crees que Derek te enviaría varios botes de crema antiestrías y otros productos de cosmética? ¿Le ves a mi hijo pinta de entender algo de eso? Soy yo, que quiero evitar que te salgan estrías, grietas en los senos y otras «bondades» de la maternidad que todavía no conoces, y que no quieras conocer.

—No, no mucho, la verdad —reí.

—Claro que él no conoce nada del tema. Quien lo conoció fui yo. Mira, cuando mi hijo nació mamaba con tanta fuerza que me hizo una grieta en el pezón de tal calibre que, cada vez que succionaba, yo me acordaba de la madre que lo parió, sin caer en la cuenta de que era yo misma.

—Es que Derek siempre fue un poco mamón —rio Ylenia, que estaba mirando los botes con los muchos potingues que me había traído Madeline.

—Sí que lo es y, aun así, yo daría la vida por él. Pronto sabrás de lo que te hablo, Tiffany.

—Me imagino —le sonreí agradecida por lo bien que se portaba.

—Pues ya verás cuando lo experimentes en tus propias carnes, lo que vas a vivir es muy emocionante. Por los hijos se hace todo, se da la vida si hace falta o se vuelve una al lugar de donde un día se marchó sin idea de retornar —se dejó caer.

—Madeline, ¿te quedas a vivir en Ohio? —le pregunté asombrada, porque eso no lo esperaba.

—Sí que me quedo, sí. Y te confieso que lo hago en parte por mi hijo, al que veo más perdido que Wally en los libros esos, con su camiseta de rayas, y en parte por mi nieto, que me tiene loca y todavía no ha nacido.

—¿Qué me cuentas? —la abracé—. Me va a gustar tenerte cerca.

—Ya lo veremos, porque pienso regalarle al bebé ropita de lo más estrambótica, tú me conoces.

—¿Una mini Madeline? Porque igual es niña —le comenté.

—Nos dará igual lo que sea, solo queremos que se trate de una criatura sana y feliz. Por cierto, quiero que sepas que, pese a que Derek está como si le hubiese arrollado un tren, la idea de tener un hijo le ha insuflado vida en el momento en el que más la necesitaba.

No era fácil hablar de ciertos temas, aunque sí necesario. Era importante que cada uno de nosotros supiera en qué cuadrado de la partida de ajedrez que entre todos jugábamos, estábamos.

Esa noche me fui a la cama pensando que, una vez más, existía la posibilidad de que creáramos otro tipo de familia… Una familia nada convencional que cerrara filas en torno al bebé, porque ya hemos hablado de que tipos de familias hay muchas.

Con independencia de que no fuéramos pareja, ya era oficial que Derek sabía que tendría un hijo y Madeline un nieto. También lo era que yo quería a Kevin en mi vida, aunque no del modo que él deseaba, por muchos celos que le hubiese dado a Derek con esa posibilidad.

Yo solo podía pensar en mi bebé y en lo que estaba por venir. El amor lo tenía aparcado de momento porque, cuanto más lo aparcase, más ganaba en salud mental.

Me fui a la cama con una sonrisa en los labios. No tenía en mi vida todo lo que deseaba y, pese a ello, contaba con personas muy valiosas.

Capítulo 26



El embarazo transcurría sobre ruedas.

Desde que me curé de la infección no había vuelto a experimentar ni una sola molestia. Tampoco sabía lo que eran náuseas ni ningún otro inconveniente típico de las embarazadas, y eso me hacía feliz. A mi manera, pero feliz.

Ese día, al salir de entrenar donde Carlos, decidí invitar a comer a mi hermana. Kevin se ofreció a llevarnos hasta el lugar, y yo estaba más que dispuesta a invitarle también, aunque no se le hubiese dicho. No obstante, un contratiempo con una vaca parturienta le obligó a quedarse allí.

—No está lejos, nos vamos caminando —le indiqué.

—Ten cuidado. Y ponte el pañuelo en el cuello, que hace mucho frío —me recordó.

Ya no vivíamos juntos y me seguía cuidando igual. Él no perdía sus esperanzas y era posible que, aun perdiéndolas, su encomiable comportamiento para con mi persona no cambiase.

Kevin seguía haciendo alarde en el día a día de sus muchas virtudes, y yo le seguía súper agradecida.

Salimos y comprobamos que hacía algo más de frío del habitual. A mí es que se me habían antojado unas alitas de pollo con salsa. Era mi primer antojo y mi hermana lo sabía.

—Hace frío, podemos ir a casa y te quedas allí. Yo me acercaré al restaurante y te las traeré.

—O podemos dejarlo para otro día, no quiero que vayas sola.

—Por favor, y dale con el empeño en verme como a una niña. Además, ya por aquí me conocen todos, ¿quieres mejor que pare un coche y que nos lleve?

—¿Tú me has visto pinta de autoestopista? Cariño, me dejas muerta, ¿tú has hecho eso alguna vez?

—¿Yo? No, pero contigo no me da miedo de nada.

—Y sola tampoco, que te conozco, qué cabrita loca eres.

—Mira, pues por ahí pasa un coche y… Y ese coche lo conozco yo, y tú también —rio.

—No, ¿de todos los coches que hay en estas tierras no podría ser otro?

—No, es el de Derek Miller. Bueno, uno de los suyos, claro…

Derek paró a nuestro lado, echándose a la cuneta, y nos saludó.

—¡Hola! ¿Os puedo llevar a alguna parte? —nos ofreció.

—Qué va, ya vamos para casa y está muy cerca —le contesté.

—No es verdad, le va a salir el niño con antojo de alitas de pollo —le espetó Ylenia.

—Y a ti será mejor que te salgan alas como a esos pollos, porque te voy a dar —le dije presa del coraje de que se lo soltase a Derek.

—¿Tienes antojo de alitas de pollo? Pero si cerca de aquí ponen las mejores del mundo…

—Qué listo eres tú, ¿no? Ya lo sé, en realidad estábamos pensando en si ir para allá o…

—O sea, ¿me habías mentido?

—Igual un poco y, si tienes valor, vas y te quejas. Te vas a cagar, te lo aseguro.

—No, no me quejo. Solo exijo mi derecho como padre a que te comas esas alitas, no quiero que nos salga el niño con unas impresas en la piel y parezca un angelito.

—Siendo hijo tuyo, no sé si será tan angelito, dejémoslo ahí.

—Venga, subid. Os invito…

Se trataba de una situación muy rara, porque yo no quería propiciar un acercamiento con Derek. Por otra parte, me moría de ganas de probar esas alitas y al final… Al final subimos.

Ylenia se sentó detrás y yo delante con él. Cuando has estado prometida con un hombre que, de golpe, se convierte en un total extraño, apenas sabes de qué hablar. Al menos me pasaba a mí, porque él aprovechó para preguntarme todo lo habido y por haber sobre el embarazo.

—Te lo has pasado, te has pasado el sitio —le indicó Ylenia.

—No, si todavía no hemos llegado —le contestó él.

—Derek, ¿estás tonto? Deja de babear con mi hermana y céntrate en lo que debes centrarte —le dijo ella, muerta de la risa.

Yo le lancé una de mis miraditas incendiarias, las cuales parecían resbalarle a Ylenia. Menuda habilidad tenía para que así fuese.

—Anda, pues es verdad, sí que nos lo hemos pasado.

—Si te lo estoy diciendo…

Dimos media vuelta y, como resultado, tardamos algo más, porque hubimos de hacerlo en el siguiente cambio de sentido, llegando en hora punta.

Había gente allí para parar el tren, y yo me moría de hambre.

—Por tu culpa y por tu culpa —le decía.

—Andando hubierais tardado todavía más, el resultado habría sido el mismo —argumentaba él—. Pero esto lo arreglo yo en un periquete.

A Derek Miller le conocía todo el mundo, y recursos no le faltaban. Sí que lo arregló, un poco después salíamos del local con un delicioso cubo de alitas y varias salsas distintas que probar.

—Os dejo en vuestra casa —murmuró, sabiendo de sobra dónde era por Madeline, que solía visitarnos.

Me dio pena porque le vi las ganas de compartirlas con nosotras y pensé que, como parte de la normalización a la que yo aspiraba, podría invitarle a comerlas.

—No es necesario. Puedes quedarte, si te comportas y no me haces preguntas comprometidas, advertido quedas.

—¿En vuestra casa? ¿Me invitas a comer?

—Técnicamente nos invitas tú, que eres quien ha comprado las alitas. Nosotras ponemos la casa.

Llegamos y se le notaba feliz. Derek también había sufrido. Las cosas las hizo mal y pagó un precio alto. Yo empezaba a creer que igual no lo hizo por orgullo o por salirse con la suya, sino porque quisiera recuperarme. Aun así, la patraña de su boda con Kate no había manera de que se me olvidase.

Hay veces en las que hacemos una apuesta y no acertamos lo más mínimo. Él me había perdido el día en el que me engañó con lo de esa boda ficticia que descubrí de chiripa, que descubrí porque, al final, entre el cielo y la tierra no hay nada oculto.

Capítulo 27



Su estancia en la casa se prolongó por espacio de un par de horas. Se notaba que no deseaba irse y, si yo había decidido que reinase el buen rollo con el padre de mi hijo, lo lógico era que no le echara de allí a patadas en cuanto terminase de almorzar.

De hecho, teníamos en el frigo una tarta de tres chocolates que habían preparado Ylenia y Hayden el día antes, y que les salió fenomenal a aquellos dos almendrucos, y le ofrecimos un trozo.

Los ojos le hicieron chiribitas porque su pinta era estupenda. Yo misma había dado cuenta de varios trozos, pidiéndoles por favor que no la prepararan a menudo si no querían que me pusiera redonda… Matizo, redonda por todos los lados, porque por la barriga me pondría sí o sí.

Derek parecía estar encantado de encontrarse allí con nosotras. Me llamó la atención porque le vi en una actitud mucho más distinta y humilde. Esto también he de matizarlo porque Derek jamás se comportó como un

engreído ni utilizó su poder (ese poder que nos guste o no da el dinero) para refregárselo a nadie por la cara.

Sin embargo, y como digo, ese día parecía estar en una actitud especialmente humilde, porque el poder, queramos o no, se manifiesta en las personas. Dicen los psicólogos que quienes lo ostentan, y sin apenas darse cuenta, incluso se expresan y caminan de un modo distinto, con más seguridad y una actitud un poco más altiva, por mucho que se trate de personas que no quieran presumir de ello.

Puede que esa actitud de Derek Miller, ese poder que siempre le vi, fuera parte de su encanto. Si han corrido ríos de tinta sobre eso que llaman «la erótica del poder» por algo será, porque el erotismo siempre me salió por la punta de las orejas con él, y eso era algo irremediable.

Que conste que hablo de poder y no de dinero, ya que el vil metal, por muy necesario que sea para vivir, no fue jamás algo que me quitase el sueño en el sentido de que soy una de esas personas que se conforman con tan solo tener sus necesidades cubiertas.

Yo en ese tiempo había comprendido que lo único que me importaba, a la hora de acercarme a alguien, era la sinceridad. Y ese día Derek me pareció sincero, ¿habría cambiado? Pues sí e incluso cabía la posibilidad de que nunca me hubiese querido mentir respecto a lo de Kate y, como bien decía mi hermanita, al muy lumbrera no se le ocurrió otra idea mejor para acercarme hasta su rancho.

En la sobremesa, Ylenia se quedó dormida. No en vano, había entrenado duro durante la mañana, y eso pasa factura física y mental.

Derek estaba muy a gusto, se le notaban las pocas ganas de irse que tenía, pero tampoco quería abusar, y eso era de agradecer también.

—Me quedaría horas y horas charlando contigo —me confesó—, pero me interesa más que descanses, ¿lo estás haciendo? —me preguntó.

—Oye, ¿no tuve bastante con el cuestionario que me hiciste ya antes sobre el embarazo? Mira que eres pesadito, ¿eh? Que sí, que estoy descansando.

Yo no quería darle demasiado carrete, ya que, en mis dos acercamientos anteriores a su persona, bastó con que me tocase las palmas para que yo bailase al son que me marcó, y no deseaba que eso volviera a ocurrir.

—Lo siento, siento si te parezco un plasta. Es que no sé cuándo tendré oportunidad de volver a preguntarte. Sé que igual me dejas formar parte de la vida del niño, pero lo de cuidarte ya será harina de otro costal, ¿me equivoco mucho?

—No te equivocas en absoluto, me cuido yo solita, pero no por eso te estoy echando. Puedes quedarte el rato que quieras.

—¿No te estoy molestando?

—Si me molestases te habría echado ya a patadas. Es más, en ese caso Ylenia, que es muy cuca y me lo nota todo, no estaría durmiendo como un lirón, sino que te habría echado ella misma. Menuda es, y anda que no está contenta con su sobrinito. Jamás pensé que, dadas las circunstancias, pudiera estarlo tanto. Me ha sorprendido una vez más, y para bien.

—¿Y tú? ¿Tú estás contenta? —me preguntó de sopetón.

Yo no esperaba que fuese así de directo y le miré a los ojos con la intención de que comprendiese el alcance real de mis palabras, con la intención de abrirle mi corazón en cuanto a nuestro hijo.

—Yo inicialmente me quedé muerta, Derek. Tienes que comprender que la noticia me cayó como un jarro de agua fría. De pronto, iba a ser madre de un hijo del hombre al que no quería volver a ver en mi vida y de cuyo nombre estaba tratando de olvidarme. Lo hecho, hecho está, también es así. Y una vez asimilada la noticia, prefiero no pensar en esa parte y quedarme con la otra; voy a ser madre y eso me hace tremendamente feliz.

—Y a mí me hace escuchártelo, Tiffany. Sé que ya no crees ninguna de mis palabras y sé también que me lo merezco, nada puedo reprocharte. Tú siempre has venido de frente conmigo, y yo… Maldita sea, yo hice la pantomima de Kate porque no veía manera humana de que volvieras al rancho conmigo, e ignoraba si tenía más ganas de ayudarte o de reconquistarte.

Yo miraba a los ojos de Derek y parecía haber algo distinto en ellos. Habría jurado que me estaba diciendo la verdad, que por fin se abría conmigo.

—Resquebrajaste la vasija de nuestra confianza, y esa no se puede volver a pegar…

—No, pero podríamos volver a fabricar otra nueva si tú estuvieras dispuesta —me ofreció.

—Una palabra más en ese sentido, Derek Miller, y te doy más palos que a una estera. Tengo las hormonas revolucionadas, que lo sepas, y eso debe actuar como eximente ante un tribunal o, al menos, como atenuante.

—Podrías darme golpes hasta en el cielo de la boca y no movería un dedo para defenderme, cuanto y más para denunciarte. Soy consciente de lo mucho que la he cagado contigo en la vida y de la gran penitencia que estoy pagando por ello. Ojalá no hubiera sido un necio y un impulsivo, y hubiese planteado las cosas de otra manera.

—Pues sí, aunque reconozco que tampoco lo tenías fácil. Bueno, si las cosas ocurrieron así es porque nuestro destino no era estar juntos.

—¿No? —arqueó la ceja.

—No, nuestro destino era el de, en vez de fabricar esa segunda vasija, fabricar un bebé.

—Un bebé que, si se parece a su madre, será el más bonito del mundo —murmuró.

—Tampoco será feo si se parece a su padre —le contesté.

—Prefiero que se parezca a ti porque así te recordaré como si estuviese a tu lado cada vez que lo esté con mi hijo o con mi hija, quién sabe qué va a ser…

—No digas esas cosas, Derek. Yo prefiero que nuestro hijo sea un motivo de alegría y no de pena.

—Nunca podría serlo de pena. Ese bebé será lo mejor que nos pase en la vida, solo que ojalá lo hubiésemos podido compartir.

—Y lo compartiremos, de otra manera, pero lo compartiremos. Si algo he aprendido desde que llegué a Ohio y formamos esa familia tan bonita con todos los chicos es que tipos de familias hay muchas, eso te lo aseguro.

—Lo sé, Tiffany, lo sé. Tú no imaginas cuánto echo yo de menos esas reuniones y cuánto…

—No lo imagino y tampoco quiero saberlo. Por favor, déjalo ahí. Te rogaría que no hurgáramos más en la herida. Sé que el otro día te lancé

dardos envenenados sobre la posibilidad de sustituirte por Kevin—se le cambió la cara en cuanto lo mencioné—.

»Pues bien, quiero aclararte que no estoy con él y que, de momento, no creo que lo esté. Verás, él se ganó muchas cosas con su actitud, sí, y por desgracia eso no es suficiente. La próxima vez que esté con un hombre, quiero que sea la definitiva.

»Y, pese a que te dije que sí, creo que no es el candidato. Deseo que esté en mi vida como deseo que lo estés tú (y negaré haber digo esto último), y punto. No hay más entre nosotros. Todos podremos llevarnos bien sin necesidad de que se forme ninguna pareja.

—No me dejáis dormir —farfulló Ylenia, quien parecía frita en el sofá—, y eso que dices está muy bonito, sí. Lo malo es que los tíos son unos capullos e igual, cuando alguno de estos dos se eche pareja, el cuento cambia —opinó.

—Ylenia, yo no creo que me eche ninguna otra pareja que no sea tu hermana —le aclaró él.

—No mientas, no mientas… Que yo he quedado de tus mentiras hasta la punta del… del gorro, vamos a dejarlo ahí —le dije entre risas, porque sí que reinaba el buen rollo y no deseaba que desapareciera.

—No es mentira, Tiffany, y te lo digo delante de tu hermana…

—Hermana que solo quiere dormir —insistía Ylenia quien, cuando se ponía en ese plan, era como un bebé. Si tenía sueño solo le faltaba llorar y patalear.

Derek se la quedó mirando y le dio la risa, risa que me contagió. Y al final se echó a reír ella también.

—Qué culebrón, cualquier día vendo los derechos. Ahí os quedáis, me voy a mi cama —se levantó.

—Descansa, cariño, que luego llegará Hayden y querrás estar bien despierta.

—Sí, porque el amor es muy bonito —me recordó ella.

Era un trasto mi niña. Se metió en la cama justo cuando sonó el timbre y yo hice de ademán de ir a abrir la puerta.

—No te levantes, ya voy yo —me comentó Derek y le dejé ir.

Se me pasó por la cabeza que pudiera ser él en el mismo instante en el que abrió la puerta y vi la cara de Kevin, la cual se descolgó hasta el suelo.

No le podía pedir más. Él nos cuidó hasta la saciedad cuando yo echaba pestes por la boca de Derek, y encima estando enamorado de mí. Y en ese instante llegaba y se lo encontraba frente a frente, como si no hubiese pasado nada.

Tampoco era eso porque cosas habían pasado y muchas. Las suficientes para que Derek Miller ya no estuviera allí en calidad de mi pareja, sino del padre de mi hijo únicamente.

A Kevin el rostro se le descolgó y la sonrisa se le congeló cuando vio a Derek. Yo pensé en que le sentaría fatal, porque en cierto modo ya me montó en su momento una escenita de celos. No podía hacer nada al respecto, nada que no fuese levantarme y saludarle como si cualquier cosa.

Kevin debía entender que yo había decidido tenerlos a todos en mi vida, y que para eso necesitaba que se llevasen bien.

Llegué hasta la puerta y le invité a entrar.

—No, no te preocupes. Solo venía a echar un vistazo por si te hacía falta algo, ya veo que no es así.

—No, no me hace falta nada, muchas gracias. Pasa, anda —le ofrecí.

—No, gracias, yo prefiero volver en otro momento —murmuró entre dientes.

—No, no es necesario. Me voy yo —añadió Derek, tratando de quitar hierro al asunto.

Yo me sentí un poco mal y tomé una decisión.

—Vale, en realidad ya os podéis ir los dos con viento fresco, que me voy a echar yo también un ratito —les dije con gracia.

Ambos se despidieron de mí y cerré la puerta. Supuse que las cosas terminarían marchando también entre ellos. Con el tiempo quizás…

Capítulo 28



La siesta la dormimos, y por la noche volvimos a caer rendidas en la cama.

Hayden cenó con nosotras y después se marchó. Llevábamos un rato en la cama y nos habíamos dormido enseguida. Cuando escuché el ruido del timbre de la puerta me extrañé y me asusté a partes iguales.

De un salto, llegué hasta ella y, viendo que era Kevin, abrí de golpe.

—Buenas noches, Kevin, ¿qué te ocurre? ¿Cómo es posible que hayas venido a estas horas? ¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy genial, mejor que nunca —me contestó con un sarcasmo que yo le conocía y entonces vi algo a su lado que me dejó helada, más teniendo en cuenta lo amante que él era de los animales y que, por esa razón, no era cazador.

—Kevin, ¿me puedes explicar qué hace esa escopeta ahí? ¿Está cargada? —le pregunté con inquietud porque le miraba a los ojos y no le reconocía, había algo en ellos que no me resultaba familiar, como si se tratase de otra persona, como si fuese alguien a quien yo no conociera, de golpe y porrazo.

—Todo a su debido tiempo, zorra, todo a su debido tiempo —me dijo y entonces es que me dejó con las patas hechas trancas.

—¿Me has llamado zorra? Kevin, ¿lo has hecho? —le pregunté y entonces me contestó sin demora.

—Sí, zorra, que todo lo quieres muy rápido, pues te vas a esperar para recibir tu explicación, ahora serás tú quien se espere. Yo llevo mucho tiempo esperando y a ti te ha importado una misma mierda, ahora te jodes.

Traté, asombradísima, de cerrar la puerta porque un miedo cerval se adueñó de mi persona, ¿qué le estaba ocurriendo a Kevin? Ese no era el hombre que me había tratado así de bien, el hombre que me ayudó tanto cuando me sentí perdida.

—Kevin, ¡¡márchate de aquí ahora mismo!! —le chillé.

Hasta ese momento Ylenia no se había despertado. Lo hizo debido al grito que di y vino corriendo hacia la puerta, instante en el que Kevin cogió la escopeta y nos apuntó.

—Y ahora la zorrita menor, a la que le faltó el tiempo para apoyarte cuando dijiste de marcharte de mi casa. Tenéis mucho que pagar las dos, ¡y lo haréis!

—¿Qué mierda estás diciendo? ¿Has bebido? —le preguntó mi hermana, iracunda.

—No, no estoy borracho ni drogado, tampoco me he tomado las pastillas que me recetaron cuando… En fin, cuando mi hermano Oliver sufrió su estúpido accidente —rio de la forma más tétrica del mundo, de una forma que me erizó la piel por completo.

—¿Y entonces? ¿Entonces qué estás haciendo aquí y hablándonos en ese tono? —le preguntó ella mirando de reojo la escopeta y entendiendo que sería de lo más temerario tratar de quitársela, porque corríamos el riesgo de que disparase y entonces… Entonces igual ambas podíamos acabar muertas.

Jamás experimenté un terror como ese. En otras circunstancias, tan solo habría temido por Ylenia, porque su vida me importaba mucho más que la mía. En aquellas, sin embargo, también temí a lo grande por el bebé que yo llevaba en mis entrañas, por ese inocente que podía pagar las consecuencias de que Kevin hubiese perdido la cabeza.

—He venido a por vosotras para llevaros a mi casa. Nunca debisteis iros y ahora os comportaréis como buenas niñas y me haréis caso, ¿o es que queréis acabar como Oliver? —nos preguntó.

Yo no podía ni moverme, sentía como si los pies se me hubiesen quedado pegados al suelo, aunque no tendría más remedio que hacerlo.

—¡No vamos a ir a ningún lado contigo, tarado! —le chilló ella.

—También Oliver me llamó tarado cuando… Cuando no quiso acompañarme a otro lado más discreto, por eso tuve que hacerlo allí mismo.

—¿Qué tuviste que hacer, Kevin? —le pregunté tragando saliva porque me daba terror saberlo.

—Tuve que obligarle a matarse en nuestra misma casa y con esta misma escopeta. Era de mi padre, ¿es bonita o no es bonita? —nos preguntó y estuve a punto de caerme de espaldas, si bien Ylenia me sujetó—. No quiero tonterías, zorra, si te desvaneces me importa un huevo, te cogeré en brazos y te vendrás conmigo de todas formas, igual que la zorrita.

—Vuelve a llamarnos así y…

—Ylenia, calla —le rogué porque él la encañonó en ese momento, el más crítico de toda mi vida—. Iremos contigo donde nos digas, iremos contigo —le aseguré para tratar de que se tranquilizase y así ganar algo de tiempo.

—Muy bien, así me gusta, que vayáis entrando poco a poco en razón. Sé que sois impetuosas y muy rapiditas para todo, con quien queréis, claro. Por ejemplo, tú, Tiffany, siempre has sido muy rapidita para abrirte de piernas con Derek Miller. Conmigo no. Él, es más, siempre fue más… Qué asco me da.

Entendí que su resentimiento era máximo y que no estaba bien de la chota, algo que me provocó mayor pánico aún, puesto que alguien en tales circunstancias podía hacer una locura. Y por lo que iba diciendo no era la primera vez que la hacía.

—Kevin, yo podría llegar a amarte —le dije y entonces recibí una sonora cachetada por su parte.

—¡¡Hijo de puta!! —le chilló Ylenia yendo hacia él—. Vuelve a tocarla y eres hombre muerto, te lo juro…

—Tienes bien adiestrada a la zorrita. Nos vamos a ir ya porque me estáis poniendo muy caliente y yo cuando me caliento soy capaz de hacer muchas cosas. Y luego pasa lo que pasa, que hay que echarle la culpa a otro —rio de esa forma que tanto miedo daba.

—¿De qué hablas? ¿Qué estás diciendo? —le pregunté mientras me llevaba la mano al cachete por el dolor que me produjo al pegarme.

—Hablo de que tuve que atacarla cuando te fuiste a Toronto con tu Derek, zorra, de eso hablo. Y tuve que echarle la culpa a ese pardillo.

—¡¡Hijo de perra!! —le chillé tratando de golpearle.

—¿Hijo de perra? Qué gracia, ¿y eso es un insulto? Las perras son mejores madres que las mujeres. La mía era otra zorra, por eso me alegré de su sufrimiento cuando maté a Oliver.

—Mataste a tu hermano, qué horror —me llevé las manos a los oídos para no escucharle, ya que me daba pavor.

Sí, le maté, venga, vámonos. Ya más tarde te lo contaré.

—¿Vamos a tu casa? —le pregunté.

—Sí, vamos a mi casa —contestó él, pero antes habrá que maniataros porque dos zorras en celo como vosotras podrían provocar un accidente, y yo no deseo salir herido. Me quiero demasiado como para eso.

—¡No nos atarás, cabrón! —le chilló Ylenia tratando de echar mano a un pesado jarrón que había en la entrada con la intención de tirárselo en la cabeza.

—Ylenia, no opongas resistencia —le pedí entendiendo que era todavía mucho más peligroso de lo que yo había pensado en un primer momento.

—Tiffany, sabe Dios lo que nos hará si nos maniata y nos lleva…

—Es eso u os mato aquí ahora mismo, os doy a elegir. Y eso para que mi madre dijese que yo no era condescendiente, qué zorra hay que ser.

—Por eso no hablabas nunca de tu familia, porque tenías un pasado todavía más negro de lo que, por lo visto, lo es tu corazón —opiné.

—Es que hay familias que no son precisamente idílicas y a mí me tocó la china. Quise enmendarlo, ¿eh? Quise formar la mía propia contigo, pero no, tú te empeñaste en quedarte cerca de él. Y para colmo, llego hoy y me encuentro a Derek Miller en esta casa, ¿crees que es justo? Sabes que no, Tiffany, lo sabes…

—Derek solo se quedó a almorzar, yo no estoy con él…

—Derek vuelve a acortar distancias, ¿me tomas por gilipollas? ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en volver a abrirte de piernas para él si dejo que sigáis por ese camino? ¿Tú también piensas que soy imbécil? ¿Tú también piensas que no veo la diferencia? Otra igual que mi madre, ella amaba a Oliver por encima de todas las cosas, pero no… Era una cínica que decía querernos a ambos por igual. Si al menos ella lo hubiera reconocido, yo me lo habría pensado, Pero actuando con ese cinismo no, ¡ella con su actitud me obligó a matarle!

Ylenia me miró y mis ojos se empañaron de lágrimas. Yo no sabía qué habría hecho esa madre para que su hijo le odiase tanto, pagando la más alta de las facturas.

—Ylenia, te lo ruego, deja que nos maniate —le pedí—. No soportaría verte morir.

—Nos matará de todas formas si nos lleva con él, ¿es que no lo ves? —me dijo entre lágrimas de auténtica rabia, y no era para menos.

—Hazme caso, mi niña, hazme caso.

Capítulo 29



El siguiente episodio de horror llegó en el coche. Maniatadas, y también con los pies atados entre sí, no nos dio un ataque de ansiedad de puro milagro.

Ambas íbamos agachadas en el asiento de atrás y cubiertas por una manta. Ah, y la guinda del pastel; amordazadas.

En la vida había sentido mi corazón latir más deprisa ni con tanta fuerza. Tenía la sensación de que se me saldría por la boca en cualquier momento.

Él nos iba avisando a cada kilómetro de que cuidadito con hacer alguna tontería si nos paraba la policía, algo que ya veríamos, porque en ese caso trataríamos de hacer todo lo posible por llamar su atención.

Tuve que sacar fuerzas de flaqueza una vez más en mi vida, y pensar que ese tipejo no nos ganaría la partida. Era horrible saber que habíamos convivido con un maldito asesino, con un lobo con piel de cordero que

había matado a su propio hermano, ¿qué no sería capaz de hacer con nosotras? Y todo por celos, pues sí que me iba a salir caro lo mío con Derek.

No, yo no podía dejar que matase a Ylenia y tampoco a mi bebé. Mi cabeza iba por un lado, pensando a toda velocidad, y mi corazón por otro, latiendo a toda mecha.

Por desgracia, no tuvimos la suerte de que nadie nos parase por la carretera, y otra cosa que no me cuadraba en absoluto fue que Kevin nos dijo que nos llevaría a su casa y resultó que, de eso nada, porque ya llevábamos rato de camino y todavía no llegábamos.

No fue hasta más tarde cuando por fin el coche se detuvo y él nos sacó con la mayor de las rudezas, como si fuésemos un par de sacos de patatas.

Miré y vi una casa en medio del campo con aspecto de abandonada.

—Mi casa, esta sí que es mi casa. La casa en la que vivía con mi familia. A Oliver le maté en la cocina, ahora os lo cuento —nos dijo con toda la tranquilidad, como quien nos iba a contar una bonita historia, cuando lo cierto es que aquello era mucho peor que la historia más terrorífica que nos hubiesen contado jamás.

Nos metió allí en brazos, cogiendo primero a Ylenia y luego a mí. A continuación, nos ató a cada una a una silla y, sin la menor contemplación, nos quitó los espadrapos de la boca, haciéndonos un tremendo daño.

—La vida es sufrimiento, ¿verdad? Yo lo descubrí en esta misma cocina, de niño, comprobando la complicidad de Oliver con mi madre mientras que yo parecía no hacer nada bien. Por eso me volví tan metódico, porque deseaba ser el niño de mamá, pero no… Era él, siempre él, cuando lo cierto es que era un desastre con patas que no paró hasta hacer daño con ese puto despiste suyo, ¿qué clase de anormal no habría distinguido entre ambos botes?

—¿De qué botes hablas? ¿Por qué le mataste, Kevin?

Necesitaba conocer más de su atormentada psique, conocer más detalles que me llevaran a saber cómo actuaba aquella especie de monstruo que tenía delante.

—¡Porque él mató a Arthur! ¡Él mató a mi caballo! —chilló.

—¿Tu hermano mató a tu caballo? No, no puede ser…

—Sé que no lo hizo adrede, siempre estaba en su mundo, pensando en tonterías. Mi padre era veterinario como yo, un buen hombre, él sí lo era. Tan solo le reprocho que no pusiera a su mujer en su sitio, que no le recordara que yo estaba en el mundo.

»Él sí me daba un lugar, el problema era que siempre estaba trabajando. Tenía esta escopeta para defender a su familia de cualquier intruso, decía que su familia era lo primero, qué ironía, ¿verdad?

»Lo digo porque él mismo me enseñó a disparar y con ella acabé con esa familia, porque el día que maté a Oliver, también, en parte, los maté a ambos. Los dos terminaron enfermando, primero él y luego ella… Mi madre se fue la última, aunque su muerte la saboreé.

—¿Y la de Oliver también? —le pregunté horrorizada.

—La de él más, porque suplicaba como una nenaza. Esa tarde yo no estaba en casa. Mi padre le pidió ayuda al inútil de Oliver, que solo sabía hacer el vago.

»Arthur había sufrido un accidente tras el que le quedó una importante anemia. El complemento vitamínico estaba cerca de aquella sustancia venenosa que mi padre tenía en casa para mantener a los roedores a raya. Una alta dosis de ella y hasta un caballo podía picar billete.

—Pero fue una equivocación, ¿no?

—Sí, sí lo fue, ¿y qué? Tuvo que mirar mejor. Mi padre no se fijó en lo que mi hermano le administró a Arthur junto con su comida. Confió en él, ¿cómo pudo hacerlo si sabía que no servía ni para estar escondido? Después se fue con mi madre a cenar porque era el día de su aniversario de bodas, otra puta ironía, porque ese día perderían a su hijo.

—¿Le mataste por eso? ¿Le mataste porque se equivocó?

—¿Y tú qué crees? Yo ya le odiaba de antes, le odiaba con toda mi alma porque me había robado a mi madre. Y entonces, por su atolondramiento,

también me robó a Arthur.

—Pero tú no pagarías las consecuencias, ¿verdad? Tú no estabas de acuerdo con eso…

—¿Pagar más consecuencias? ¿Por su culpa? Claro que no. Lo hice pasar por un accidente. No era la primera vez que se llevaba una reprimenda por parte de mi padre por jugar con su escopeta, así que, a punta de cuchillo, amenazando con degollarle y dejarle morir lentamente si él no se volaba la cabeza, logré que apretase el gatillo. Quedó muy creíble, la verdad, como que se le fue la pinza tonteando.

Yo le había llevado hasta ese punto, le había llevado al punto de que me lo confesara todo, lo cual no evitó que gritara de miedo en el momento en el que terminó.

—No te asustes, Tiffany. Tú no tendrás que hacerlo, yo mismo dispararé por ti y por tu hermana.

Yo ya le creía capaz de todo porque él había simulado también el ataque a Ylenia. Y suerte que no llegó a abusar de ella, puesto que eso sí que yo no podría haberlo soportado.

El sufrimiento era máximo por mi parte y el nivel de estrés tan alto que temí que le pasara algo a mi bebé, me refiero a algo malo antes de que él actuase, porque estaba dispuesto a actuar y enviarnos a criar malvas a ambas. Se notaba que hablaba con total certeza.

—No nos vas a disparar, miserable, no tienes huevos —le dijo Ylenia y yo me quedé más paralizada todavía, haciéndole gestos para que se callase.

—Debí darte lo tuyo en aquella ocasión, cuando te tuve inconsciente entre mis brazos, ¡pero no podía! No pude abusar de ti porque a diferencia de la zorra de tu hermana yo sí soy leal. Solo quería asustarla, pero yo no podría estar con otra que no fuera ella.

—Todavía podemos estar juntos, Kevin —traté de acaparar su atención.

—¡No vuelvas a intentar engañarme! —me cogió del pelo.

—Vale, vale…

—Todos vais a morir, vosotras dos, Derek y hasta… Hasta Pegaso. Lo siento mucho, chicas.

—¿Pegaso? ¿Qué le has hecho, malnacido? —le preguntó ella, entre lágrimas.

—¿Le has hecho daño a un animal? Acabas de superar todo lo que pudiera esperar de ti, Kevin.

—El fin justifica los medios. Lo siento mucho por él, pero eso os haría sufrir más y yo quiero que muráis entre terribles sufrimientos. Ylenia sabría

que Pegaso morirá, y eso acrecentaría su dolor antes de morir ella misma. Y tú… tú te irás junto con tu bebe. Me las pagarás todas juntas, zorra.

Cuanto más hablaba, más acrecentaba mi pánico. Lo de Pegaso había sido la gota que colmó el vaso. Mi hermana estaba al borde de cualquier cosa, al borde de que le diera un colapso y desmayarse.

—¿Qué le has hecho a Pegaso, maldito?

—He utilizado una pequeña dosis de ese mismo veneno, aún lo fabrican, del mismo veneno que mató a Arthur. Y digo pequeña porque así no será inmediato, se retorcerá de dolor antes de morir.

Ylenia chillaba y pataleaba, él sabía cómo hacer daño.

—¡Te mataré, hijo de puta! ¡Te lo prometo!

—Igual sí, aunque ya en otra vida. En esta has llegado ya un poco tarde —se burlaba él—. Y, Tiffany, ahí va otra perla; ese mismo veneno lo utilicé para matar a la yegua.

—¿A qué yegua, criminal?

—A la madre de Nevado, aproveché que acababa de parir para hacerlo pasar por complicaciones del parto, así Derek no sospecharía.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Por qué?

—Porque era su yegua preferida y yo quería infligirle dolor, mucho dolor…

Dolor sentíamos nosotras dos. Él era un verdadero mago de la tortura psicológica, aparte de que las cuerdas nos las había atado bien fuertes y también sentíamos un terrible dolor de brazos.

Kevin nos había llevado allí, en el lugar donde para él comenzaron todos sus males, para que el círculo se cerrase.

Cerré los ojos y comprendí que estábamos acabadas. Psicológicamente yo había perdido el poder para entrar en su mente y tratar de transformar sus actos, logrando nuestra liberación. A esas alturas de la película, Kevin ya me odiaba lo suficiente como para desear mi muerte y hasta como para matar antes a mi hermana delante de mis narices.

Fue en ese instante, en el que consideré que todo estaba perdido, cuando escuchamos aquel ruido de cristales, tras el que varios de ellos salieron volando. Kevin se volvió en ese instante, y uno de ellos, de gran tamaño, fue a impactar justo en su pecho, atravesándolo.

—¿Estáis bien? —nos preguntó un descompuesto Derek que venía acompañado de Hayden, entrando por la ventana que acababa de partir.

—¡Sí, sí! —le chillé.

—Tenemos que irnos corriendo, ha envenenado a Pegaso, todavía podemos llegar a tiempo, ¡por favor! —les rogó mi hermana.

—¡Maldito seas! —se volvió hacia Kevin—, ¿por qué? —le preguntó.

Estaba a segundos de la muerte y la más zorrona de las sonrisas, porque él sí que era zorro, le salió en ese instante de su sangrante boca.

—Porque yo ya me enamoré de ella hace muchos años, como tú. Entonces trabajaba allí también, ¿lo recuerdas? Me pagaba los estudios. Yo la quería y tú la utilizaste, pasé desapercibido a sus ojos, ni siquiera me recordó a su vuelta. Yo fui quien le di el chivatazo a su padre, yo os vi juntos aquella noche. Luego supe, hace meses, que volvía, y le di un toque de atención a tu antiguo veterinario para que se jubilase, ya era hora… Y volví a estar cerca de ella hasta que te empeñaste en volver a joderlo todo, una y otra vez, porque en esta ocasión sí logré que me viera.

Quien no vio nada más fue él, ya que sus ojos se le cerraron en ese momento. Los cuatro nos quedamos sin aliento mientras los chicos nos desataban.

Lo siguiente fue llamar a Carlos por teléfono y alertarle de que fuera a las cuadras a ver a Pegaso y que pidiese ayuda. Mientras, Ylenia rezaba.

Yo ignoraba cómo nos habían encontrado.

—Derek, ¿cómo es posible? Estamos muy lejos…

—No me preguntes por qué, pero cuando esta tarde me fui de tu casa vi algo en la cara de Kevin que me asustó. No habría sabido cómo hablarlo con él, dado que era una percepción por mi parte, pero lo supe.

»Esta madrugada no podía dormir y salí a dar una vuelta con el coche. Pasé por delante de tu casa y vi la puerta abierta, así como luz dentro. Supe que algo muy malo ocurría y entonces fui a buscar a Kevin.

»En su casa no había nadie y no estaba su coche. Entonces fui a buscar a Hayden y él me dijo que una vez le escuchó decir que le gustaría morir en la casa de sus padres. Le explicó dónde era y en qué lugar estaba. Y tengo el honor de deciros que este chico es un GPS andante, porque me ha traído hasta aquí solo con las indicaciones que él le dio. Todo ha sido fruto del azar, bonita mía, del azar…

—No, no ha sido fruto del azar, no lo ha sido —negué con la cabeza.

—¿Y entonces?

—Entonces tú estabas predestinado a encontrarme esta noche para que yo supiera que llegarías hasta las últimas consecuencias por mí. Mira, te has subido en el coche y ni siquiera te has parado a pensar que podrían culparte por la muerte de Kevin.

—Todo se aclarará en unas horas. Hasta que avisemos, nadie hallará el cadáver en ese sitio tan apartado. Ahora lo importante es encontrar con vida

a Pegaso —me dijo mientras ponía durante un segundo su mano encima de la mía.

—Sí, por favor, yo no podría soportarlo si él lo hubiese matado —añadió Ylenia entre sollozos.

—Y no lo habrá hecho. Conozco a Pegaso y ese grandullón no ha nacido para rendirse a la primera de cambio. Está luchando, Ylenia, está luchando.

Llegamos a la finca de Carlos y ya había allí un veterinario con él, orquestando el traslado a su clínica.

A nosotros solo nos quedaba cruzar, una vez más, los dedos, porque con Pegaso nos la había jugado y teníamos muchas posibilidades de que, de una forma póstuma, Kevin se hubiese salido con la suya.

—No solo envenenó a Pegaso, también a la madre de Nevado —le conté entre lágrimas—. Y él fue quien mató a su hermano en su día y quien… ¡quien asaltó a Ylenia en la casa!

—¡¡Maldito cabrón!! —chilló Derek quien, hasta ese día, siempre le dio un voto de confianza, no dejándose llevar por los celos.

Nada tenía que ver con lo que parecía; los celos de Derek fueron sanos mientras que los de Kevin casi nos llevan a la tumba a mi hermana y a mí, así como al bebé.

Lo de Kevin fue demencial, llevaba años sin olvidarse de mí… Me comenzó a amar (a su tóxica manera) desde que yo era una niña que bebía los vientos por Derek Miller y muy cierto que yo entonces no supe verlo.

Lo que sí supe ver a partir de entonces fue lo peligroso que puede ser un amor no correspondido en la cabeza de alguien tan perturbado como debió estarlo siempre Kevin.

Derek no paró de abrazarme y de hacerme arrumacos en la que fue, hasta la fecha, la noche más larga de nuestras vidas.

Capítulo 30



He dicho bien con eso de «hasta la fecha», porque para noche larga la que llegó el siguiente verano, aquella en la que rompí aguas y avisé a Derek.

—Mi amor, ha llegado el momento —le comenté asustada mientras él se levantó de golpe.

—¿La niña va a nacer ya? —me preguntó.

—Sí, pero no creo que en este mismo instante, así que te dará tiempo a ponerte los pantalones —le dije al observar que cogía las llaves del coche sin nada de ropa de cintura para abajo—. Recuerda que, para dar a luz, los médicos no necesitan examinar la herramienta con la que se hizo la niña.

—¿Hasta en este momento estás de tan buen humor? —me preguntó asombrado.

—En este momento estoy de mejor humor todavía…

Tenía motivos para ello porque la vida nos sonreía a lo grande desde la espeluznante muerte de Kevin, esa que pudimos aclarar en cuanto nos dijeron que Pegaso estaba fuera de peligro.

El animal, es innegable, hubo un momento de la noche en la que se movió entre los dos mundos, optando finalmente por quedarse en este.

Pegaso era un campeón que hacía un juego perfecto con la campeona de mi hermana y ese binomio no podía romperse por la puñetera culpa de ese miserable.

Lo que no pudo hacer fue correr el *Derby* esa temporada, ya que Pegaso necesitó un tiempo de reposo tras su gravísimo estado, un tiempo durante el cual no pudo volver a puntuar, por lo que habríamos de dejarlo para el año siguiente.

Ylenia también se despertó cuando íbamos camino del coche y, tras ella, apareció la pequeña figura de Madeline, vestida con una especie de pareo extravagante, que más parecía para ir a Las Seychelles que a la clínica.

—Ya estamos preparadas para dar a luz —nos dijo y causó la risa de todos, incluida la mía.

Nunca supe que era tan fuerte hasta ese momento. Me preparé a conciencia para ello durante el embarazo, ese que compartí ya con Derek y

en el rancho Miller, el que siempre debió ser nuestro hogar, y en el que disfrutamos de increíbles momentos viendo cómo mi pancita crecía.

Yo no quería ser la típica parturienta que pusiera de vuelta y media a su pareja en el momento de dar a luz. Que doliese era natural, pero había de reconocer que Derek me ayudó mucho en las clases de preparación al parto, y también que me apoyaría lo más grande durante esa noche.

Llegamos a la clínica charlando todos sobre lo maravilloso que sería verle la carita en unas horas. Ahora bien, de vez en cuando era mi carita la que se desfiguraba por el dolor de las contracciones que, inevitablemente, comenzaban a aparecer.

—Échale viento con este pai pai japonés que me compró Klaus en nuestro último viaje, Ylenia. Cómo son los japoneses, os voy a contar…

—Mejor cuenta hasta diez conmigo, suegra, porque duele, esto duele…

—Sí, cariño, duele. Y luego duele más todavía, cuando en alguna ocasión no lo ves feliz, que me lo digan a mí. Tú le has cambiado la vida a mi Derek, y por eso te adoro.

Éramos familia. La boda estaba por celebrarse todavía, ya que al final decidimos esperar a que la cría naciese y Pegaso estuviera recuperado del todo.

Habíamos esperado mucho, muchísimo, para estar juntos, y ya lo mismo nos daba que nos daba lo mismo celebrarla un poco antes que después.

En ese momento lo único que deseaba era verle la carita a la niña y poder mantener el tipo durante el parto, dado que una cosa es para aquello para lo que te preparas, y otra muy distinta cuando llega el momento y lo sufres en tus propias carnes.

—Tú puedes, Tiffany, que eres una verdadera campeona, siempre lo fuiste —me cogía mi hermana la mano.

Ella siempre me recordaba que, si no hubiera sido por mi accidente y mi rodilla no se hubiese resentido, igual habría sido la primera mujer en ganar ese *Derby*. Ylenia depositaba tanta fe en mí como yo en ella.

Como ya he comentado antes, la noche fue larga, y los episodios de contracciones, dolorosos e intensos. Con todo y con eso, yo era consciente de que mi parto progresaba adecuadamente y a buen ritmo, ya que hay primerizas que tardan dos o tres días en dar a luz.

Mi niña llegó al alba, y lo hizo con una mata de pelo moreno y unos intensos ojos oscuros que me recordaban que era una Miller de pleno derecho.

—Enhorabuena, mi campeona, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo —murmuró un emocionado Derek en el paritorio mientras me la ponían en el pecho.

Jamás sentí tanto amor como en ese momento en el que olí a vida como lo hice con ella y con su padre al lado.

Yo había perdido a personas importantes en mi vida, como a mis padres, y mi bebé venía a recordarme que la vida, siempre, siempre, se abre camino.

Recordé a mi madre y supe que estaba allí a mi lado, por mucho que no pudiéramos verla. No dudé en que una parte de las fuerzas de las que hice alarde para traer a mi hija al mundo me la proporcionó ella.

Enseguida nos llevaron a la habitación, puesto que nuestra preciosa hija nació tan bonita como sana, y allí entraron al galope mi hermana y mi suegra.

—Os presento a la pequeña Madeline Miller —les dije en el más ceremonioso de los tonos, dándole una inmensa alegría a esa mujer.

—¿Se llama como yo? ¿Mi nieta se llama como yo? —nos preguntó mientras una lagrimilla corría por su rostro, la misma que me contagió.

—Sí, eso es lo que tú te mereces, porque siempre has apostado por nosotros y porque no nos sueltas de la mano. Te quedaste al lado de tu hijo cuando le hizo falta y tampoco te marchaste después —le recordé.

—Ni me marcho más. A Klaus se lo he dicho, que no se me ha perdido nada en Austria y que yo no me pierdo el ver crecer a mi nieta.

—Será todo un placer, abuela Madeline —pronuncié y a ella se le cayó la baba—. Y tú, Ylenia, tú serás su madrina, ¿te parece buena idea? —le pregunté a mi hermana, quien moría de amor con su sobrina.

—¿Si me parece buena idea? Es que yo ya me había adjudicado el puesto —rio—. Y la enseñaré a montar y…

Capítulo 31



La boda se celebró en las siguientes Navidades. Concretamente quisimos hacerlo el día de Año Nuevo, justo cuando se cumplía un año del día en el que me dieron la noticia de que Madeline llegaría al mundo.

Estaba hecha un primor con sus pocos mesecitos, como si fuese un repollo en brazos de su orgullosa tía y madrina, quien me haría de dama de honor junto con Ava y mis amigas: Samantha, Marie y Rachel.

Que conste que días antes sí que habíamos celebrado una despedida de soltera en condiciones, con mi suegra incluida, aunque solo fue cuestión de una noche y cerquita del rancho, porque de mi bebé no me separaba. Esa sí que, aunque no fuera en Las Vegas, nos reportó gran alegría en una noche inolvidable.

Yo no podía tampoco olvidar las ganas que siempre manifestó Derek de verme vestida de novia, y yo misma de ser la más sexy de todas las novias para él.

A los pocos meses de haber dado a luz, he de decir que mi figura había vuelto a la normalidad y que cupe en ese mismo vestido que un día preparé con tanta ilusión y que se quedó plantado.

Derek, una vez más, se había vuelto a ocupar de todo lo necesario para la multitudinaria boda, una que dio que hablar en todo Ohio y que contaba con cientos de invitados.

Mi prometido siempre tuvo en mente que la nuestra fuera una gran boda, pero dados los muchos sufrimientos que tuvimos que soportar hasta que por fin nos vimos vestidos de novios, todavía la preparó mayor en aquella segunda ocasión.

—A la tercera va la vencida, ¿no, chicas? —les preguntaba yo, porque anteriormente había visto preparar «la boda» de Derek con Kate y luego la mía, cuando ninguna de las dos se celebró.

—Yo solo te digo que Derek te hará otro bebé en cuanto te vea con ese vestido de novia —apuntó Rachel, que venía con unas copitas de champán para que mis cinco damas de honor y yo brindásemos, además de la abuela Madeline, por supuesto, que ese día ejercería como madrina.

En cuanto al padrino, decidimos que fuera Klaus, porque aquel patoso austríaco también se había ganado un hueco en nuestros corazones.

La marcha nupcial comenzaba a sonar cuando Hayden y Martín nos prepararon los caballos. A aquella romántica ceremonia, celebrada en el mismo rancho, engalanado como nunca para la ocasión, la novia y sus damas de honor llegaríamos a caballo. En concreto, mi hermana lo haría en Pegaso, ya totalmente recuperado.

Tanto mi blanco vestido, ese que me hacía cuerpazo, como los de mis damas de honor, claritos también y con toques en rosa palo, se fundían con la cabellera de aquellos caballos blancos y hermosos.

Imaginé que Derek supo que yo pondría un toque de originalidad a aquella boda que se celebraría en el mejor de todos los ranchos de la zona y, aun así, los ojos se le empañaron cuando me vio descender de mi caballo, algo que me ayudó a hacer.

—Siempre soñé con este día, aunque reconozco que jamás, ni en mis mejores sueños, pude contemplarte tan bella como hoy.

Al margen de mi precioso vestido, quise dejarme la melena suelta porque sabía que a él mi pelo le encantaba, y más cuando lo lucía con ondas y en plan desenfadado, como ese día en el que me sentí más liberada y joven que nunca. Y pensar que hay quien ve el matrimonio como una cárcel…

La celebración fue cien por cien emotiva, y el *look* original y colorido de nuestra madrina, de la abuela Madeline, imperdible, pues parecía un colorido pavo real cuando despliega sus plumas.

Después, tras varias lagrimitas que se escaparon por parte de ambos, mi hermana nos acercó a la niña, poniendo sobre sus manitas el cojincito con las alianzas.

La sonrisa de Derek en ese momento dirigida a ambas, a nuestra hija y a mí, era el mejor seguro de que se trataba de un hombre que deseaba dar lo mejor de sí como padre y como esposo.

Comenzó haciéndolo al organizar aquella inolvidable boda en la que mis amigas bailaban con todos sus amigos, mientras que Ylenia moría de amor con Hayden y Ava con su Martín.

—Requetepelotudo, vos pusiste el listón muy alto para los demás, ¿cómo vamos a poder recrear una boda ni siquiera parecida a esta? —le preguntaba el argentino.

—El secreto está en quererla, chaval, solo en eso. Y tú a Ava la quieres.

—Sí, pero no jodas, si es con plata mucho mejor. Y aquí hay mucha plata…

Nos reímos con él ese día como todos los demás. Por fin, por fin volvíamos a ser una gran familia y yo ya me imaginaba a esas dos parejitas dándose el «sí, quiero» algún día.

A la hora del baile, algo que tuvimos que aplazar un ratito porque a la glotona de Madeline le pareció que era hora de comer en ese momento,

Derek y yo nos derretíamos uno en brazos del otro.

—Es que le gusta mucho la teta —murmuré en su oído, muerta de la risa.

—Sale a su padre. Ya te diré yo lo que esta noche…

No voy a seguir con lo que me dijo al respecto, os lo podéis imaginar. Y tenía mucho que ver con esa idea de hacer otro bebé hacia la que apuntaba mi amiga un rato antes.

La boda fue realmente de cuento y se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Cada uno de los invitados que se marchaba nos daba las gracias por una celebración en la que todos lo pasamos genial y en la que nuestra gente de confianza, como Thomas y Molly, se lo pasaron también increíblemente bien. No íbamos a consentir que ellos trabajasen en un día en el que todos teníamos derecho a divertirnos. Y como anécdota os diré que, si de una boda sale otra boda, ese día comenzó a fraguarse, durante el baile, una bonita relación entre el mayordomo y la cocinera, una relación de esas que daría lugar para otra historia.

Epílogo



Un par de primaveras después…

—En esta ocasión, sí, cariño mío —le dije a mi hermana.

—El año pasado no pude, pero tienes razón, este me alzo con el título —me aseguró mi campeona.

Era la segunda vez que Ylenia participaba en el Derby de Kentucky, que el año anterior no había ganado por los pelos.

Pegaso ya estaba totalmente recuperado desde hacía mucho, así que la primera vez que ambos corrieron en aquella carrera tan famosa y con tanta fama de ser disputada únicamente por los mejores, ya quedaron en muy buen lugar.

A Ylenia siempre le enseñé lo mismo que la vida terminó por darme la razón; que quien la sigue, la consigue.

Yo la vería desde las gradas con Madeline y con Derek Jr. a quien, más o menos, sí que lo debimos hacer la noche de bodas y que poco tiempo, por tanto, se llevaba con su hermana.

Mi niña, al escuchar cómo la vitoreaba yo, repetía a gritos el nombre de su tía, el cual su hermano también balbuceaba.

A nuestro lado, Hayden, quien ejercía de tío de ambos, no podía evitar su orgullo al verla llegar a ese puesto que solo alcanzaban los mejores; el de participantes en tan reputado *Derby*.

La carrera estaba a punto de empezar y yo no podía con los nervios.

—Boluda, dame a la niña, que la estás agitando como si fuera una coctelera —me decía Martín, a quien se la pasé. También Ava y él, quienes venían a visitarnos muy a menudo, adoraban a ambos críos.

Ava cogió a Derek Jr., entendiendo que era un momento de máxima concentración para nosotros. Al lado de mi marido estaba Carlos, quien no tuvo ninguna culpa de lo sucedido con Kevin. Desde que todo aquello ocurrió, Derek y él patrocinaron a mi hermana, porque ambos se lo merecían.

También Madeline, con uno de sus estrambóticos modelitos, estaba sentada al lado de su Klaus. Para morir de risa la pamela que se nos había colocado.

—Yo es que creí que estas carreras eran como las de Ascot, la verdad. Y no, aquí la gente va más sencillita…

—Mamá, no pongas esa excusa, que te gusta más llamar la atención que a un tonto un globo. Has encargado la pamela porque te entusiasma dar el cante, reconócelo y ya…

—Pues también es verdad, hijo. Y encima es que he encargado otra en miniatura para mi nieta.

—No me lo puedo creer —le dije y no sé por qué, anda que no era capaz.

—Y no sabéis lo que ha costado la pamelita —decía Klaus, que sentía devoción por su mujer—. Pero vaya, que yo habría pagado cien veces más por verla así de feliz.

Mi suegra cogió a la niña y se la colocó, estaba de chiste.

—Pero boluda, ¿vas a dejar a la niña así? La enfocarán todas las cámaras y…

Y lo hicieron, lo hicieron, Y más presumió ella a juego con su nieta.

La carrera dio comienzo y los nervios me mataban.

—No puedo mirar, Derek, es que no puedo mirar.

—Si no lo haces, nunca te lo perdonarás. Has criado y entrenado a una campeona y ahora vas a recoger el fruto; hoy ganará.

En mi interior yo sabía que decía la verdad. Ylenia estaba preparada y había salido a darlo todo.

Ya llevábamos un par de semanas allí, porque eso es lo que dura el festival del *Derby*, el cual también se conoce como «La Carrera por las Rosas» en honor a la guirnalda que se le coloca en el cuello al caballo ganador.

Yo ya podía oler esas rosas en el cuello de Pegaso, de ese otro gran campeón que se merecía alzarse con el trofeo tanto como mi hermana.

Es impresionante que dos minutos de tiempo den para tanto, porque se me hicieron interminables. En tan solo dos minutos, saldríamos de dudas. Lo malo es que yo los viviría como si fueran dos años.

Derek tenía razón; habíamos trabajado mucho y era hora de ganar, hora de disfrutar y hora de recoger los frutos de un esfuerzo que llevaba muchos años de trabajo a sus espaldas.

Ylenia competía por el primer puesto con otro caballo, Amazon, que parecía más veloz que el viento. Mi hermana le sobrepasaba en ciertos momentos, mientras que en otros, sucedía al contrario.

Los últimos segundos de la carrera, por fin, llegaron. Os prometo que vi volar a Pegaso, como si le hubieran salido alas, y entonces todo el público se levantó de las gradas y comenzó a aplaudir como loco.

—¡Lo ha logrado! ¡Lo ha logrado! —exclamó mi marido mientras las lágrimas descendían por mis mejillas.

—¡Es la primera mujer que lo logra! —exclamé entre lágrimas de felicidad, ahuecándome en su pecho.

Derek me abrazó fuerte, muy fuerte, besándome en los labios.

—Ha tenido la mejor entrenadora, es como si lo ganaras tú. Un día estabas lista para ganarlo y no pudo ser por mi culpa. Y hoy…

—Y hoy se ha cumplido mi sueño, mi amor. Y además te tengo a ti y a nuestros hijos. Te quiero, Derek Miller, y buena parte de esto también te lo debemos a ti.

Ylenia besó el suelo cuando se bajó de Pegaso, quien relinchó como si comprendiera a la perfección la envergadura de la hazaña que entre ambos llevaron a cabo en el que fue uno de los días más felices de nuestra vida.

En el momento en el que a Pegaso le colocaron la guirnalda de rosas, mi hermana habló y me dedicó el premio.

—Nunca lo habría logrado sin la persona que lo ha sido todo para mí. Baja conmigo, Tiffany.

No lo esperaba, no esperaba su petición, por mucho que sabía que me dedicaría su trofeo.

—Baja con ella mi amor, te amo —me animó un Derek Miller que aplaudía a rabiar mientras que nuestros pequeños le emulaban, aplaudiendo con sus diminutas manitas, y yo caminaba hacia Ylenia para darle el más emocionado de los abrazos.

Mis redes sociales

Facebook: Aitor Ferrer

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu